John Senior

LA MUERTE DE LA CULTURA CRISTIANA





JOHN SENIOR

LA MUERTE DE LA CULTURA CRISTIANA



Palabras preliminares
Andrew Senior

Introducción
David Allen White

Traducción de Prólogo y Capítulos 1 a 7, y Notas
Esteban Trento

Traducción de Capítulos 8 a 11 y Apéndice
Carlos Rafael Domínguez



BUENOS AIRES | 2017

BIBLIOTECA DIGITAL VÓRTICE

1. George MacDonald, *Phantastes*
2. Albert Frank-Duquesne, *Lo que te espera después de tu muerte*
3. Jorge N. Ferro, *Leyendo a Tolkien*
4. Gilbert K. Chesterton, *Chaucer*
5. C. S. Lewis, *La abolición del hombre*
6. Giacomo Biffi, *El quinto evangelio*
7. Martín Heidegger, *Desde la experiencia del pensar*
8. Sebastián Randle, *Castellani 1899-1949*
9. Gilbert K. Chesterton, *Alarmas y digresiones*
10. Louis Bouyer, *La descomposición del catolicismo*
11. Alfredo Sáenz, *San Miguel, Arcángel de Dios*
12. Albert Frank-Duquesne, *Satán*
13. Enrique Prevedel, *Tres ecos de Shakespeare*

www.vorticelibros.com.ar

vorticelibros@gmail.com

Senior, John
La muerte de la cultura cristiana / John Senior
1ª ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Vórtice, 2017
Libro digital, PDF
Archivo Digital: descarga
Traducción de: Esteban Trento; Carlos Rafael Domínguez
ISBN 978-987-9222-88-1
1. Doctrina Cristiana. 2. Educación Cristiana. I. Trento, Esteban, trad. II. Domínguez, Carlos Rafael, trad. III. Título
CDD 268.4

Traducción al castellano de *The Death of Christian Culture*, edición de 2008 de IHS Press en Norfolk, Estado de Virginia (Estados Unidos). Publicado por primera vez en 1978 por Arlington House en New Rochelle, Estado de Nueva York. Prefacio y notas incluidas por primera vez en la edición 2008 de IHS Press.

Porciones de los capítulos 2 originalmente aparecieron en *University of Wyoming Publications* 25(3), 1961; el capítulo 6 en Gary Tate ed., *Reflections on High School English* (Tulsa, Okla.: University of Tulsa Press, 1966); y el capítulo 7 en el *Journal of the Kansas Bar Association* 39, Winter 1970.

Agradecemos a Andrew Senior, hijo del autor, el permiso otorgado para la traducción y publicación de esta obra.

Memoriæ piæ patris carrissimi quoque et matris dulcissimæ

hunc libellum filius indignus dedicat in cordibus Jesu et Mariæ

Se ha dicho que la Cristiandad, si es que va a sobrevivir, debe enfrentar el mundo moderno, debe llegar a un acuerdo con la forma en que están las cosas en su actual deriva. Es completamente al revés: si vamos a sobrevivir, debemos afrontar la Cristiandad. La fuerza reaccionaria más poderosa que impide el progreso es el culto al progreso mismo, que, apartándonos de nuestras raíces, torna imposible el crecimiento y hace innecesaria la elección. Estamos expirando en una impotente y perezosa deriva, en la esponjosa calidez de una absoluta incertidumbre. Donde nada es jamás verdadero, ni correcto, ni equivocado, no hay problemas; donde la vida no tiene significado, nos vemos libres de cualquier responsabilidad, del modo en que es libre un esclavo o un carroñero. La futilidad alimenta la negligencia, y contra ella hay una dura alternativa: frente a la incertidumbre radical de acuerdo a la que ha vivido el hombre moderno –como en el juego de la ruleta rusa, sofocado en un indiferente "ahora" entre un click y una explosión, y viviendo por la sombría gracia de las recámaras vacías–, el riesgo de la certeza.

John Senior, Ph. D.

Palabras preliminares

Oh, noche más amable que la aurora...

San Juan de la Cruz

"Qué extraño parece ahora mirar hacia 1941"... Así comienza el capítulo octavo de este libro. Publicado por primera vez en 1978, eso era mirar atrás treinta y siete años. Qué extraño parece mirar atrás ahora hacia 1978, mirando atrás treinta años. Extraño no es la palabra correcta. Este libro no es sólo un registro y análisis de la época en que fue escrito, sino un testimonio profético; no sólo sobrevivió, sino que atravesó esos tiempos turbulentos hasta el nuestro.

Esta explicación detallada de la decadencia de la cultura cristiana, con mucha erudición y penetración literaria, histórica y, sobre todo, filosófica, no es sino una deliciosa e inspiradora prognosis y prescripción. El declive ha continuado y empeorado seriamente; sin embargo, de alguna manera un pequeño grupo de alegres peregrinos chaucerianos ha logrado sobrevivir, y este libro ha sido una de las linternas que han llevado consigo en el camino, una de las pequeñas luces en las tinieblas envolventes, unos pocos fragmentos sosteniendo las ruinas, un hilo de Ariadna para sortear el laberinto del mundo moderno.

La impresión de esta nueva edición es causa de gran alegría y de una esperanza renovada de que todo no está perdido. El hecho de que haya despertado tanto interés y demanda por él es en sí mismo un signo de la naturaleza eficaz de esta obra. Esperamos que este libro provea una idea de la cultura cristiana e ilumine el camino de otra generación.

Puede decirse que toda la vida de mi padre estuvo dedicada a las estrellas, y al amor que las mueve. Si este libro no tiene otro efecto, que al menos mueva al lector a salir fuera y disfrutar lo que Aristóteles y todos los antiguos llamaban "la experiencia primigenia del asombro": observar las estrellas. Si se hace con honestidad y de forma genuina, esto conduce al amor que mueve las estrellas. En su misa de réquiem, el Padre Anglés dijo: "él aún nos habla, a través de su familia, sus amigos y sus discípulos. Aún

nos habla a través de sus obras”. Y concluyó diciendo: “Su nombre está escrito en las estrellas”.

Andrew Senior

24 de noviembre de 2007
San Juan de la Cruz

Introducción

Es... más fácil destruir que construir...

T. S. Eliot

El 21 de mayo de 1972, Laszlo Toth, un geólogo australiano, húngaro de nacimiento, atacó la escultura de la *Piedad* de Miguel Ángel en la basílica de San Pedro en Roma. Mientras corría hacia la estatua con un martillo en su brazo en alto proclamaba: “Yo soy Jesucristo, resucitado de entre los muertos”. Cuando terminó el asalto sobre el mármol, había roto el brazo de la Virgen a la altura del codo, había sacado una porción grande de las cejas y aplastado la nariz. No se presentaron cargos contra él, dado que, al mismo tiempo que el mundo miraba horrorizado, las autoridades estaban convencidas de que sólo un loco podía cometer un acto como ése. Pasó dos años en un hospital psiquiátrico italiano y luego fue liberado y deportado a Melbourne, Australia, donde se cree que aún vive.

Este solo acto contiene en sí toda la locura de los últimos siglos: la creencia de que el hombre se ha convertido en Dios, la afirmación de la primacía de la voluntad individual, una furia ardiente contra las glorias del pasado y el bello arte que las encarnaba, el intento de quitar a la Santísima Virgen y Madre del lugar central que tiene en el plan de Dios para la redención del hombre, la falta de respeto hacia los santuarios sacros y la supuesta inocencia de todos los destructores. Irónicamente, ¿la misma basílica santa no había visto recientemente los trabajos del Concilio Vaticano II y la institución de una nueva liturgia construida por un comité a imagen del hombre? Más de un individuo parece haber golpeado martillos contra las glorias de las tradiciones de la Iglesia Católica y contra la liturgia de sacrificio y adoración divina.

La destrucción de la cultura cristiana ha tenido lugar durante siglos y los Laszlo Toth han sido demasiado numerosos y muy alabados para necesitar alguna clase de enumeración o nombramiento. La estimulación de la destrucción ha impulsado la barca de la humanidad por el río del orgullo y las cataratas del olvido década tras década. Pocas voces han elevado objeciones o tratado de alertar a los pasajeros para que intentasen evitar la destrucción que espera a la nave. Aquellos que lo han hecho serán apropiadamente

honrados algún día. Y uno de los nombres en esa pequeña lista será el del Dr. John Senior: un hombre católico en una era de apostasía y un gran maestro en tiempos de arrogante ignorancia.

La mayoría de sus años de enseñanza los pasó en la Universidad de Kansas, donde ayudó a fundar el destacable Programa de Humanidades Integradas. Con los años, mientras él y sus colegas plantaban la verdad simple en el terreno de la oscuridad, el programa se convirtió en una simiente de sabiduría, conversión y vocaciones; de hecho, su mismísimo éxito significó su desgracia, ya que el príncipe de este mundo, cuya hora ha llegado, no podía dejar que un programa tal prosperara durante mucho tiempo y ninguna universidad moderna podía permitir que sus estudiantes fuesen educados por un gran maestro. Los aliados de siempre, la envidia, la ignorancia y el odio, derribaron el programa. Aquellos afortunados que pudieron estudiar con el Dr. Senior continúan contribuyendo al mundo y de ese modo su trabajo prosigue. El resto de nosotros, que no tuvimos la fortuna de estar presentes en la Universidad de Kansas en esa edad dorada, pudimos sin embargo tener la posibilidad de estudiar a sus pies en estos últimos años.

La muerte de la cultura cristiana, libro originalmente publicado en 1978, ha estado agotado por demasiado tiempo. Es más actual que cualquiera de los libros que gozan de los beneficios de un lugar en las listas de *bestsellers* semanales. Esto sólo es posible porque el libro está lleno de las observaciones del Dr. Senior; y estas observaciones y análisis son grandes verdades que siguen ofreciendo explicaciones acerca del mundo muerto en que vivimos.Todas las ideas que nos cedió a lo largo de estos años se basaban en el supuesto de que la verdad debe comenzar con la realidad. Aparentemente comenzó muchos de sus cursos afirmando con Shakespeare las palabras del personaje Corin, un pastor de *Como gusteis*: “la propiedad de la lluvia es mojar, y la del fuego, quemar”. Un enraizamiento en la realidad como ése debe inevitablemente llevar a la verdad. (No es accidental que una de las herramientas más importantes que utiliza el diablo actualmente para arrastrar las almas a su reino infernal es la realidad virtual en sus diversos aspectos mecánicos, una falsa realidad que reemplaza el orden de la naturaleza creada por Dios por un sustituto demoníaco.)

Esa adhesión cercana a la realidad, y por tanto a la verdad, permitió al Dr. Senior lograr análisis especiales acerca de la catástrofe del mundo moderno. Capítulo tras capítulo de esta clásica obra se relatan los errores envenenadores de la mente que han permitido a la humanidad correr como lémur hacia la destrucción inevitable. El análisis atento de la falsa cultura liberal, del abuso del lenguaje y de las mentiras de la literatura moderna, la mortífera seducción de la filosofía oriental, y así a lo largo de las páginas ordenadas por la claridad de una mente sabia que explica lo que un ojo claro ha visto, hace del libro una obra perenne, al menos hasta que la destrucción sea completa. Las próximas generaciones encargadas de la reconstrucción leerán sin poder creer acerca de la

locura que atrapó a la edad presente, pero debemos agradecer a John Senior el haberla diagnosticado con tanta precisión y calma. Para nosotros, el libro sigue siendo una bandera roja de advertencia; para el futuro, será un documento histórico de un registro atemorizante, no muy distinto a la dura roca de lava que atestigua la destrucción de Pompeya.

En uno de sus ensayos, el Dr. Senior dice:

> La civilización no es la creación de sus bandidos sino de los hombres que han trabajado duro con transpiración en la frente, construyendo el pasado, contra los bandidos, los inmorales, los defensores de la violencia y la muerte. En obediencia a la ley natural y por la gracia de Dios, unos pocos hombres buenos en cada generación han sido barrera para la marea teñida de sangre, aunque ahora parece que, finalmente, nos estamos hundiendo.

Ciertamente, casi nos estamos hundiendo, y este libro nos enseña por qué. Pero incluso en estos tiempos desesperantes, unos pocos hombres buenos siguen la lucha, por la gracia de Dios.

Lector, tienes en tus manos una obra clásica escrita por uno de estos luchadores. Puede que nos haya dejado, pero la verdad de Dios no puede ser silenciada. El Dr. Senior aún es un gran maestro. Tiene mucho que enseñarte. Lee y aprende.

David Allen White

Doctor en Filosofía

8 de diciembre de 2008
Inmaculada Concepción de la Santísima Virgen María

Capítulo 1

¿Qué es la cultura cristiana?

I

Matthew Arnold fue, un siglo atrás, en el mundo angloparlante, una de las bisagras entre el cristianismo y el modernismo. Fue uno de los exponentes más desinteresados y claros de la idea liberal y, como muchos liberales de hoy, se pensaba a sí mismo –de alguna manera– como cristiano. Pero escribió:

> A pesar de los crímenes y las tonteras en los que se perdió a sí misma, la Revolución Francesa deriva de la fuerza, la verdad y la universalidad de las ideas que tomó como su ley, y de la pasión con la que pudo inspirar a una multitud por estas ideas, un poder único y aún vivo; es –probablemente seguirá siendo– el evento más grande, más animado en la historia.

Arnold había absorbido una educación clásica de un famoso padre cristiano. Tenía el mayor de los respetos por el cristianismo, pero no le creía. La Revolución fue el "evento más grande, más animado en la historia", dijo –no la Crucifixión. Estaba convencido de que los revolucionarios habían ido demasiado lejos, en la dirección correcta. El "problema religioso", como lo llama, es cómo concebir un cristianismo puesto al servicio de la revolución.

Una síntesis fresca de los datos del Nuevo Testamento –sin hacerles guerra, a la manera de Voltaire, sin dejarlos fuera del pensamiento, a la manera del mundo, sino reconstruyéndolos de forma nueva, sacándolos del punto de vista viejo, tradicional y convencional y poniéndolos bajo uno nuevo–, es ésta la verdadera esencia del problema religioso, como se presenta ahora, y sólo se puede encontrar una solución esforzándonos en este sentido.

La identificación de lo tradicional con lo convencional es, por supuesto, tan vieja como la sofística y siempre sirve como apertura al cambio. Pero Cristo mismo dijo *"Omnia mihi tradita sunt a patre meo"*. La doctrina cristiana no es el resultado de una convención, aunque sea tradicional: "Todas las cosas me han sido entregadas por el Padre". El cristianismo nunca puede servir a los tiempos. De acuerdo con la Declaración de los Derechos del Hombre, la libertad es el poder de hacer siempre lo que nos plazca,

en tanto no perjudique a otro. En cierto sentido esto puede ser verdad (demostrado que la voluntad esté rectamente formada). Pero, de acuerdo con la idea liberal, “haced lo que os plazca” incluye la voluntad de hacer lo que no debierais. El liberal fija su posición en tierra de nadie, entre “la ley que está en mis miembros” y la “ley que está en mi mente”. En ese lugar precario y autoindulgente, “haced lo que os plazca” está separado del bien. Al hacer el mal a otros, primero que nada nos lastimamos a nosotros mismos, porque hacer el mal es lo peor que puede pasarle a un hombre. Y porque somos miembros de la raza humana, lastimamos a la especie incluso sólo mediante un acto dirigido únicamente contra nosotros. Si otros consienten, el daño recíprocamente daña a cada uno. No existe algo así como un crimen sin víctimas, del mismo modo que no hay nada gratis. No existe algo así como un cristianismo en que los mandamientos de Dios se acomodan a los derechos del hombre.

Para salvar las apariencias y asegurar una útil continuidad social, el liberal piensa que la “religión” debe salvarse, aunque al servicio de la revolución y de su nueva cultura, en la que Dios dependerá para Su existencia de nosotros. “La religión”, escribe Arnold,

> es el mayor y más importante de los esfuerzos mediante los cuales la raza humana ha manifestado sus impulsos para perfeccionarse.

Pero ningún ente contingente en sí mismo puede ser la causa de su propia perfección; tampoco pueden, dada una infinidad de entes contingentes cada uno dependiente de otro, siquiera todos juntos ser causa de su propia perfección. Más bien, algún ente debe existir necesariamente, si alguno existe en forma contingente. Para Arnold, ese orden está dado vuelta. Lo necesario se convierte en dependiente de lo contingente. Y la religión es

> la voz de la experiencia humana más profunda, [que] no sólo impone y sanciona el fin cuál es el gran fin de la cultura, el de permitirnos descubrir lo que es la perfección y hacerla triunfar; sino que también, al determinar en términos generales en qué consiste la perfección, la religión arriba a idéntica conclusión que... la cultura.

Para Arnold, la religión obra junto al arte, la ciencia y la filosofía para lograr lo que él llama “perfección”. Desafiando la etimología, define la perfección:

> Es en el hacer interminables adiciones a uno mismo, en la interminable expansión de sus poderes, en interminable crecimiento en sabiduría y belleza, que el espíritu de la raza humana

> encuentra su ideal. Para alcanzar este ideal, la cultura es una ayuda indispensable, y es ése el verdadero valor de la cultura. No el tener o el durar, sino el crecer y el hacerse son los caracteres de la perfección.

Dije "desafiando la etimología" porque la raíz de la palabra *perfección* –exactamente lo opuesto a "hacerse"– significa "hecho", "completo", "en descanso total", "haberse hecho": *per-facere*. "Alcanzar el ideal", dice Arnold. Pero ¿cómo puede alcanzarse un ideal de "crecimiento interminable"? He aquí un viejo sofisma revestido de un nuevo principio de la religión liberal: que la perfección es hacerse. La tarea histórica actual –la tarea histórica siempre actual en cualquier era– es la revolución, aunque Arnold en forma más sutil insista en que la revolución se logra mejor reinterpretando antes que simplemente destruyendo el pasado. En la raíz metafísica de este error está la falla de Heráclito para resolver el problema de lo uno y lo múltiple. Porque nada nunca es, dicen, no hay nada constante, sólo un flujo continuo.

A partir de esta falsa idea del "hacerse" se sigue inmediatamente, y Arnold lo pone en el mismo párrafo, que la cultura liberal debe ser colectivista. Ya que en un movimiento sin fin y contradictorio no hay una sustancia permanente. Una persona es una no-entidad sin sentido, por lo que una suma de no-entidades coaguladas, por su misma contingencia coagulada, debe de alguna manera crear su ser frente a ellas mismas, digamos. Es una clase de truco, como el de la soga india, en el cual un tejido de no-entidades arroja su finalidad hacia el aire y trepa tras ella. Ésta es la base de un evolucionismo religioso –con frecuencia confundido con la idea exactamente contraria de Newman acerca del desarrollo de la doctrina– en el cual toda la creación está para siempre contenida en su propio petardo. Evolución, dice Newman, no es desarrollo. En el desarrollo, lo que es dado de una vez y para siempre al comienzo, es meramente explicitado. Lo que fue dado de una vez y para siempre en la Escritura y la Tradición ha sido clarificado en generaciones sucesivas, pero sólo por adición, nunca por contradicción; por el contrario, la evolución funciona mediante la negación. Newman dedica un capítulo entero de su *Ensayo sobre el desarrollo de la doctrina cristiana* a refutar la idea de que algo contrario al dogma pueda ser alguna vez un desarrollo apropiado, ni algo que no se encuentre en el consenso de los dogmas de los Padres. Visto en forma positiva, el desarrollo es radicalmente conservador, permitiendo sólo aquel cambio que ayude a la doctrina a seguir siendo verdadera al definir los errores que aparecen en cada edad. La doctrina crece –así lo pone Ronald Knox en una figura casera– como el casco de un caballo, al trotar sobre terreno duro y desparejo.

Los mejores de nosotros tendemos al sofisma cuando una verdad obvia contradice un deseo fuerte. Comisiones ecuménicas recientes de varias iglesias han tratado de encontrar vínculos de unidad reconstruyendo los artículos de su fe, de modo de hacer lugar a

los artículos contradictorios de la fe sostenida por otros. Los protestantes y los católicos pueden retener o desechar sus identidades al mismo tiempo. Jacques Maritain, por ejemplo, hablando de una declaración del Concilio de Florencia notoriamente dañina de cualquier clase de convergencia de doctrina [1], dijo:

> Lo que importa aquí es la declaración en sí misma, no la manera en que ella fue entendida en su época [...] de acuerdo a la mentalidad de la época, sin haber sido conscientes de su ambigüedad [...] Es con el tiempo que la ambigüedad en cuestión apareció –y al mismo tiempo trastocó el verdadero sentido en el que la declaración debe interpretarse. Ha habido una mutación, no respecto a la declaración en sí misma, sino respecto a la manera en la cual aquéllos que la formularon la entendieron. La declaración es infaliblemente verdadera (en tanto la comprendamos correctamente).

Con seguridad ningún protestante cuerdo aceptará un argumento como éste al precio de la paz, porque toda la revelación cristiana, la autoridad de la Iglesia, toda autoridad, la noble mente de Maritain, y la misma razón son aquí desechadas. “Las palabras –decía el sombrerero loco a Alicia– significan exactamente lo que yo digo que significan”. ¡Ve al comienzo! Arranca de nuevo. Estamos aquí en el primero de los primeros principios. Una definición que incluye su contradicción no es ninguna definición. Y cualquier acuerdo de teólogos que piensen de esta manera es una trampa. Estarás firmando un contrato que es un panfleto, de acuerdo a la mentalidad actual, que mañana no valdrá ni el papel en que está escrito. La paz al precio de la propia razón sólo puede ser la “paz demoníaca” de que habla San Agustín como de la persecución violenta de la injusticia. No. Es más del interés de todos mantener las distinciones claras. La actual defección de los teólogos católicos apartándose de sus propias doctrinas explícitas y siguiendo las puerilidades de la alta crítica, es el peor fracaso para los protestantes. Si debemos amar a los otros como a nosotros mismos, es que debemos amarnos los unos a los otros, pero no a nosotros pretendiendo ser otros y, al mismo tiempo, pretendiendo que los otros sean nosotros. Es fácil para gente de buena voluntad (y de mala voluntad) juntarse afirmando contradicciones. “La declaración es infaliblemente verdadera [siempre que se comprenda correctamente]”. Eso o es una obviedad –cualquier cosa debe ser entendida correctamente– o lo que solía llamarse un “jesuitismo”. ¿Entendido por quién? Los evangelios, las epístolas, la ley y los profetas, los credos, las confesiones, todo esto es infaliblemente verdadero si “se entiende correctamente” de acuerdo con los ideales de la Revolución Francesa y la mente de Maritain... ¿Infalible? Esa música tiene un destino de muerte. La única forma racional para que los protestantes y los católicos se lleven

1 *Nemo potest extra ecclesiam salvus esse*: La salvación es imposible fuera de la Iglesia.

bien es practicar la difícil virtud de la tolerancia, no falsificar los reclamos de ambigüedades.

"Una síntesis fresca de los datos del Nuevo Testamento", apura Arnold. "Sin hacerles guerra, a la manera de Voltaire, sin dejarlos fuera de la mente, a la manera del mundo, sino reconstruyéndolos de forma nueva". Francamente, prefiero a Voltaire; el zorro a la comadreja; el lobo con piel de cordero al lobo disfrazado de pastor. Arnold explica cómo debe involucrarse a la colectividad en esta reconstrucción del Nuevo Testamento:

> La expansión de nuestra humanidad para acomodarse a la idea de perfección que conforma la cultura, debe ser una expansión general. La perfección, como la cultura la concibe, no es posible mientras el individuo permanece aislado. Se requiere del individuo, bajo pena de quedar atrofiado y debilitado en su propio desarrollo si desobedece, que lleve junto consigo a otros en su marcha hacia la perfección, haciendo continuamente todo lo que pueda para agrandar e incrementar el volumen de la corriente humana, arrasando con todo en esa dirección. Y aquí una vez más, la cultura hace recaer en nosotros la misma obligación que la religión; como lo puso admirablemente el obispo Wilson, "promover el reino de Dios es acrecentar y acelerar nuestra propia felicidad".

Allí va, colocando una nueva construcción sobre el significado llano de las palabras; con seguridad el obispo no pensaba que el reino de Dios es la cultura. Para el cristiano, promover el reino de Dios acrecienta nuestra propia felicidad porque en el amor al prójimo como a nosotros mismos acrecentamos nuestro propio amor a Dios, que es participación en la vida eterna. No tiene nada que ver con la perfección de la ciudad secular. Arnold ha identificado el reino de Dios con la idea de Bentham del mayor bien para el mayor número. Ha repetido la estupidez de Auguste Comte quien, como lo dijo Christopher Dawson, creía que la humanidad era una realidad mientras la persona individual era una abstracción. Es notable la cantidad de veces que usa abstracciones como si fuesen agentes personales: "como lo concibe la cultura [...] la cultura hace recaer en nosotros la misma obligación". Arnold no está interpretando la doctrina cristiana sino parodiando el viejo hedonismo colectivo con nuevos ropajes. El "problema religioso" para los cristianos ha sido siempre el mismo: amar a Dios con todo nuestro corazón, con toda nuestra alma, con toda nuestra mente y con toda nuestra fuerza, y a nuestro prójimo como a nosotros mismos.

Lo que el modernista quiere decir con "mentalidad" o "mentalidad de la época" es la imaginación, la cual da una especie de conocimiento a medio camino de los objetos materiales. La imagen, hasta el punto en que existe, existe en la mente, de modo que la realidad fuera de la mente está espiritualizada, pero sin embargo retiene los accidentes de su existencia concreta, sus cualidades externas: cantidad, forma, color, etc. Cuando la imaginación se toma como el término de la mente y se usa para juzgar el significado de

la doctrina, los conceptos son reducidos a imágenes; lo que deseamos puede parecernos lo que es. De ese modo, en el primer tipo de error que la imaginación puede cometer, la mente simplemente no "ve" el concepto –naturalmente, porque los conceptos son invisibles– y rehúsa por lo tanto reconocer su existencia. En el segundo tipo de error, la imagen toma el lugar del concepto y obtenemos la reacción llamada "epifanía" por Joyce ("Dios es un grito en la calle"); de ese modo la teología y la filosofía se convierten en poesía, y la razón en metáfora. Los "sistemas" filosóficos y religiosos se disfrutan como si fueran obras de arte; podemos preferir el cristianismo o el budismo, admirando ambos, o las metafísicas de Platón o Spinoza.

A menos que la mente logre su perfección en la realización de juicios conceptuales, la religión y la filosofía no pueden entenderse; y sin religión ni filosofía, toda actividad humana está sin timón. Rodeados como estamos por un terreno imaginativo hedonista y hasta demoníaco, no es imposible, por supuesto, pero muy difícil para el intelecto captar ideas como "espíritu", "alma" y "Dios". Estamos doblemente bloqueados: para restaurar la imaginación debemos poner al intelecto en el lugar apropiado; pero para poner en su lugar al intelecto, primero debemos restaurar nuestra imaginación.

El estudio de la filosofía y la teología no curan una imaginación enferma, y cualquiera con una imaginación enferma es incapaz de estudiar filosofía y teología. Las popularizaciones como las de Gilson o Maritain, aunque sean saludables, son insuficientes. Comenzaron una moda neoescolástica que, como las otras modas, se agotó y desapareció, porque el estudio apropiado de estos temas presupone una inmersión en la cultura cristiana. A pesar de una vida de estudio de Santo Tomás, Maritain mismo, cegado por el deseo, cayó en los mismos errores que había refutado en otros.

Lo que es más llamativo acerca de los nuevos teólogos –incluso de Maritain– es no sólo la teología sino lo vulgar. Celebran la poesía y el arte surrealista. Parecen realmente creer que el cristianismo puede ser "actualizado" traduciendo sus conceptos en literatura extraña y barata –en música medida sólo por los decibeles de ruido. La palabra "cultura", tal como la usan, es de hecho ambigua: en su sentido estricto sólo hay una cultura, la cristiana del Occidente latino. En otro sentido, del modo usada por los antropólogos, significa cualquier medioambiente –y de ese modo podemos hablar de "cultura" bantú o británica. Sin embargo, la única forma de llevar el cristianismo a los bantúes o británicos es llevarles la ropa, las sillas, el pan, el vino y el latín. Belloc estaba exactamente en lo correcto con su famoso epigrama: "Europa es la fe; la fe es Europa". Los fundamentos profundos del protestantismo inglés, e incluso de la poesía neopagana, son la misa latina y el oficio benedictino. Si queremos llevar el cristianismo a otras culturas en el sentido antropológico, debemos primero restaurar la cultura real del cristianismo en nosotros. Con demasiada frecuencia hemos exportado una cáscara misionera vacía junto al capital económico. Cristo nació en la plenitud de los tiempos en un lugar preciso. La

cultura clásica era y es la *praeparatio fidei*, su filosofía y su literatura, el oro y la plata griega que el cristianismo ha llevado consigo en su peregrinaje. La Iglesia ha crecido a su modo particular y siempre ha llevado sus hábitos con ella, de modo que donde quiera que ha ido fue una cosa europea; estirada, adaptada, pero esencialmente una cosa europea.

El comienzo de la cura de la teología enferma, para los angloparlantes, es el aprendizaje escolar de Chaucer, Shakespeare, Milton e incluso Matthew Arnold, en los sonidos disciplinados de la música inglesa honesta:

Tal música (como se dice)
antes de ser compuesta,
pero cuando de los viejos hijos del canto matinal,
mientras el gran creador
sus constelaciones fijó,
y el bien balanceado mundo colgó,
y profundo los fundamentos enterró,
y las olas arrolladoras mantuvo por su fangoso canal. [2]

II

La cultura, como en “agricultura”, es el cultivo del suelo del que crecen los hombres. Para determinar los métodos apropiados, debemos tener una idea clara acerca del cultivo. “¿Qué es el hombre?”, preguntaba el viejo catecismo inglés, y respondía: “Una criatura hecha a imagen y semejanza de Dios, para conocerlo, amarlo y servirlo”. Por lo tanto, la cultura tiene claramente este simple fin, sin importar qué tan complejos o difíciles sean los medios. Nuestra felicidad consiste en una perfección que no es una mera explosión hedonista interminable en el tiempo y el espacio, sino el logro de aquel amor y conocimiento definitivo que es final y completo. Toda la parafernalia de nuestras vidas, intelectual, moral, social, psicológica y física, tiene este fin: la cultura cristiana es el cultivo de los santos.

Ha habido muchas “culturas” en el otro sentido desde la Caída, muchos intentos de establecer un nuevo Edén para el hombre. La mayoría de ellos han estado gobernados por

2 John Milton, *On The Morning Of Christs Nativity*, XII (trad. libre). [Nota del traductor]

[...] demonios, unánimes todos,
confiaron la dirección de tan delicada empresa a su gran Dictador,
cuyo primer ataque contra la humanidad había contribuido
tan poderosamente a la pérdida de Adán,
y que desde las profundas bóvedas de las cavernas infernales
condujo a sus cómplices a la región de la luz,
donde eran gobernadores, potentados, monarcas,
y hasta dioses de muchos grandes reinos y vastas provincias. [3]

Fue algo lamentable leer entre los papeles de un misionero benedictino en la India que censuraba a San Francisco Javier por haber dicho que los dioses hindúes eran diablos, una actitud que el monje encontraba "medieval", lo cual de hecho es, pero también es barroca, neoclásica y romántica, y universalmente cristiana, como atestiguan los Salmos y *El Paraíso perdido*:

Pues todos los dioses de los gentiles son demonios (Salmo 96, 5) y
ellos en su soberbia pertinaces, otros nuevos después sustituyeron,
sacados de las más viles pasiones, según que los juzgaron eficaces
para engañar a los míseros humanos, hacerse tributar adoraciones,
tener altares, y de inciensos vanos saciar su orgullo, cual si Dioses fueran
y a ellos todos los cultos se debieran: con efecto, a los hombres pervirtieron;
entre ellos esparciendo mil errores, que de Dios se olvidasen consiguieron,
y les prostituyesen los honores divinos, que al Criador sólo debían,
bajo extraños nombres y figuras, ya de astros que en el cielo relucían,
ya de monstruos, ya de hombres, de reptiles, y aun de plantas, y de entes los más viles,
uniendo el culto con las más impuras costumbres, y delitos vergonzosos,
gratos a aquellos ángeles odiosos; la pompa, el esplendor y la alegría,
que a aquel perverso culto acompañaban, más y más a los hombres engañaban. [4]

Así comienza Milton su horrible catálogo del gran concejo de Satanás en el Pandemonio, comenzando con Moloch y los demonios mencionados en el Antiguo Testamento, siguiendo con otros menos maliciosos por el frío y aireado camino hasta el Monte Olimpo. El ideal griego también, aunque nos preparó para la Fe a pesar de sí mismo –estando el Diablo en el partido de Dios sin saberlo– es de inspiración demoníaca. Sócrates era guiado por un demonio. La filosofía griega, incluso en su culmen con Platón y Aristóteles, al rechazar el hedonismo egoísta y estrecho, está basada en uno amplio y

3 John Milton, *El Paraíso Recobrado* (trad. de Cayetano Rosell, Montaner y Simón ed., Barcelona, 1873). [N. del trad.]

4 John Milton, *El Paraíso Perdido* (trad. de D. J. de Escoiquiz, Luis Navarro ed., Madrid, 1882). [N. del trad.]

noble. El Hermes de Praxiteles, cuyo torso de mármol brilla como la piel, está esculpido como una figura tal que el ojo es forzado a mirar hacia abajo, hacia genitales fríos e infecundos; es la lujuria pederasta que infecta todo el arte y el atletismo griego, incluso arruinando la fina poesía de Platón. Pero miremos a Juan el Bautista, llevando en sus hombros al cordero, vestido castamente mientras se para entre los profetas del pórtico norte de Chartres. Allí el ojo es llevado más allá, hacia la fecunda Virgen que lleva a Cristo, el Cordero de Dios que quita los pecados del mundo. Lo mejor del arte griego –ni hablar del hindú– está desordenado por la primacía de lo sensual. Héctor mismo, el mejor de todos los padres de familia no cristianos, no pudo responder los cuestionamientos de Paris, quien dijo que cada cual tiene su don, algunos de Zeus, algunos de Ares, algunos de Afrodita. La belleza divorciada del bien es peor que la fealdad, pues es más seductora. Todas aquellas

[...] su figura, sus armas, su estatura,
su vigor, nada tienen de mortales:
de resplandor vestidos centellean,
como que sobre tronos celestiales
algún día sentados estuvieron;
mas ya sus malhadados nombres fueron
para siempre del libro de la vida
borrados, por la culpa cometida.
[...]
Moloch al frente está de los primeros,
Moloch, que de los llantos lastimeros
maternales, gozoso se apacienta,
y de sangre de niños se alimenta,
cuando sobre sus bárbaros altares
los ve sacrificados a millares. [5]

A través de la odiosa letanía de los dioses egipcios y mesopotámicos, Baal, Astarté, Tamuz, Dagón y el resto, Milton llega hasta el vicioso príncipe de Sodoma:

[...] después al jefe se presenta.
Entre cuanto rebelde malhechor
el infierno contiene, no se cuenta
otro más acreedor a aquel castigo:
es de todos los vicios el amigo.
Por todas partes los propaga ardiente,

5 Idem.

los ama, meramente
porque lo son. De su odio es el objeto
la virtud sola, a que jamás perdona.
Nunca de los humanos el respeto,
el culto, los inciensos lisonjeros
apreció, cual los otros compañeros;
este impuro demonio no blasona
sino de que en la furia y la malicia
le ceda toda la infernal milicia.
Su mayor complacencia
es la de penetrar lo más interno
del templo santo, y en el escogido
gremio de sus ministros, la licencia
introducir del vicio, y el olvido
fomentar, y el desprecio del Eterno.
Cuando de Elí los hijos ultrajaron
el templo augusto, con su atroz violencia,
sus artificios solos lo causaron.
este espíritu infame se complace
en los palacios, y en las cortes hace
su mansión más frecuente; se recrea
en correr las ciudades más viciosas,
sobre sus torres plácido volando
se cierne, cuanto pasa examinando:
desde allí con delicia saborea
las risas, las canciones lujuriosas,
las riñas, las venganzas, los gemidos
de la inocencia, y la desenfrenada
disolución, contra ella encarnizada,
único incienso grato a sus sentidos.

Pero leamos el diario:

> Lieja (UPI) - La fiscalía exigió el jueves el veredicto de culpable para una joven madre, cuya familia y médico acusaron del asesinato de su hija discapacitada [...] La Sra. Van Put admitió haber alimentado a su hija de siete días con una dosis letal de miel y barbitúricos.

"Dulces dones a mi dulce amiga. A Dios" [6]. Al día siguiente leímos: "Abogado del médico hace emocionar a la corte":

6 William Shakespeare, *Hamlet*, acto V, escena 1, verso 243 (trad. de Inarco Celenio, 1798). [N. del trad.]

Lieja (UPI) - Un abogado que defiende a un médico acusado de prescribir las drogas que fueron usadas por una joven madre para matar a su hija niña deforme, hizo emocionar a la corte el viernes [...] Cientos de espectadores lagrimearon cuando el abogado Jacques Henry se volvió hacia el médico y dijo: “Usted ha actuado como un hombre y estoy extremadamente orgulloso de poder llamarme su amigo”. Henry contó al jurado en su alegato que conocía al Dr. Casters desde hacía treinta años y que había crecido con él. Dijo que el Dr. Edouard Weerts, el medico que había traído al mundo a la niña deforme, había limitado su compasión a recetar un sedante a la madre bajo shock y ofrecerle una silla luego de que ella le rogara que matara a la niña, llamada Corina. “Si tuviese que elegir en el dilema moral, preferiría estar en la piel del Dr. Casters y no en la del Dr. Weerts”, dijo Henry.

“¡Ven, Corina, ven!” –miel en una cuchara. Y la corte se “emocionó de compasión”.

La defensa apeló a los miembros del jurado rogándoles que consultasen su conciencias en vez de los artículos del Código Penal...

“Los argumentos presentados por la fiscalía no pueden ser apreciados sobre la base del Código Penal. Vuestra conciencia debe ser la única guía”. Hablando en una voz tranquila, casi monótona, [el abogado defensor] delineó la vida temprana [de la Sra. Van Put] y luego describió el momento cuando por primera vez se le mostró el bebé. “Todos sabemos lo difícil que fue para esta mujer dar a luz a este niño”, dijo. “Sabemos lo mucho que sufrió... Los pocos cientos de metros que tenía que caminar desde su habitación hasta el lugar donde estaba su bebé eran un verdadero calvario”.

Stabat mater dolorosa. Sí, ¿un calvario donde la Virgen María alimenta a su Hijo con barbitúricos y miel? Thoreau dijo, durante la entonces crisis pendiente, que la frontera no cruzaba el interior sino la capital –más propiamente, cruza cada corazón. Está aquí en cada uno de nosotros, y tiene que ver con los principios, las definiciones, los códigos penales, la conciencia y la vida y la muerte de niñitas. No es casualidad que la decadencia siempre ha estado acompañada del odio hacia los niños; no fue casualidad que Herodes masacrara a los Santos Inocentes, que Moloch y los dioses de D. H. Lawrence bebieran sangre humana en odiosa envidia de la Eucaristía, que ven con su inteligencia pero no pueden amar. No es, por supuesto, casualidad que Cristo sea adorado –por los pastores y los magos, los más simples y los más sabios– como el niño, que está siempre presente, especialmente en el fino disfraz de una niñita sin brazos nacida en medio de dolores. Barbitúricos y miel.

Otro titular: “Madre y otros cuatro, absueltos”.

Lieja (UPI) - Un jurado compuesto todo de varones la noche del sábado absolvió a la joven madre y otras cuatro personas por la muerte piadosa con Talidomida de su hija bebé deforme de

> una semana de vida que tuvo lugar en mayo pasado. Un clamor de aprobación agradeció el veredicto en la corte fuertemente custodiada donde 12 hombres votaron “no culpable” luego de deliberar durante dos horas. El presidente de la corte llamó al orden, pero reinó la algarabía.

Júbilo. Pero no el de los ángeles y las estrellas que cantaron en la mañana de Navidad. Si no hay lugar en la taberna, ¿no hay lugar en el establo? ¿No había nadie que pudiese haber amado a esta niñita y entendido la bendición que ella pudo haber sido? La función del jardín de las almas es cultivar no sólo a los grandes santos públicamente canonizados, sino a la oculta vida de santidad en cada uno de acuerdo a sus dones. Esta niñita también tenía dones. No se trata de que unos deban vivir a expensas de otros, sino de que todos seamos enriquecidos por todos. Ésta es la economía de la empresa privada del amor: se genera. El amor es fecundo. El amor no es sólo un medio para un fin, como una ruta, sino una especie de propulsor. Es como subir una escalera mecánica, o nadar con la corriente –traer niños al mundo, amar niños, alentar su crecimiento, aliviar su sufrimiento, y sufrir uno con ellos incluso aunque nos cueste la muerte. ¿Cómo pudo ser que dijeran, “mátala, mátala”, y que la corte aprobara, la muchedumbre se alegrara en aprobación y “reinase la algarabía”? Ningún niño ha sido alguna vez tan deforme como esa madre, esos doctores, esa corte y esa muchedumbre. Y ahora las universidades y los medios masivos alimentan a las pobres niñas con miel y barbitúricos día y noche, inyectándoles a jóvenes corazones admirados la amarga doctrina de la liberación letal anticristiana, el gusano asesino, de lesbianas y amazonas que odian cocinar y coser, que a ningún joven pueden amar, para quienes un niño, si sucede, es considerado un crecimiento parasitario, que debe ser arrancado y tirado en un cesto de basura, y convertido en jabón.

Traer niños a este mundo, amar a su marido en matrimonio: la labor de una mujer es propalada por alegrías que no pueden ser sobrepasadas en esta tierra. Son figura del amor del alma por Cristo, por el cual no sólo crecemos sino que crecemos y multiplicamos.

El Grupo de “Población Cero” prefiere la anticoncepción y el aborto porque, dice, el mundo no puede sostener el crecimiento geométrico de la cantidad de gente. Ha revivido el error del sociólogo amateur del siglo XVIII, Malthus, quien aplicó la ciencia abstracta de la geometría a seres concretos, reales, contingentes y humanos –y por lo tanto caprichosos– lo cual nunca funciona. Si una tendencia prosigue, dice, algo ocurre. Pero la tendencia no prosigue y sorpresas insospechadas ocurren. Como termina siendo –sabemos esto no por proyección geométrica sino por la observación de lo que ha pasado– en las primeras etapas de la transición de una sociedad agrícola a una industrial, hay una explosión de la población porque la tecnología médica reduce la mortalidad infantil. Hay explosiones nuevamente en tiempos de alegría y esperanza: unos pocos años de paz tras la guerra, la prosperidad tras la depresión, la libertad tras el

totalitarismo. Han habido incluso movimientos locales cuando una tormenta de hielo rompe las líneas de transmisión eléctrica y mata los televisores, cuando los esposos descubren una inesperada noche de alegría y esperanza alejada de las últimas noticias.

Pero la cruel verdad es que la industrialización hace aparecer unas paralizantes glotonería y codicia en las cuales se cuantifica la calidad de vida. Paradójicamente, uno no puede darse el lujo de tener hijos en la sociedad afluente. El mundo nunca ha sido tan rico y miserable como en estos edenes climatizados donde otro hijo arruinaría los planes para adquirir un segundo automóvil. No hay una bomba poblacional. En realidad es todo lo contrario: la pregunta es si la sociedad industrial es capaz de reproducirse.

Malthus dijo hace doscientos años que el crecimiento de la población iba a acabar con la provisión de comida en Inglaterra alrededor de 1850. Estaba salvajemente equivocado. Para 1850, Inglaterra tenía Birmingham y Manchester, con sus "oscuros molinos satánicos" [7], y la agricultura científica. El Grupo de "Población Cero" predijo hambrunas masivas en la India en 1972: equivocación salvaje. Los indios tienen el socialismo y los granos híbridos. Las predicciones maltusianas fallan por dos razones: 1) en las sociedades industriales la fertilidad cae; y 2) los seres humanos tienen inteligencia.

Dicen que un planeta finito no puede sostener un incremento infinito de la población. La Tierra, dicen, es como una nave espacial con recursos para la vida limitados. Pero el hombre es parte de la Tierra y no es que simplemente está sobre ella, y el planeta Tierra por lo tanto no es para nada una esfera finita, sino que cuando el hombre se multiplica, la inteligencia se multiplica, infinitamente. Los recursos para la vida están limitados únicamente por la inteligencia del hombre; y la inteligencia no está limitada. Josué de Castro, fundador y director de la Organización de las Naciones Unidas para la Agricultura y la Alimentación, y uno de las cinco o seis personas más renombradas en el campo de los problemas de población humana, armó el argumento en una frase sucinta: "Cada vez que nace un niño, no sólo nace una boca más que alimentar, sino manos y un cerebro".

No hay bomba poblacional, e incluso si la hubiera, incluso si las más salvajes proyecciones geométricas fuesen ciertas, el mundo seguiría siendo bastante igual –problemático, riesgoso, contaminado, desafiante y bueno–, porque a medida que se multiplican los hombres, la inteligencia y la voluntad se multiplican, para bien y para mal, más ricas y más pobres. Siempre estamos en el filo de la navaja de la gloria o la aniquilación. La población del mundo se duplicó cuando Eva tuvo dos hijos; fue cortada en

7 *"Dark Satanic mills"*, verso del poema corto de William Blake *And Did Those Feet in Ancient Time*, prefacio de la épica *Milton: A Poem*. La letra del poema fue adoptada como letra del himno *Jerusalem*, que identifica la Nueva Jerusalén del Apocalipsis con Inglaterra. Los "oscuros molinos satánicos" son las chimeneas de las fábricas, y en Inglaterra suele utilizarse la expresión en relación a los efectos de la industrialización sobre la naturaleza y las relaciones humanas. [N. del trad.]

cuartos por Caín. Hoy miramos el Lago Erie y Los Ángeles, la gente hambrienta en la India, niñitas desesperadas, embarazadas y solteras en los suburbios, y entramos en pánico. ¿Qué causa el mal ecológico y sociológico? Los hombres, decimos. Los hombres contaminan. Si multiplicamos a los hombres, dado que son malos, multiplicamos la maldad y la destrucción. Por lo tanto, tengamos un Crecimiento Poblacional Cero; restrinjamos el crecimiento del mal restringiendo los nacimientos de los hombres. La experiencia traumática de la maldad genera un síndrome de Hamlet. Cuando Hamlet descubrió que su padre había sido asesinado por su tío casado con su madre, esta podredumbre en Dinamarca, esta contaminación moral y física lo puso en shock. Dijo a la pobre Ofelia: "Mira, vete a un convento, ¿para qué te has de exponer a ser madre de hijos pecadores?" [8]. ¿Hombres cuerdos realmente creen que pueden aliviar la maldad reduciendo el número de gente? ¿La codicia y la lujuria quedarían satisfechas si sólo dos personas quedaran sobre la faz de la Tierra y ella fuese el Paraíso? El problema no está en el número de gente, sino en lo que la gente hace. Un único Hitler con una bomba atómica puede destruir el mundo. Pero tratando de evitar el nacimiento de Hitler, evitamos el nacimiento de Cristo. Llevemos el problema al más alto nivel, que se sigue del "ser o no ser" de Hamlet. Y ésa no es una pregunta científica. Crece y se multiplica porque cada ser humano refleja en forma única el significado del universo. Un mogólico pequeño y lisiado que vive aunque sea un solo día, una vieja anciana sin dientes y babeante con olor a muerta pero aún viva, responde aunque sea con un movimiento de ojos, y ese movimiento es de valor infinito, vale todo el universo. Si no lo cuidamos, necesitamos un trasplante de corazón. Creced y multiplicaos: por supuesto que implica un riesgo. Cuando los novios se hacen promesas hasta la muerte, están diciendo algo radicalmente audaz que ningún geómetra puede medir, ni ciencia alguna comprender. El amor es un acto de generosidad, cuya raíz es "generar", dado que la vida inteligente es el mayor regalo en la naturaleza. Queremos más niños porque el bien es difusivo y el amor crece al darse. Venga lo que sea, venga lo que pueda, cualquiera sea el riesgo, es un riesgo de certeza de que la vida humana es buena. Cuanto más, mejor.

La higuera dio sus primeros frutos y las viñas en flor exhalan su perfume.

¡Levántate, amada mía, y ven, hermosa mía! [9]

8 William Shakespeare, *Hamlet*, acto III, escena 1, versos 121-122 (trad. de Inarco Celenio, 1798). [N del trad.]

9 Cantar de los Cantares 2, 13. [N. del trad.]

III

En la vida ordinaria de los hombres en la cultura cristiana, que trabajan no sólo con el sudor de sus frentes sino por el amor de sus familias, hay también amor al trabajo.

Cuando los hombres cortan madera o van a la guerra o hacen el amor a sus esposas, y cuando las mujeres tejen o lavan o devuelven ese amor, están trabajando no sólo para terminar la tarea de modo que sus hijos nazcan y crezcan y tengan ropas que usar y alimentos que comer. Trabajan de modo que sus hijos sean algún día santos en el cielo. Trabajan como el mismísimo instrumento del amor de Dios para crear una especie de jardín celestial aquí y ahora en el hogar, por el cual cada hacha se convierta en un violín, cada telar en un arpa, cada día en una plegaria, cada hora en un salmo.

El escéptico dice: "muéstrame". Y decimos: "allí". Allí, en todos lados en granjas, talleres, casas, incluso en una universidad e incluso –especialmente– en pequeñas cunas donde niños discapacitados yacen. Este juez, esta mujer, este doctor, este padre... ¿Dónde estaba el padre? ¿Dónde estaba el marido de esta pobre mujer distraída, que pudo haber dicho "éste es mi amado", cuando la corte belga, entre "algarabía", bebió su sangre?

John Maynard Keynes proclamó el evangelio económico de estos tiempos cuando dijo:

> La avaricia y la usura y la precaución deben ser nuestros dioses por un tiempito más. Pues sólo ellos pueden guiarnos fuera del túnel de la necesidad económica hacia la luz. [10]

De acuerdo con esta idea, todos los hombres serán felices y buenos sólo cuando todos los hombres sean ricos. Para curar la guerra, el crimen, la violencia, el odio e incluso la falta de afecto, incrementemos el Producto Bruto en forma tan masiva como para que haya más que suficiente de todo para absolutamente todos.

Hace mil quinientos años, Boecio, primer ministro de Roma, esperando su ejecución en una celda bajo órdenes de un dictador bárbaro, Teodorico, reflexionó acerca del enorme producto bruto de su imperio y concluyó que la satisfacción del deseo se podía lograr mejor si se quería menos. El problema de Keynes –lo dijo de los epicúreos que tenían la misma postura– es que dado que la mente humana concibe ideas universales, los deseos son infinitos y la codicia nunca puede saturarse lo suficiente. Las guerras no son causadas por naciones pobres sino por naciones ricas; y los crímenes más grandes no son la consecuencia de los barrios pobres sino por exactamente lo contrario: los

10 Ver E. F. Schumacher, *Small is beautiful*, London, 1973. [Hay varias ediciones en castellano con el título *Lo pequeño es hermoso*, n. del trad.]

barrios pobres son causados por esa gentil criminalidad que acecha en los clubes de campo y los yates.

Análogamente, el educador keynesiano piensa que el camino hacia la felicidad de la mente es a través de la multiplicación bruta del conocimiento. Dice que no habrá ignorancia cuando todos los hombres lean todos los libros de todas las materias, y cuando todo el mundo sea un laboratorio de experimentación; mientras que Sócrates dijo que la mayor sabiduría está en saber que uno no sabe nada, y San Pablo en que la sabiduría del mundo es necedad.

Todo estudiante quiere una buena educación; los padres y los contribuyentes que pagan la matrícula de la universidad quieren que ella se los dé. Pero, ¿el único objetivo de la educación es enseñar a los jóvenes cómo ser buenos científicos o empresarios? ¿Hemos olvidado la larga tradición de "lo mejor de lo que ha sido pensado y dicho", según la frase de Arnold, ese necesario correctivo contra la idea groseramente materialista que se ha convertido, contra la explícita orden de la Constitución, en la religión oficial de los Estados Unidos? La larga tradición de la civilización occidental dice que la educación es la adquisición no sólo de habilidad sino de disciplina, lo que a su vez quiere decir no ejercitar el corazón, el alma, la fuerza y la mente al servicio de nuestros apetitos, sino la sujeción de estos apetitos al gobierno de la inteligencia. Tal vez, después de todo, el propósito de la ciencia, los negocios y el conocimiento en sí mismo no sea la conquista de la naturaleza, sino que a través del entendimiento de la naturaleza podamos conquistarnos a nosotros mismos.

Tan pronto como hacer lo que deseamos no significa hacer Su voluntad, simplemente no veremos el hecho de la existencia y la presencia de Dios. Dios no es una idea, o una teoría a ser demostrada, o un símbolo a ser interpretado de una forma actual, o incluso un ideal de perfección: Él es una persona, realmente existiendo aquí y ahora: *ubique semper idem*, en todos lados siempre el mismo. Y como existe, obra. Podemos saber lo que Dios es por la filosofía y quién es Él por la fe; pero conocerlo como Él es, "caminar y conversar" con Él como dice el viejo himno [11], es practicar lo que los escritores espirituales llaman "vigilancia del corazón", buscar dentro nuestro y ver. "Estad tranquilos, y conoced que yo soy Dios" [12]. Esto no es estudiar o enseñar otra materia más del currículo, sino poner a Dios donde está, al comienzo y al final de cada labor, y vivir con Él, acordándose de Él durante toda la jornada, de modo que una mujer pueda tocar su alianza en medio de sus tareas hogareñas y decir: "Mi Señor, mi esposo, y Nuestro Dios". Opuesto a esto está el caníbal Sr. Kurtz, chupando sus labios sangrientos en la jungla, quien nunca desposará a su "prometida". En ausencia de la cultura no se obtiene un césped salvaje amoroso. Si uno deja de cultivar, se pudre. Bélgica se está pudriendo.

11 Del himno tradicional inglés *When quiet in my house I sit,* basado en Deut. 6, 7. [N. del trad.]
12 Salmo 46, 10, según la Biblia de la Versión del Rey Jaime. [N. del trad.]

Todo el occidente cristiano se está pudriendo. El sueño romántico de que “adultos consentidos” dejados a su arbitrio se convertirán en buenos es un sinsentido podrido, contradicho por la experiencia continua de la historia y la vida de todos los días. No podemos resolver el problema de la pobreza malinterpretando el sentido del dicho de que no sólo de pan vive el hombre diciendo que debemos darle torta. El cristianismo liberal está muerto por culpa del socialismo. Sin el Pan de Vida, barbitúricos y miel. La restauración de la cultura cristiana es la restauración de todas las cosas en Cristo y especialmente la restauración del espíritu de Cristo: la pobreza del corazón, la fecundidad en nuestro vientre.

Poniendo el dilema en otro ejemplo, consideremos un joven penoso y mal encaminado –esperemos que disculpable– que confundió el amor de Dios con una sentimentalidad viciosa, y en nombre de uno de los mayores santos.

Lo tomo de un ensayo de una revista religiosa popular escrito por un ex seminarista que dejó la Compañía de Jesús porque, dice, “todo jesuita, de acuerdo con la undécima regla de la síntesis de las constituciones, requiere compartir la pasión y la cruz de Cristo”. Eso significa, dice, que todo jesuita debe textualmente por lo tanto “escandalizar a sus propios hermanos e incluso ser expulsado de la Compañía como un insensato. Ser como Cristo significa ser expulsado por la propia comunidad, ser, como si dijéramos, desheredado del cielo”. Por supuesto que estamos de nuevo –qué aburrido– con una contradicción: para ser un jesuita uno tiene que ser un no-jesuita; para ser cristiano uno tiene que ser no-cristiano. En la conclusión del ensayo, el ex seminarista dice que Dios “es una santidad que trasciende la distinción “santo-pecador”. Y he aquí la contradicción total en forma de parodia, lo que siempre debe resultar en júbilos como los de la corte belga –la cara sonriente de lo que parece una olvidable sentimentalidad desvestida de su verdadero horror y muerte. La transgresión de distinciones reales desobedeciendo la ley de contradicción es una de las notas más características del modernismo. No es sólo la negación de una verdad filosófica: es la negación de la Verdad en sí misma. Es satánico, mezclar el bien y el mal. Si uno transgrede la distinción entre el santo y el pecador, uno comete un pecado. Nuestro ex seminarista y ex cristiano concluye:

> Nadie querría ir al cielo si el cielo es un lugar donde debemos pararnos en puntas de pie ante el Emperador Universal. ¿A qué soldado le gustaría estar todo el tiempo en presencia de su comandante?

Por supuesto, la respuesta se da al buen soldado, y ciertamente al soldado jesuita de Cristo: la vigilancia del corazón, como explica San Ignacio, es precisamente pararse “siempre en presencia” del Emperador Universal.

¿A qué seminarista le gustaría pasar todos sus años bajo la mitra de su obispo?

La respuesta es: el seminarista que, como San Juan, descansa en el hombro de su amado Señor.

Si la gente se rebela contra la idea de Dios como un monarca en cuya presencia los súbditos no puedan estar tranquilos, no nos sorprende. Si a uno no lo entusiasma un cielo donde uno debe formarse o marchar "mirando al frente", es bastante entendible. La plena verdad es que eso no es Dios; eso no es el cielo. Dios es aquél en quien nuestros corazones hallan reposo... Es en el amor en que uno puede estar tranquilo... He visto películas de santos con su mirada siempre baja; o fijos en el vacío. Si el cielo es un lugar donde tenemos que mirar todo el tiempo a Dios, es ciertamente un lugar aburrido.

La cordura, decía Frank Sheed, es la salud del intelecto, como la santidad es la salud de la voluntad. Es ver lo que realmente está en frente nuestro, amando lo que realmente vemos; y la teología, nos dice, es la ciencia de la salud. Podemos ver en la confusión de este joven arruinado el intento de amar a Dios sin inteligencia, sólo con emociones. *Ars sine scientia nihil*. El arte, incluyendo en él el arte de la santidad, no es nada sin el conocimiento. El intento de alcanzar una identificación mística con Dios sin la teología es en el mejor de los casos quietismo, y en el peor, el desastre de la religión, como lo encontramos en el hinduismo o el budismo, con sus doctrinas de simpatía universal y de trascendencia de las distinciones reales. El amor se basa en una distinción. El amor es una relación no de identidad sino de voluntad. El hombre es una criatura: él no es Dios, del mismo modo que un esposo es un hombre y su esposa una mujer y ninguno puede "interpretar el papel" del otro. Un padre es un adulto, no un niño, y todos los hombres, mujeres y niños son criaturas puestas en la tierra, como dice Blake, "para aprender a cargar las vigas del amor", cuyo oscuro éxito es de una brillante claridad en la que las distinciones se hacen, no se rompen.

Capítulo 2

La herejía perenne

El movimiento literario modernista, que ahora cuenta con unos cien años de vida, ya no es lo contemporáneo o lo actual. Es más bien un período definible en la historia cultural.

Incluso aunque términos como neoclásico o romántico son difíciles de definir, a menos que admitamos que la historia es la pesadilla que el personaje de Stephen Daedalus de Joyce pensaba que era [13], debemos trabajar con categorías. "Romántico" y "neoclásico" son términos necesarios, aunque difíciles, y lo mismo puede decirse de lo "moderno", que describe el período de nuestra historia cultural que comienza en 1857 y culmina... poco después, sospecho. La elección particular de una fecha es algo un poco arbitrario, por supuesto –Marx publicó en 1848 y Darwin en 1859– pero desde un punto de vista literario, el nacimiento de *Les fleurs du mal* y de *Madame Bovary* son el precedente.

Las consecuencias de estos eventos alcanzaron su mayoría de edad con el cambio de siglo, su madurez con la Primera Guerra Mundial, su total expansión de edad madura en los '20, y estamos ahora en su ancianidad avanzada donde aparecen evidencias de senilidad en los últimos *shocks* cinemáticos y la novedad de los *graffiti* –memorias palabreras de la niñez del modernismo en los trabajos de Baudelaire o Isidore Ducasse, el falso Comte de Lautréamont.

Este ensayo no pretende probar que el modernismo existe sino, constatando de inmediato el hecho obvio de que lo hace, analizar dos de sus características esenciales, entrelazadas y recíprocamente causadas. No meros aspectos del modernismo, sino las válvulas mismas de su corazón: la artificialidad y el sensacionalismo. La clarificación de estos términos, si no su definición, será expuesta junto a su aplicación. Con el debido respeto a sus fracasos –porque parece estar fallando ahora– el triunfo de trescientos años de civilización occidental ha sido, desde el punto de vista de las ideas, la filosofía llamada con vaguedad realismo o filosofía perenne, debido a que ha sobrevivido a muchas estaciones. Puede sintetizarse en una oración: lo real es lo que realmente es; o en una palabra: es. La austera fórmula escolástica lo define como: "*Demonstrationis*

13 Se refiere al pasaje "la historia es una pesadilla de la que estoy intentando despertar", en el episodio 2 de la novela *Ulises* de James Joyce. [N. del trad.]

principium «quod quid est»" (el principio de la prueba es "lo que es"). O en otra: *"Veritas sequitur esse rerum"* (la verdad se sigue de la existencia de las cosas). De acuerdo con esta idea, el principio de todas las cosas es "ser". *"In principio erat Verbum"*: en el principio era, no la Palabra, sino el Verbo, al cual se reducen en última instancia todos los verbos y sustantivos. "Yo soy el que soy", dijo Dios.

El texto capital de la filosofía es el de Aristóteles, que sintetiza a Sócrates, Platón y todos los realistas anteriores y siguientes; simplemente el capítulo más importante en la historia de la metafísica:

> Es imposible que el mismo atributo pertenezca y no pertenezca al mismo sujeto, en un mismo tiempo y bajo la misma relación [...] Este principio, decimos, es el más cierto de los principios [...] No es posible, en efecto, que pueda concebir nadie que una cosa exista y no exista al mismo tiempo [...]
>
> Al principio que hemos sentado van a parar en definitiva todas las demostraciones, porque es de suyo el principio de todos los demás axiomas. [14]
>
> Ciertos filósofos [...] pretenden que una misma cosa puede ser y no ser, y que se pueden concebir simultáneamente los contrarios. Tal es la aserción de la mayor parte de los físicos [...] Se puede, sin embargo, asentar, por vía de refutación, esta imposibilidad de los contrarios. Basta que el que niega el principio, dé un sentido a sus palabras. Si no le da ninguno, sería ridículo intentar responder a un hombre que no puede dar razón de nada, puesto que no tiene razón ninguna. Un hombre semejante, un hombre privado de razón, se parece a una planta [...] Para desembarazarse de todas las argucias, no basta pensar o decir que existe o que no existe alguna cosa, porque podría creerse que esto era una petición de principio, y necesitamos designar un objeto a nosotros mismos y a los demás. Es imprescindible hacerlo así, puesto que de este modo se da un sentido a las palabras, y el hombre para quien no tuviesen sentido, no podría ni entenderse consigo mismo, ni hablar a los demás [...] Ante todo queda, por tanto, fuera de duda esta verdad: que el hombre significa que tal cosa es o que no es. De suerte que nada absolutamente puede ser y no ser de una manera dada [...] Ahora bien, si lo mismo sucede con todo objeto, un ser no difiere de otro ser. Porque si difiriesen, esta diferencia sería una verdad y un carácter propio. En igual forma, si se puede, al distinguir, decir la verdad, se seguiría lo que acabamos de decir, y además que todo el mundo diría la verdad, y que todo el mundo mentiría, y que reconocería cada uno su propia mentira. Por otra parte, la opinión de estos hombres no merece verdaderamente serio examen. Las palabras no tienen ningún sentido; porque no dicen que las cosas son así, o que no son así, sino que son y no son así al mismo tiempo.[15]

Todo esto no es más que simple sentido común elevado a la perfección filosófica. Es la primera reacción de la mente normal ante el mundo: conocer lo que existe. Antes de

14 Aristóteles, *Metafísica*, IV, 3 (versión de Patricio de Azcárate, Medina y Navarro ed., Madrid, 1875). [N. del trad.]

15 Ib., IV, 4. [N. del trad.]

reflexionar, esto es, “volver” su atención a sus propios procesos mentales y sectoriales, un hombre simplemente mira, oye, huele, degusta, toca y afirma su existencia. No *“cogito ergo sum”*; sino *“Aliquid est, intelligo, ergo sum et ergo cogito”*. Algo existe y lo sé, luego sé que existo y pienso. El pensar se sigue del existir; no crea las cosas.

Como dice Aristóteles, cualquiera que niegue esto, niega su propia negación. Haz cualquier afirmación y habrás afirmado la existencia de lo que sea que hayas dicho, sea posible o real. El hombre que dice: “esta mentira es verdad”, o no ha mentido o no ha dicho la verdad. No ha dicho nada. La famosa “carta de contradicción” sobre la cara de uno dice: “la afirmación en la otra cara de esta carta es verdadera”; y cuando la das vuelta, “la afirmación en la otra cara de esta carta es falsa”.

George Orwell, él mismo un modernista en su última etapa, criticó mucho más que el socialismo en su obra *1984*:

> Era como si alguna enorme fuerza te prensara: algo que penetraba dentro de tu cráneo, presionando tu cerebro, atemorizándote más allá de tus creencias, persuadiéndote casi a negar la evidencia de tus sentidos. Al final el Partido anunciaría que dos más dos son cinco, y habrías tenido que creerlo. Era inevitable que hicieran algo así tarde o temprano; la lógica de su posición lo mandaba. No sólo la validez de la experiencia sino la misma existencia de la realidad externa era tácitamente gobernada por su filosofía. La herejía de las herejías era el sentido común [...] El Partido te decía que rechazases la evidencia de tus ojos y tus oídos. Era su orden final y más esencial [...] ¡Y él estaba en lo cierto! Ellos estaban equivocados y él no. Lo obvio, lo tonto, lo verdadero, debía ser defendido. Las verdades son verdaderas, ¡aférrate a eso! [...] Las rocas son duras, el agua es húmeda, los objetos sin soporte caen hacia el centro de la tierra. Con el sentimiento [...] de que estaba fijando un axioma importante, escribió: “La libertad es la libertad de decir que dos más dos son cuatro”. Si eso está permitido, todo lo demás se sigue de eso.

El pobre funcionario perdido en el mundo artificial de *1984* redescubre la Filosofía Perenne. Orwell es uno de los primeros escritores populares en emerger del corazón del marxismo, para ver este hecho esencial acerca del modernismo: que es un ataque hacia el verbo “ser”, que su causa formal es la “artificialidad”, el primero de los dos principios entrelazados según se afirma en este ensayo.

Aristóteles, dueño de sí mismo la mayoría de las veces, casi pierde la paciencia acerca de esto. Llama a los sofistas “vegetales”, y finalmente mentirosos:

> Es, pues, de toda evidencia, que nadie piensa de esa manera, ni aun los mismos que sostienen esta doctrina. ¿Por qué, en efecto, toman el camino de Megara en vez de permanecer en reposo en la convicción de que andan? ¿Por qué, si encuentran pozos y precipicios al dar sus paseos en la madrugada, no caminan en línea recta, y antes bien toman sus precauciones, como si creyesen que no es a la vez bueno y malo caer en ellos?

“Pero suena el cascabel, ¡el gato está en el pozo!” [16]. Aunque uno no puede refutar a Aristóteles, deliberadamente puede elegir silenciarlo. J. K. Huysmans, el paradigma del anti-realismo literario, en su novela *A Rebours* (*A contrapelo*) describe el comedor de su héroe Des Esseintes, el modernista perfecto, que

> Recordaba la cabina de un barco, con su cielorraso de vigas arqueadas, sus compartimentos y tablones del piso en madera de pino, y las ventanitas, sobre los paneles como ojos de buey [... tras lo que] había una gran pecera [...] De modo que la luz del día que penetraba con dificultad dentro de la cabina tenía que pasar primero [...] a través de las aguas [...] Podía entonces imaginarse a sí mismo en un gran velero en el muelle, y mirar inquisitivamente algunos peces mecánicos ingeniosos movidos por un mecanismo de relojería, que se movían hacia atrás y adelante tras las ventanitas y quedaban atrapados en algas artificiales. En otras ocasiones, mientras inhalaba el olor a alquitrán que había entrado a la habitación antes que él, examinaba una serie de impresiones de colores sobre las paredes, como las que pueden verse en las oficinas de los paquebotes y las agencias de Lloyd, que representaban vapores en camino a Valparaíso o el Río de la Plata [...] Mediante esto podía disfrutar rápida, casi simultáneamente, todas las sensaciones de un largo viaje por mar, sin tener que salir de su hogar [...] La imaginación podía ser un sustituto más que adecuado ante la realidad vulgar de la experiencia real.

Aristóteles arrojaba el guante a los físicos: Si niegas la ley de la contradicción, ¿por qué caminas a Megara cuando quieres ir allí? Huysmans replica: “No lo hago”. Y da un paso más describiendo las técnicas particulares para traspasar la realidad con la imaginación:

> Lo principal es conocer cómo componer el marco, poder concentrar la atención en un único detalle, olvidarse lo suficiente como para atraer la alucinación y sustituir la visión de una realidad por la misma realidad [...] No puede haber sombra de duda de que con sus interminables perogrulladas la sabiduría tradicional [¡la naturaleza!] ha agotado ya la entretenida admiración de todos los verdaderos artistas, y ha llegado el tiempo para que lo artificial tome su lugar donde quiera que sea posible.

Aristóteles dijo que el arte es la imitación de la naturaleza; el arte de Huysman la traspasa.

Después de todo, para elevar lo que entre sus obras es considerado lo más exquisito, lo que entre sus criaturas se piensa posee la belleza más perfecta y original –esto es, la mujer– ¿ningún hombre, por su parte, gracias a sus esfuerzos, ha producido una criatura animada aunque sea artificial que es en todo tan buena desde el punto de vista de la

16 Canción de cuna de la tradición inglesa. [N. del trad.]

belleza plástica? ¿Existe en algún lugar de esta tierra un ser nacido en el paroxismo de la maternidad, que sea más impresionante, más sobresalientemente bello que las dos locomotoras recientemente puestas en servicio en el Ferrocarril del Norte?

Toda la estética modernista está contenida en este pasaje tan obviamente ridículo pero realmente serio –no del todo satírico. Huysmans sugirió que nos concentremos mediante un tipo de yoga artístico en un detalle único –lo que usualmente es llamado símbolo– de modo de aniquilar la realidad. Y entonces da un paso crucial más allá: luego del logro de lo inconsciente, reconstruye su propia falsa conciencia, una alucinación deliberada y autoinducida.

Para el partido, dice Orwell, "la ortodoxia es el inconsciente". Huysmans va más allá del inconsciente. Ve que lo opuesto del ser no es la mera nada, la mera ausencia del ser, como un espacio vacío, que tiene una especie de realidad ablativa, un potencial de ser llenado. El puro no-ser, el anti-ser, es el falseamiento de la realidad.

Ortega y Gasset formuló la crisis moderna precisamente en estos términos en *La Deshumanización del Arte*:

> La desrealización progresiva del mundo, que había comenzado en el pensamiento renacentista, llega con el radical sensualismo de Avenarius y Mach a sus postreras consecuencias ¿Cómo proseguir? ¿Qué nueva filosofía es posible? No se puede pensar en un retorno al realismo primitivo; cuatro siglos de crítica, de duda, de suspicacia lo han hecho para siempre inválido. Quedarse en lo subjetivo es también imposible. ¿Dónde encontrar algo con que poder reconstruir el mundo? [17]

Notemos que al tiempo que rechaza la crítica y la duda, sin embargo acepta sus consecuencias. Esto es, no intenta refutar un error sino, concediendo un cambio en la moda, como el Monsieur Ennui de Baudelaire, "silencia" la filosofía del realismo durante un bostezo de cuatrocientos años. En ningún lado él o cualquier otro en su posición intenta encontrar una respuesta a la pregunta de Aristóteles dentro de los límites de la razón. No es que hayan cometido un error; sino que abandonan la inteligencia.

> El filósofo retrae todavía más su atención, y en vez de dirigirla a lo subjetivo como tal, se fija en lo que hasta ahora se llamaba "contenido de la conciencia", en lo intrasubjetivo. A lo que nuestras ideas idean y nuestros pensamientos piensan podrá no corresponder nada real, pero no por eso es meramente subjetivo. Un mundo de alucinación no sería real, pero tampoco dejaría de ser un mundo, un universo objetivo, lleno de sentido y perfección. Aunque el centauro imaginario no

17 José Ortega y Gasset, "Sobre el punto de vista en las artes", en *La deshumanización del arte* (Revista de Occidente, Madrid, 1925). [N. del trad.]

> galope en realidad, cola y cernejas al viento, sobre efectivas praderas, posee una peculiar independencia frente al sujeto que lo imagina. Es un objeto virtual o, como dice la más reciente filosofía, un objeto ideal. He aquí el tipo de fenómenos que el pensador de nuestros días considera más adecuado para servir de asiento a su sistema universal. ¿Cómo no sorprenderse de la coincidencia entre tal filosofía y su pintura sincrónica, llamada expresionismo o cubismo? [18]

Durante cincuenta años Ortega fue lo que un buen periodista cultural debe ser, una veleta para las doctrinas; y en este particular pasaje apuntada en la dirección de los vientos prevalecientes. Vio que la cultura es una integridad. Como un crecimiento orgánico, todas sus partes –la música, la pintura, la literatura, la ciencia, la política, la filosofía, la religión– se mueven y trabajan como una. El propósito de este ensayo es ir más allá de las apariencias, hasta la fuente. El conocimiento, dice Aristóteles, debe serlo necesariamente de las causas. La brillantez de Ortega es el resplandor de un relámpago porque, como todos los modernistas, estaba convencido de que no hay causas, sólo vientos.

En la obra de Baudelaire, el primero y el más grande maestro del movimiento modernista, un poema no es la expresión de ideas, como pensaban los clásicos, ni la expresión de emociones, como creían los románticos: un poema es nada más que la expresión del propio poema. Este famoso *art pour l'art*, anunciado pero nunca intentado por Gautier, fue puesto en práctica, aunque sin éxito, por Baudelaire y los parnasianos. El mínimo examen del contenido de esta "poesía pura" demuestra que un poema no es en realidad algo en sí mismo, como pretende, sino un vehículo para una doctrina de que la poesía debe ser tenida en cuenta como algo en ella misma. Los modernistas predican lo que no practican, ni pueden. Los versos esmaltados de Baudelaire nunca logran su propósito porque sus poesías sí tienen un significado; el significado es que no hay significado para la poesía ni para ninguna otra cosa.

El neoclasicismo pensaba la poesía como una construcción artificial, como un sistema convencional de palabras y frases. Pero pensaba que la función de esa convención artificial era portar ideas verdaderas; lo que es "frecuentemente pensado pero nunca bien expresado" [19]. El romántico se pensaba a sí mismo como un arpa eólica, un instrumento sensible afinado para expresar las presencias invisibles. Un poema debía expresar una "emoción intensa recordada en tranquilidad" [20]. La función de la poesía modernista es liberarnos primero del pensamiento y luego de la emoción, de modo que podamos lograr la ortodoxia que Orwell llamó "inconsciencia". Y entonces, en un

18 Idem. [N. del trad.]

19 *"Often thought but ne'er so well expressed"*, frase atribuida a Alexander Pope para definir el arte de escribir. [N. del trad.]

20 *"Intense emotion recollected in tranquility"*, frase de Wordsworth sobre la poesía. [N. del trad.]

segundo nivel, el poeta, como un mago, crea sobre esta ausencia de ideas y emociones el puro artificio de la obra de arte como algo en sí misma.

Comparemos el típico poema romántico acerca del viaje marino con la principal obra de Baudelaire, *Le voyage*. Alfred de Vigny en *La bouteille à la mer*, cuenta la historia de un capitán náufrago que como gesto final de triunfo sobre su maléfico destino arroja a las olas una botella sellada conteniendo el precioso manuscrito de sus recuerdos intensos aunque intranquilos, que de alguna manera, en algún tiempo, encontrarán su camino a puerto.

Entonces, recolectando la fruta como si surgiera del alma,
Marcado con el perfume de las santas soledades,
Arrojemos la obra al mar, el mar de las multitudes:
– Dios lo tocará con Su dedo para conducirlo al puerto.

El joven y romántico capitán de Vigny se ríe de la muerte. El viejo capitán de Baudelaire es la misma muerte. La victoria, para Baudelaire, es la aniquilación del éxito, porque –y ésta es la verdadera diferencia principal entre el romántico y el modernista– el viaje de Baudelaire nunca tiene lugar. Como decía Huysmans, los mejores viajes son los imaginarios. En el mismo comienzo del arco modernista encontramos esta tensión sin propósito, y casi en el final sobrevive en la jerga de un motociclista hippie: "Vamos, hombre, vamos" –a ningún lugar en particular, sólo vamos. *Part pour partir* es el tema de todo viajero verdadero, dice Baudelaire; o en otra poesía famosa, citando a Poe: es ir "a cualquier lado fuera de este mundo". Para Baudelaire el barco no es real. Es una proyección imaginaria de sí mismo, como en *Le bateau ivre* de Rimbaud, en *Un coup de des* de Mallarme o en la *Ballad of the Long-Legged Bait* de Dylan Thomas. Baudelaire lo dice expresamente:

Nuestra alma es un trimástil buscando su Icaria [...]
cada islote señalado por el hombre de vigía
es un Eldorado prometido por el Destino;
la imaginación que prepara su orgía
sólo encuentra un arrecife con la luz del alba.
Un pobre amante de países quiméricos,
este borracho navegante, inventor de las Américas.

¿Pero por qué debemos inventar las Américas? Si todo está en la cabeza de uno, ¿por qué emprender viajes, incluso imaginarios? Des Esseintes nunca se lo pregunta. Pero Baudelaire responde:

Au fond de l'inconnu pour trouver du nouveau!

¡En el fondo de lo desconocido para encontrar lo nuevo!

Le nouveau! La fuerza movilizadora del modernismo es, como lo sugiere su nombre, la perpetua urgencia de lo nuevo. No lo real, no lo verdadero, no lo ideal, ni siquiera lo malo, el poder, la gloria o la lujuria, sino todas estas cosas en busca de lo nuevo. Separado de la realidad por "cuatrocientos años de crítica y duda", el modernista, insistiendo en lo nuevo, muy rápidamente agota los contenidos de su memoria y trata de inventar una artificial. La imagen –esto es, lo que la "imaginación" produce– sustituye el ser. Para el realista, una imagen necesariamente debe ser de algo; y ese algo puede ser entendido en términos de ideas o sentimientos. El modernista, separado de la realidad, no tiene más que una imagen, nada más que una sensación mental. Huysmans nunca dice que podía imaginar un viaje real: dice que podía tener todas las sensaciones de un viaje real. El realista pregunta: "¿de qué es esa imagen?". Pues el arte sostiene el espejo de la naturaleza. El modernista, un adorador de Baal en más de una forma, replica: "no hay nada más que una imagen". Es un adorador de imágenes.

La "desrealización" del universo –la búsqueda de la artificialidad– nos lleva a la segunda de las notas del modernismo, el sensacionalismo. Los físicos, con los que Aristóteles pierde el temperamento, se concentraban en la verdad como aquello que es percibido por los sentidos. Eran así conducidos inevitablemente a la próxima etapa, el experimento. Pero el experimento se transforma en un artificio. El empirismo comienza con un rechazo explícito del realismo en el Renacimiento –un ataque explícito a Aristóteles– y con el supuesto nunca probado de que lo real es lo cuantitativo; esto es, lo real es lo que puede medirse. A primera vista, parecería como si la ciencia estuviese confirmando a Aristóteles, confirmando la evidencia de los sentidos. Muy por el contrario, sin embargo: afirma la evidencia de las apariencias divorciadas de la sustancia. Al considerar que lo verdadero es sólo lo que puede ser percibido por los sentidos, la ciencia se arroja en brazos de la psicologización del conocimiento. Si lo verdadero es sólo lo que es percibido por los sentidos, y las sensaciones ocurren en la mente, entonces lo verdadero está en la mente, y no, como dijo Aristóteles, en la relación entre la mente y la cosa. Orwell agregó: "Y si la mente puede ser controlada, ¿entonces qué?".

La consecuencia del empirismo es la fenomenología, en la cual el experimento mismo se convierte en una alucinación. Aunque en los primeros tiempos de la ciencia un experimento era originalmente realizado con el fin de probar una realidad supuestamente existente fuera de la prueba, en los últimos tiempos la prueba ya no es considerada el resultado de algo, sino la única realidad que existe realmente, de modo que uno no puede desafiar la validez de un test de inteligencia, por ejemplo, porque por definición la inteligencia es lo que el test prueba. La ciencia en este tiempo se ha convertido en

magia, un sacramento falso cuyo efecto es lo que significa. Ya no es la "adecuación de la mente a la realidad" sino una construcción mental para "salvar las apariencias" y finalmente un instrumento de placer estético. La ciencia por la ciencia misma.

Ernst Mach, por ejemplo, el fundador del empiriocriticismo y uno de los más grandes físicos de su tiempo –la unidad de la velocidad del sonido lleva su nombre– en su *Contribución al análisis de las sensaciones* niega la existencia de la persona que experimenta el experimento:

> El hecho primario no es el Yo, el ego, sino las sensaciones. Los elementos que constituyen el Yo. "Tengo una sensación de verde" significa que el elemento verde ocurre en un complejo dado de otros elementos (sensaciones, memorias). Cuando ceso de tener la sensación verde, cuando muero, entonces los elementos ya no ocurren en la forma ordinaria y familiar de la asociación. Eso es todo. Sólo una unidad ideal mental económica, no una unidad real, ha cesado de existir.

Divorciarse del realismo nos da dos posibilidades que explorar. La primera, apilar evidencia empírica sin tener en cuenta la inteligencia. Ver es creer: es decir, la realidad es la apariencia. Jean-Paul Sartre imprime esta frase sin inmutarse en su ensayo significativamente titulado *El ser y la nada*: "la apariencia es la esencia". La palabra "existencia" entre los existencialistas se usa de la misma forma en que el Partido usa las palabras "amor" y "paz": para significar exactamente su opuesto. La segunda posibilidad luego del gran divorcio es el racionalismo. Descartes, su progenitor, argumenta que no sabemos nada de lo que está fuera de nuestras mentes, siendo toda experiencia de los sentidos mera extensión de la mente. Su metafísica comienza, en forma opuesta a Aristóteles, no con el ser, sino con el *cogito*, el pensamiento. Los objetos percibidos por los sentidos no son más que ideas mentales.

De acuerdo con Whitehead, la filosofía moderna es el desarrollo de estos dos cuernos antagónicos, ambos saliendo de la misma cabeza del anti-realismo. Mientras que la tradición aristotélica mantuvo que la verdad es la adecuación entre la mente y la cosa, la filosofía moderna ha mantenido, desde dos puntos de vista diferentes, que la verdad es: o la mente o la cosa. Lo que Whitehead llama "la gran bifurcación" dividió al mundo en dos ejércitos que pelean entre ellos pero que en realidad son aliados combatiendo en el mismo bando contra el realismo: el empirismo y el racionalismo. Kant los agrupó bajo "lo crítico". En la era modernista los ejércitos al fin se han reunido como "empirocriticismo" o "fenomenalismo".

En un párrafo profético del mismo Libro IV de la *Metafísica*, Aristóteles fija la necesaria conexión entre el sensacionalismo y el no-ser. Hablando nuevamente de aquellos que argumentan que las cosas pueden tanto ser como no ser, dice:

Si gustamos una misma cosa, parecerá dulce a los unos, amarga a los otros. De suerte que si todo el mundo estuviese enfermo, o todo el mundo hubiese perdido la razón, y sólo dos o tres estuviesen en buen estado de salud y en su sano juicio, estos últimos serían entonces los enfermos y los insensatos, y no los primeros. [El personaje de Orwell, Winston Smith, se preguntaba si estaba enfermo o loco.] Por otra parte, las cosas parecen a la mayor parte de los animales lo contrario de lo que nos parecen a nosotros, y cada individuo, a pesar de su identidad, no juzga siempre de la misma manera por los sentidos [...] No se podría saber; esto no es más verdadero que aquello, siendo todo igualmente verdadero. Y así Demócrito pretende, o que no hay nada verdadero, o que no conocemos la verdad. En una palabra, como, según su sistema, la sensación constituye el pensamiento [...] Lo que motiva la opinión de estos filósofos es que [...] no han admitido como seres más que las cosas sensibles. Ahora bien, esta necesidad es la que destruye estos sistemas de que se trata; así como niegan toda esencia, niegan igualmente que haya nada de necesario, puesto que lo que es necesario no puede ser a la vez de una manera y de otra. De suerte que si hay algo necesario, los contrarios no podrían existir a la vez en el mismo ser. [21]

El arte por el arte, la ciencia por la ciencia: la adoración de imágenes grabadas y, por lo tanto, la adoración de la irrealidad. Una imagen es la reproducción mental de algo percibido por los sentidos; su realidad deriva de dos cosas necesariamente existentes: el sujeto que percibe y el objeto que es percibido. El mundo puramente mental de la imagen-sensación no tiene más ser que una imagen en un espejo. La idea de lo que Ortega llamó lo intrasubjetivo, o el "objeto ideal", es una ficción. Si uno separa la realidad de la imagen y considera la imagen en sí misma, no habrá cambiado la naturaleza de la imaginación sino que, transfiriéndola del jardín a la recepción, la ha matado y puesto en un jarrón con un uso nuevo. Una imagen es aún una sensación mental; uno se ha interesado en un acto mental más que en el propósito del acto mental. Nos damos cuenta de la sensación *qua* sensación sólo mediante la reflexión. Normalmente vamos directamente a la cosa: decimos que el hielo es frío, no que tenemos una sensación de frialdad; o, usando los ejemplos de Orwell, decimos que "las piedras son duras, el agua es húmeda". Una vez que se realiza el divorcio, sin embargo, podemos suspender la mente, retenerla por la fuerza para que no se complete en el objeto, y considerar la sensación en sí misma. El arte por el arte es una esterilización de la mente con el fin de evitar la "concepción" mientras uno disfruta el discurso.

Pero la naturaleza de la imaginación no cambia por el uso que le demos. La utilidad no es la función. Una especie de ingenuidad lamarckiana corrompe algunas escuelas de crítica y de moral: si uno usa algo el tiempo suficiente de modo contrario a su naturaleza, dicen, eventualmente cambiará su naturaleza, como si al sentarse en la mesa uno pudiese convertirla en silla. Ésta es una forma de pensar haciendo. El fenomenalismo es un nominalismo resucitado que asegura que una imagen es una realidad; que la imagi-

21 Aristóteles, *Metafísica*, IV, 5 (versión de Patricio de Azcárate). [N. del trad.]

nación puede construir una vida real por sí misma. Por supuesto que, simplemente, no puede. Cualquier sensación divorciada de su objeto se seca. Huysmans aprendió esto en su amarga desesperación, y lo mismo Baudelaire y Rimbaud. Ortega evidentemente no, ni la mayoría de los modernos, porque hablan de ello, no lo hacen, y de esa forma buscan la alucinación como una panacea. Aquéllos que lo han intentado saben mejor. En la vida real las ideas tienen permanencia, emociones, durabilidad. Pero las sensaciones son instantáneas y deben ser renovadas, y en la propia renovación está su destrucción, porque la repetición aburre. Por ello el sensacionalista está condenado a perseguir *le nouveau*, que siempre lo elude.

Et puis? Et puis encore? "¿Y luego? ¿Y qué hay después?", grita el viejo capitán de Baudelaire. *Ennui* es el infierno del modernismo. El esteta en extremo es antiestético: indiferente, insensible, inconsciente.

"¿Qué debemos hacer? ¿Qué se supone que debemos hacer?", preguntan las damas en *The Waste Land* [22]. En el que es tal vez el más famoso de los poemas modernistas, *L'aprèsmidi d'un faun* de Mallarmé, el fauno compara el arte con el soplar pieles de uva vacías, que sostiene mirándolas a trasluz:

> Así pues, cuando uvas haya sorbido de su clarete,
> para develar un pesar por mi fingimiento apartado,
> riéndome, elevo al cielo del verano el bulto vacío
> y, soplando en sus pieles luminosas, codiciando
> su embriaguez, hasta la noche observo a su través.

Habiendo sorbido su pulpa de realidad, queda con la imagen pura, separada, de nada. Una extensión de esta idea es el disfrute de la poesía como una tipografía, como una pura sensación de la piel de una página impresa, en la última y más ambiciosa obra de Mallarmé, *Coup de des*, y las imitaciones de E. Cummings y otros.

Menos extremo, pero con la misma intención, está el imaginismo, la escuela poética ocupada de lo superficial en aquello en que se supone no intervienen ni el pensamiento ni la emoción. Cuando Archibald MacLeish dice

> Un poema debe ser palpable y mudo
> como una fruta redonda,
> un poema no debe significar
> sino ser. [23]

22 T. S. Elliot, *La tierra baldía* (trad. libre). [N. del trad.]

23 Archibald MacLeish, *Ars Poetica* (trad. tomada de la bitácora *Poemas en inglés*: http://poemaseningles2.blogspot.com). [N. del trad.]

está reduciendo la poesía a la sensación, su fruta redonda como la piel de uva vacía del fauno. Ha privado al "ser" de su pulpa real. Realmente no quiere decir "ser"; quiere decir "sentirse".

El imaginismo es sensacionalismo. Baudelaire, su practicante primero y mayor, está más interesado en la piel de su amante que en su amante, e, incluso, en su pelo, sus uñas, finalmente en su esmalte de uñas, sus joyas, su perfume. El escándalo que causó la publicación de *Les fleurs du mal* fue equivocado, porque Baudelaire no es simplemente un gran poeta fotográfico como Keats, por ejemplo. La poesía de Baudelaire no usa los sentidos para excitar la concupiscencia. Por el contrario, se separa de la sensación tanto en el sentido de causa como de consecuencia, tanto de la pulpa de la uva como del vino. Baudelaire es, como dicen los jazzistas modernistas, *cool*. "Toda maestría es fría", dice Mallarmé; y habla en sus cartas de haber trepado "glaciares puros de estética". [24]

El experimento más paradigmático del sensacionalismo es *A la recherche du temps perdu* de Proust, en siete volúmenes de sensaciones recapturadas –no "recordadas", sino "investigadas". No emociones revividas en tranquilidad, sino emociones intensas tranquilizadas en la recolección. La experiencia del *déjà vu* de la galleta de coco al comienzo de *Por el camino de Swann* es la clave de toda la obra de Proust. La filosofía tras ella es el fenomenalismo. Dado que la realidad no es más que una sensación, el arte puede crear la realidad invocando sensaciones. No hace falta decir que las penosas y pródigas vidas de sus personajes –son caricaturas, dibujos animados– demuestran su propio vacío; son al final sacos exhaustos, pieles vaciadas, habiendo colapsado en el *ennui* de Baudelaire. El *pathos* del Swann moribundo, abandonado por su duquesa, que sale en busca de su zapato, es la revelación de que la sensación separada de la realidad es la ilusión. Swann es nombrado con propiedad como el ave (el cisne, *swan* en inglés), cuyo simbolismo más se ha usado para significar al "artista", el fabricante de ilusiones. El "camino" de Swann es la *via ludens*, el camino del artífice, que es como decir el mago que alucina sensaciones.

El extremo absoluto de la artificialidad y el sensacionalismo es la *maya*, la doctrina oriental del mundo mismo como ilusión. Si la realidad es la sensación, se sigue que, dado que las sensaciones pueden invocarse en ausencia de objetos, como en la alucinación, podemos también actuar como si los objetos mismos fuesen alucinaciones invocadas por otros magos o demonios. Esto no es platonismo. El mago no cree en la realidad permanente de sus construcciones. No cree en la existencia independiente, permanente e inmutable de las formas intelectuales como los ejemplares de sus construcciones. Su universo no es sólo inmaterial, sino también insustancial. Nunca abandona la cueva de Platón. Entre el mundo de las formas platónicas y el mundo de los objetos percibidos

24 El autor juega con la expresión *"be cool"*: algo así como "tener onda", pero que literalmente significa "ser frío". [N. del trad.]

yace la magia, la creación del artista hermético. La magia es la manipulación de las sensaciones separadas de sus objetos. La bifurcación original del racionalismo y el empirismo ha llegado al final a su término en el reino de la fantasía.

No es necesario documentar el extraordinario interés de la cultura moderna por las ideas orientales. De hecho, podemos leer nuestro propio futuro en el Oriente. El yoga es la ciencia exacta de lo que es sólo un juego de mesa donde nosotros somos las piezas. Es la ciencia de la alucinación. Se practica con las técnicas con las que Huysmans sólo bromea, con lo que Rimbaud, en uno de los documentos más influyentes de la literatura moderna, llamó "el desordenamiento deliberado de los sentidos". Sea por mala respiración, que hace que no llegue oxígeno al cerebro, causando así su deterioro; sea por posturas constrictivas, que afectan los sistemas sanguíneo y linfático; sea por el ayuno, las drogas y, sobre todo, la autohipnosis inducida por el *mantra* –la repetición de sonidos–, o el *yantra* –la observación de intrincados patrones geométricos–, o el *koan* –el sistema de pensamiento japonés acerca de imposibilidades lógicas–, mecanismos por medio de los cuales el yogui puede ir más allá de su propia experiencia normal del mundo.

El significado de la palabra hindú *moksha* es "ruptura", "liberación". Esta ruptura es al comienzo una experiencia del *ennui* infernal de Baudelaire o la no-sensación, la "ortodoxia inconsciente" del Partido. Pero en una segunda etapa de re-liberación, tiene lugar la Gran Liberación, el "despertar" luego de la inconsciencia. La palabra *Buddha* significa "despertar". Éste es el estado de alucinación en que el budista tiene el poder de construir cualquier "realidad" que desee. Este poder se supone que es tal que la alucinación puede imponerse a otros. Pueden "imaginarse" muros que no sólo el mago, sino además su audiencia, no pueden atravesar. Se dice que se construyen palacios en que podemos beber y comer. Y, como consecuencia, de acuerdo con esta doctrina, dado que el mundo real es sólo una alucinación impuesta por el demonio-mago, lo que los cristianos llaman Mundo, luego por nuestra voluntad contra-actuante podemos caminar a través de muros reales, y podemos destruir palacios reales, mover montañas reales, tragar fuego, caminar sobre el agua.

De hecho, son las montañas de la mente las que son movidas, y sus palacios los destruidos. Este estado de Buddha es la suprema insania. No es sólo el naufragio de ciertas funciones mentales que encontramos en los pabellones psiquiátricos, sino la destrucción perfecta de toda la mente y la persona al mismo tiempo. El Buddha no vive bajo la ilusión de que él es Napoleón, o incluso de que él es Buda, o incluso de que es. Vive bajo la ilusión suprema de que todo es una ilusión: que Napoleón fue un paranoico con la ilusión de que era Napoleón, Dios un demonio paranoico bajo la ilusión de que él es Dios. No hay un dios budista, sino un panteón de ídolos, genios y demonios, de todas las formas y sin forma, vírgenes y monstruosidades con ocho brazos y cuatro cabezas,

sonriendo, con miradas maliciosas, erotismo sugestivo, sangrantes, devoradoras, en putrefacción. Más allá del infierno de *ennui* –deberíamos decir limbo, ya que es un lugar vacío en comparación con esto– está el infierno profundo de la alucinación.

El último punto es a la vez el más difícil y el más duro, y sintetiza todo lo demás. De acuerdo con la filosofía perenne, el universo comienza con el ente. Y, de acuerdo con esta tradición, el ente es bueno. *Ens et bonum convertuntur*. El mal es la privación del bien. Se sigue luego que, en tanto uno se separa del ente, se separa del bien. Existe lo que podríamos llamar una ley de gravedad de la artificialidad. El universo de la alucinación no puede ser agradable por mucho tiempo. Inevitablemente es el infierno lo que el artífice construye. Por eso es que en el panteón de ídolos predomina lo horrible.

La piel de la *venus noire* de Baudelaire no está tan lejos de la piel estirada de la pantalla de la lámpara de la Bruja de Buchenwald [25]. El divorcio de la realidad es un divorcio también de la moral, porque el bien y el mal son las materias del juicio intelectual de las cosas. Como explicó Aristóteles en los pasajes citados, la reducción de la realidad a la sensación desecha la diferencia en la esencia. Y si todo ocurre por accidente, no hay bien ni mal. Desde el punto de vista de la historia de los hombres, más que de las ideas, la "desrealización" (como la vio Ortega) se convierte en deshumanización. Recordemos a Ernst Mach demostrando que dado que la realidad es una sensación, no existe algo así como el ser humano. El experimentador desaparece en el experimento. El hombre se disuelve en un manojo accidental de sensaciones, exactamente como la amante de Baudelaire se disuelve en sus joyas, o los modelos de Picasso en líneas y bloques. Rimbaud interpretó en su vida diaria los poemas de Baudelaire al extremo de cometer crímenes. Al menos no fue el *hypocrite lecteur*. En una oración profética gritó: "éste es el tiempo de los asesinos".

Tras la máscara cambiante del modernismo –tras los principios recíprocos de artificialidad y sensacionalismo– está lo diabólico. La perfección del no-ser es la mentira. Al menos la plena nada tiene una realidad. La ausencia en sí misma no es mala. Es la actividad deliberada de la ausencia la que es mala. No meramente hacer nada, sino, para que su significado sea más claro con énfasis, es hacer la nada. La mentira no es la mera ausencia de verdad, no es el silencio, sino la afirmación activa de lo que no es verdad. Satanás, el Príncipe de la mentira, es llamado el Simio de Dios. La perfección del no-ser es la parodia.

La verdad sigue a la existencia de las cosas. Y no sólo la verdad, sino también la falsedad. Esto no es un juego de palabras. Esto no es pelar el huevo. El universo está dividido, y lo que es más importante –pues vale todo el universo–, cada hombre está

25 Apodo con que fue conocida Ilse Köhler (1906-67), esposa de Karl Koch, comandante del campo de concentración de Buchenwald, luego de que se conocieran las historias de sadismo relatadas por los sobrevivientes (como el uso de la piel de los muertos para decorar su casa). [N. del trad.]

dividido, ya que la verdad es “más cortante que espada de dos filos. Penetra hasta las fronteras entre el alma y el espíritu” [26].

26 Hebreos 4, 12. [N. del trad.]

Capítulo 3

Hacia el Este es aburrido

Inglaterra en la suma de su poder, reina de la cristiandad y de todos los mares, dueña de la mayoría de la tierra, y Tennyson en su cima, amo de las palabras, él mismo un segundo Virgilio,

ejecutor de la medida más majestuosa
jamás moldeada por labios del hombre [27]

todo esto era así, y mirando hacia atrás uno no puede evitar sorprenderse y asustarse de que Inglaterra en la memoria de nuestros padres, si no el eje de la civilización, era al menos la potencia mundial más sólida y más sensible desde los Antoninos, con la posibilidad al menos de inaugurar lo que los cristianos siempre habían soñado, el Estado mundial cristiano. Todo esto era así, y sin embargo, del mismo modo que alguna vaga bestia germánica capturaba la imaginación de su mejor poeta, algo como ello, siniestro e innombrable, capturaba la imaginación de la época:

Bajo los truenos de las superficie,
en las honduras del mar abismal,
el Kraken duerme su antiguo, no invadido sueño sin sueños.
Pálidos reflejos se agitan alrededor de su oscura forma;
vastas esponjas de milenario crecimiento y altura
se inflan sobre él, y en lo profundo de la luz enfermiza,
pulpos innumerables y enormes baten
con brazos gigantescos la verdosa inmovilidad,
desde secretas celdas y grutas maravillosas. [28]

Arnold la llamó “la nota eterna de tristeza” –“cansancio” hubiese sido más preciso. Está en todos lados en Tennyson, visible en sus magníficos efectos ópticos que, como en Turner, celebran una luz grandiosa pero exhausta, donde los caballos del sol,

27 A. Tennyson, *A Virgilio* (trad. libre). [N. del trad.]
28 A. Tennyson, *El Kraken* (trad. de *Poemas en inglés*: http://poemaseningles2.blogspot.com). [N. del trad.]

sacuden la oscuridad de sus manes,
y rompen el alba en chispas de fuego. [29]

En realidad la bestia emergió primero en Francia, para pastorear en una decadencia más avanzada que la de Inglaterra, hasta que, lo suficientemente fuerte, al final del siglo, merodeó a su arbitrio por el mundo. *Ennui* se convirtió en el exotismo, y el Occidente paralizado comenzó su jornada hacia el Este como el moribundo Alejandro en su litera.

¡Amargo sabor, aquel que se extrae del viaje!
El mundo, monótono y pequeño, en el presente,
ayer, mañana, siempre, nos hace ver nuestra imagen;
un oasis de horror en un desierto de tedio! [30]

Tanto es así el mundo como nosotros, según Baudelaire. Dada esta condición, ¿qué debemos hacer?

¿Es menester partir? ¿Quedarse? Si te puedes quedar, quédate;
parte, si es menester. Uno corre, el otro se oculta
para engañar ese enemigo vigilante y funesto,
¡el tiempo! [31]

Notemos que el tiempo no es el sutil ladrón que nos arrebata nuestra juventud. Por el contrario, es la moribunda duración, el triste malgaste del tiempo, el tiempo para matar, la inmortalidad en la que uno desea morir, como el Titonio de Tennyson o el Sibilo de Petronio.

Decae el bosque, decae el bosque y sucumbe,
los efluvios derraman sus frutos en la tierra,
viene el hombre y cultiva el campo, y bajo él yace,
y tras muchos veranos muere el cisne.
Sólo a mí la cruel inmortalidad castiga. [32]

Para Baudelaire, la muerte no es el enemigo sino el capitán de la nave:

¡Oh, Muerte, venerable capitana, ya es tiempo! ¡Levemos el ancla!
Esta tierra nos hastía, ¡oh, Muerte! ¡Aparejemos!...

29 A. Tennyson, *Tithonus* (trad. libre). [N. del trad.]
30 C. Baudelaire, *El Viaje*, en *Las Flores del Mal*, 1861 (trad. de Wikisource: http://es.wikisource.org/wiki/Las_flores_del_mal). [N. del trad.]
31 Idem. [N. del trad.]
32 A. Tennyson, *Tithonus* (trad. libre). [N. del trad.]

Sumergirnos en el fondo del abismo, Infierno o Cielo, ¿qué importa?
¡Hasta el fondo de lo Desconocido, para encontrar lo nuevo! [33]

Un siglo después, T. S. Eliot toma este epígrafe de Petronio, árbitro de *le nouveau*, a quien Nerón, emperador de *Ennui*:

> Y cuando los muchachos dijeran a la Sibila: "¿Cuál es el problema?", ella respondería: "Deseo morir". [34]

La tierra baldía es en sí misma una proyección del deseo de Sibila:

¿Qué debo hacer ahora? ¿Qué debo hacer?
[...] ¿Qué debemos hacer?
¿Qué debemos hacer siempre?

Flaubert también hizo del aburrimiento su tema principal. No es el amor ni la imaginación ni la idea que lleva a Emma Bovary [35] de una novedad a otra, sino el puro disgusto con lo que sea que tenga. De nuevo, un siglo más tarde, Joyce captura la tendencia en su *Ulises*, que es en sí mismo, como dijo Frank O'Connor [36] en una frase capital y obvia, "un bodrio absoluto". Aprobando esto, Ezra Pound dijo que era el segundo *Bouvard et Pécuchet* [37], la biblia del aburrimiento, el documento de la propia convicción constante de Flaubert de que la totalidad de la vida humana es una locura. Molly Bloom [38] dice: "sí, dije sí, sí, sí"... ¿A qué? Salvo que disculpemos esto como un simple accidente o una pose, debemos corregir su causa, que es el odio de la vida y el compromiso con la radical imposibilidad de significado. "Es extraño cómo nací con poca fe en la felicidad", escribió Flaubert.

> Cuando era muy joven tuve un presentimiento completo acerca de la vida. Era como un nauseabundo olor de comida escapando por una ventilación. Uno no tiene que comerla para saber que le hará mal.

Un siglo después un libro de Sartre es titulado *La náusea*, la experiencia de la cual es convertida en el terreno de toda filosofía: en vez del ser, el vómito. Lo que en literatura se llama "realismo" proviene de la creencia en que la belleza, la verdad y la bondad son

33 C. Baudelaire, *El Viaje* (trad. idem). [N. del trad.]
34 T. S. Elliot, *La tierra baldía* (trad. libre). [N. del trad.]
35 Protagonista de la novela *Madame Bovary*, de Gustave Flaubert (1857). [N. del trad.]
36 Michael Francis O'Connor (1903-66), militante nacionalista irlandés, cuentista, profesor del idioma gaélico, director teatral, biógrafo, crítico literario y traductor. [N. del trad.]
37 Se refiere a la obra de G. Flaubert, *Bouvard y Pécuchet* (1881). [N. del trad.]
38 Personaje de *Ulises*, de James Joyce (1918-22) . [N. del trad.]

ilusiones, o meras posturas hipócritas, que lo real es feo, falso y perverso. Mucho más que su libro *Madame Bovary* queda iluminado, si ésa es la palabra, por la siguiente oración que Flaubert escribió a un amigo:

> La más amorosa de las mujeres no es demasiado amorosa en una mesa de disección, con los intestinos en su nariz, una pierna desollada y un cigarro a medio quemar apoyado en su pie.

Ese cigarro terrible distingue el ingenio de Flaubert de sus más tontos imitadores; *Madame Bovary* no es aburrida, ni es *Bouvard et Pécuchet*, pero el aburrimiento es su origen y su consecuencia.

Hablando tanto del poeta como del lector, Baudelaire expone el caso en forma mucho más clara. El poeta –el "profeta", superhombre de una nueva dispensa– se enorgullece de ser feo, malo y desagradable, y luego revela su nombre:

> ¡Hay uno más feo, más malo, más inmundo!
> Si bien no produce grandes gestos, ni grandes gritos,
> haría complacido de la tierra un despojo
> y en un bostezo tragaríase el mundo:
> ¡es el Tedio! - los ojos preñados de involuntario llanto,
> sueña con patíbulos mientras fuma su pipa,
> tú conoces, lector, este monstruo delicado,
> –hipócrita lector, mi semejante, ¡mi hermano! [39]

Eliot cita este último verso en *La tierra baldía.*

Monsieur Ennui no es como sus hermanos neoclásicos o románticos, los señores Escéptico y Desesperado. La palabra *ennui* (tedio) deriva del latín *"in odium"*, de una raíz que significa al mismo tiempo "odiar" y "apestar". El aburrimiento modernista no es el agotamiento que sigue tras el exceso, como en Byron; es el disgusto positivo, y, finalmente, el odio de la misma existencia. Para los modernistas el mundo no es un accidente, como la ciencia hizo creer a los hombres de la Ilustración y desesperar a los hombres de la era romántica. El mundo es más bien un truco deliberado, malicioso y muy sucio. Todo lo que es, está mal, y la única salvación está en la destrucción. "La destrucción fue mi Beatriz", dijo Mallarmé. Marx escribió:

> El amor cristiano es un obstáculo para el desarrollo de la revolución. ¡Abajo con el amor al prójimo! Lo que necesitamos es odio. Debemos saber cómo odiar; sólo entonces conquistaremos el universo.

39 C. Baudelaire, "Al Lector", en *Las Flores del Mal*, 1861 (trad. idem). [N. del trad.]

En sus últimos años, Yeats se inspiró en la ira irremediable:

¿Por qué debo buscar el amor o estudiarlo?
Es de Dios y sobrepasa el ingenio humano.
Estudio el odio con gran diligencia,
porque ésa es una pasión bajo mi control. [40]

Los neoclásicos creían que el significado derivaba de la razón. Los románticos los atacaron, declarando que el significado derivaba de los afectos. Los modernistas atacaron a todos, repudiando tanto la razón como los afectos, repudiando la misma idea de significado. Por un lado, el *ennui* de la edad neoclásica era el escepticismo, el disgusto que sigue tras el agotamiento del intelecto. El gran disgusto lleno de significado de Gulliver, feo como es, es el resultado de la comparación entre lo que él cree que debería ser y lo que piensa que es. Puede ser que Swift haya perdido la razón, pero la perdió entre dos alternativas reales. Por otro lado, el *ennui* profundo y emotivo de la edad romántica era el resultado de la saturación emocional: Coleridge sufría de una sobredosis de Wordsworth.

Una pena indolora, vacía, oscura y triste...

El *ennui* neoclásico se seguía de una falla en la razón; el *ennui* romántico de una falla en los afectos. Pero el *ennui* moderno es integral. Consiste en el repudio de lo que es genérica y específicamente humano –tanto la razón como los sentimientos–, reduciendo al hombre a un reactor físico-químico, una vibración confusa y desastrosa en un universo de partículas y ondas.

Porque toda esa risa, y todo ese llanto
y todo ese aliento, son una
delicada onda en una profundidad ilimitada
que se mueve, y todo desaparece. [41]

Tennyson entendió perfectamente qué era lo que estaba por pasar, tal vez ésa fue la razón por la que no estuviese tan feliz con el amanecer –al menos de este día. Darwin publicó el *Origen de las especies* en 1859 y dio una teoría científica para explicar al monstruoso kraken. Y en cuanto al amor, Flaubert propuso la suya:

40 W. B. Yeats, *Canciones de lo Sobrenatural* (trad. libre). [N. del trad.]
41 A. Tennyson, *La saga antigua* (trad. libre). [N. del trad.]

> Destrozamos pequeños granos de polvo, triviales vibraciones de un inmenso movimiento, ¡átomos perdidos! - Juntemos nuestras dos nadas en un tremor común, y que sea tan interminable como el espacio.

Y en otra ocasión:

> Lo que está tan bien acerca de las ciencias naturales es que no intentan demostrar nada [...] Los seres humanos deben tratarse como mastodontes y cocodrilos; ¿por qué alegrarse por el cuerno del primero o la mandíbula del segundo? Mostradlas, guardadlas, embotelladlas, eso es todo –pero valorarlas o evaluarlas: ¡no! ¿Y quiénes sois vos en cualquier caso, *petits crapauds*? [42]

Un exabrupto como ése no es el desprecio del escepticismo neoclásico o la triste pena romántica. Dice: "¿Qué esperabas? La existencia es odiosa y sin sentido".

¿Pero por qué alguien puede llegar a un estado tal de la mente? La respuesta natural de los sentidos ante la luz del sol y ante la oscuridad es primero e inmediatamente el gozo. El dolor es necesariamente una respuesta secundaria a la privación del placer. La nausea –*à rebours*– es el reverso. La causa no es literaria; ni siquiera, en forma más amplia, cultural, sino estrechamente filosófica; de hecho epistemológica: el supuesto tras el *ennui* modernista es que el conocimiento es sólo una sensación. El primer paso fatal en el pasillo hermético es la duda. La duda de que el mundo existe y de que no has comenzado a pensar filosóficamente ni por primera vez, como imaginó Descartes, más bien has ingresado en el laberinto del yo, del que no puede haber escapatoria más que en las alas enceradas de una poesía sin ideales –el arte por el arte. En el centro del mundo del yo duerme el kraken; la bestia ruda de Yeats comienza a mover sus lentas patas traseras y el Sr. Kurtz [43], degustando una tibia humana, balbucea "¡el horror! ¡el horror!". La duda de que el mundo existe fuera de uno mismo y de que no existe forma cierta de probar que lo hace, porque la prueba es "la adecuación de la mente" a esa existencia. La adecuación a uno mismo puede ser consistente, pero entonces la mente no puede asegurar nada fuera de sí. Bertrand Russell dijo que el único hombre que conoció que realmente lo entendía era Conrad [44]. Más profundo que la "primera profundidad" del mar de Conrad, más allá de la acción superficial y el elogio de la cordura, hay un pesimismo loco, como en Robert Frost, el ennegrecedor de la máscara de la razón, peor que la queja de los pesimistas profesionales como Hardy. "En el elemento destructivo

42 Citado por Anthony Thorlby, *Gustave Flaubert and the Art of Realism*. Existen numerosas afirmaciones como ésta en todas las *Correspondencias* de Flaubert.

43 Protagonista de la novela *El corazón de las tinieblas*, de Joseph Conrad (1899). [N. del trad.]

44 B. Russell, *Portraits from Memory*, New York, 1956. "«Nunca pude encontrar un libro de cualquier hombre o una charla de cualquier hombre para contrarrestar aunque sea por un momento mi profundo sentimiento de la fatalidad que gobierna el mundo». [Conrad] seguía diciendo que "aunque el hombre puede volar, «no vuela como un águila, vuela como un escarabajo. Y debes haber notado que tan feo, ridículo y tonto es el vuelo del escarabajo». En estas consideraciones pesimistas siento que él mostraba una sabiduría más profunda que la que yo mostré".

inmerso". Ésta es la edad de la crítica. El poeta, el novelista, el filósofo y ciertamente el crítico son, como Iago, "nada más que críticos" [45]. Su sujeto es la mente y no el mundo. La filosofía crítica, el imaginismo, la novela psicológica, el dominio de la crítica literaria y la investigación universitaria por sobre la facultad creativa, son todos el resultado de la mente vuelta hacia ella misma –imágenes regurgitadas, náusea, una literatura de perros que comen su vómito. Pero el verdadero alimento de la música es el gozo en la existencia.

Cuando las margaritas multicolores y las violetas azules,
las cardaminas blancas como la plata,
y los cucos en capullo, de color amarillo,
esmaltan con delicia las praderas... [46]

En la vida de la mente, como en todas las cosas, hay un orden, con un comienzo, un medio y un fin. La poesía comienza en el goce y termina en la maravilla; la filosofía comienza en la maravilla y termina en la sabiduría. Sin el alimento de la música, la música se enferma y el amor muere dejando la sospecha y el disgusto. Lo que sucede con Baudelaire, Flaubert e incluso Frost y Conrad –a pesar de sus diferencias en otras cosas, con todos los escritos más importantes del siglo– es que están enfermos de ellos mismos.

El mundo, monótono y pequeño, en el presente,
ayer, mañana, siempre, nos hace ver nuestra imagen... [47]

gritó Baudelaire. El profeta Tiresias en *La Tierra baldía* dice:

He escuchado la llave
girar en la puerta una vez y sólo una vez.
Pensamos en la llave, cada uno en su prisión,
pensar en la llave, cada uno consciente de una prisión.

En las anotaciones de Eliot a estos versos somos referenciados primero a una frase similar en el *Inferno* dicha por el Conde Ugolino, mordisqueando la calavera de su socio eternamente odiado Ruggieri, encerrados para siempre en su mutuo odio como lo estuvieron en vida; cuando fue encerrado en una torre con sus hijos, "ayunando", como dice modestamente, "tuvo más poder que pena" [48]. Lo que significa que devoró a sus

45 Iago es el personaje de *Otelo* de Shakespeare, Acto II, Escena I (trad. libre). [N. del trad.]
46 W. Shakespeare, *Penas de amor perdidas*, Acto V, Escena II (trad. libre). [N. del trad.]
47 C. Baudelaire, *El Viaje* (trad. idem). [N. del trad.]
48 Personajes del "Infierno" en la *Divina Comedia* de Dante, canto XXXII, vv. 124-139. Se refieren a los personajes históricos Ugolino della Gherardesca, conde de Donoratico, y al arzobispo Ruggieri degli Ubaldini de los

propios hijos. La imagen es poco menos terrible que la epistemología que Eliot le hace simbolizar. Lo que él piensa acerca de su epistemología está claro en la referencia posterior de las notas a F. H. Bradley:

> Mis sensaciones externas no me son menos privadas que mis pensamientos o mis sentimientos. En cualquier caso mi experiencia recae en mi propio círculo, un círculo cerrado al exterior; y como con todos sus elementos por igual, cada esfera es opaca para las otras que la rodean [...] En síntesis, considerado como la existencia en un alma, todo el mundo para cada uno es peculiar y privado para el alma.

La torre es uno mismo; uno no puede escapar. De acuerdo a una famosa definición, ese estado de la mente es el Infierno. "El infierno es sufrir la propia voluntad eternamente", dijo Boecio. Y agregó Dante, "abandonad toda esperanza, vos que entráis aquí". No hay escapatoria. Sin embargo, Aristóteles, en lo que uno puede llamar con seguridad el momento de la verdad en esta batalla perenne, vio que a pesar de que no existe salida, no hay razón por la cual uno deba primero ir allí. Todo esto ha sido debatido antes contra Heráclito y los sofistas. ¿Por qué dudar de la existencia de la realidad externa? Es absurdo exigir pruebas de aquello que constituye el único medio de prueba. El intelecto normal, como un águila, sujeta en su pico lo inteligible de lo sensible y lo conserva. Concepto viene de *capio*, "capturar". Pero lo sensible no es un concepto y no puede ser capturado. Uno prueba el vino durante el tiempo que mantiene el líquido en la lengua; el gusto no puede durar como una emoción o tener validez permanente como una idea. A quienquiera que rechace tanto las abstracciones como los afectos en nombre de la experiencia inmediata, inevitablemente deberá disgustarle el mundo, porque las sensaciones se acaban, no pueden ser conservadas. El mundo de puras sensaciones se desintegra incluso mientras lo experimentamos. La sensación es como el fuego de una túnica de Neso [49], quemándose como la lujuria, en la que uno debe buscar continuamente lo nuevo, tras la exasperación continua e inevitable ante el propio fracaso. Descartes caminó entre las llamas en lo que parecía un agradable limbo de duda filosófica; pero el corazón de este infierno es el hielo donde yacen, encerrados en el odio eterno, los espíritus engañadores de la negación total.

> Unos dicen que el mundo terminará en fuego, Otros dicen que en hielo. [50]

---

condes de Pila, jefes respectivamente del partido güelfo y el partido gibelino en la Pisa de fines del siglo XIII; tema de un famoso grabado de Gustave Doré (1857). [N. del trad.]

49 La expresión "túnica de Neso" se usa para aludir a un dolor moral devorador del que vanamente se pretende huir. Se refiere a la túnica del héroe Heracles que, untada con la sangre del centauro Neso, lo quemó lenta y dolorosamente. [N. del trad.]

50 Robert Frost, *Fuego y hielo* (trad. de *Atlas de Poesía*: http://atlasdepoesia.blogcindario.com). [N. del trad.]

A primera vista, la cosa sorprendente acerca de la cultura moderna es que siga existiendo. Pero la sorpresa también es momentánea. La cultura moderna se apresura porque no puede frenar. Ezra Pound, en *Hazlo Nuevo*, explica el significado de toda su obra, y especialmente de los *Cantos*. Es “nuevismo”. Dice que la doctrina confucionista del “proceso” salvará al mundo, lo que para él quiere decir que destruirá Occidente. El proceso, como Pound lo describe, es como la dialéctica marxista que odiaba, de acuerdo a la cual la naturaleza y la historia son las apariencias exteriores de una guerra subyacente entre opuestos entrelazados:

> El proceso total de la naturaleza... El proceso que une lo exterior y lo interior, el objeto y el sujeto, y así constituye una armonía.

La “armonía” confucionista, como la “paz” marxista, requiere la destrucción de lo opuesto, lo que equivale a decir –dado que la naturaleza está compuesta de ellas– de todas las cosas. Esa doctrina es nihilista. Si se unen el sujeto y el objeto, se destruye el pensamiento, como Pound lo hacía con las oraciones. “Yo le di a la bola”. Pero si “yo” y “la bola” son uno y lo mismo, no he hecho nada.

En un universo de “proceso”, el predicado es imposible. En una novela o poema compuesto con ese lenguaje, donde faltan verbos, no pasa nada, lo cual es una de las razones por la que ellos se aburren rotundamente. Los *Cantos*, excepto algunas salpicaduras refrescantes aquí y allá de luz y sonido, son uno más en una estantería de libros ilegibles, de la cual *Estela de Finnegan* [51] es tal vez la más exitosa. Y en tanto el predicado al final es “es”, ese lenguaje destruye la idea de la existencia. “Dios –dice Stephen Daedalus [52], de acuerdo a su celebrada teoría de las “epifanías”– es un grito que se escucha en la calle”. Dios no está de acuerdo: “Yo Soy El Que Es”, dijo. “En el principio era el Verbo”. Si uno saca los verbos de las oraciones, uno destruye el pensamiento; sin el Verbo, la existencia es una ilusión.

Habiendo repudiado las ideas, nos queda lo que podemos observar inmediatamente. Todo lo observable es de hecho un proceso. Todo es visto, por lo tanto, como una moción; y dado que la razón y el afecto no pueden verse, el hombre es considerado nada más que una moción también. Se sigue de ello que lo único existente es lo “nuevo”, y el único tiempo el “ahora”. Parodiando la intuición de la eternidad de Dios de San Agustín, somos llevados a ser una total simultaneidad: toda la realidad en el momento presente.

Quienquiera que conciba la existencia en esta forma, es inevitablemente un exotista. Se alía él mismo con lo actual y lo novel, y por lo tanto siempre con lo extraño. Tiene

51 La última novela publicada en vida de James Joyce (*Finnegans Wake*), de 1939. [N. del trad.]
52 Personaje de la novela *Ulises* de Joyce. [N. del trad.]

desesperación por lo último porque se moriría de no estar en lo nuevo –la última noticia, la invención científica, la novela experimental, la teoría crítica, la moda. Ser es estar en la *avant garde*. Philip Spencer relata cómo, en un viaje al entonces Medio Oriente, Flaubert y su amigo Du Camp

> encontraron dos botes esclavistas árabes en El Cairo; eran en su mayoría mujeres que habían sido robadas del territorio de Gallas, y los árabes habían introducido entre ellas unos pocos negros viejos para actuar como intérpretes y darles algún consuelo. Los dos viajeros subieron al bote y permanecieron allí todo lo que pudieron, regateando por unas plumas de avestruz y una chica de Abisinia. Su propósito, dijo Flaubert, era disfrutar lo *chic* del espectáculo. [53]

Es por "disfrutar lo *chic* del espectáculo" que hemos conducido por encima y por debajo de la superficie de la tierra, saboreando la enfermedad, la esclavitud y cosas peores. Lo exótico es lo anormal porque el deseo por lo nuevo deriva del odio a lo normal. La fuerza latente tras la tiranía del sexo –en *El Amante de Lady Chatterley* [54], *Corydon* [55], *Lolita* [56]– es el odio, no sólo hacia el amor cortés y matrimonial, sino hacia cualquier tipo de amor entre el hombre y la mujer, o la amistad entre hombres. El matrimonio moderno, contradicho en sus mismos votos por la aceptación universal del divorcio, en realidad es un "disfraz moderno para la prostitución". Era el odio hacia sus madres y hacia Francia lo que llevó a Flaubert, Rimbaud y Gide a realizar excursiones a Medio Oriente y África. El odio hacia "la vieja perra que muestra sus dientes", como llamó a Irlanda, llevó a Joyce a los guetos de inmigrantes; el odio hacia los Estados Unidos y los judíos llevó a Pound al fascismo y el manicomio. El país de uno, como su conocimiento, debe ser rehecho por completo "a nuevo", del mismo modo que, de acuerdo con la dialéctica marxista, "liquidar" es un equivalente a síntesis. Estos viajeros exóticos, especialmente aquellos que se presentaron como artistas exiliados, excitaron la imaginación de críticos predispuestos del tipo de los de pipa y pantuflas. Pero estos artistas no estaban exiliados. Ni siquiera fueron tratados con hostilidad gratuita. Flaubert recibió todo honor posible a pesar de toda una vida de falta de respeto hacia su país. Joyce recibía dinero del gobierno británico para vivir "en el exilio". Pound fue honrado por la Biblioteca del Congreso mientras evitaba el juicio por traición. La traición es el exotismo político, lo que explica la fascinación por el comunismo y el fascismo entre la *intelligentsia*. Aburridos de lo que tenían –placer y éxito–, deseosos de sensaciones, pensaron en derrotar lo exótico y, por lo tanto, alentar al otro lado. Podemos verlos

53 Philip Spencer, *Flaubert: A Biography*, London, 1952.

54 Novela pornográfica de D. H. Lawrence (*Lady Chatterley's Lover*) de 1928, editada en Florencia (estuvo prohibida en Gran Bretaña hasta 1960). [N. del trad.]

55 Título de una colección de ensayos de André Gide acerca de la homosexualidad, aparecida en 1924, para probar su supuesta naturalidad e incluso su influencia beneficiosa para la sociedad. [N. del trad.]

56 Novela pedófila de Vladimir Nabokov, de 1955 [nota del traductor].

asomarse a las ventanas como las damas romanas decadentes que, según se dice, se asomaban mientras ingresaban las hordas bárbaras, gritando: "¿cuándo comienzan las violaciones?".

La lujuria por lo nuevo, lo exótico, es lujuria por lo anormal. Está contra la naturaleza *–à rebours*, como dijo Huysmans–; y eso significa que está contra la naturaleza humana. Es bestial. La doctrina de que el conocimiento es la sensación lleva al modernista fuera de lo que sea que tiene y de lo que sea que es. Con el objeto de renovar la sensación instantánea, debe salirse de lo que sea que tiene –lo burgués, lo convencional– y debe salirse de la civilización para buscar lo bárbaro y lo decadente. El Monte Parnaso [57] moderno está situado en lugar extraño. Leconte de Lisle, el poeta parnasiano, habiéndose aburrido de las islas de Grecia, recorrió el mundo en busca de sensaciones bárbaras y orientales. El Islam fascinó a los modernistas desde Nerval hasta Gide, no porque les interesara la cultura extranjera seriamente, sino porque para ellos el Islam era la no-Europa, y, siendo la no-Europa, para ellos era lo no civilizado, y, siendo lo no civilizado, era un lugar donde la moral no obligaba. Oriente, sin embargo, tiene un papel que interpretar. El interés en el yoga y el zen es tan perverso como para confundir a los desprevenidos llevándolos a pensar que Kipling estaba equivocado acerca de las relaciones entre Oriente y Occidente. No lo estaba; era tan sólo que al pedir el suicidio de la civilización occidental, algunos han descubierto una extinción más profunda de la que cualquiera en Occidente haya concebido hasta el momento. En su prefacio a *Las Flores del Mal*, Baudelaire escribió:

> Aunque he cantado los locos placeres del vino y el opio, tengo sed sólo por un líquido desconocido en la tierra, que los farmacéuticos del cielo mismo no podrían concederme; un licor que no contiene ni vitalidad ni muerte, ni excitación ni extinción. Saber nada, desear nada, sentir nada.

El deseo no es sólo de ordinaria extinción, sino de la misma consciencia de ser extinguido; no sólo de ser ignorante, sino de saber nada; no sólo de no sentir, sino de sentir la sensación de absolutamente nada. Como se queja Baudelaire,

> Y mi espíritu, siempre de vértigo ahíto,
> Celoso del vacío de la insensibilidad. [58]

57 Para los griegos era la morada de las musas y de Apolo, simbólicamente la "patria" de los artistas. [N. del trad.]

58 C. Baudelaire, *El Abismo*, agregada en la tercera edición de *Las flores del mal* (trad. de E. M. S. Danero). [N. del trad.]

Es el mismo Ente lo que el moderno desea destruir. El exótico es exóntico (fuera del Ente). De acuerdo con Mallarmé, el más puro de los poemas es una hoja de papel en blanco:

> la blanca preocupación de nuestra tela [59]

del mismo modo que para el yogui la conciencia más pura es precisamente la conciencia de la nada. Lo que llama *moksha*, o liberación, es la absoluta no-existencia. Buda dijo:

> Digo que destruyendo, robando, frenando, renunciando y abandonando toda imaginación, toda suposición, todo pensamiento del tipo "soy el hacedor...", todo "yo soy" latente, que un buscador de la Verdad se libera [...] Si la forma material no es permanente, y si lo que no es permanente sufre, no puedes creer en aquello que es no permanente, sufriente y obligado a cambiar como: esto es mío, yo soy esto, esto soy yo. Es el mismo sentimiento, percepción (razón) y toda conciencia, sea pasada, futura o presente, subjetiva u objetiva, burda o sutil, tonta o excelente, cercana o lejana –todo debe ser visto como: esto no es mío, yo no soy esto, esto no soy yo.
>
> De allí los monjes, el prejuicio latente "yo soy" es quitado por el monje, arrancado de raíz, secado como en una palmera de la que no puede surgir ninguna existencia futura. [60]

Todo agente, dice Aristóteles, actúa tras un deseo de ser; al mismo tiempo, Buda enseña el "no-deseo". Para nosotros, todas las cosas en el mundo real desean naturalmente su propio ser. Para nosotros, por lo tanto, la sensación no está divorciada de la realidad que la causa, sino más bien, por el contrario, está unida a ella por un matrimonio hecho en el cielo y cuyo fin es la "concepción". Se sigue del punto de vista realista que el hombre puede conocer, y conociendo puede amar lo que conoce, esto es, puede desearlo como suyo y como su bien. Lejos de apagarse, extinguirse, cortarse de las raíces, florece y da semilla.

Pero hemos sido invadidos por la desesperación. Un estado de la mente que consideramos mórbido se ha hecho estadísticamente –aunque no médica ni filosóficamente– la norma. El infierno del modernismo es el *ennui*, el estado de ser consciente de no tener sensaciones. Su cielo es el tener agudas sensaciones de nada. Y eso explica por qué el poema modernista extremo es una hoja de papel en blanco, la pintura moderna extrema es "blanco sobre blanco", la música moderna extrema es el silencio, la filosofía moderna extrema es el budismo. La fenomenología es una etapa elemental hacia ese nihilismo; la psicología del proceso, un yoga elemental. La etapa final es el *shunyata*, el vacío. Buda tiene diez mil caras cambiantes, diez mil nombres cambiantes –pero Buda no existe. Si buscamos a Dios, Él será lo que Él es siempre, en

59 "*le blanc souci de notre toile*", último verso del soneto *Salut*, de Mallarmé. [N. del trad.]

60 Coomaraswammy & Horner, *The Living Thoughts of Gotama the Buddha*, London, 1948.

todos lados, en Texas o en Tombuctú. Si deseamos dioses extraños, debe ser que adoramos ídolos.

Hay una consecuencia final. La última caverna en el infierno exótico –más allá de lo “extremo”– es el terror. Podemos esperar el vacío diáfano; pero el vacío se convierte en un sueño envolvente,

> ... una pesadilla multiforme y sin tregua.
> Tengo miedo del sueño como se teme un gran agujero,
> Colmado de vago horror, llevando no se sabe dónde
> No veo más que infinito por todas las ventanas... [61]

La imagen modernista del infinito no ve nada y entra en pánico; es difícil para él comprender que otros no imaginen qué sino Quién y no vean el vacío sino una plenitud cálida y amable. Sólo en su construcción mental llamada “espacio vacío” comienza la pesadilla:

> Que sueños podrán ocurrir en el silencio del sepulcro,
> Cuando hayamos abandonado este despojo mortal... [62]

los montes quejosos de allí afuera, las esponjas del crecimiento milenario, los pólipos enormes. En las últimas páginas penosas de *Mon coeur mis à nu*, Baudelaire registra su visión beatífica:

> He cultivado mi histeria con gozo y terror. Ahora tengo vértigo continuo, y hoy, 22 de enero de 1862, he recibido un presentimiento singular: he sentido pasar sobre mí el viento del ala de la imbecilidad. [63]

Es realmente un “conocimiento amargo” el que uno obtiene de un viaje como éste. Pero como dijo Aristóteles, y como más de dos mil años de civilización occidental han afirmado, de acuerdo al consentimiento común de la vasta mayoría, de acuerdo a lo que justamente es llamado la filosofía del sentido común: en primer lugar, no hay razón para salir de viaje. *“Levons l’ancre!”*, grita el poeta moderno: “¡Levad anclas!”. Replica el filósofo: “Todos abajo los que aquí bajan”.

61 C. Baudelaire, *El Abismo*, agregada en la tercera edición de *Las flores del mal* (trad. idem). [N. del trad.]
62 W. Shakespeare, *Hamlet*, Acto 3, Escena 1 (trad. idem). [N. del trad.]
63 Traducción libre. [N. del trad.]

Capítulo 4

La ausencia real

En su *Prefacio al Paraíso Perdido*, C. S. Lewis se defendió a sí mismo contra la acusación de prejuicio argumentando que un cristiano es quien mejor puede explicar un poema cristiano. Después de todo, dijo, "¿Qué no daríais por tener un verdadero epicúreo vivo a mano mientras leéis Lucrecio?". El argumento es tentador pero, pienso, falso. El principio de objetividad es de una intransigencia que no es tan fácil de sacarse de encima. La única manera de ver algo es desde algún punto de vista, pero algunos puntos de vista son mejores que otros; y el mejor no es el más cercano sino el verdadero. Si el cristiano sufre algún delirio sobre la naturaleza de la realidad, él es el menos indicado para ser consultado acerca de un poema cristiano. Si, por ejemplo, Freud tiene razón, entonces el punto de vista correcto acerca del cristianismo es el psicoanálisis. Por el contrario, si el cristianismo está en lo cierto, queremos que *El Paraíso Perdido* sea explicado por el profesor Lewis; y Lucrecio, el psicoanálisis y el Bhagavad Gita también.

La objetividad, si no es un mero prejuicio, entonces implica que existe un punto de vista apropiado. Hablando en términos prácticos, la comunidad académica hizo una mala elección: ha buscado un punto de vista más allá del cristianismo, más allá de Lucrecio y los epicúreos, en algún lugar señalado por Julian Huxley.

Si se sujetara a sus principios, el cristiano debería ser quien mejor califica para examinar el asunto de este ensayo actual, porque, comprometido con la verdad, buscaría entender exactamente qué hay allí, con la visión más amplia y el corazón más abierto, suponiendo que su fe no es en vano, suponiendo que no todo lo que dice es estupidez. El punto de vista más común en las universidades es el "científico", que, a la vez que objetivo e informado, excluye toda evidencia no directamente mensurable y pierde por lo tanto la esencia de su tema, que, si es algo, es espiritual. Es la evidencia de las cosas no vistas la que nos demuestra lo que hay allí y lo que no.

¡Si se sujetara a sus principios! Algunos de los libros más tontos acerca del pensamiento oriental fueron escritos por cristianos de doctrina débil, que han encontrado en Buda la idea simpática de un Jesús como una especie de gurú con "reverencia por la vida". El cristianismo se ha hecho crecientemente materialista desde el Renacimiento, de modo que muchos cristianos profesos lo han confundido con panaceas sociales.

Esperan la venida de un mesías secular que conducirá el mundo hacia unas Naciones Unidas que funcionen –hacia la paz, la prosperidad, la liberación de la enfermedad, la vejez y la muerte. Esa idea provee mal al hombre de una comprensión de algo, ciertamente ni del pensamiento cristiano ni del oriental. El gran impedimento del viaje hacia el Este ha sido la ignorancia de saber desde dónde uno lo comienza.

Existen tres tipos de malos comentarios occidentales sobre la doctrina oriental. El primero es la hostil –o cuanto menos subestimadora– interpretación de los críticos científicos que recortan los textos para hacerlos coincidir con sus propios sistemas, y que al hacerlo distorsionan e incluso destruyen sus doctrinas. Incluso los pacientes orientalistas que editan textos y recogen hechos deben perderse su significado, porque, como siempre insiste el texto, la letra mata y el espíritu da luz. Pero los peores son aquellos que van más allá de los hechos para agruparlos en alguna clase de sistema comprensivo de su propia cosecha, como Jung, para quien el I Ching es una herramienta útil para la terapia psicoanalítica, junto con la alquimia, la astrología y la Iglesia Católica en algunos casos.

El segundo género es el de la experimentación neurótica de los sectarios que alimentan así sus fantasías con mala información. Estas personas desesperadas actúan movidos por una manía de poder y paz. Atormentados por los demonios de su siglo, a los que pretenden conquistar y manipular con el juego de la copa, adivinadores y médiums, astrología y bolas de cristal, interpretadores de sueños, magia ceremonial y sociedades secretas donde son conducidos por charlatanes a formas distorsionadas de la doctrina oriental con diversas teosofías. Buscan el poder por estos medios. Uno podría seducir a una estrella de película si pudiese ponerla en trance hipnótico; si uno tuviese un demonio que le dictara, podría escribir *El Paraíso Perdido*. Y buscan la paz porque están atormentados por el cansancio y la ansiedad. El arco de esta vida demoníaca está puro en Baudelaire y en forma pobre en Rimbaud y en sus imitadores recientes, menos dotados, del movimiento *beatnik* –el erotismo infantil, la ingestión de drogas, la fascinación con la violencia y la muerte. Los encontramos con total vigor cómico en el estudiante de astrología de Chaucer, calculando las seducciones siderales de la esposa del carpintero, y en la cara aplomada del siervo del canónigo, cuya piel se volvió amarillenta por los vapores alquímicos.

Nos encontramos a este tipo cuando ya es demasiado tarde en el Infierno de Dante, cuando aquellos que han cometido pecados contra la naturaleza son castigados junto a los usureros y los sodomitas –aquellos que buscan hacer fecundo lo que por naturaleza es estéril, y estéril lo que por naturaleza es fecundo.

Los maestros orientales enseñan que la experimentación sin licencia no sólo es peligrosa –lo cual no es argumento contra ella para una persona valiente o desesperada, si es que busca lograr lo Absoluto– sino tonta, al menos una pérdida de tiempo cuando se

necesita ayuda médica, especialmente si uno comienza a obtener resultados sorprendentes, como aparentes dones carismáticos, tantas veces tenidos como indicadores de éxito cuando, de hecho, si son algo, son signos de descalificación. Desde el punto de vista de la prudencia cristiana, uno no debe apartarse de las prácticas de su iglesia; desde el punto de vista de la prudencia oriental, uno no debe hacer nada sin la suficiente preparación bajo un maestro calificado.

La tercera forma de comentario malo es la amigabilidad ridícula, un adjunto del turismo, en la cual el sentimentalismo bienintencionado, algunas veces vagamente cristiano, confunde la voluntad con el intelecto y, de ese modo, el "ecumenismo" con el sincretismo. Piensan que, debido a que debemos amar a nuestros enemigos, todos son nuestros amigos. Esta actitud provoca intentos débiles y tontos de yoga suburbano, y peor aún, como la triste y dolorosa muerte del pobre de Tom Merton [64] en una bañera de Bombay, cuando debió haberse quedado en casa cantando gregoriano, de acuerdo con la estricta observancia de su regla.

Supongo que uno debe agregar una cuarta. Desde Benarés [65] hasta el Bronx, la industria del entretenimiento –de la cual forman parte cada vez mayor las universidades– nos provee con un buen número de grandes gurúes. Los estudiantes universitarios tragan *snacks*, marchan por los derechos civiles, "hacen huelga" y practican toda una serie de variedades de "yoga colegiado" mezclado con marxismo, novela experimental y purificación del Lago Erie [66].

El propósito de una confrontación cristiana seria con la tradición oriental auténtica es una buena controversia, que bate doctrinas competidoras y separa lo falso para dejar brillosas semillas de verdad, como al hacer manteca. El cristiano informado, diligente y fiel clarifica así sus propias creencias y aprende precisamente lo que debe rechazar como el asalto más serio jamás ocurrido contra ellas. Sin amargura, pero con insistencia en aquellos artículos del Credo cuya negación significa la muerte eterna, uno puede tomar el pensamiento hindú o budista como un desafío brillante, frente al cual la controversia católica-protestante es una pelea de familia. De hecho, la familia puede reunirse mucho más pronto de lo que pensamos frente al actual resurgir de la herejía perenne, que ha portado tantas caretas desde el gnosticismo hasta el modernismo. ¡O podemos reunirnos para nuestro funeral! Si el cristianismo está enfermo –¿y quién se

64 Se refiere a Thomas Merton (1915-1968), poeta y monje trapense (Orden Cisterciense de la Estricta Observancia) que, especialmente en los últimos años de vida, se dedicó con ahínco al diálogo interreligioso y los movimientos pacifistas y de los "derechos civiles". [N. del trad.]

65 Ciudad sagrada de la India sobre el río Ganges. Hoy en día es conocida como Varanasi. [N. del trad.]

66 El lago Erie es uno de los Grandes Lagos de América del Norte, en la frontera entre los Estados Unidos y Canadá. En los '60 estaba extremadamente contaminado por las industrias de los alrededores, establecidas sobre todo en la localidad de Cleveland. En aquella década fue conocido como "el Lago Muerto", por arrojar cantidades de peces muertos a la costa cada tanto. En 1969, el río Cuyahoga, uno de sus afluentes, se incendió. Fue éste el despertar del ecologismo norteamericano. [N. del trad.]

atreve a negarlo ahora?– puede ser que el pensamiento oriental, como la terapia de choque, nos lleve hasta el borde del exterminio y active en nosotros el deseo de vivir.

El más grande impedimento para comprender el pensamiento oriental es nuestra propia falla en comprender totalmente el nuestro. El cristianismo auténtico es, primero, la encarnación del espíritu; y, segundo, la inspiración de la carne. Desde el Renacimiento, cuando la filosofía materialista comenzó de nuevo a ocupar posiciones de poder político y eclesiástico por primera vez desde la conversión de Roma, hemos olvidado en forma creciente lo que es el espíritu; de modo que para nosotros la experiencia espiritual es algo en nuestros recuerdos de la niñez acerca de los que nos sentimos sentimentales, como si fuesen mitos, cuentos de hadas o símbolos, pero no operativos como una realidad actual. De ese modo la religión es mitologizada, teniendo como fundamento algo mal comprendido como una experiencia "mística", como hacen de ella las poesías de Blake o De la Mare.

Alguien está siempre sentado allí,
en la pequeña huerta verde;
incluso cuando el sol está en su cenit,
en el cielo despejado del mediodía,
y débiles zumbidos van,
la abeja de flor en flor.
Alguien en la sombra está sentado allí,
en la pequeña huerta verde. [67]

Y sí que es alguien. Una de las más poderosas atracciones de las doctrinas orientales es algo que también tenemos en casa, pero que tan pronto como crecemos lo reprimimos: la realidad de las presencias espirituales. Carlyle lo describió agudamente:

> Hablar en el dialecto antiguo, "hemos olvidado a Dios"; en el dialecto más moderno y muy cierto del asunto, hemos adoptado el Hecho de este Universo como no es. Hemos cerrado discretamente nuestros ojos a la sustancia eterna de las cosas, y los hemos abierto sólo a las Sombras y las Apariencias de las cosas. Discretamente hemos creído que este Universo es intrínsecamente un gran Talvez ininteligible.

Contrastando esto con la religión real, dijo:

> La religión [para los monjes de St. Edmundsbury] no es una auto-introspección enfermiza, una búsqueda agonizante; sus deberes son claros para ellos, la vía del bien supremo, clara e indisputable, y la están recorriendo. La religión recae en ellos como un abarcador manto celestial,

67 Walter de La Mare, *La pequeña huerta verde* (trad. libre). [N. del trad.]

como una atmósfera y elemento de vida, del cual no se habla; en todas las cosas es presupuesto sin decirse.

Entre cristianos ordinarios operantes, el elemento espiritual está invisible por su presencia. Hoy en día lo tenemos en forma autoconsciente y deliberadamente "irreal" cada tanto, en la esperanza de que nos hagamos cada vez más "espirituales". No vemos el mismo evento como sumergido en lo natural y lo sobrenatural al mismo tiempo. Si vemos eventos en la vida de Cristo realmente sucediendo, no tanto nos horrorizaremos, maravillaremos o santificaremos, como nos desilusionaremos. No tuvieron lugar como en una película; el Sermón de la Montaña no fue amplificado en estéreo. Hemos llegado a esperar que un evento espiritual, como uno artístico, sea mayor que la realidad; y mediante el mismo proceso, hemos llegado a pensar que la realidad es algo miserable.

Incluso en la imaginación barroca de San Ignacio podemos ver el cambio. En los *Ejercicios Espirituales* sugiere que mediante la estricta atención a la composición del lugar construyamos en nuestras imaginaciones, tan precisamente como sea posible, las vívidas realidades arqueológicas de un evento pasado; de modo que, por ejemplo, en el milagro de Caná, veamos en la pintura de Vermeer a los invitados a la boda, los músicos, las jarras de vino, todo exactamente como fue. En la literatura medieval encontramos lo opuesto. En la Segunda Obra del Pastor [68], por ejemplo, los ángeles de repente se aparecen a pastores ordinarios y contemporáneos a la experiencia concreta de la audien-cia; y Cristo nace en un establo inglés aquí y ahora. Esta actitud es típica de la simulta-neidad del pasado y el presente en la literatura y el arte medieval. No es ingenuidad teológica la que hace a Chaucer presentar a Troilo como un joven del siglo XIV, o como el escudero de su prólogo a los *Cuentos de Canterbury*. En la poesía, como en la medi-tación, el pasado era visto en presente porque su significado estaba presente. El evento pasado está materialmente ido hace mucho, pero si tiene algún significado, es porque está espiritualmente presente hoy.

La peregrinación de Chaucer a Canterbury es un ejemplo obvio en este punto. Todo tipo de gente real –el profesor Manly identificó la mayoría de estas personas en base a un censo de Londres de 1387– está viajando a un lugar real que es al mismo tiempo material y espiritual. El santuario de Canterbury existe en su realidad concreta como un hecho; uno va a allí, y para ser curado de una enfermedad física. El cocinero infeliz será curado de su horrenda úlcera... pero más felices serán sus clientes, a los que les gusta la natilla. Chaucer nos cuenta al comienzo que los hombres

68 *"The Second Shepherds' Play"* es una obra de teatro medieval que se encuentra en el manuscrito HM1 del Ciclo de Wakefield, escrito alrededor del 1500 en inglés medio. Ambientada a fines de la Edad Media, es la historia de tres pastores que son avisados del nacimiento de Cristo por un ángel. [N. del trad.]

La gente siente el ansia de peregrinar...
para visitar al bienaventurado y santo mártir
que les ayudó cuando estaban enfermos. [69]

Tenemos en Canterbury un lugar material cargado de una energía eficaz que cura el dolor de muela y la concupiscencia y nos pone en presencia de Dios. En el Cuento de la Segunda Monja se nos dice que el ejecutor sale, dejando a Santa Cecilia parcialmente decapitada, y los fieles llegan para secar su sangre con sábanas:

Se marchó dejándola allí
medio muerta con el cuello abierto por los cortes.
Los cristianos que estaban a su alrededor
recogieron cuidadosamente la sangre en sábanas. [70]

Hoy en día la mayoría de la gente encuentra ofensivas este tipo de cosas. Suena a superstición y nos llena de disgusto. No nos molesta entretenernos con imágenes de sangre –el cine está empapado de sangre–, ni nos enorgullece la idea de una experiencia espiritual, aunque el cine no está tan lleno de eso. Pero una experiencia espiritual sangrienta nos mueve a la incredulidad y el enojo.

Para la enorme mayoría de la gente educada, el cristianismo no es serio; no puede sostenerse bajo la mirada crítica. Dejamos a Cristo con nuestras canicas y adoptamos cosas adultas como los cigarrillos y el positivismo lógico. Pero aún así los espíritus existen y Cristo y los mártires que Lo imitaron derramaron sangre real. Podemos tropezarnos con sustancias espirituales y resbalarnos en su sangre, pero ni la religión oriental ni la occidental nunca tendrán sentido realmente a menos que los incluyan. Cuando una persona comienza a reflexionar acerca de esto, busca algún libro, algún maestro o ciencia que arroje luz sobre ello; rara vez se le ocurre considerar libros o instituciones cristianas, porque la gente ya no derrama su sangre por ellos y prefiere hablar acerca de cómo mejorar la sociedad y combatir el prejuicio. En cuanto a hechos cristianos como la Navidad, no parecen reales. Son algo así como la madre de uno: embarazosos y agradables –pero uno no se acerca a su madre con un problema intelectual adulto ni busca la verdad entre lindos cuentos. Y así, como San Agustín escapando de Mónica, uno comienza su viaje al Este.

Estrictamente hablando, ninguna doctrina oriental, en cualquiera de sus formas auténticas, es una religión o, de hecho, una filosofía [71]. La religión, de cualquier forma que

69 G. Chaucer, *Los cuentos de Canterbury* (versión en castellano de la Biblioteca Digital Ciudad Seva: http://www.ciudadseva.com). [N. del trad.]

70 Idem. [N. del trad.]

71 El único comentario occidental serio sobre la doctrina oriental desde el punto de vista oriental está en la obra de René Guénon y A. K. Coomaraswamy. La obra de Guénon ha sido recopilada en la serie *Etudes traditionnelles,* París (Gallimard). En ingles ver especialmente Coomaraswamy (y Horner), *The Living Thoughts of*

uno la defina, es una especie de relación, en cambio los maestros orientales enseñan una doctrina que se propone destruir la distinción entre el sujeto y el objeto, de modo que no hay nada que relacionar. La metafísica filosófica es la ciencia del ser, mientras que la metafísica oriental se ocupa del no-ser. Metafísica significa "más allá" o "más alto" que la física; la física en sentido griego, como la ciencia general de la naturaleza. La ciencia física, de acuerdo a esta distinción, aunque se ocupa de las abstracciones, siempre procede de la experiencia. En cambio de la metafísica uno no puede tener "experiencia" alguna; la metafísica está más allá de la naturaleza, más allá del movimiento y el cambio y, por lo tanto, más allá de los poderes experimentados, impuestos como están al "animal mortal".

Para Aristóteles, el ente universal es el sujeto propio de la metafísica: el uno, el principio inmóvil del mundo físico del movimiento y el cambio al que, dice Santo Tomás, "llamamos Dios". El hindú dice que el Ente es en sí mismo un término limitante; "ser" es "ser algo" y, por lo tanto, sujeto de cambio. De modo que argumenta que el Ente de Aristóteles es mera física generalizada. El hindú reserva para la metafísica aquello que está más allá del ser –no el uno, sino el cero. La exposición de esta metafísica es imposible en lengua humana porque las oraciones tienen verbos y todos los verbos se reducen al copulativo "ser". Las fórmulas hindúes, por lo tanto, no son definiciones doctrinales; son expresiones simbólicas de una realidad superontológica instantáneamente comprendida en estados peculiares de intuición. El conocimiento metafísico en este sentido –una gnosis esotérica– trasciende la distinción entre el ser y el no-ser. En cualquier clase de conocimiento, el conocedor debe unirse a lo conocido; se sigue de ello que, dado que el conocimiento metafísico es infinito, sólo puede ser conocido en el modo de un poder infinito de conocimiento, y un conocimiento tal no puede ser alcanzado por ninguna persona, en cuanto que las personas son finitas –limitadas, no infinitas. ¿Entonces cómo es posible alcanzar ese conocimiento? No puede ser alcanzado por ninguna persona; sin embargo, es posible para una persona trascender su propia persona, su individualidad. En la realización metafísica uno deja de ser uno mismo; uno se convierte en otra cosa; uno no dice "entiendo", sino que "es entendido". Y esto es por lo cual la metafísica hindú está más allá de la religión y la filosofía, ya que ambas dependen de una relación atada a algún sujeto y algún objeto.

De acuerdo con los maestros hindúes, la realización metafísica es el fin de distintas disciplinas que derivan de la tradición primordial, de la cual la hindú es la más antigua y pura, cuyas fórmulas simbólicas se encuentras en los Vedas y en la vasta literatura de amplificación y comentario de ellos. El budismo y sus ramas son manifestaciones locales, y el taoísmo está también relacionado en forma filial. Este cuerpo de textos es inútil

---

Gotama the Buddha, Londres, 1948; e *Hinduism and Buddhism*, Nueva York, n.d.; *Buddhism and the Gospel of Buddhism*, Bombay, 1958. Guénon, *The Reign of Quantity*, Londres, 1953; *Man and His Becoming according to the Vedanta*, Nueva York, 1958.

–tantas cartas muertas– sin el poder vivificador de la iniciación en la cual la psiquis es hecha apta para recibir la enseñanza. La tradición védica, o hindú, es un cuerpo de enseñanza simbólica: su propósito es ayudar a las personas a reconocer una "existencia" más allá de la diferencia entre la existencia y la no existencia. La religión, de acuerdo con esta enseñanza, es idolatría, porque toma al símbolo como lo que simboliza. Brahma, Visnú y Shiva no son dioses, sino símbolos de principios metafísicos. Y las seis *darshanas*, o disciplinas, no son escuelas filosóficas de pensamiento competidoras o sectas religiosas, sino puntos de vista complementarios. ¿Puntos de vista de qué?

Imaginemos, de acuerdo a una meditación budista, una gaviota al amanecer, planeando rasante sobre la superficie de un lago que refleja al ave y al amanecer de forma tan perfecta que nada se distingue, excepto por una sola línea que el pico del ave dibuja sobre la superficie del agua. Por un momento, si uno mira de cerca, los tres objetos aparecen, pero a medida que la vista se cansa se funden nuevamente y es como si no hubiésemos visto nada.

La tradición oriental puede reducirse a esa línea y su desaparición. *Moksha*, el término hindú para "libertad", significa liberación del hábito mental de la dualidad. El estado de ser que ocupamos como animales racionales es exactamente aquel en el cual la realidad es concebida de acuerdo al principio del ser, como lo explica Aristóteles –literalmente, que la primera cosa que puede decirse de algo es que es; y su corolario inmediato, la ley de contradicción–; a saber, que dado que algo es, no puede al mismo tiempo y en el mismo sentido ser lo que no es. De acuerdo a los principios del ser y de contradicción, el lago es, no es el cielo; el ave es, y por lo tanto, no es ninguno de los otros dos. De acuerdo a la tradición oriental, este estado en el que habitamos no es el estado del universo, sino sólo uno de una multiplicidad de puntos de vista que dependen del estado del que ve. La realidad se comprende sólo de acuerdo al modo del que comprende. El hombre, dado que opera en el modo de la "existencia", no puede entender nada más allá de la existencia.

Dados ciertos dones, sin embargo, dadas ciertas iniciaciones, y habiendo practicado ciertas disciplinas, un hombre puede, de acuerdo con la tradición oriental, trascender su estado físico de animal racional y descubrir un orden metafísico superior, tomando la palabra para significar no sólo algo "más allá de lo físico", "más allá de la naturaleza" y todas las cosas en movimiento, sino "más allá de la existencia". Desde este punto de vista más elevado, la realidad se ve bajo el aspecto de la *advaita* o "no-dualidad". En ese estado, lo racional es trascendente, y quien comprende ve todas las cosas como una. Los principios de ser y de contradicción son trascendidos, de modo que quien comprende ve una identidad entre las cosas que hasta ese momento se pensaba eran diferentes –el lago, el cielo, el ave–; más sorprendente aún: el que comprende y el comprendido son lo mismo. De acuerdo al principio del ser, "algo es". Pero desde el punto de vista de

la no-dualidad, esa afirmación es el resultado de una ilusión; es la primera manifestación del *maya*, la ilusión consecuente en el estado de animal racional. Decir que algo es y que algo no es, desde el punto de vista del *advaita*, es decir la misma cosa. Reducido a una fórmula más simple: "*es* no es". Chuang-tse en su jardín se preguntaba si era Chuang-tse contemplando la mariposa o la mariposa contemplando a Chuang-tse; y una vez que se preguntó esto, debió haberse preguntado también si él era el jardín contemplándolos a ambos, y así *ad infinitum*. Eso es el hilo de Ariadna [72], no para salir de, sino para ingresar a las formas laberínticas del pensamiento oriental, en el medio del cual está el Minotauro fabuloso, la bestia exótica que tantos intelectuales occidentales, especialmente en los últimos cien años, han buscado.

Todos los cientos de escuelas orientales y sus imitaciones occidentales, cada una con su técnica, son diversas formas de *yoga* o "disciplinas" que llevan al logro del *moksha* –la liberación del *maya*, la ilusión del "ser"– como medio de lograr la Identidad Suprema: "*ser* no-ser".

Algunos yogas comienzan con el ejercicio físico, el propósito del cual es condicionar al cuerpo hasta llegar al punto de realización de sus modalidades psíquicas latentes. Uno puede agrandar los poros, airear la piel y los huesos, y finalmente agrandar los poros del Ser mismo y dejar que la luz oscura de la no-dualidad rellene los intersticios. Si uno practica lo suficiente, bajo un maestro que haya alcanzado maestría en la técnica (y hay sólo unos pocos maestros calificados), y con ciertas aptitudes que sólo unos pocos poseen; y lo hace con diligencia, lo que puede exigir veinte años o más de aplicación dolorosa, grotesca, a veces desagradable; y, finalmente, con suerte (del tipo que se necesita para ganar el tiro más largo), con todo eso, esta tradición te recluta para su corporación y, dicen, no sabrás nada, esto es, tendrás la intuición directa de la vacuidad, aunque ya no debemos decir "tú", porque tu personalidad no habrá sobrevivido a este proceso. Las oraciones se contradicen, no expresan la Identidad Suprema. La identidad no es, después de todo, una experiencia, y el lenguaje es una metáfora que desaparece junto al otro aparato de la existencia –la ilusión de que algo es. En la Identidad, la persona desaparece.

Tal vez el aspecto más desconcertante de la tradición oriental es su impersonalismo radical. *Moksha* significa liberación de uno mismo; no del egoísmo, como en la humildad cristiana, sino del yo mismo; en el estado de no-dualidad no hay distinción entre el yo propio y cualquier otro yo, o cualquier otra cosa, o incluso nada.

72 Según la mitología griega, cuando Teseo ingresó al laberinto para matar al Minotauro, Ariadna le dio un ovillo de hilo para que fuese desenredando a medida que avanzaba y así encontrase la salida a su regreso. La expresión suele usarse para describir un problema con varias soluciones aparentes pero que para resolverlo se necesita ir dejando alguna marca mientras se prueban todas las combinaciones y rutas posibles. [N. del trad.]

La blancura de la nieve que los cubre
no expresa nada, nada expresa. [73]

La primera etapa en el logro de la Identidad Suprema es una especie de coagulación, como la que logran las células en la formación de una membrana: las personas se convierten en parte de una colectividad. Éste es el famoso *nous* de los distintos tipos de gnosticismo; el "alma abarcadora" de Emerson; la "consciencia cósmica" del gurú de Whitman, J. D. Buck; el "inconsciente colectivo" de Jung. El neo-gnóstico Teilhard de Chardin, en sus fantasías esotéricas, mezcla esa idea con el marxismo, como una etapa más en el logro del "Cristo", que ya no es Jesús de Nazaret que murió en la Cruz sino el alquímico y ocultista *Maximus Homo* o Superhombre en que se convertirá toda la raza humana, según su optimismo evolucionista. Cuando los psicólogos describen la crisis moderna de identidad, ven como patológico lo que los yoguis llaman avance elemental hacia la libertad.

Algunos yogas son físicos, algunos artísticos. Por ejemplo, la representación pictórica en el budismo mahayana no es una ilustración o decoración; las imágenes se contemplan con la misma precisión que cuando se practican las posturas en el yoga físico, y con el mismo propósito –la comprensión de que los contradictorios son idénticos y, especialmente, que la mente es un impedimento; que la racionalidad impide la comprensión. El propósito de imaginar la gaviota al amanecer es precisamente que el que contempla esa imagen tenga la sensación fluctuante tanto de la existencia como de la inexistencia. Mantendrá en su visión una imagen de ese estado de la mente, que en última instancia espera lograr en forma permanente sin necesidad de imágenes.

Una vez que se logra este estado de liberación del "yo" y de "las diez mil cosas", como se llama al universo físico, se descubre –uno no puede decir "él descubre"– incluso un abismo más allá del vacío, ya que los maestros de esta tradición dicen que "la nada" es también una ilusión. La ironía, en última instancia, es que luego de una vida de búsqueda uno descubre que literalmente no hay nada que buscar; ni siquiera "la nada", que es una idea racional. La palabra "persona" deriva de *persona*, que significa "máscara"; el yogui, al final del proceso, se pone su personalidad de nuevo y actúa la obra de la existencia. La palabra "ilusión" deriva de *ludo* que significa "yo juego", como si uno actuara un drama o tomase parte en un juego. La más seria –ridícula– pérdida de identidad, más allá de la etapa elemental de no saber quién soy, es cuando actúo el papel de ser yo mismo, cuando me convierto en el Hombre de Confianza [74] o el Bufón, porque realmente no soy yo mismo en absoluto.

73 R. Frost, *Lugares desiertos* (versión sin indicación de traductor en revista *Conexión Local*, 19 de febrero de 2005, Bogotá). [N. del trad.]

74 Nombre en castellano de la novela *The Confidence Man* de Herman Melville. En ella un hombre hace de inocentón o tonto e incomoda a los pasajeros de un vapor que viaja por el Mississippi, obligándolos a abandonar sus apariencias y reaccionar como verdaderamente son. [N. del trad.]

Frecuentemente se dice que todos adoramos al mismo Dios pero de manera diferente, de modo que, a medida que el mundo se hace más sabio y tolerante, debemos ser todos amigos. Hoy muchos conciben la palabra *ecuménico* como significando una unidad trascendente en la cual nuestras diferencias, acerca de las cuales hemos disputado e incluso derramado sangre, deben ser al menos borradas, y el budista se sentará junto al cristiano y el musulmán con el judío, no bajo la protección de una tregua en la que prometemos amarnos los unos a los otros aunque difiramos, sino bajo la comprensión final de que ya no somos diferentes.

De hecho, la tradición oriental siempre ha propuesto un ecumenismo transcendental como ése. A lo largo de la historia, el único que se opuso a esa idea fue Dios, al insistir en Su primer mandamiento que "Yo soy el Señor tu Dios, no tendrás dioses extraños ante mí". Los dioses, de acuerdo a la tradición oriental, son las diversas imágenes que se usan para la meditación. Son como posturas físicas o estatuas hechas de *ghee* [75]. Son apoyos para la difícil tarea de la comprensión metafísica. Una vez que aceptamos esto, dice el hindú, no puede haber conflicto, ni siquiera desacuerdo, excepto del tipo amistoso, en el cual algunos están en un equipo y otros en otro. Hay un lado cristiano, un lado budista, miles de otros lados, cada uno conducente a la liberación final de la tiranía de la diferencia. No sólo somos hermanos bajo la piel; todos somos, en realidad, bajo la misma piel, exactamente la misma persona –y lo mismo Dios. La doctrina del Cuerpo Místico de Cristo, dice el hindú, no es entendida por los cristianos, quienes piensan que de alguna manera la propia identidad personal sobrevive el bautismo. Cuando uno asume el Hombre Nuevo, dice el hindú, ha sido ritualmente iniciado en la Unicidad. Reconciliación es re-conciliación.

Recientemente, un sacerdote que dice representar la mentalidad de la Iglesia estadounidense sobre la materia –lo cual es imposible– invocó este tipo equivocado de ecumenismo, anunciando en una conferencia de prensa que los teólogos habían elaborado una "teoría de la doble alianza", bajo la cual los judíos podían seguir la Antigua y los gentiles la Nueva. Si esto fuese así, San Pablo habría sido tan bueno antes como después de su conversión; y San Esteban, cuando fue lapidado, en vez de rezar por Saulo de Tarso, debió haberle guiñado el ojo. El mismo Cristo en la cruz debió haber hecho un guiño. De hecho, de acuerdo a una teología que dice que el que sinceramente busca la verdad recibe el bautismo de deseo, todo el cristianismo es reducido a un guiño terrible y consciente –que es justamente lo que dice el hindú. El misionero cristiano que invade Oriente con lo que Coomaraswamy llama "frenetismo proselitista" recibe así la crítica por no entender la enseñanza de su propio yogui. Cristo, dicen, meramente introdujo otro simbolismo en el vocabulario de la tradición primordial; agregó otro conjunto de

75 Mantequilla purificada, también llamada "oro líquido", de uso alimenticio y terapéutico en la India. [N. del trad.]

íconos para la ampliación del yo. Lástima que los cristianos hayan tomado sus símbolos por hechos y se hayan hecho martirizar sin necesidad por emperadores que no tenían interés alguno en la tarea más que el que pudo tener Poncio Pilatos.

La interpretación oriental es tan antigua como el cristianismo y tan nueva como la última revista ecuménica. San Pedro confrontó a Simón el Mago, que tenía esa idea. De acuerdo con la vívida descripción en el libro de los Hechos:

> Al ver Simón que mediante la imposición de las manos de los apóstoles se daba el Espíritu, les ofreció dinero diciendo: "Dadme a mí también este poder para que reciba el Espíritu Santo aquel a quien yo imponga las manos". [76]

Pero el don de Dios sólo se compra con la sangre de Cristo y sólo es administrado en Su nombre:

> Porque no hay bajo el cielo otro nombre dado a los hombres por el que nosotros debamos salvarnos. [77]

No podemos ser salvados por Moisés, o por el Espíritu del Arcoiris, o por Shiva. El bautismo de deseo fue ilustrado en el caso clásico de Valentiniano. Santo Tomás lo cita de San Ambrosio:

> Por eso dice San Ambrosio a Valentiniano, muerto cuando era todavía catecúmeno: Yo perdí al que había de regenerar, pero él no perdió la gracia que había solicitado. [78]

Instruido, habiéndose ya comprometido, Valentiniano simplemente estaba esperando el día designado en el calendario eclesiástico en que los catecúmenos eran tradicionalmente bautizados. No andaba "buscando la verdad", o siguiendo la verdad "como él la veía", sino siguiendo la verdad explícitamente enseñada por la Iglesia. Están también aquéllos que por "ignorancia insalvable" no llegan al bautismo real, aunque sin culpa de su parte mientras crean que Dios va a salvarlos, y por lo tanto puede decirse que han recibido virtualmente el bautismo en virtud de su deseo. Pero esto difícilmente puede generalizarse como una teoría de la elección universal, dado que muy pocas ignorancias son invencibles, sino más bien "inexcusables", de acuerdo a San Pablo:

> Porque lo invisible de Él, su eterno poder y su divinidad, se hacen notorios desde la creación del mundo, siendo percibidos por sus obras, de manera que no tienen excusa. [79]

76 Hch. 8, 18-19. [N. del trad.]
77 Hch. 4, 12. [N. del trad.]
78 *S. Th*. III, q. 68, a. 2. [N. del trad.]
79 Rom. 1, 20. [N. del trad.]

Cuando Dios se aparece en el matorral ardiente, Él no dice "parece que parezco". Toda la teología cristiana está fijada sobre el hecho de que Él dijo ser "Aquél que es". Dado que está enraizada en una dualidad, la tradición cristiana se opone a la oriental. No hay nada y hay algo, y no son lo mismo. Decir que Dios es un símbolo es negar el Primer Mandamiento. El cristiano debe responder a todas las variedades del universalismo trascendental, aunque parezca arrogante, diciendo: "No. No adoramos al mismo Dios, tú a tu manera, yo a la mía. Yo adoro al único Dios verdadero y tú adoras ídolos –tú admitiéndolo, dado que dijiste que todos los dioses son símbolos. Y de hecho lo son –todos los dioses menos el mío". Si como cualquier persona normal, teniendo razón, sabes por las cosas creadas que hay un poder eterno y una divinidad, y aún así Lo rechazas, no tienes excusa y seguirás el camino de todo aquél que ha ido antes que ti por la misma ruta.

> [...] no tienen excusa; por cuanto conocieron a Dios y no lo glorificaron como a Dios, ni le dieron gracias, sino que se envanecieron en sus razonamientos, y su insensato corazón fue oscurecido [...] Por lo cual los entregó Dios a la inmundicia en las concupiscencias de su corazón, de modo que entre ellos afrentasen sus propios cuerpos. Ellos trocaron la verdad de Dios por la mentira, y adoraron y dieron culto a la creatura antes que al Creador. [80]

Todo el pasaje de la Epístola a los Romanos describe el mundo *moderno*, tanto el Occidente como el Oriente, lo que equivale a decir: cómo es el mundo sin Dios.

Hemos asistido a esta confrontación muchas veces en la historia. Trajano hizo la misma sugerencia: "Poned vuestro Dios en el Panteón junto a los otros". Cuando los cristianos respondieron: "No hay otros", fueron llevados a muerte por subvertir el orden cívico. El cristiano dice: "Dios realmente existe". En este hecho ineludible, toda la tela del ilusionismo pagano y oriental, y el sincretismo de las religiones que se siguen de él, se disuelve. Si Dios existe y realmente actúa, y si uno de Sus actos es la creación, entonces el mundo realmente existe. La gaviota y el lago y el cielo no son lo mismo y no son ilusiones, aunque existan momentos, como al amanecer o al atardecer, en que muchos eventos reales parecen uno y hacen las cosas confusas; y aunque a veces, cuando nos cansamos o enfermamos o emborrachamos, existan espejismos y vértigos. El largo, deliberado *"dérèglement de tous les sens"* [81], como lo llamó Rimbaud, describe el yoga que él practicaba –el desajuste de los sentidos que produce todo yoga– dando al que lo practica el delirio de su identidad. Si persiste en ello quebrará su mente, de modo que realmente "no sabrá nada". El cristiano dice que el *moksha* es la suprema insania.

Que nadie subestime a este viejo enemigo que tanto servicio ha hecho indirectamente a la Cristiandad, o sea irrespetuoso con su poder intelectual. Su ataque nos ha puesto en

80 Rom. 1, 20-25. [N. del trad.]
81 Desorden de todos los sentidos. [N. del trad.]

cada era ante un desafío moral. El cristianismo, como todo cuando tiene éxito, engorda, se tambalea, casi fracasa hasta que –a diferencia de otras cosas– es rehecho nuevamente debido a que Cristo le prometió permanecer con él hasta el final. En esta era casi final, cuando está fracasando más, el síntoma más evidente de su potencial ruina y de su inminente renovación es, como siempre, el orientalismo, bajo sus diversos nombres. Un ascetismo crudo y hambriento no puede dejar de apelar a los jóvenes valientes, mientras que un cristianismo aterrorizado y gordo adula al enemigo en simposios de organizaciones y universidades, saluda a los asesinos sentimentales, da un sucio beso de la paz a los comunistas y las estrellas de cine en movilizaciones revolucionarias publicitadas en las revistas y la televisión. Como una rata que corre *hacia* un barco que se hunde, se aferra al mundo moderno que muere. Debe haber alguna otra forma –algún otro lugar–, algo más que la cobardía y la autosuficiencia, algo a lo que uno pueda aferrarse sin vergüenza, algo noble, bello, bueno y verdadero. Es un error terrible pero entendible que el corazón inexperto y explosivo, volviendo la espalda a la cultura del Becerro de Oro, la confunda con el cristianismo –porque el cristianismo ciertamente se confunde con ella. Y aquí tenemos la razón de porqué algunos de los mejores han hecho su viaje al Este. Lo que descubren allí al menos es el espíritu.

El cristianismo está hoy en día tan inmerso en lo mundano que uno difícilmente ve sus orígenes; el clero predica sociología desde el púlpito y las monjas tienen piletas de natación. La juventud seria, aunque escéptica, admite su decepción ante las mansiones bien ubicadas de un ascetismo farisaico: quieren a alguien, incluso a alguien que desprecien, que no sea hipócrita. Aunque ellos mismos pueden no creer, esperan que alguien lo haga. No debe maravillarnos que los que buscan la justicia social admiren al Che Guevara perforado a balazos en la jungla. Murió por lo que creía. Se puede ver la sangre allí; y el buscador de la verdad va al Este, donde encuentra el sacrificio del yo, y habiéndolo encontrado, sabe que la felicidad no puede encontrarse en ningún otro lado. No existe otro camino hacia la verdad, la belleza y el bien excepto la renuncia, libre de cháchara, a través de la sangre y el espíritu.

Pero la desmundanización oriental –aunque sea genuina– se sale de la diana. Renuncia a Dios. El yogui quiere deshacerse de todas las incrustaciones accidentales del mundo. Y se embriaga en renuncias –del mismo modo que el revolucionario se embriaga en sangre.

El místico oriental abandona su casa, sus ropas, sus amigos, su familia, su cuerpo, su mente, su alma y Dios. Abandona el ser y pierde lo que busca por infinito exceso de más de lo que alguna vez le faltó. Chesterton nos ofrece una imagen de su propia excursión oriental en la historia del hombre que salió hacia Asia en barco y llegó el final a las costas del deseo de su corazón para encontrar todo de alguna manera grosera y familiarmente parecido a su niñez, hasta que comprendió que por accidente había dado

la vuelta y arribado a la playa de Brighton. El viaje al Este –si se emprende con honestidad– culminará dos mil años atrás, con los magos viajando hacia el Oeste, en el establo de Belén, cayendo de rodillas, absortos en adoración ante la real presencia de Aquél que es, nacido de una virgen, hecho carne y por lo tanto en el mundo, para redimir al mundo, no para aniquilarlo.

Como la política radicalizada, el estudio teórico de la doctrina hindú puede ayudar a apreciar el cristianismo bajo la perspectiva correcta; puede conducirlo de vuelta hacia sus propias raíces espirituales, avergonzadas de su gordura mundana. El cristiano que estudia la doctrina hindú descubrirá que Dios es espíritu y aprenderá con certeza que no puede contentarse nunca con nada menos. Lo que debe aprender no sólo mediante el estudio, sino también mediante la práctica de la doctrina cristiana, es una verdad más grande, una verdad tal que nunca se sentirá satisfecho con ninguna cosa más –cosas menores, como las panaceas sociales o políticas, o mayores, como la pérdida de sí mismo y de Dios.

La respuesta a la mundanidad es amar el mundo como Dios, que amó tanto al mundo como para dar a Su único Hijo para redimirlo. El pecado de la mundanidad no es amar el mundo, sino la idea equivocada de que el mundo es todo lo que hay. Mundanidad es olvidar que las cosas son creaturas, no ilusiones sino creaturas creadas por Dios con el propósito de llevarnos al cielo. El hindú se equivoca al pensar que lo universal es mayor que lo particular. El reposo final del intelecto, como de la voluntad –del pensamiento, como del amor– está en una persona. Querer más que Dios es querer algo infinitamente menor a lo que Él es. Caen de rodillas para adorar la Ausencia Real.

Las civilizaciones tienen sus estaciones. La doctrina oriental es como un jardín marchito. El aire está quieto, dalias tardías dejan caer sus cabezas entre el pungente olor de lo marchito; hay paz aquí, ciertamente, la generosidad de la disolución, una belleza tan intensa a veces que es ella misma una mediación. Y esa somnolienta indiferencia que celebra Keats, el otoñal poeta inglés, nos envuelve con una melancolía tan pesada que el corazón se rompe.

Debido a que Occidente ha alcanzado su otoño, encontramos las doctrinas orientales más verdaderas que las nuestras; ellas representan más honestamente la forma que las cosas parecen tener ahora. El verano se ha convertido en una ilusión –“verano indio” [82] lo llamamos ahora–, bella pero irreal. Y toda esta vida moribunda no parece más que una preparación para algún funeral. Hay una tristeza deliciosa que nos envuelve, percibida en Keats; elevada a su máximo poder en la quieta y triste música de Tennyson; clásica y fría en Matthew Arnold; amarga en Thomas Hardy; fría en Robert

82 Verano indio (“*Indian summer”*) es el nombre que, en el hemisferio norte, se da a un período de clima templado y soleado en otoño, poco antes del comienzo del invierno. Según Wikipedia, el uso se registra por primera vez en Nueva York en 1778 pero se desconoce realmente su origen. Es el equivalente a lo que en Europa solía llamarse “verano de San Martín”, o el “veranito de San Juan” del hemisferio sur. [N. del trad.]

Frost; seca como un tronco en T. S. Eliot, y al final de aquellos cuyos poemas más influyentes ocurren, como dice en una celebrada nota, “al final formal de un Upanishad” –*Shanti shanti shanti*, la “paz que sobrepasa al entendimiento”. Es ciertamente verdad que para muchos (no todos, sino un número significativo, tal vez de un cierto tipo, y más probablemente en ciertos períodos de la historia) el único camino hacia el cristianismo es, como dijo Eliot, “por la puerta trasera”. Para ellos esta idea oriental, por antitética, es una especie de adviento, una estación de preparación espiritual. Así fue con el mismo Eliot, así fue al final del mundo pagano con San Agustín. Así fue de hecho con todo el mundo pagano; y puede ser del mismo modo para nosotros hoy, y para el mismo Este hoy en su amargura flagrante, el despertar de una nueva vida, un vehemente abril [83].

Las controversias se revuelven. Según un mito hindú, la historia es como un batidor, revuelto por deliciosas y misteriosas muchachas que, cuando piensan que la cosa no da para más y sus brazos y muñecas se han cansado, es justo cuando están por obtener algo de manteca.

83 En el hemisferio sur sería octubre. [N. del trad.]

Capítulo 5

La nueva literatura del emperador

Tanto la naturaleza humana como la física aborrecen el vacío. Existe una necesidad universal de enseñanza humanística, y si se la retira, un sustituto pasará a ocupar su lugar.

Cuando se hizo desaparecer a los clásicos griegos y latinos que conformaban el núcleo de nuestra cultura hasta el siglo XX, las variadas literaturas nacionales los reemplazaron. Matthew Arnold ocupó la primera cátedra de Literatura Inglesa en Oxford en 1857: la primera vez que una de las principales universidades consintió en enseñar una literatura distinta a la clásica. Fue un punto de inflexión en nuestra cultura; desde 1857, comenzamos a declinar. Cien años después, vemos cómo los clásicos han desaparecido materialmente de nuestra vida, aunque mantengan una presencia formal en nuestras escuelas. La cultura clásica está en la última zanja. ¿Por qué?

En 1882 Matthew Arnold ofreció una famosa conferencia desde su cátedra de Oxford. Comienza con una cita del rey Salomón y prosigue aplicando su sabiduría al estado de la educación de su tiempo:

> "No hay sabiduría, ni inteligencia, ni consejo delante del Señor", dice el Sabio. Contra el curso natural y dispuesto de las cosas no hay resistencia [...] Privar a las letras del lugar demasiado grande con que han llenado hasta el presente la estima del hombre y sustituirla por otros estudios es ahora objeto de una especie de cruzada [...] Sir Josiah Mason funda un colegio en Birmingham para excluir "la mera instrucción y educación literaria"; el *Times* [...] piensa que en cien años sólo habrá unos pocos excéntricos que leerán literatura y casi todos estudiarán las ciencias naturales.

Bueno, Sir Josiah y el *Times* ganaron; y, si bien es peyorativo llamarlos excéntricos, de hecho unos pocos hoy leen el griego y el latín, mientras que todos estudian, más o menos, las ciencias naturales.

Sea lo que sea que pueda decirse sobre las ciencias naturales –y todos acordaremos que es bastante– no son las letras humanas. Las letras ocuparon un "lugar demasiado grande" en nuestra estima alguna vez, y con justicia nos enorgullecemos de lo obtenido por los estudios técnicos desde el siglo XIX. ¿Pero queremos llegar tan lejos como para conseguir una civilización meramente técnica? Cien años después de la gran revolución en nuestra cultura, podríamos cuestionar el "lugar demasiado grande" de la ciencia.

Tantos se asustan hoy de encontrar tanta falta de motivaciones religiosas en sus hijos, falta de patriotismo, falta de un sentido claro de la responsabilidad moral. No llegan a darse cuenta que estas virtudes son en gran medida determinadas culturalmente. Hemos vivido a costas del capital cultural durante una generación, sin poder contrarrestar la extinción. En el siglo XIX se descartó el pasado, y en el XX recogemos tempestades.

George Gissing, en una novela subrayable y mayormente subestimada publicada en 1891, llamada *La nueva Grub Street*, satiriza proféticamente el triunfo de la nueva ignorancia:

> Jasper cambió de tema de conversación y entonces Whelpdale pudo hablar con más calma. El joven, desde su asociación con Fleet y Cía., se había hecho fértil en sugerencias de emprendimientos literarios y actualmente estaba ocupado con un proyecto especialmente esperanzador.
>
> –Quiero encontrar un capitalista –dijo– que obtenga la propiedad del diario *Charla* y lo transforme de acuerdo a una idea que tengo en mi cabeza.
>
> –El diario es basura –señaló Jasper...
>
> –Precisamente, pero la basura tiene la capacidad de poder convertirse en un artículo muy valioso... En primer lugar, deberé alterar el nombre; sólo un poco, pero esa pequeña alteración tendrá en sí misma un efecto enorme. En vez de *Charla*, ¡lo llamaré *Charlatanería*!
>
> Jasper estalló de risa.
>
> –¡Eso es brillante! –gritó–. ¡El golpe de un genio!
>
> –¿Lo dices en serio? ¿O te estás burlando de mí? Creo que es el golpe de un genio. *Charla* no atrae a nadie, pero *Charlatanería* se venderá como pan caliente, como dicen en América. Sé que estoy en lo cierto; ríete todo lo que quieras... Ahora déjame seguir –imploró el hombre de los proyectos cuando el ruido se apagó–. Ése es sólo un cambio, aunque uno importante. Lo que propongo a continuación es esto... Ningún artículo del diario medirá más de dos pulgadas de largo y cada pulgada deberá estar abierta en al menos dos párrafos.
>
> –¡Soberbio!
>
> –¡Pero usted está embromándonos, Sr. Whelpdale! –exclamó Dora.
>
> –No, estoy siendo perfectamente serio. Déjenme explicar mi principio. Haré que el diario se dirija a los semieducados; esto es, la nueva generación que está saliendo de las escuelas, los jóvenes que sólo pueden leer, pero que son incapaces de prestar atención. La gente de este tipo quiere algo en que ocuparse en los trenes, los autobuses y los tranvías... Lo que quieren es la información más liviana y frívola posible, parte cuentos, parte descripciones, parte escándalos, parte bromas, parte estadísticas, parte tonterías. ¿Me equivoco? Todo debe ser muy corto, dos pulgadas cuanto mucho; no pueden prestar atención por más de dos pulgadas. Incluso la charla es demasiado sólida para ellos; quieren charlatanería.
>
> Jasper comenzó a escuchar con atención. [84]

Retén estas dos citas en la memoria, la de la conferencia de Matthew Arnold sobre "La literatura y la ciencia", y la de la novela *La nueva Grub Street* de George Gissing.

84 Traducción libre. [N. del trad.]

Sir Josiah Mason funda un colegio en Birmingham para excluir "la mera instrucción y educación literaria" y Whelpdale dice: "Haré que el diario se dirija a los semieducados... la nueva generación que está saliendo de las escuelas, los jóvenes que sólo pueden leer, pero que son incapaces de prestar atención". Mientras que durante dos mil años tuvimos una cultura real que muchos o pocos conocían de acuerdo con las alzas y bajas de la política, hoy en día tenemos una pseudo cultura que todos conocen. Todos somos semieducados.

La literatura es el buey de la cultura, su bestia de carga. Sin ella no tenemos forma de transportar la cultura. Hoy en día todos sufrimos penosamente de un amplio vacío que nos deja a merced del primer fraude que se sale de los márgenes de nuestra especialidad, el cual, decorado con frases extranjeras y gotas diseminadas de imágenes exóticas, se presenta a sí mismo como el nuevo diluvio, y allí tenemos sobre las ruinas de la cultura real el triunfo de la ignorancia, el nuevo barbarismo que se presenta como el eje del hombre de confianza enciclopédica que engaña a la mayoría de la gente la mayoría del tiempo y que muy frecuentemente, rodeado de tontos aduladores, se engaña a sí mismo, añadiendo de ese modo una sinceridad desagradable a la decadencia general.

James Joyce no era un semieducado; estaba medio educado. Había sido enviado a escuelas jesuitas de los alrededores de Dublín alrededor del cambio de siglo, y a esa ciudad provincial y a esa orden, las reformas de Sir Josiah aún no habían llegado. El colegio al que asistió Joyce había sido fundado por Newman, cuyas conferencias sobre los objetivos y principios del nuevo emprendimiento constituyen *La idea de la Universidad*. Newman falló como administrador del colegio porque era demasiado serio, y el control de la escuela quedó en manos de la orden jesuita más experimentada y práctica poco después. Uno de sus profesores distinguidos fue Gerard Manley Hopkins, el poeta, que enseñaba composición en griego –los estudiantes a la edad de 16, equivalente a nuestros alumnos de cuarto año, escribían composiciones en idioma griego antiguo; tal vez no demasiado buenas, pero en griego. Aunque Hopkins ya había muerto cuando Joyce ingresó, y el nivel había bajado, no se había hundido tanto como los establecimientos más actualizados de Inglaterra y especialmente de América. Joyce aprendió un poco de latín y algo de griego; le faltó la enseñanza de hombres completamente educados como Arnold, Ruskin, Newman o Hopkins, pero en comparación con los emigrados americanos con que vivió en París, era omnisciente. Se encontró a sí mismo por encima de un mundo que, de acuerdo al curso natural y dispuesto de las cosas contra el que no hay resistencia, se había degenerado en la clientela semieducada del diario *Charlatanería* de Whelpdale.

Joyce inició su carrera literaria en París con algunas imitaciones bastante buenas de la última moda literaria de Chéjov y Turguénev. El resultado fue una colección de bosquejos bajo el nombre *Dublineses* que legítimamente tiene su lugar, bastante silencioso,

en nuestra literatura menor. Pero Joyce era más ambicioso. Imitando a Flaubert escribió una novela juvenil que había medio destinado a las llamas –el manuscrito cuidadosamente chamuscado está ahora en una de nuestras bibliotecas universitarias. El resultado fue el *Retrato del Artista Adolescente* [85]. La teología inmadura y la metodología flaubertiana –pero sin su sagacidad mordaz– arruinaron cualquier encanto que la materia pudiese tener. Es un libro frío. Se ha convertido en un texto estándar en los cursos universitarios de literatura porque, escrito en fórmulas, las ilustra adecuadamente; tiene un aire de erudición, principalmente a causa de que provoca los sentimientos rebeldes de los asistentes graduados, y se hace al mismo tiempo enseñable y sedicioso, excelente material para aquellos que desean sumergirse y sumergir a sus estudiantes en este elemento destructivo. Stephen Daedalus, el héroe, traiciona a su iglesia, su país, su padre, su madre, sus amigos, jurando lealtad a sí mismo como un superhombre, el artista, a quien se considera una especie emergente que tiene la misma relación con su prójimo que la de Adán con los simios.

De acuerdo con uno de los muchos libros acerca de Joyce, "es difícilmente necesario demostrar que *Ulises* es una obra maestra de la literatura moderna" [86]. Este estudio crítico –un buen ejemplo de su tipo y contra el que no tengo animosidad alguna sino que lo elijo como muestra– comienza con la cita de alguien cuya identidad es momentáneamente reservada con efecto retórico:

> "Sucio en la palabra, sucio en el pensamiento, furioso, iracundo, obsceno" – ¡tantas veces éstos y otros cargos se han levantado contra el *Ulises* de Joyce! Pero no estamos citando a un crítico moderno, ni es Joyce a quien se está atacando; ¡es Thackeray juzgando mal al más grande satírico de los anales de la literatura inglesa: Jonathan Swift!

Notemos: 1º) la lógica falsa. Joyce y Swift fueron acusados ambos del mismo crimen. Swift era inocente; por lo tanto Joyce es inocente. Con un razonamiento como éste, todos los hombres que fueron alguna vez acusados de un crimen serían inocentes si tan sólo uno de ellos fuese inocente por asociación. Y 2º) un hecho: Thackeray no juzgó mal a Swift. Gracias a su mente grande, fuerte y generosa, Thackeray entiende, aprecia y recién entonces lo juzga con severidad. Está hablando de *Los Viajes de Gulliver*:

> En cuanto al humor y la conducta de esta famosa fábula, supongo que no hay persona que la lea que no la admire; pero en cuanto a la moral, creo que es horrible, penosa, inhumana, blasfema; y tan gigante y grande como es este decano, digo que debemos abuchearlo. Algunos en esta audiencia puede ser que no hayan leído la última parte de *Gulliver*, y para ellos les recuerdo el consejo del venerable Sr. Punch para las personas que están a punto de casarse, y digo "no lo

85 Algunos traducen como *Retrato del artista cuando joven*. [N. del trad.]
86 Richard Kain, *Fabulous Voyager: James Joyce's Ulysses* (Chicago, 1947).

> hagan”. Cuando Gulliver desembarca por primera vez entre los Yahoos, los miserables, desnudos y aullando, trepan a los árboles y lo asaltan, y se describe a sí mismo “casi sofocado con la podredumbre que le cayó encima”. El escritor de la cuarta parte de *Los Viajes de Gulliver* es como el héroe en esta instancia. Es el idioma Yahoo: balbuceantes y monstruosos gritos e imprecaciones entre dientes contra el género humano –desgarrando todo ropaje de modestia, despreciando todo sentido de humanidad y pena; sucio en la palabra, sucio en el pensamiento, furioso, iracundo, obsceno.

Y es horroroso pensar que Swift sabía hacia dónde tendía su credo –las rocas fatales hacia las cuales arrastraba desesperadamente su lógica. La última parte de *Gulliver* es sólo consecuencia de lo acontecido antes; y lo despreciable de toda humanidad, la trivialidad, la crueldad, el orgullo, la imbecilidad, la general vanidad, los fines bajos, los éxitos mediocres, todo esto estaba bien presente para él; era con el ruido de estas maldiciones en sus oídos que comenzó a escribir esta alegoría desesperada, cuyo significado es que el hombre es

> Totalmente perverso, desesperado e imbécil, y que sus pasiones son tan monstruosas y sus orgullosos poderes tan malos, que él es y merece ser el esclavo de los brutos, y que la ignorancia es mejor que la razón vanidosa. ¿Qué ha hecho este hombre? ¿Qué remordimiento secreto resentía su corazón? ¿Qué fiebre ardía en su interior que lo hacía ver el mundo ensangrentado? Vemos el mundo con nuestros propios ojos, cada uno de nosotros; y hacemos de nuestro alrededor el mundo que vemos. Un corazón fatigado no obtiene placer de un rayo de sol; un hombre autosuficiente es escéptico en cuanto a la amistad, del mismo modo que un hombre sin oído no se preocupa por la música. Una temerosa consciencia debe haber sido aquella que despreció la humanidad de manera tan oscura como a través de los ojos agudos de Swift.

Ése es Thackeray juzgando en forma aguda a Swift. Y notemos: 3º) que Joyce tampoco es parecido en nada a Swift. Swift despreciaba la raza humana porque ante su ojo ensangrentado la raza humana era desesperadamente inmoral. Joyce despreciaba la moral. Lo sucio en Swift deriva de su disgusto, de la “indignación salvaje” que lo laceraba y que finalmente lo volvió loco. Swift usaba un idioma sucio para denunciar la suciedad que él pensaba nos había arruinado. Y, no incidentalmente, las terribles imprecaciones de Swift no son ni remotamente comparables a las obscenidades médicamente documentadas de Joyce. La palabra “sucio” usada por Thackeray al juzgar a Swift sólo tiene una relación analógica con la palabra si se usa con Joyce.

Pero nuestro crítico trata de vendernos a Joyce como un satirista:

> La seriedad y la honestidad de los satiristas, su clara visión del mal, su horror moral, ha sido siempre objeto de la mala interpretación de los lectores inocentones. Las armas de la ironía y la indirecta tienen doble filo y con frecuencia vuelven para herir al asaltante del mismo modo que hirieron a la víctima. Ya que la mayoría de los autores del siglo XX usan estas armas, no es

> sorprendente encontrar que fanáticos desorientados acusen a la literatura moderna de los mismos males que ella ataca –la licenciosidad, la irresponsabilidad social, la perversión.

De nuevo, un hecho oscurecido por la técnica vulgar pero correctamente llamada calumnia. Los lectores a los cuales Joyce repele son "inocentones" y los que atacan su obra son "fanáticos desorientados". El mismo Thackeray era un gran satirista, y un caballero, no era inocentón y ciertamente comprendía la ironía y la indirecta. ¿Es verdad que los autores del siglo XX atacan los mismos males que describen? ¿Henry Miller satiriza el libertinaje o Gide la perversión?

¡Pero de repente el viento cambió! Unas pocas páginas después se nos dice que, como Leopold Bloom,

> si no fue un gran hombre en cuanto al reconocimiento convencional [...] al menos fue grande de corazón y sufrió mucho [...] Rechazado, despreciado, este judío errante llevó en su alma el secreto del amor.

Entonces Joyce no se parece a Swift en nada. Lejos del "horror moral", excita en sus lectores, aparentemente, una compasión lírica. De hecho, Morris Ernst, el abogado de derechos civiles, alabó el *Ulises* como la Carta Magna en la lucha de la emancipación de los sexos. Y notemos al pasar que la palabra "convencional" reduce la moral a un "acuerdo común"; con ese uso decadente de las palabras, la ley moral se convierte en algo construido como una convención, especialmente de filisteos burgueses, y aplicada tiránicamente al resto de la raza humana y especialmente al pobre maltratado Leopold Bloom –"si no fue un gran hombre en cuanto al reconocimiento convencional", ¿por qué tipo de reconocimiento entonces? La esposa de Leopold Bloom, Molly, es llamada

> una obra maestra del retrato cómico; es inevitable la comparación con la Esposa del Baño de Chaucer. Ambas tenían una acogedora aceptación animal de la vida en todos sus aspectos. No demuestra conocer a su predecesora literaria, sin embargo es probable que no malgastaría amor en su rival del siglo XV.

Poner a la Esposa del Baño en el siglo equivocado no es ni la mitad de error que comparar a las dos. Pero si debemos sentir –a riesgo de malinterpretar a Chaucer– una tierna compasión por esta Esposa del Baño del siglo XX, lujuriosa y amante de la vida, ¿qué ha sido del salvaje swiftiano?

Otro crítico escribe en la misma vena:

> *Ulises* tiene un final feliz, como la *Divina Comedia*. Siendo el tema llanamente moral, *Ulises* no tiene nada de llanamente moral. No importa que algunos lectores, confundidos por indecencias ocasionales, y confundiendo el decoro con la virtud, encuentren inmoral el libro [...] Para mí, el

significado de la forma creada por Joyce es una comprensión humana y caritativa de la humanidad que me da alegría de vivir y ser parte de ella. La caridad es, para mí, lo que se irradia de este gran todo, esta intrincada armonía. [87]

Como si las indecencias en *Ulises* fuesen realmente sólo ocasionales; como si uno debiese compadecerse por el pecado; como si un libro que ostensiblemente aboga por la desobediencia de cada uno de los diez mandamientos tuviese un tema moral; como si fuese humano degradar el cuerpo humano.

Joyce es llamado el “más grande maestro de la prosa inglesa”. “*Ulises* es un libro mundial. La *Divina Comedia* de nuestra era... No por nada los héroes de Joyce eran Swift e Ibsen”. ¿Pero qué sucedería si en vez de Swift fuese Dante o en vez de Ibsen otro? Joyce es comparado favorablemente con Shakespeare, Homero, la lista es interminable –las comparaciones descuidadas y contradictorias son simplemente un asalto desesperado sobre lo obvio. ¿Pero cómo reconocerán lo obvio los suscritores del *Charlatanería* de Whelpdale?

El humanismo fue desacreditado, tantas veces fue usado para defender la política reaccionaria, el autoritarismo, el status quo económico, mientras que un vigoroso naturalismo y relativismo en filosofía y literatura busca una nueva base de valores humanos [...] Marx, Darwin, Freud, Bergson y otros acordaron refutar la fe aceptada del racionalismo [...] De los tres escritores más importantes del siglo XX –Marcel Proust [...] Thomas Mann [...] y James Joyce– Joyce parece ser el único que enfrentó de manera más intransigente la decadencia de la sociedad burguesa.

Triste jerga del marxista universitario que, de manera masoquista más o menos consciente, intercede por hombres como él mismo y Joyce ante su propia voluntad destructiva y el natural deseo del hombre rústico de eliminarlos como haría con un tábano –los nihilistas, los destructores, aquéllos que rechazan la luz, sedientos de confusión y desorden.

“*Ulises* –dice nuestro crítico– es de lectura agradable”. Pero si hay un libro que fue escrito para nunca ser leído, ése es el *Ulises*. No conozco persona alguna –y he estado asociado a profesores de literatura durante treinta años– nadie, ni siquiera miembros de la Sociedad Joyce, o autores de libros sobre Joyce, que hayan leído *Ulises*. Uno puede leer en él y ciertamente acerca de él; ciertos pasajes han sido llevados a registros fonográficos y convertidos en obras teatrales y películas. Pero no puedes leerlo. Fíjate en cualquier biblioteca y verás una prueba indirecta. Los libros de Joyce están manoseados hasta la muerte; pero *Ulises*, excepto por aquellos pasajes atroces que apelan a los enfermos mentales y los adolescentes curiosos –por donde el libro se quiebra por exceso de uso– en sí queda intocado. “*Ulises* –dijo Frank O’Connor– es un bodrio”.

87 W. Y. Tindall, *James Joyce* (New York, 1950).

Puesto de manera positiva, lo que quiero decir es lo siguiente: el *Ulises* de James Joyce es ciertamente el libro del siglo. Su éxito fenomenal se debe a dos causas cooperantes en la cultura moderna: 1) el triunfo de la ignorancia –aquella pérdida de la educación humanística que nos redujo a semieducados, haciéndonos presa de Hombres culturalmente de Confianza; y 2) el hecho de que tales Hombres de Confianza funcionan, siendo la reputación de *Ulises* el resultado directo del asalto al sentido común por parte de la *intelligentsia* semieducada en las universidades y las publicaciones académicas.

El emperador está desnudo. Los Hombres de Confianza llegaron al pueblo, pretendiendo ser sastres. Confeccionaron un traje de nada para que use el emperador y el pobre Tonto desfila absolutamente sin nada puesto. La muchedumbre no dice nada porque los inteligentes estafadores han hecho correr la voz: cualquiera que no puede ver la ropa de seda y oro es un "inocentón" y un "fanático desorientado", un "burgués reaccionario".

Las tesis y los libros siguen saliendo de las líneas de producción, y la Industria Joyce sigue confiada hacia su Gran Depresión, y tal vez en una era de bombeo keynesiano –¿quién sabe?– el emperador pueda seguir desnudo durante un desfile largo, frío y subsidiado.

Pero todo esto no explica por qué la Nueva Literatura del emperador ha desplazado casi completamente a los clásicos. ¿Cuáles fueron la causa formal y final de esta fantástica empresa cultural? ¿Qué disposición formal del semieducado lo hizo vulnerable? Después de todo, una tradición religiosa y literaria de dos mil años no puede ser desechada tan fácilmente, aunque no la amemos ni la comprendamos más. Aun cuando todos los vanguardistas luchen por subvertirla, uno pensaría que los clásicos prevalecerían, al menos un tiempo, aunque sea por simple inercia. Pero no fue así, porque fuimos predispuestos contra ellos por una actitud hacia el cambio –una teoría de la historia que se hizo habitual; la cual, como en una lucha de judo, aprovecha la fuerza del más fuerte contra él mismo. La causa formal de esta sorprendente derrota es la noción de que el cambio es una virtud. Y de ella se sigue, por supuesto, que lo viejo sólo se mantiene por la ley, de modo que lo nuevo y, por lo tanto, lo bueno debe ser subversivo. Joyce dijo: "la civilización fue creada por sus proscriptos". ¿Homero? ¿Esquilo? ¿Solón? ¿Pericles? ¿César? ¿Pero a quién le interesan los hechos? Es el slogan el que vence. "Lo importante acerca de la historia –dijo Marx– no es comprenderla sino cambiarla". La historia, de acuerdo a esta doctrina, es un instrumento en las manos del Partido. Si para su propósito el Partido necesita que creamos que la civilización es la obra de sus proscriptos, el Partido puede así disponerlo.

Tomemos por ejemplo los casos de esos dos viejos pistoleros notorios, Sócrates y Jesucristo. Sócrates es condenado a muerte por corromper a los jóvenes –una especie de antiguo André Gide; y Cristo, el Castro galileo, muerde un cigarro medio consumido.

Pero Sócrates denunció la inmoralidad como la subversión del estado, abogó por una sociedad jerárquica, con Egipto como su modelo fijo de preservación total de la tradición; rehusó escapar de la cárcel, donde fue arrojado por un gobierno revolucionario; y aceptó voluntariamente su ejecución porque no quiso con su ejemplo enseñar a nadie a ser un proscripto, incluso siendo él inocente. Como dijo, "soy víctima no de la ley sino de los hombres". Sócrates no murió por ser inmoral o porque alguna vez predicó la inmoralidad o porque enseñó que las leyes que reprimen la conducta inmoral sean malas. Murió porque hombres crueles, equivocados, vulgares, violentos y rebeldes habían tomado el poder del estado por medio de alborotos y manifestaciones "espontáneas", agitando todo descontento, instigando a los jóvenes, los inadaptados sociales y los envidiosos; y tuvieron éxito en parte porque cincuenta años de relativismo filosófico bajo la enseñanza de los sofistas habían alivianado los cerebros y los corazones de toda una generación. Sócrates murió porque una pandilla de hombres rebeldes, a través del poder desnudo, pudo subvertir la ley.

Y sólo anticristianos profesionales podrían haber construido la idea blasfema de Cristo el comunista. Requiere un tipo especial de odio acusar de desobediencia a Aquél que dio Su vida por lo opuesto. Todo el punto acerca del cristianismo está en Su inocencia. La civilización no es la creación de los proscriptos sino de hombres que trabajaron duro con el sudor de sus frentes, construyendo sobre el pasado, contra los proscriptos, los inmorales, los abogados de la violencia y la muerte. En obediencia a la ley natural y por la gracia de Dios, unos pocos hombres buenos frenaron la marea sangrienta en cada generación, aunque ahora parezca a algunos que, al final, nos estamos hundiendo.

Lo mismo que sucede políticamente con los proscriptos, sucede moral y psicológicamente. Los héroes del movimiento por lo nuevo serán lo raro y lo enfermo. Precisamente el mismo año en que Matthew Arnold asumía la cátedra de Poesía Moderna en Oxford, Gustave Flaubert y Charles Baudelaire publicaban *Madame Bovary* y *Les fleurs du mal*, la novela y el libro de poesía más influyentes de toda la literatura moderna. Dijo Baudelaire: "la vida es un hospital en el cual todos estamos muriendo de una enfermedad terminal", y en un celebrado poema cantó a un cuerpo putrefacto una música elegíaca que recuerda a Horacio. Flaubert se excitaba con el disgusto. Coleccionaba cuadernos llenos de lo que él llamó *sottises*, ejemplos de sinsentidos de los diarios, conversaciones escuchadas en el tren, escritos de las paredes de los baños. De esta colección proyectó una vasta obra ilegible, una interminable letanía del aburrimiento esencial de la existencia –la literatura ya no del ojo sanguinolento de Swift, sino de un ojo amarillento. Su última y más ambiciosa obra iba a ser un libro tan estúpido que nadie

pudiese leer. Murió antes de completarlo. Fue como para Joyce lograr ese *tour de farce* [88] en *La Estela de Finnegan*.

Ulises, en el mismo camino de la meta de Flaubert, pretende ser un experimento artístico en el que el autor transcribe los detalles de un único día como experimentado en realidad en la conciencia de unos personajes representativos. La técnica del "flujo de conciencia", como se llama, es un error artístico para empezar. El arte, como dijo Aristóteles, no es una cronología sino un "cuento" que presupone la selección inteligente de acuerdo a una forma concebida en la mente del artista. Pero en realidad el libro sólo pretende ser un experimento; no es un flujo de la conciencia sino un montaje de sílabas empastadas tomadas de una biblioteca, como en *La tierra baldía* de Eliot o los *Cantos* de Pound. La compilación laboriosa de *sottises* no es meramente la transcripción de todo lo que pasa por la conciencia de unos pocos dublineses un día de 1916, sino una selección de grafitis arquetípicos cuya alusión supuestamente cuenta la historia del retorno de Ulises a Ítaca y, al mismo tiempo, tal vez, la asunción de Dante al cielo y media docena de otras cosas.

Cuando uno se vuelve al libro en sí, habiendo leído las frustradas guías de viajes, nada de esto hace diferencia alguna, porque uno se topa inmediatamente con el hecho real de la impenetrabilidad total. En muchos pasajes, palabra tras palabra, de acuerdo a cualquiera sea el esquema con que desees leerlo, no es posible registrar ningún significado, excepto cuando descienden a la obscenidad obvia. Si el libro tiene que ser un flujo de conciencia en las mentes de hombres representativos, deberíamos preguntar: ¿representativos de qué? Durante muchos años, los críticos especularon acerca de las razones de tanta suciedad sin sentido. Como hemos visto, fue defendido como una sátira y como propaganda de la liberación sexual. Pero incluso en estos sentidos es difícil disculpar la dolorosa, obsesiva y fotográfica calidad del detalle, y la extravagancia del material. Uno podría entender –sin estar de acuerdo– el argumento de Bertrand Russell acerca de que el adulterio es un asunto privado en el cual el estado no debería interesarse; y es posible entender a un satirista poniendo a sus personajes en una situación que lo demuestre mediante una exageración. Pero esto no es lo que hace Joyce. No hace del adulterio algo deseable o ridículo, agradable, o incluso plausible. Muestra con detalle cercano a una prostituta sádica aplastar cigarrillos encendidos en la nalga de un vago masoquista que supuestamente es Ulises. Como dicen en los juicios por pornografía, no hay ni un "mérito literario redentor" en este tipo de cosa.

Y ahora sabemos que la biblioteca de la Universidad Cornell tiene papeles privados de Joyce que prueban que era un enfermo mental, lo que añade al nihilismo la burla del enfermo. Es una ofensa contra los derechos, contra la dignidad de los enfermos, explotar

88 El autor juega con la palabra inglesa *farce* (farsa) y la frase de origen francés "*tour de force*" que, en inglés, de acuerdo con el Diccionario de Oxford, significa "desempeño o logro impresionante que ha sido obtenido o conseguido con gran destreza" . [N. del trad.]

su enfermedad incluso si, como Joyce, lo desean ellos mismos. Si *Ulises* es el flujo de la conciencia de Joyce, nunca debió haber sido publicado. Esto no es cuestión de ser inocentón o fanático, sino de ética médica. Y cuando pasamos de la consideración de este autor patético a los derechos de las personas en general, debemos considerar el efecto de ese material. Cuando la gente se comporta en el mundo real como los personajes de Joyce hacen en el libro, es tiempo de llamar a la policía y confiar en que los nombres de los hijos queden fuera de los diarios. Leopold Bloom, el héroe de Ulises, el hombre que nuestro crítico llamó "grande de corazón", es lo que los diarios llaman un "corruptor"; pero al decir esto, ya no seremos acusados de inocentones sino de brutalidad policial. Subiendo la escalera correcta, de repente descubrimos que Joyce es inocente y que nosotros somos los satiristas viciosos. ¿Somos fanáticos? Sí, pero no desorientados. Desorientados fueron los editores y maestros que han promovido este libro con desparpajo en las clases secundarias y en la universidad. Por esto son culpables de más que de mal gusto. Existe una relación causa-efecto directa entre leer este tipo de literatura y la pérdida de la humanidad y la pureza, e incluso de violación de uno mismo y de otros.

¿Quiere esto sugerir que la literatura tiene fuerza moral, que el gusto y el comportamiento y el sentido de la verdad y la decencia son influenciados por los libros, que la literatura tiene consecuencias? Si no, ¿por qué alguien va a tomarla en serio?

Y aún así, dicen, ¿qué se puede hacer? "Contra el curso natural y dispuesto de las cosas no hay resistencia". ¿La gente que es indiferente frente a esta basura en realidad consiente? ¿En realidad quieren decir que no les importa si sus nietos se transforman en pervertidos prácticos? ¿En realidad quieren invocar –al tiempo que se lavan las manos– una nueva era de Nerón o del rey Jacobo? Cada crítica es recibida con indiferencia ignorante e irracional.

No es razonable hacer circular pornografía. Que uno no puede atrasar el reloj no es respuesta a la pregunta sobre qué hora es. Que el cambio sea inevitable nos deja precisamente con la pregunta: ¿qué es lo correcto? Decir que las escuelas de fines del siglo XIX siguieron la filosofía de Sir Josiah Mason y su *parvenu* más que la de los grandes hombres de letras de su tiempo, no es decir que hayan tenido que hacerlo; ni quiere decir que hoy, cuando hemos comprobado el desastre en que hemos transformado la educación, debamos seguir destruyendo la cultura. "¡No hay sabiduría delante del Señor!". Pero Arnold añade: "resignarse en forma demasiado pasiva a los supuestos deseos del Eterno es fatalismo. Tal vez no sean los deseos del Eterno de ninguna manera, sino los deseos, digamos por ejemplo, del Sr. Herbert Spencer".

Cualquiera que se preocupe seriamente por la educación simplemente desconectará su televisión, quemará gran parte de su "Biblioteca Moderna", aprenderá algo de latín y un poquito de griego, leerá lo mejor de la literatura vernácula y, si encuentra que no

puede hacer el esfuerzo, o que habiéndolo hecho parece que no da frutos, entonces deberá llamarse a silencio y recurrir al juicio de los mejores. El penoso estado de la cultura sólo puede ser mejorado en tanto nosotros queramos mejorarlo, y eso no se hará mediante nuevos dispositivos de enseñanza, esquemas de publicaciones y pastillas mágicas.

Ulises es un síntoma severo de una enfermedad moral en la cultura moderna. La cura está en ponernos a nosotros mismos bajo la causa de la salud. En el caso particular de la literatura, principalmente los clásicos griegos y latinos, y los clásicos de las diferentes literaturas nacionales de Europa escritas en imitación de aquéllos –lo cual, de hecho, tiene poco sentido en su ausencia–; para los angloparlantes, los autores canónicos de Oxford. Y esto significa sacarse de encima el angosto fatalismo que ensangrentó el pasado y por el cual la gente está más preocupada por perderse el último aparato o el último número de *Psicología Hoy* que por la muerte de nuestra civilización.

La restauración de la salud significa estas tres cosas, y una cosa más. Sólo desde el punto de vista de la literatura, los remedios hasta ahora provistos alcanzarían. Pero es un pobre doctor aquel que considera sólo a la enfermedad y no al paciente. En las clases de literatura en la escuela hablamos de trama, personaje y forma; discutimos los materiales históricos que usa el autor, lo que llamamos la "materia" o el contenido; y luego, lo más difícil y gratificante de todo, las intenciones del autor, que constituyen el "tema". El tema es la motivación de un trabajo, lo que lo determina y atraviesa. El tema de la obra de Joyce puede sintetizarse en una única oración, muy bien conocida, que el héroe de *El Retrato del Artista Adolescente* y Ulises citan como su lema. Está tomado de una fuente notable: *Non serviam*. Dichas por Lucifer a Dios, estas palabras constituyen la primera ocasión y el origen del mal. El tema de *Ulises* –no mi interpretación ni una calumnia, sino el tema de Joyce dicho por él mismo– es, por lo tanto, el avance del odio.

Ésta es la causa "final" de la enfermedad. La reforma de la educación, que debe comenzar con el estudio de los clásicos, será estéril e insignificante sin un retorno al principio de animación de nuestra civilización.

Cuando el padre de Matthew, Thomas Arnold, tomó el trabajo de reformar la Escuela de Rugby en en Inglaterra, se fijó ante sí este propósito, como se relata en la Vida de Stanley:

> Su gran objetivo [era] la esperanza de hacer de la escuela un lugar de verdadera educación cristiana [...] No era un intento para ofrecer más instrucción teológica o introducir palabras sacras en el gobierno de la escuela. Su diseño emergía de la misma naturaleza de su cargo: la relación de un instructor con sus alumnos era para él como todas las otras relaciones de la vida humana, sólo que en un estado sano estaban subordinadas a su relación común con Dios. "El negocio de un maestro de escuela –solía decir–, no menos que el de un párroco, es el cuidado de las almas". La idea de una escuela cristiana, nuevamente, era para él el resultado natural, digamos, de la misma

> idea de una escuela en sí misma [...] El entrenamiento intelectual no quedaba para un momento subestimado [...] sino que cuidaba del conjunto como sosteniendo todo el progreso en el mismo fin de toda instrucción y educación; los muchachos eran aún tratados como alumnos, pero como alumnos que deben crecer para ser hombres cristianos [...] Su educación, sintetizando, no estaba [...] basada en la religión, sino que era ella misma religiosa.

En una escuela así y en una vida privada y pública definida por su influencia, la mayoría de lo que objetamos en nuestra literatura y cultura en general se atrofiaría. Poniendo su ideal de forma negativa, el Dr. Arnold dijo: "lo que quiero ver en la escuela [...] es el rechazo del mal". Puesto de manera positiva, esto significa la restauración del significado de la palabra "bien".

Thackeray tiene un ensayo, *Caridad y humor,* que señala en esa dirección. Está hablando del "humor", pero dado que el principio se aplica a toda la literatura, déjenme sustituir esa palabra por la suya:

> "La literatura" es inteligencia y amor; estoy seguro en cualquier caso que lo mejor [...] es lo que contiene mayor humanidad, aquello que está condimentado con ternura y bondad. Este amor no requiere un discurso constante ni su expresión real, como un buen padre conversando con sus hijos o su esposa no está perpetuamente abrazándolos o haciendo manifestaciones de su amor; como un amante en compañía de su amada no está, al menos hasta donde puedo creer, estrujando su mano o susurrando al oído eternamente "mi queridísima, ¡te adoro!". Demuestra su amor con su conducta, con su fidelidad, con su deseo vigilante de hacer feliz a su amada; se encienden sus ojos cuando aparece, aunque no hable de ello; se llena su corazón cuando está presente o le falta; influye todas sus obras y sus actos; llena todo su ser; hace al padre feliz trabajando toda el largo día, lo apoya en medio del trabajo tedioso de una jornada fatigosa, y lo retorna feliz a su casa, anhelante de su esposa y sus hijos. Este tipo de amor no es un espasmo, sino una vida. Y del mismo modo con una literatura amorosa; es la manera genial del espíritu para ver el mundo.

¡Esto es lo que significo al hablar del tema de las cosas! Poniendo su ideal de forma negativa, el Dr. Arnold dice: "lo que quiero ver en la escuela... es un rechazo del mal". Puesto de manera positiva, es decir con Thackeray: "es la manera genial del espíritu para ver el mundo".

Capítulo 6

Sed perfectos

Los estudiantes universitarios novatos de todo el país frecuentemente deben redactar un ensayo para Lengua que constituye el último asalto sobre el viejo enemigo de "Cómo Leer". Ante mí está el título, *Cultura y anarquía. Ensayo de crítica política y social*. Y entonces, solo, en la segunda carilla, positivamente indecente en su desnudez, y en bastardilla, *Estote ergo vos perfecti*. Ahora bien, ¿qué vamos a hacer con eso? Simplemente lo salteamos y vamos directamente al texto, tratando de alcanzar el significado del mismo como un soldado descoordinado durante un desfile, a partir de las palabras y frases que parecen fáciles o familiares –lo que en el caso del texto de Matthew Arnold no eran muchas. En la segunda página, por ejemplo, dice, explicando un libro de máximas, que son "como un trabajo de indudablemente mucho más profunda emoción y poder que las *Meditaciones* de Marco Aurelio"; y posteriormente, para aclarar más este punto, "que deben leerse como Joubert y Nicole lo harían"; y luego –aún en la página dos– que "monsieur Michelet nos reprocha que, con toda la duda sobre la real autoría de la *Imitación*, nadie ha soñado alguna vez con atribuir esa obra a un inglés".

Justo al comienzo de una muestra promedio de prosa inglesa ordinaria hay un conjunto de obstáculos que la mayoría de los estudiantes simplemente no pueden saltar. Una cosa es el vocabulario, y es casi lo mismo que las estructuras gramaticales complicadas. El estudiante diligente puede enfrentar esto con un diccionario y un texto de gramática. Pero ¿qué ha de hacer con *Estote ergo vos perfecti* [89] y con Marco Aurelio [90] y con un libro del que nunca oyó hablar, supuestamente tan familiar como para dar su título resumido simplemente como "la *Imitación*" [91] –¿la imitación de qué?– y ¿quién es monsieur Michelet [92], ni hablar de Joubert o de Nicole [93]?

89 "Sed perfectos" (Mt. 5, 48). [N. del trad.]

90 Marco Aurelio Antonino Augusto (121-180 d.C.), emperador romano desde 161, autor de las *Meditaciones*, una obra de exquisito latín sobre el gobierno perfecto desde el punto de vista de la filosofía estoica. [N. del trad.]

91 Se refiere a la *Imitación de Cristo*, anónimo atribuido al agustino alemán Tomás de Kempis. Es el libro clásico de la espiritualidad cristiana y el más editado después de la Biblia. [N. del trad.]

92 Jules Michelet (1798-1874), historiador francés, célebre por haber escrito la que fue durante muchos años "historia oficial" en Francia. Su obra está plagada de prejuicios anticatólicos y favorables a la República Francesa desde una perspectiva de libre pensador. [N. del trad.]

93 Joseph Joubert (1754-1824), autor de *Pensamientos*, publicados en forma póstuma, acerca del hombre y la literatura, influidos por el epicureísmo; y Pierre Nicole (1625-1695), el principal teórico del jansenismo, autor de *Ensayos de Moral*, obra en 24 tomos. [N. del trad.]

La comunicación significa compartir un bien; es en latín el equivalente de “bien común”. Las palabras pueden tranquilamente imprimirse como billetes, pero asumimos que el oro real está en el tesoro. Sin ese bien común, debemos enviar nuestros mensajes por telegrama. Sin esto, sólo podemos hablar con *slogans*, que es lo que hacemos la mayoría del tiempo. Usamos el idioma para expresar nuestros deseos animales con el mismo método de repetición impune con que los animales aprenden durante los experimentos del notable Pavlov. La mente no interviene para nada. Pero Arnold –y tomo éste como un buen ejemplo de la prosa inglesa estándar, no extraordinariamente difícil– comienza un ensayo sobre crítica política y social, escrito para un público educado en general, con una frase latina del Nuevo Testamento de la Vulgata, dicho por Cristo, “Sed perfectos”, cuyas palabras, como todos los buenos epígrafes, son el refinamiento, es más, la “perfección” de la tesis. Los epígrafes no son pequeñas decoraciones para que un autor demuestre su cultura; en un libro serio son indicaciones del tema, sin el cual el argumento es ininteligible. Me asombró y me divirtió encontrar la siguiente nota al pie en una gran obra de texto contemporánea:

> Incluso en la definición de Matthew Arnold de la cultura como “lo mejor que ha sido pensado y dicho en todas las edades”, el sentido original de la palabra como ideal de perfección del hombre se oscurece. Tiende a convertir la cultura en una especie de museo.

¡El profesor Jaeger se había salteado el epígrafe! Si bien en él es un descuido, en la vasta mayoría de los lectores es imposible que ocurra algo distinto.

Los profesores de inglés son injustamente culpados por no poder sobrellevar la carga de la cultura entera de Occidente en unas pocas horas por semana –todo desde los griegos hasta hoy. Llegan al punto de la exasperación en las personas ignorantes, las cuales no saben cómo leer a Arnold, ni mucho menos escribir como él, y censuran al profesor por la incapacidad de Juanito. Por supuesto que él no sabe leer o escribir, porque el bien común ha sido malgastado. Los billetes se imprimen con las viejas matrices, pero ya no hay oro real en el tesoro del rey.

He aquí a John Ruskin explicando la diferencia entre el arte gótico y el clásico; otro buen ejemplo, un párrafo perfectamente normal que no busca llamar la atención por él mismo o por la erudición de su autor, sino afirmar algo de la forma más clara posible:

> Uno puede más estrictamente tomar las palabras homéricas que describen el aspecto de Aquiles mostrándose sobre las murallas griegas como representante del ideal griego íntegro. Aprendamos de memoria, sin olvidar, los siete versos...

Y siguen siete versos de jeroglíficos ininteligibles para los estudiantes, para los cuales es lo mismo que hebreo, sánscrito o tal vez incluso matemática –para sus profesores

es griego. Sin embargo, no podemos saltearlo; todo lo que sigue depende de su significado, pues dice Ruskin: "representante del ideal griego íntegro". Éste es el corazón de todo su capítulo sobre el arte clásico.

¿Qué vamos a hacer ahora? La próxima vez que mi colega de Química diga de sus estudiantes que no pueden leer o escribir, deberé decir: "enséñales latín y griego, la Biblia, historia clásica, algo del mundo medieval y la historia de Europa moderna hasta la Segunda Guerra Mundial –¡y entonces les enseñaré como leer y escribir!". Y mientras tanto deja de cargar las currículas del secundario y la universidad con despliegues como de pirotecnia danzante de ciencia y exigir requisitos y asignaciones imposibles de ciencia. ¡Hay tan pocas horas en el día! Y enfría la propaganda pública a favor de las ciencias experimentales, con la viciosa impresión de que la poesía es para maricones, y deja de promover poesía para maricones, uno de los tristes efectos colaterales de aquello. Los químicos sufren la falsa idea de que nuestra asignatura es en realidad como la Matemática, un sistema cerrado de signos abstractos, y que por lo tanto admitirá el uso de la computación y del método de conjuntos. Piensan que somos perezosos, estúpidos y tal vez conspirativos porque no hemos dado con el aparato para convertir espontáneamente la madera en violines –lo que puede hacerse, pero no mediante textos programados o entre sordos.

Mientras tanto, palabras, frases, pasajes enteros serán salteados, necesariamente, y su significado será adivinado, como en el juego del ahorcado, hasta que los jóvenes se convenzan de que la literatura es una broma ininteligible y que el significado está pensado sólo para lectores inteligentes. Como en las letras del ahorcado, hemos asignado textos especialmente preparados.

Al pie de cada página hay explicaciones "fáciles de leer" de las palabras difíciles. El texto es, como decimos, altamente glosado, y es exactamente el tipo de lo que solíamos tener en el segundo año de los cursos de idiomas extranjeros. De hecho, hemos llegado casi al punto donde leemos traduciendo. Al pie de la página dos del texto de Matthew Arnold, encontramos: "Nicole (1625-95) port-royalista". ¿Pero qué es "port-royalista"? [94] ¿Cómo puede uno seriamente comenzar a desentrañarlo?

Leemos traduciendo porque hemos perdido toda referencia a algo. No sólo hacia fuera de las palabras que usamos como referencia de la historia de otras literaturas, sino incluso hacia dentro de las mismas palabras; pues las palabras son criaturas ricas y compuestas, que tienen significados y referencias hacia significados entre ellas. Elevad esta frase de Belloc a un estudiante: hablando de un movimiento en la historia inglesa, dice que era "no gradual sino rápido". ¿Qué hará con eso? O preguntadle por qué la frase "era manifiestamente evidente" no es tan redundante como ridícula.

94 Port-Royal des Champs era un antiguo monasterio femenino cisterciense que, a mediados del siglo XVII, se convirtió en capital del jansenismo. [N. del trad.]

Estamos sufriendo de una devastación general del bien común de la cultura. Cambiemos la figura: se necesitó del fenómeno del "cuenco del polvo" [95] para que en la década de 1930 los granjeros se movilizaran. ¿Qué hará falta ahora para sacudir a los cultivadores de hombres? Si el suelo es devastado, ¿qué arado lo mejorará? La cizaña ha crecido; ha sido sembrada entre el trigo. "Esto lo ha hecho algún enemigo" [96]. Hay un enemigo entre nosotros y el objeto real de la educación: el Profesor Ideología. Un nuevo método de lectura o uno viejo resucitado no van a resolver realmente nada –tampoco "Mira, Juana" [97], "Mira a Spot" [98] o el viejo McGuffy [99]. La crisis en la educación no es el resultado de un déficit de métodos de enseñanza, suponiendo que algunos de ellos son mejores que otros y que los mismos son serios, necesarios y productivos. La crisis en la educación es en realidad el resultado de una devastación cultural general, y nada más que una genuina restauración puede servir para lograr una mejora real. Esto no es cuestión de metodologías: es un asunto profundamente filosófico, histórico, religioso y personal, que llega hasta las raíces de nuestra civilización y de nosotros mismos.

Debilitados como estamos, debo decir a los profesores y padres: ¡Mirad! El enemigo está a las puertas, estáis a punto de ser invadidos o en todo caso sufriréis una serie de incursiones vandálicas de parte de las hordas bárbaras, empujadas hacia las universidades desde los institutos de investigación y el gobierno federal; y desde las universidades hacia las escuelas secundarias; y todo el recorrido hasta la "guardería maternal", la *nursery* y, si fuese posible, el seno materno. Me refiero simplemente a esa actitud hacia la vida que Matthew Arnold llamó "filistea", y que yo sólo llamo "bárbara", que es contra la cultura y tan sólo por algo que llaman práctico y científico. Su única preocupación es arrasar con el mundo. Esa actitud ha puesto una presión atemorizante sobre la educación; somos presionados por una falsa economía hacia clases más pobladas, menos profesores, textos programados, pelotones de asistentes dando cursos universitarios básicos y profesores practicantes y asistentes no docentes en las escuelas, televisores y máquinas de enseñanza, todo esto sugerido en nombre de "estar a la altura del progreso" o de los rusos. La gente que nos dice que debemos estar a la altura de algo de esto es malvada, o ignorante de lo que significa el siglo presente o de lo que están haciendo los rusos. La función de la educación es conservar el organismo cultural, hacer disponible el comportamiento civilizado para la próxima generación. Lo que la mayoría

95 Traducción literal del efecto *"dust bowl"*, que, por años de sequía y mal uso del suelo en los Estados Unidos, provocó vientos de polvo muy espeso, forzando al abandono de sus granjas a más de tres millones de habitantes del medio rural.

96 Mt. 13, 28. [N. del trad.]

97 Traducción de *"Look, Jane!"*, método desarrollado por Amy K. Levin, que consiste en ejercicios de percepción visual como forma de mejorar la interpretación literaria de los alumnos. [N. del trad.]

98 Traducción de *"See Spot"*, un personaje (un perrito manchado) de la serie de libros de lectura *Dick & Jane*, muy populares durante décadas en los Estados Unidos para enseñar a leer. [N. del trad.]

99 *"McGuffey Readers"*, que podría traducirse como *Selección de lecturas de McGuffey*, fue el libro de lecturas para niños más popular en la historia de los Estados Unidos desde la primera edición, realizada por William H. McGuffey en 1836, hasta fines de la década de 1950. [N. del trad.]

de la gente quiere decir cuando habla de “progreso” es salvajismo, y cuando habla de “los rusos”, algo peor.

Estructurar hacia abajo es en general una mala política: viola el principio mediante el cual toda forma superior debe respetar la integridad y la libre operación de lo más bajo. Así, por ejemplo, el médico puede dirigir el fin del trabajo del farmacéutico pero no puede interferir con él, o los padres pueden dirigir a sus hijos, pero no pueden reducirlos a instrumentos. En la educación esto significa que las escuelas secundarias tienen su propia tarea y ésta no debe ser desplazada por una invasión venida de arriba, esto es, desde la universidad; y, a su vez, la universidad no debe ser campo de pruebas de la escuela de postgrado. Hace años la escuela primaria era invadida desde arriba haciendo que los niños brillantes adelantaran años; “saltear” lo llamaban, y de ahí el “niño prodigio”, el genio inadaptado. La educación es la relación del estudiante y la materia. Debe ordenarse a las exigencias complejas y resbalosas de ambos. Desde el punto de vista del estudiante, debemos enseñarle primero lo más fácil; pero desde el punto de vista de la materia, esto es con frecuencia imposible. Por ejemplo, se reconoce comúnmente que la Lógica es una materia difícil. Sin embargo, dado que es un prerrequisito de cualquier otro curso de filosofía, nos guste o no es la primera materia en el ciclo y no puede “saltearse”. Tampoco podemos proponer un cambio radical de un currículum sin considerar cuidadosamente el desarrollo del mismo estudiante como persona. Con frecuencia también nosotros lo consideramos una abstracción, como una masa en relación a unas fuerzas cualesquiera que puedan acelerarlo. Existen virtudes apropiadas a la niñez. Las niñas y los niños no son mujercitas y hombrecitos; y existen temas y materias apropiadas a la niñez, otras apropiadas a la juventud y otras a la madurez. Es más difícil para un adulto que para un niño aprender nombres y fechas de la historia, los continentes y las capitales en geografía o paradigmas latinos. Si un niño saltea su clase de Geografía, para discutir problemas políticos o militares de Asia, puede que nunca sepa dónde queda Asia, y consecuentemente sufrirá un desorden, una desorientación, cada vez más común, que distorsionará sus ideas políticas posteriores. El profesor de Lengua es dolorosamente consciente del genio poético “avanzado” que nunca aprendió gramática, como lo están los profesores de Arte de los cubistas e impresionistas abstractos que nunca aprendieron a dibujar una línea. Del mismo modo, dado que la política presupone la ética, y dado que la ética no puede obtenerse sin experiencia del mundo, ¿qué pueden decir los niños acerca de Vietnam o Taskent en primer lugar? Cualquier encumbramiento de, incluso, el más brillante inmaduro, resulta en un pedante que con frecuencia se da aires mediante una serie de imágenes memorizadas –usando la virtud propia del inmaduro, recuerda bien lo que ha leído y escuchado. Un niño de 12 años puede merecer la nota más alta en un curso universitario, en una materia tan madura como la política, porque puede repetir fórmulas. Pasará el examen, pero esto no es para nada

signo de haber comprendido la materia, o, lo que es más importante, de que la disciplina lo haya comprendido.

Los profesores de inglés están familiarizados también con el niño que ha saltado desde *Blancanieves* a *Lolita* sin las etapas intermedias: ni los Niños Rover, ni Scout, Mark Twain o Dickens. Una lista de lecturas desarrollada en una universidad del Medio Oeste recomienda lo que es esencialmente un listado universitario para estudiantes de secundaria –obras de Melville, Jane Austen, Thomas Hardy, incluso Maquiavelo–, e incluye cuentos simbolistas muy difíciles: *Mario y el Mago* de Thomas Mann, por ejemplo, que tiene como tema una enfermedad física y moral repulsiva, todo esto para niños de 14 años; y lo que es realmente incomprensible, una obra de teatro para los apetitos presumiblemente más exhaustos de los de 17 años escrita por el lascivo George Wycherly, lo que equivale a imaginar a los niños como viejos verdes. Uno no mejora la intelectualidad o moral de los niños alimentándolos a la fuerza con una dieta madura y, en estos casos, "adulta" decadente. Uno no mejora la currícula de una secundaria tomando pruebas preliminares de cursos universitarios. Los profesores secundarios hurtan las listas de lecturas de la universidad con la esperanza de preparar a sus estudiantes para los cursos universitarios, cuando la preparación correcta debe cubrir el material previo. En una época tan preocupada por los derechos civiles, no deberíamos subestimar los derechos de la niñez.

Es cierto que hay cursos secundarios que se enseñan en la universidad que deberían mandarse para atrás. Pero el significado de "colocación avanzada" [100] no debe estirarse tanto como para cubrir lo que en realidad es un problema en la currícula del secundario. Tenemos grados –pasos– necesarios para el desarrollo del estudiante y de la estructura de la materia. Si uno quiere estudiar filosofía, debe comenzar por la lógica; y si quiere convertir a un joven en un filósofo, debe acostumbrarlo al hábito de ser lógico sumergiéndolo en estas disciplinas. Algunos irán más rápido que otros y por eso es que tenemos esa otra forma de "graduación" de 1 a 10. Pero la lógica no puede saltearse ni hay ningún examen que pueda sustituirla. De nuevo, un niño inteligente puede dominar rápidamente las reglas de la lógica, pero no puede haber asimilado los términos o adquirido la disposición permanente. Una vez un chino criticó a la educación estadounidense diciendo: "vosotros siempre estáis arrancando la flor para hacerla crecer más rápido". En vez de eso, necesitamos, en palabras de T. S. Eliot, una "vida en suelo significativo" [101]. Si un estudiante tiene una gran capacidad de aprendizaje, más razón aún para completar todos los años de la vida de su escuela secundaria y todos los años de la vida de su universidad, de modo que realmente realice su potencial. Apaciéntalo.

100 Traducción de *Advanced Placement*, programas que ofrecen las universidades a los estudiantes secundarios, dándoles la posibilidad de "avanzar" materias universitarias y así poder hacer la universidad en menos tiempo o con menor carga horaria. [N. del trad.]

101 T. S. Eliot, último verso de *Los salvajes secos*, nº 3 de *Cuatro cuartetos* (trad. libre). [N. del trad.]

En Princeton, en tiempos del decano Root, los estudiantes universitarios de grado normalmente tomaban cinco cursos por año; los excepcionalmente brillantes podían tomar cuatro, sobre la base de que para ellos valía realmente la pena ir lento. La educación no es un impedimento molesto para la investigación o los negocios, sino un bien en sí mismo, indispensable para el desarrollo de la persona calificada.

Existe una distinción bien conocida, frecuentemente citada pero rara vez vista realmente, entre la extensión horizontal del conocimiento y la ascensión vertical hacia planos más elevados. Por ejemplo, es obvio que el conocimiento de carpintería puede extenderse horizontalmente en la práctica de la artesanía, desde pisos hasta escaleras, ventanas y techos. Se habrá aprendido en la práctica y la aplicación más y más acerca de las mismas operaciones. Pero consideremos el conocimiento del arquitecto, que incluye la carpintería –no la práctica de la carpintería, sino sus razones. El arquitecto, cuando considera los principios de la construcción como un todo, debe saber la razón de porqué. No cómo, sino porqué. Todo el conocimiento de todos los carpinteros, extendido infinitamente, nunca sumará el equivalente al conocimiento del último de los arquitectos, y el último de los arquitectos, aunque no tenga la habilidad para hacerlo, entiende las razones de la mejor carpintería más allá del propio carpintero. El arquitecto, desde una perspectiva más elevada, ve las razones para lo que hacen los carpinteros, albañiles, colocadores de tejas y vidrieros. Ve las razones de esas cosas y las integra. No es que simplemente coordina, esto es, ordena las diferentes líneas de actividad de la forma en que lo hace un capataz; él las integra, él las ve como partes de una integridad o un todo. El piso, la escalera, la ventana y el techo no son coordenadas, sino partes que juntas hacen una casa. Son elementos constitutivos de la cosa, la cosa una, total e integral. ¡Pero suponemos que todo el conocimiento es una integridad!

Existe una imagen famosa que ilustra la educación, que nos viene en diferentes versiones desde la Edad Media. Muestra una torre de varios pisos en la cual un alumno con su bolsa y su tableta entra por la planta baja, siendo recibido por el *magister* severo, con ojos alegres, un gran palo llamado *baculum* y un libro llamado *Donatus* por su autor, el gramático del siglo IV. Luego, por la ventana del segundo piso, vemos al muchacho progresar a través de la *Lógica* de Aristóteles, y en la tercera ventana hacia arriba vemos la *Retórica* de Cicerón.

La retórica es el arte liberal de la alimentación intelectual, como la cocina es el arte servil de la alimentación física. La retórica hace efectiva la verdad. No es simplemente más y más gramática o más y más lógica, del mismo modo que cocinar no es agregar más y más verduras. La retórica es, en cambio, hacer algo con las oraciones y los argumentos que la gramática y la lógica han provisto. La retórica es la gramática y la lógica no sólo combinadas, sino trascendidas. Cualquier pieza de retórica se hace de gramática y lógica; son sus partes constitutivas. Desde el punto de vista más elevado de

la retórica, uno mira por encima la gramática y la lógica y ve las razones de sus operaciones.

Estas artes liberales difieren una a otra verticalmente. Una se eleva desde la otra, no mediante la extensión horizontal, sino por la ascensión vertical hacia un nivel de entendimiento diferente que incluye los niveles inferiores, en forma análoga a la relación de la parte y el todo.

En la imagen, el muchacho, ya adolescente, sube de la cuarta hacia la séptima ventana, entrando a a los pisos superiores de la aritmética, la geometría, la música y la astronomía; tras los cuales el joven sube más alto aún, hasta la filosofía, que comprende la física, la biología, la psicología, la ética, la economía y la política; luego hacia la metafísica y el pico más alto, que es la teología, el estudio de la mente de Dios, quien conoce y hace las cosas –en Quien, por lo tanto, el universo y todo el conocimiento es integral.

El valiente joven ha llegado al final de la escalera y debe ahora descender hasta el nivel en que subyacen sus talentos para trabajar, sabiendo cómo hacer alguna cosa en la práctica diaria de un arte u oficio, pero habiendo tenido una idea de su lugar en el esquema universal de las cosas, dentro del cual los arquitectos no pueden ser arrogantes o los carpinteros envidiosos, porque ambos son parte de algo que es más grande que ellos mismos. Ésa es la diferencia entre una escuela técnica y una universidad: la universidad supuestamente debe elevarse a lo universal. Integra lo horizontal y lo vertical. Es un lugar donde "sus ancianos soñarán sueños y sus jóvenes verán visiones" [102].

Enseñar, dice Platón, es una especie de amistad, cuyo grado más alto es el amor, en el cual dos personas se ven entre ellas como partes integrantes de algo más grande que ellos mismos: un matrimonio, una familia, una universidad, una nación, una fe. En la búsqueda de la felicidad, en el matrimonio o la amistad, en las vocaciones, la recreación, la política y los trabajos simples –en el largo plazo– debemos preguntarnos qué es todo: ¿de qué son partes aquellas actividades y compromisos? ¿Qué es lo que los integra? Si un estudiante olvida todo lo que ha aprendido en la escuela o la universidad, mejor que recuerde esta pregunta. Estará en el último examen final que su propia conciencia le tomará en el último momento de su vida: en la búsqueda de horizontes –cosas horizontales–, ¿has fallado en elevar tu vista y pensar y sentir las estrellas, las razones de las cosas, y más allá, como dice Dante en la cima de la torre de su poema,

el amor que mueve el sol
y las demás estrellas? [103]

102 Joel 2, 28.

103 Traducción común en castellano del final de la *Divina Comedia* de Dante (Paraíso, XXXIII, v. 145), *"l'amor che move il sole e l'altre stelle"*. En inglés en el original. [N. del trad.]

Por supuesto que todos estamos a favor de la "colocación avanzada" en el sentido ordinario. Un novato en una universidad, que ya tuvo dos años de latín en el secundario, no debería tener que comenzar nuevamente con *amo*, *amas*, *amat*. Debe ser puesto en el curso del tercer año. Si eso es lo que significa, todos debemos estar con ello. Si un estudiante tuvo geometría plana en el secundario, dejemos que vaya a lo sólido en la universidad. Es difícil ajustar estas materias. Hay diferencias entre las escuelas, y superposiciones entre la escuela y la universidad; por lo que el examen de colocación sirve para ello. Ciertamente un estudiante no debería ser forzado a tomar el mismo curso dos veces, ni debería recibir notas universitarias por un curso que hizo para graduarse en el secundario –esto sería como recibir dos veces un pago por el mismo trabajo. Pero una vez que aparece el examen de colocación existe una fuerte tentación en el profesor del último año del secundario para abandonar su materia a favor de un curso de inmersión intensivo de un año sobre cómo obtener mejores notas en la universidad. Incluso peor, algunas universidades –y entre las famosas– dan notas universitarias a estudiantes que pasan estos exámenes sin la genuina experiencia de la cursada. Esto es como traficar indulgencias; es vender notas en ausencia de mérito y es una especie de fraude. Un muchacho inteligente puede dar exámenes universitarios de grado y llamarse graduado en humanidades, cuando de hecho será un neurótico con talento para pasar exámenes. ¿Notamos una adulteración de la enseñanza en nombre de la economía? ¿Notas sin cursadas significan sin maestros, aulas, luces eléctricas ni calefacción?

Un examen no es el equivalente de un curso. Lo que examinamos es sólo ese aspecto de la experiencia que es examinable. En algunas disciplinas ese aspecto incluye más cantidades de realidad que en otras; en ninguna incluye todo; y en muchas –especialmente las humanidades– incluye muy poco. Si un estudiante no puede responder al aspecto examinable de una disciplina a la que se ha sometido por el tiempo requerido, inferimos que no ha respondido suficientemente acerca del todo. Pero esto no funciona del modo contrario: si un estudiante estudia a último momento los aspectos examinables de una materia sin haberse sometido a la disciplina, la nota que obtenga en un examen de ninguna manera implica una respuesta correspondiente en el todo. No se ha visto expuesto al todo, ¿cómo podría entonces responder? Que algunos estudiantes sean rápidos y otros lentos no tiene relación lógica alguna con la venta de indulgencias en los exámenes.

La estructuración hacia abajo, desde la escuela de postgrado hasta la universidad, ha resultado en el triste hecho de que universidades con viejos nombres prestigiosos se han convertido en mercados de series de exámenes, con cursos rápidos sobre cómo aprobarlos dictados por asistentes graduados cuya mente está en sus propios doctorados. La educación liberal ha sido eliminada. El alto prestigio que estos lugares aún tienen les viene de sus escuelas de postgrado y de su pasado. La "colocación avanzada" ha

arruinado a la universidad, al mover hacia abajo a la escuela de postgrado; la escuela secundaria ha sido arruinada por el avance de la universidad sobre ella. Uno puede soñar pesadillas, no muy lejos del mundo real, donde la fisión nuclear sea enseñada en la guardería. Podría hacerse; pero habrá gente chupándose el dedo en Los Álamos [104].

Se sigue de esto, entonces, que ciertamente debemos colocar a los estudiantes en los cursos para los cuales han cumplido requisitos previos, que eliminemos duplicaciones entre las currículas del secundario y la universidad, y que las escuelas, las bibliotecas, los teatros y las publicaciones trabajen juntos para enriquecer la vida en suelo significativo y fomenten un crecimiento genuino de la vida intelectual de cada comunidad. Mark van Doren dijo que la universidad es como "unas vacaciones del lugar común". "Es un tiempo –agregó– en que no se espera de nosotros que simplemente cambiemos, sino que se requiere eso". Es ese cambio, ese crecimiento de la persona tanto en intelecto como en voluntad, esa transformación de su vida más profunda, que es la realidad inexaminable –para nada detestable– de la educación. No puede ser acelerada o salteada o acomodada a los requisitos de la economía o de la carrera con Rusia o de la última máquina. La educación es un bien enorme en sí mismo y no un mero instrumento de éxito. El fin de la educación es la perfección de cada persona y nuestro especial cuidado es prevenir el surgimiento del esteta irracional y el científico brutal. En el sentido más serio, no sólo esnob, de la palabra, debemos tener en mente el cultivo del "caballero".

Y los profesores deben comenzar ellos mismos. Con enseñar pasa lo mismo que con cualquier vocación, buena o mala: es la persona la que lo hace. Nadie aprendió más por un método, del mismo modo que nadie muere más por haber sido asesinado con un arma de fuego o un cuchillo. Somos enseñados y asesinados por personas que pueden o no usar varios instrumentos. Entonces la primera regla de un profesor, como en el caso de cualquier persona, es ser alguien digno de su vocación, tener una "dignidad" apropiada, lo que en su raíz latina significa "merecimiento", y de ninguna manera implica que deba actuar como un sepulturero. Existe una dignidad apropiada para enterrarnos y otra para alzar a los jóvenes. Me refiero al merecimiento apropiado del trabajo, y para el profesor de Lengua o de los Clásicos esto significa una alta seriedad acerca de la lengua y de la literatura, en presencia del cual no ocurren faltas de disciplina o respeto, simplemente como forma de cortesía. Ocurre que este cliché es cierto: si uno quiere enseñar algo, debe tener ese algo. Si la poesía no es parte de tu vida, ningún método en el aula creará *ex nihilo* el amor por la poesía en tus estudiantes. Recordemos el famoso dicho de San Agustín: "Ama a Dios y haz lo que quieras". Se abre a abusos, pero la verdad esencial permanece. La misma máxima se aplica a lo que llamamos "idioma": ama la literatura y haz lo que quieras.

104 Localidad del Estado de Nueva México donde se encuentra el Laboratorio Nacional del mismo nombre. Allí tuvo lugar el famoso "Proyecto Manhattan" para el desarrollo de la bomba atómica. [N. del trad.]

¿Por qué es que los estudiantes que salen de los secundarios y las universidades –incluso después de cuatro años y un título de grado– son tan asombrosamente deficientes que no pueden leer un párrafo normal de Matthew Arnold, un escritor popular hace menos de cien años? Es porque, como dijo Ezra Pound, "no tienen cultura". Si hubiese música, poesía y arte en casa, habrían aprendido a pesar de la mala educación –la educación siempre ha sido mayormente mala. ¿Suponemos que los maestros de Shelley, dando golpes con el puntero, eran tan buenos? Sin embargo, escribía muy bien a los dieciocho. Nuestros niños simplemente no tuvieron acceso al alimento. Su vida cultural ha sido malgastada. Los profesores sembraron las semillas de la poesía y la prosa de acuerdo con las instrucciones del paquete, y han intentado distintas variedades de semilla, pero ha desaparecido el suelo. Ver a estas personas marchitas llegar a la universidad año tras año es preguntarse quién en sus vidas amó la literatura. ¿Dónde podría haber encontrado el ambiente espiritual absolutamente esencial para germinar la semilla? No estoy hablando del llanto sentimental acerca de los libros de alguien que mira televisión y que como mucho lee las últimas novelas. Éste es el peligro en la frase de San Agustín. El amor presupone el conocimiento. El amor sin conocimiento es sentimentalidad, una forma indirecta de odio que agrega la decepción al desprecio, de modo que uno activamente ama lo que no está realmente allí; algo peor que la mera ausencia de amor. Recordemos la palabra dignidad: un merecimiento. Una persona que sea digna de un trabajo debe tener un amor que sea genuino.

El primer paso tranquilo pero definitivo, en una genuina reforma de la educación, es que los padres y los profesores deben leer. Comenzando ellos mismos, cualquiera sea el lugar en que estén y el estado de su propia desolación, deben leer. No los cien libros más grandes, o aquéllos que creen que deben leer, sino cualquier buen libro que haya a mano; y comenzando con él, llegar no sólo a quererlo, sino a conocerlo y amarlo, y entonces directamente leer otro y otro. Recuerdo vivamente estar parado frente a un buen profesor en la universidad que había hecho mucho para promover los cien grandes libros y decirle: "¡pero no puedo leer todos esos libros!". En medio de la *Crítica a la Razón Pura* me desesperé. "Por supuesto que usted no puede", dijo Mark van Doren. "Nadie puede leer cien grandes libros; pero aquí hay uno, lea ése". Tomó al azar un volumen de su escritorio y me lo entregó; sucedió que era una colección de los *Diálogos* de Platón que ayudó a cambiar mi vida. Por supuesto que nunca los terminé; aún leo a Platón pues aún no terminé mi vida.

La Ideología es el enemigo. Tiene un feo hermano llamado Entusiasmo. El maestro entusiasta es el que se mete en un tema con fervor pero como un ignorante, sobre la base de que la acción es una virtud y que mantener la clase despierta por cincuenta minutos es el verdadero asunto. El entusiasta no sólo hace un tonto de sí mismo, sino que, peor, hace tontos de los menos sagaces, de ojos abiertos, los mejores estudiantes –los más

confiados–, a quienes realmente enseña, pero enseñanzas vacías. Hace salir a todos esos avivados críticos literarios que hablan acerca de Kant, Kafka y *El Trópico de Capricornio* [105] pero que nunca han experimentado la relación copulativa entre un sujeto y un predicado. Escribió John Ruskin:

> No hables sino de lo que sabes; no pienses sino de aquello de lo que tienes materiales para meditar; y no andes tras cosas sólo porque te gustan, cuando existen otras que ver: ésta es la lección para enseñar a nuestros jóvenes y criarlos; y eso principalmente a través de nuestro propio ejemplo y arrepentimiento. Nunca enseñes a un niño algo de lo que no estés tú seguro; y sobre todo, si te sientes ansioso en forzar algo en su mente en los años tiernos, cuando la virtud de la juventud y la temprana asociación pueden facilitarlo, asegúrate de que no es un mentira lo que tú santificas. Siempre hay más que enseñar acerca del conocimiento absoluto e incontrovertible, abierto a su capacidad, es lo que cualquier niño puede aprender. No existe necesidad de enseñar a un niño nada dudoso. Es mejor que ignore mil verdades a que consagre su corazón a una única mentira.

Adhirámonos a unos pocos buenos libros incontrovertibles y unos pocos principios reales de gramática y retórica y apartémonos de listas de lectura picante, y sobre todo apartémonos de aquellas discusiones interminablemente áridas –y estúpidas– acerca de los eventos actuales, que casi han desplazado los estudios serios de la historia y la literatura. Es deprimente ver a niños y niñas pequeños en los programas de televisión, madurados en los eventos actuales como tantos enanos intelectuales, pequeños pero viejos y echados a perder, fumando eventos actuales como si fuesen cigarros cubanos, atracciones del circo político, discutiendo lo que debería hacerse en África pero prematuramente privados del conocimiento de la infancia sobre el "gran río Limpopo, que tiene las aguas verdosas y grises" [106]; discutiendo la política de relaciones exteriores en Cuba cuando no conocen la belleza formal en la afirmación de que Cuba es una isla rodeada por el Océano Atlántico, el Estrecho de la Florida y el Mar Caribe. Existe un verdad incontrovertible, mientras que el resto de la materia que poseen no tiene fundamento "para pensar con justicia en ella" [107], cualquiera que sean sus opiniones; y el resultado de una educación de ese tipo es que los jóvenes tienen opiniones acerca de todo y verdad acerca de nada, incluso al punto de llegar a esa lamentable disposición de la mente, común en la universidad, en la cual la verdad es directamente negada. "¿Qué

105 Novela casi autobiográfica de Henry Miller (1938). Se hizo famosa en su tiempo como un retrato explícito de la vida sexual de los barrios étnicos de Brooklyn. Estuvo prohibida en los Estados Unidos por casi treinta años y sólo se conseguía en ediciones impresas en Francia. [N. del trad.]

106 Rudyard Kipling, *El hijo del elefante*, 1902 (versión sin dato de traductor en el "Programa de Escuelas del Bicentenario", Argentina). [N. del trad.]

107 Frase citada por Thomas de Quincey y referida a Coleridge: "The Lake Poets: Southey, Wordsworth and Coleridge", en *Literary & Lake Reminiscences*. [N. del trad.]

es la verdad?” dicen, sin poder notar que Poncio Pilato hizo la misma pregunta antes de enviar a un Hombre inocente a la cruz.

> La carta del corresponsal del *Times* a que hacemos referencia contiene un relato de uno de los casos más singulares de perversión nunca antes llevado a una corte criminal; pero es innecesario traer cualquiera de esos detalles bajo la atención del lector, pues casi cualquier otro de nuestros diarios contiene últimamente ejemplos de atrocidades nunca antes pensadas, y, podían pensarse, imposibles para la humanidad. La conexión de éstas con el amor moderno por la exageración en la novela sensacionalista y en el drama no es generalmente comprendida, pero es directa y constante; todas búsquedas furiosas del placer que culminan en el deseo real del horror y el placer de la muerte.

Eso es nuevamente de Ruskin, escrito hace casi cien años atrás y tan relevante hoy mismo. Las escuelas tienen responsabilidad directa en este hecho estremecedor, o quizá ya no es tan estremecedor, y eso es aún peor: que un niño o una mujer no puedan caminar con seguridad por las calles de ninguna ciudad en los Estados Unidos después de las diez de la noche, ni siquiera en las calles de la mía, una ciudad universitaria, aislada, sin las excusas sociológicas habituales. Cualquiera mínimamente versado en historia sabe que eso debería alarmarnos, no sólo por nuestras esposas e hijos, sino en última instancia por la barbarie, de la cual esto es un síntoma temprano e inequívoco. Debería añadir, al párrafo de Ruskin, el aumento de poder en la metodología, que ha ampliado la novela sensacionalista para incluir al cine y los programas de televisión.

Debemos trabajar muy duro para restaurar, primero en nosotros mismos y luego, por influencia, en otros, lo opuesto a esa “búsqueda furiosa del placer que culmina en el deseo real del horror y el placer de la muerte”, y que es la búsqueda de la verdad, que culmina en el deseo real por la belleza y el placer de la vida.

Capítulo 7

A cada uno lo suyo

La libertad, en la imaginación popular, significa hacer lo que uno quiere. Un hombre tiene el derecho de hacer lo que quiere, siempre que no lastime ni interfiera con otro. Ésa es la imagen popular, y aunque existen definiciones más sofisticadas, sutiles y precisas, los filósofos han acordado que para establecer el significado general de las palabras debemos seguir el uso de la gente, haciendo las cosas más explícitas a la luz del principio filosófico. La justicia en la imaginación popular es esa mínima cantidad de coerción necesaria para permitir la libertad.

Casi todos están de acuerdo en que no hemos alcanzado un estado de justicia perfecta. Nadie puede hacer exactamente lo que quiere. De hecho, existe gente que quiere desechar las leyes porque no ha recibido justicia, esto es, porque no tiene lo que quiere.

Ahora bien, si creemos en la justicia, y si la justicia nos brinda la libertad, y si la libertad es hacer lo que todos quieren, ¿cómo es que vamos a obtenerla cuando lo que alguna gente quiere directamente viola lo que otra gente quiere? Cuando uno piensa en ello en forma abstracta, el problema es insoluble. Pero concretamente, entre cualquier grupo real de gente, si la libertad significa hacer lo que uno quiere, una sociedad libre puede existir cada vez que los hombres coinciden en lo que quieren. Una sociedad puede llamarse justa cuando un número determinado está de acuerdo. Siempre existirá una minoría de disidentes que, por una razón u otra, no encajarán, pero el número determinado fijará el tono para una sociedad; y todas sus leyes, todas las reglas y regulaciones de esa sociedad, las leyes de tráfico, las leyes criminales, las leyes impositivas y bancarias, todos los instrumentos de la justicia, están basados sobre este hecho cultural: que la vasta mayoría quiere las mismas cosas. Tienen un acuerdo cultural, comparten un espíritu, un terreno común.

Si el noventa y cinco por ciento de los estadounidenses hoy hiciese lo que quisiera, las cosas no serían sustancialmente diferentes de la forma en que han sido al menos estos cien años de la República desde la Guerra Civil. La gente ha hecho siempre casi todo lo que realmente quería. La mayoría de nosotros quiere frenar en los semáforos; la mayoría de nosotros quiere conducir con razonable seguridad, por lo menos la mayor parte del tiempo; la mayoría de nosotros quiere vivir en paz con los otros; queremos

hablarnos con honestidad y decencia y disfrutar de la confianza entre nosotros y en el comercio. La mayoría de nosotros incluso quiere pagar nuestros impuestos y pelear nuestras guerras. Algunos puede ser que no, y el resto puede quejarse, y todos caemos alguna que otra vez, pero el trabajo se hace. Los Estados Unidos son parte de la civilización occidental, de la cultura europea –llamada con mayor precisión *cristiana*– y la tradición filosófica europea nos enseña que este uso común de la gente es en realidad un reflejo de la Ley Natural inmutable, que, según dice el cristianismo, está enraizada en última instancia en la voluntad de Dios.

Esto no quiere decir que todos, o incluso la mayoría, siga realmente la enseñanza filosófica o las prácticas del cristianismo, pero un número determinado sí. Tampoco significa que incluso ese número determinado esté explícitamente de acuerdo con las grandes cuestiones filosóficas o incluso acerca de lo que es el cristianismo. No estoy hablando de escuelas de pensamiento o credos, de definiciones y confesiones, sino del sentido común. Tanto el escéptico como el creyente –tanto G. B. Shaw como G. K. Chesterton– están de acuerdo en las cosas básicas.

Cuando los Padres Fundadores escribieron acerca de "la vida, la libertad y la búsqueda de la felicidad", tenían en mente el sentido cristiano de esas palabras [108]. Escribieron en el contexto de mil ochocientos años de cultura cristiana –el sentido común, el *sensus populorum*, sobre el cual debe cimentarse cualquier orden político. La gente difiere en su credo; algunos incluso son ateos. La gente difiere en sus ideas políticas; algunos incluso son anarquistas. Difieren acerca del arte, la música, la educación, la moral. Siempre lo hemos hecho y siempre lo haremos, pero ha existido un sentido común, incuestionable, más allá del cual estaba sólo lo inimaginable, los inexpresable, la abominación que no tenía nombre y que, si era tocada inadvertidamente en algún acto particular, dejaba a todos los bandos en disputa un sentido del horror y del desagrado.

La Partida de Donner, por ejemplo, en los tiempos de la fiebre del oro, perdidos en las Altas Sierras, y recientemente un equipo de rugby, cuyo avión cayó en la Cordillera, cometieron canibalismo: los sobrevivientes comieron los cuerpos muertos de sus amigos, un acto fuera del sentido común [109]. Ahora bien, cuando decimos que libertad

108 "*Life, liberty, and the pursuit of happiness*", en referencia a los "derechos inalienables del hombre", es la frase más famosa de la Declaración de Independencia de los Estados Unidos (4 de julio de 1776). Los Padres Fundadores (*Founding Fathers*) de los Estados Unidos son quienes firmaron la Declaración de la Independencia (*the signers*) y diseñaron la Constitución (1787-88, *the framers*); a veces, también se incluye a quienes participaron de la Revolución Americana. [N. del trad.]

109 La Partida de Donner se refiere a un grupo de colonos que, provenientes de Illinois y Missouri, pretendían llegar a California durante la "fiebre del oro" en 1846; se extraviaron durante una dura tormenta de nieve en la Sierra Nevada, sin comida ni refugio, debieron recurrir al canibalismo para sobrevivir; sólo llegaron dos hombres y cinco mujeres. La "fiebre del oro" en el Oeste norteamericano, especialmente en California, tuvo lugar luego de la anexión de ese territorio a los Estados Unidos; especialmente entre 1848 y 1852, miles de estadounidenses provenientes del Este, se instalaron allí para buscar oro. El autor se refiere también al equipo de rugby uruguayo (Old Christians) que cayó en la cordillera de los Andes, entre la Argentina y Chile, el 13 de octubre de 1972, y cuyos sobrevivientes decidieron recurrir al canibalismo. [N. del trad.]

es hacer lo que uno quiere, asumimos que nadie quiere ser un caníbal. Supongamos que alguien sí, ¿entonces qué? Voltaire dijo en una famosa frase: “No estoy de acuerdo con lo que tú dices pero defenderé a muerte tu derecho a decirlo”. Eso es admirable. Eso está bien. Todos estamos de acuerdo, si se entiende razonablemente. Pero, por supuesto, la palabra clave es “tú”. Estoy de acuerdo con un ser humano normal, no con una bestia. Voltaire no quiso decir que defendería a muerte el derecho de un hombre a comer a su vecino. Thoreau enseñó la desobediencia civil. Fue un hombre civilizado. Podemos estar de acuerdo o no con su posición acerca de la esclavitud o los impuestos, pero no existe duda de que por desobediencia civil quiso referirse a una conducta dentro de los límites de la cultura cristiana. Se horrorizó al descubrir qué tipo de fanático era realmente John Brown [110]. Incluso en la guerra, los generales Lee y Grant estaban dispuestos a pelear a muerte por una causa política y social, pero sin embargo, incluso a muerte, operaron dentro de los límites de la cultura; eran caballeros cristianos, honorables en la victoria y en la derrota. Hemos peleado guerras de acuerdo a las reglas. Incluso en nuestro odio, en nuestra ira, en nuestra rabia hacia otros, sólo somos libres de pelear por lo que en última instancia todos queremos.

El problema en los Estados Unidos, hoy, es que nos hemos encontrado con el caníbal, el asesino, el pervertido, la abominación, y simplemente no sabemos qué hacer con él. Estamos comprometidos con la justicia, con la proposición de que cada uno tiene el derecho de hacer lo que quiera, y nos hemos encontrado con gente que quiere hacer, no sólo cosas con las que no estamos de acuerdo, como Voltaire, sino cosas que no pueden hacerse. Y aún así, estas gentes las hacen.

En universidades de todo el país, hace unos pocos años, una criatura subcultural solía sonarse la nariz públicamente con la bandera estadounidense. La opinión universitaria autorizada decía: “Suspendamos el juicio hasta que se compruebe que era una bandera oficial de los Estados Unidos; tal vez se encuentre que tenía un contenido de fibra no oficial”. Llamémoslo como queramos, en tanto no enfrentemos el hecho de lo que se hizo –no sólo un acto ilegal, sino una desgracia– porque la autoridad no sabe cómo manejar una desgracia. El edificio del centro de estudiantes quedó consumido por el depredador. “La obra de algún pobre tipo con enfermedad mental”, nos dice la opinión autorizada. “Un piromaníaco solitario”. Cuando aparecen incendios en todo el pueblo, se admite que puede haber varios piromaníacos solitarios. Cuando los bomberos son alcanzados por disparos de francotiradores, se presume que existen varios tipos de enfermedad mental solitaria: esa enfermedad mental solitaria es omnipresente. ¿Existe una enfermedad en una docena de personas o una persona con una docena de enfermedades? Cualquier cosa menos enfrentar el hecho de lo que está sucediendo.

110 John Brown (1800-1859) fue un célebre abolicionista estadounidense. Su imagen alcanzó el mito y la leyenda, especialmente en el Norte. Abogó por la insurrección armada y dirigió la “masacre de Pottawatomie” (Territorio de Kansas, 1856) y el ataque de Harpers Ferry (Estado de Virginia, 1859), en que murió. [N. del trad.]

Palabras obscenas, horrorosas, son grabadas en las paredes y las aceras. Frente a la biblioteca, un pervertido vende revistas obscenas. Presenciamos en esos años el crecimiento de un hongo moral, día tras día, con una creciente virulencia, más allá de las normas de la cultura, una cosa extraña. No era cuestión de la ley, el orden y la justicia. Lo que enfrentamos no es una amenaza criminal reconocida, ni un disenso político, religioso o filosófico. Es la presencia de algo extraño.

He aquí una cita de un libro acerca de la libertad y la justicia, acerca de hacer lo que uno quiere, llamado *¡Hazlo!* [111]

> Toda secundaria y universidad del país cerrará a causa de desmanes y sabotajes y los policías rodearán los edificios, parados hombro con hombro. Las escuelas pertenecen a los cerdos. Millones de jóvenes emergerán en las calles de todas las ciudades, bailando, cantando, fumando hierba, fornicando en las calles.

Ha habido material como éste circulando en los urinales del subterráneo; ha habido material como éste en los hoteles baratos –y en los caros, supongo–, todos lo sabemos. Siempre ha habido material como éste en las publicaciones médicas. Mi pueblo es una tranquila ciudad en el corazón de los Estados Unidos, con los trabajos comunes realizados tanto bien como mal, con justicias e injusticias distribuidas de manera imperfecta, pero, tomadme la palabra, con todo, un buen pueblo, orgulloso de su libertad y de su universidad. En este pueblo sucedió cada palabra de esa profecía repulsiva, incluyendo la participación de los niños de la escuela.

Uno o dos por ciento de cualquier sociedad siempre es subcultural. El trotskista, el comunista, el incendiario, el homosexual, el asesino, son obviamente peligrosos y los tribunales deben decidir sus casos. La ley tiene sus problemas. No los subestimaré; pero la ley no es *el* problema. El enemigo del que hablo es aquel que se esconde en las entrañas de toda la nación como un virus invisible y mortal. No es una acción, sino una actitud que dice que todos tenemos derecho a provocar un incendio, asesinar, violar, porque hacer estas cosas necesariamente está incluido en la rúbrica de la libertad, la de hacer lo que uno quiere. No lo que yo quiero o tú quieres, sino lo que alguien quiere. En una palabra, hemos elevado lo anormal y lo aberrante a la condición de derecho humano. La bestia está suelta entre nosotros, y es bien recibida en nuestras universidades y hogares. Una cosa extraña está destrozando todo orden, toda ley, toda justicia; y debemos –pero no lo haremos– expulsarla. Dejemos que crezca y tendremos un baño de sangre. Cada vez en la historia que esto ha sucedido, en Roma con Catilina, en la Edad Media con los albigenses, en Alemania con el nacional-socialismo, cada vez que la

111 Se refiere al panfleto *Do it!: Scenarios of the revolution*, de Jerry Rubin, publicado por una editorial independiente en 1970. Tal fue el éxito que, tan sólo un año después, la prestigiosa casa Harper & Row de Nueva York le publicaba al mismo autor el libro *Estamos en todas partes*. [N. del trad.]

abominación tomó el poder, la única respuesta posible ha sido la exterminación: eso o nosotros.

A esto se llegó en los Estados Unidos en 1970. Mi pueblo natal estuvo bajo ley marcial. La Guardia Nacional patrullaba las calles. Las escuelas estuvieron cerradas como predijeron. Colocaron cuerdas de piano a la altura del cuello en las callejuelas, lanzaron bombas incendiarias y huyeron, esperando alcanzar a los "cerdos", como los llamaron, por sus pescuezos desnudos. A esto se llegó. Fue estudiadamente pasado por alto y olvidado, reconstruido, emparchado, amnistiado y nuevamente pasado por alto; porque la cosa aún está aquí y despertará en cualquier momento que desee. Sueña y se alimenta con pochoclo en las películas, maúlla en los equipos de audio, "despliega su cola escamosa" [112] tranquilamente en las revistas. No estoy hablando de definiciones legales de pornografía y traición. Esto está más allá de los tribunales. Es la clase de cosa que uno de los líderes de Estudiantes para una Sociedad Democrática [113] publicó, hablando del asesinato de Sharon Tate [114]:

> Primero mataron a esos cerdos, luego cenaron en la misma habitación con ellos, más tarde incluso clavaron un tenedor en el estómago de la víctima. ¡Salvaje!

O del obituario, en la una vez irreverente pero decente revista *New Yorkers*, de una poetisa ganadora del Premio Pulitzer –ésta es la cara sonriente que nos observa en las salas de estar de la clase media, en los consultorios de los dentistas. El *New Yorker*, lamentando la pérdida de esta famosa dama, imprime como tributo un poema de ella como su propio epitafio, que dice:

Venid, ebrios y drogadictos;
venid, pervertidos enervados,
recibid el laurel...
Tontos parroquianos, cortadores de césped, linda
gente, fieles carpinteros,
salid de en medio del camino. [115]

112 John Milton, *Oda en la mañana de la natividad de Cristo* (trad. libre). [N. del trad.]

113 Students for a Democratic Society, fue el principal movimiento de activismo estudiantil de los EE.UU. entre mediados de la década de 1960 y su disolución en 1969. En él militaron quienes posteriormente serían íconos de la Nueva Izquierda estadounidense y su principal documento fue la famosa *Proclama de Port Huron*, en la que se abogaba por el fin de la carrera armamentista, la discriminación racial, la desigualdad económica, los partidos políticos tradicionales, etc. [N. del trad.]

114 Sharon Tate (1943-1969), joven actriz y esposa del director cinematográfico Roman Polanski (de quien estaba embarazada con ocho meses y medio), que fue asesinada salvajemente, junto a otras cuatro personas, por los miembros de una secta liderada por el cantante de rock Charles Manson. [N. del trad.]

115 Versos de Louise Bogan (trad. libre). [N. del trad.]

El laurel es la corona de la poesía y la poesía el principal medio de la vida cultural. Los Estados Unidos no están enfermos. El *New Yorker* está enfermo. Los estadounidenses no han perdido su sentido común de decencia y pudor, pero el enemigo está en los tableros y la gente está confundida, las reacciones están paralizadas. El dos por ciento está suelto. El pervertido porta el laurel; el vándalo y el subversivo, la corona. Se encuentra esta basura arrejuntada en las piscinas y en las alcantarillas alrededor de toda nuestra vida cultural, y debemos deshacernos de ella. Saquemos las películas fuera del pueblo. Saquemos los libros fuera de los almacenes locales donde van los niños, ¡y fuera de las escuelas, por amor de Dios! No yendo a la corte o a las reuniones escolares de padres. Los jueces no pueden castigar una enfermedad cultural. Digamos al farmacéutico que su droga es intolerable. Que lleve su negocio a otro lado. Expulsemos al manojo de profesores y alumnos en las escuelas y universidades que han sido corrompidos por estas cosas. Podemos saber quiénes son, no es difícil. Los niños lo saben. El castigo sólo puede hacerles bien; es la única forma de ayudarles. Necesitan de la norma. Es la norma la que los conforta. Lo saben por sí mismos; necesitan ser vigilados para evitar que vayan demasiado lejos, que degeneren todos juntos. Me pregunto: si un caníbal viniese a la universidad y comiese su desayuno de sangre humana en la cafetería, si nuestro comité conjunto de alumnos y profesores de disciplina y nuestro canciller y decanos, se sentarían de forma avergonzada en su mesa –no a comer por supuesto, pero tal vez al menos... ¡la vía positiva: una beca, un nombramiento como profesor para dar un curso en un nuevo programa con apoyo estatal, un laboratorio con potes de distintos tamaños! ¿Expulsión? Aniquilad el pensamiento. Luego aniquilad la universidad.

Si nos libramos de todo eso ahora, evitaremos los rifles y las bombas incendiarias; si no, volverán y tendremos edificios incendiados y gente quemada. Debemos usar los instrumentos normales para la restauración de la cultura. Para las universidades son éstos:

Primero, negativo e inmediato. Expulsión. Una universidad no es Hyde Park; no es Haight-Ashbury ni la Greenwich Village [116]. No es un burdel ni un cabaret. El decoro, la decencia, la seriedad, el celo por la verdad y la belleza –la palabra *estudiante* viene de “celoso” en latín– éstos son los modos de comportamiento necesarios en una universidad. Declaremos una moratoria sobre los micrófonos. Prohibamos los amplificadores. Frenemos las asambleas, la histeria masiva, la politización, la emocionalización, la casi

116 Hyde Park es uno de los principales y mayores parques de Londres; famoso por su *speakers’ corner* (podría ser traducida como “esquina de los discursos”), la esquina nordeste del parque donde se permite a quien quiera dar un discurso, generalmente de contenido político. Haight-Ashbury es el nombre de un distrito de San Francisco, cruce de las calles de esos nombres, que fue centro del movimiento hippie de los ’60. Greenwich Village es un barrio residencial del lado oeste del bajo Manhattan (Ciudad de Nueva York), conocido como la “capital de la bohemia” y donde surgió el movimiento *beat*; allí residieron escritores contraculturales como Allen Ginsberg, Jack Kerouac, William S. Burroughs, etc. [N. del trad.]

total irracionalización del *campus* y volvamos a las aulas y los laboratorios, y a las materias. Estudiemos, aprendamos la difícil y única forma de aprender de un maestro: con una materia y algo de disciplina. Un estudiante o un profesor es un representante de las normas de la cultura sin las cuales no puede existir la sociedad; una universidad es precisamente el lugar donde el dos por ciento de los disidentes culturales –no los disidentes políticos o intelectuales–, el dos por ciento que realmente no cree en la libertad, que no cree en la civilización sino que opta por el salvajismo, no puede ser tolerado.

Y el segundo instrumento de recuperación, el positivo: debemos encontrar el tipo correcto de maestro. Las universidades de toda la nación han premiado la investigación y han dejado caer la enseñanza. La enseñanza en el aula se ha hundido en un desastre escandaloso. No debe maravillarnos que los estudiantes escuchen al Maharishi [117] o al último vándalo moral. La universidad no es un instituto de investigación; es esencialmente un ámbito para la transmisión de la cultura, la transmisión de las cosas sobre las que se basan todas las demás, incluyendo la investigación. Si introducimos a alguien en la ciencia, la filosofía o la literatura, si lo introducimos a Platón, Newton o Shakespeare, verá por sí mismo por qué los hombres han peleado y muerto por la civilización. Traigamos a un joven a la ciencia o a la filosofía, y no andará haciendo tonterías alrededor de los estudiantes o de cualquier otro tipo radical. Entonces, lo primero es la enseñanza. Y la primera cualidad del maestro es su propia libertad, su rectitud moral, su personalidad. Queremos un buen hombre, fuerte, templado, prudente, justo. Segundo, debe tener el don para enseñar su materia. Debe tener cierto fuego, cierto espíritu, cierta personalidad. Existen muchos tipos diferentes, mil estilos, algunos rápidos, algunos lentos, algunos obvios, públicos y espectaculares, buenos oradores; otros más privados, personales, excelentes en seminarios y conferencias. Pero en cualquier caso debe existir competencia en la comunicación de su materia.

Y la materia no es un conocimiento o técnica especializada. La materia no es la química, aunque un profesor debe usar la química como el medio particular mediante el cual el estudiante conoce lo que es la ciencia, porque la ciencia, la búsqueda sistemática de la verdad, es una de las raíces vitales de la cultura. La materia no es la estructura poética, aunque un profesor puede usar un poema como el medio particular por el cual introduce al estudiante a conocer lo que es la literatura, lo que es el arte, ya que éstos también son raíces.

Y tercero, adicionalmente un profesor hace investigación y publica, no hay nada malo en ello: no debe ser ignorado, sino puesto en tercer lugar. Primero queremos un hombre, segundo queremos un caballero y tercero queremos un técnico.

117 Maharishi Mahesh Yogi (1918-2008) fue un gurú y maestro de yoga que introdujo en Occidente la técnica conocida como Meditación Trascendental. En los EE.UU. llegó a tener una universidad con sede en Santa Bárbara (California). [N. del trad.]

Hablo de las universidades porque las conozco. El mismo principio se aplica a todo camino de la vida, las empresas, el gobierno; a toda institución, secular y religiosa. Cuando elegimos un escritor, un clérigo, un periodista, un actor, un banquero, un asegurador, un abogado, un comerciante, un farmacéutico, un médico, un vendedor de autos usados, un sepulturero, quien quiera que deba hacer un trabajo, queremos primero un hombre, un buen hombre. Y luego debe comunicar, saber cómo compartir más que su habilidad. Debe compartirse al mismo nivel que la humanidad. Debe poseer una cultura común; no algo a la moda, no algo sofisticado, sino sentido común, la forma llana y ordinaria de los estadounidenses. Tercero, debe ser técnicamente excelente; debe conocer la contabilidad, las fuerzas tensoras, cómo conectar el aparato, cómo cerrar la tapa del ataúd. Hemos tenido en alta estima la técnica y nos hemos puesto al servicio del mal gusto, y peor, de morales malas o indiferentes, y debemos reestablecer el orden correcto.

Estoy diciendo algo muy simple y obvio: algo extraño se ha apoderado del poder cultural. Está en los tableros. Y es tiempo de que la gente lo recupere. Las universidades no son la causa de la agonía nacional, sino las víctimas. No nos dejemos engañar por los voceros estudiantiles y profesorales –la mayoría verdadera no participa de la política universitaria; están demasiado ocupados en el negocio a tiempo completo de la educación y no cuentan con el asesoramiento experto de los agitadores profesionales– o el dinero. Muchos estudiantes y miembros del profesorado piden urgentemente la intervención oficial en los asuntos universitarios para asegurar la seguridad pública y la tranquila búsqueda de la educación, libres del insulto y el acoso. En la escalada de la retórica se ha creado una falsa polaridad, según la cual el público general se opone a los profesores y a los estudiantes. Escuchamos acerca del "pensamiento de la juventud", "lo que piensan los jóvenes" y la "opinión universitaria", siendo que la oposición real es, por un lado, entre muy pequeños grupos de presión maliciosos junto a un más grande número de simpatizantes y, por otro lado, *todo el resto de nosotros*.

Las universidades son particularmente vulnerables en esta era tecnológica. Decenas de miles de adolescentes, inmaduros y desarraigados, encerrados junto a profesores especialistas estridentes, frecuentemente neuróticos, si no espasmódicamente brillantes, en un cajón de arena de un millón de dólares. ¿Qué esperamos? Necesitamos un intercambio, un gran flujo de realidad ordinaria, una aireación, una exposición al sol y al aire libre. Las universidades no pueden reformarse ellas mismas. La gente debe recuperarlas en las urnas, mediante el voto y a través de los procedimientos políticos normales –cartas a los gobernadores, senadores, consejos académicos. Tenemos más que el derecho; tenemos la obligación de ver que nuestros hijos tengan el tipo de educación que deseamos. Si eres un progresista, si realmente crees en Voltaire, John Stuart Mill, la Declaración de Derechos, los Derechos del Hombre, si crees que la justicia es la libertad

y que la libertad permite a los hombres hacer lo que desean, es absolutamente necesario que veas que estas libertades sólo pueden ser mantenidas por miembros de la raza humana. Los derechos del hombre significan al menos los derechos del hombre, nada menos que eso.

¿Quién dice? ¿Quién dice qué es humano y qué no lo es? Usted, yo. Nosotros, la gente, confundida, incrédula, totalmente sorprendida y paralizada ante esta intrusión no imaginada hasta ahora. Debemos volver a nuestro sentido común y utilizarlo antes de que alguien salga realmente herido. ¿Caza de brujas? ¿Inquisiciones? ¿Censura? Para nada. Todo hombre tiene derecho a hablar, a escribir, a enseñar la verdad como la ve. Eso es precisamente lo que debemos defender. Estamos como en Alemania en 1931, o Rusia en 1916. Dijo Yeats: "Los mejores carecen de toda convicción mientras que los peores están llenos de intensidad apasionada... Y en todos lados la ceremonia de la inocencia es ahogada". El soldado en una discusión en la barraca dice: "Puedes llamarme así a mí, a mi primo, a mi hermano y tal vez a mi padre; pero si llamas así a mi hermana, o a mi madre, ¡te golpearé en la nariz!". Bueno, se están acercando demasiado a nuestras hermanas y madres, y si alguno no lo ve, es porque no tiene una hermana o una madre, o una universidad, o una ciudad, o una nación, o un Dios.

Un sentimentalismo vicioso está envenenando los pozos. Está en las universidades, las iglesias, la industria del entretenimiento en general –las películas, la televisión, los diarios, las revistas, las canciones populares–, los pozos de los cuales extraemos nuestra bebida espiritual, de la cual toda nuestra vida cultural se irriga.

Limpiémoslos con la purificación del retorno a los principios. Toda demostración razonada comienza con algo dado –en la geometría, por ejemplo, que el todo es más que la parte–, lo que en sí mismo no puede ser probado. Un principio en cualquier orden es precisamente lo que no puede probarse en ese mismo orden. La palabra *principio*, como la conocemos, en latín significa "comienzo", "aquello antes de lo cual no hay nada". Negar el comienzo vicia la materia. En la política y en la ética en general, de la cual la política es una rama, lo dado es lo que generalmente llamamos civilización o cultura, opuesto a lo cual está el salvajismo. La civilización es una telaraña compleja de supuestos en base a los cuales demostramos conclusiones prácticas en la ley y la costumbre. Todos los hilos de esta telaraña se vinculan a unas pocas fibras originales que llamamos *primeros* principios, que no son dados culturalmente sino autoevidentes; y el primer principio de todos en el orden ético es hacer el bien. Si un hombre niega eso, niega la misma moral. Los primeros principios son tan obvios que son difíciles de ver –lo "autoevidente" no es tan evidente siempre para todos– y especialmente son difíciles de formular y defender. Pero nadie puede negarlos sin hacer uso de ellos. Si uno niega el bien, uno tiene que probar que es algo "bueno" negar el bien.

La justicia es simplemente el bien social, y por lo tanto debe ser realizada. Se define como “dar a cada uno lo que le es debido” –*cuique suum*, “a cada uno lo suyo”. Un hombre debe su vida porque es una cosa viva; es su naturaleza tener vida; y, dado que es su naturaleza ser moral, si un hombre comete un crimen, debe ser castigado porque el castigo es retributivo –el castigo es la pena debida al criminal en justicia hacia él. El castigo proporcionado lo debe también él, y no podemos negarle ese derecho sin cometer uno mismo una injusticia contra él mereciendo un castigo a cambio. El juez que le falla al criminal en su castigo incurre en una grave culpa.

El sentimentalismo no es una debilidad, y no es ciertamente una virtud –es confundido con la misericordia– sino un crimen; y el sentimentalismo vicioso es el sentimiento ordinario elevado a la categoría de principio. Es, como dije, envenenar los pozos de agua.

No es cuestión de ésta o esa ley o este o ese caso, sino de la misma ley, la misma justicia que es desafiada, y es sólo al nivel de los primeros principios que puede hacerse una defensa apropiada. La crisis de la ley y el orden de hoy no es una crisis legal. Es un desastre al nivel de los primeros principios. No sólo los juzgados, sino toda nuestra civilización se enferma a medida que se extiende.

El sentimentalismo, como las partes constitutivas de la palabra implican, es la subyugación de lo “mental” a la “sensación”. Es un intento de encontrar una filosofía de las emociones. El hombre tiene sentimientos, por supuesto. Es irracional, en nombre de la razón, excluirlos. El hombre es un animal racional, y una de las primeras cosas que la razón le dice es que los animales son seres sensitivos y que, por lo tanto, el hombre tiene sentimientos. Los sentimientos, si están sujetos a la razón, proporcionan fuerza, color, rapidez y vitalidad. El sentimiento es bueno. La sentimentalidad es “subyugar la razón al deseo”, como dice Dante de los pecadores carnales en el Infierno; es poner la razón al servicio del sentimiento en vez de lo contrario, como debería ser. Los glotones, por ejemplo, malgastan su inteligencia al servicio de su panza; y lo mismo con el avaro y con aquéllos que no pueden controlar su temperamento o quienes tienen una actitud infantil respecto al sexo. La mera sentimentalidad es algo patético. Es el vicio de la gente débil, despreciable más que aborrecible, más un objeto de ridículo que de indignación. Todos en las fiestas conocen al aburrido pornográfico que no puede elevar su mente más allá de sus genitales y su esposa contraceptiva que no puede poner sus genitales por debajo de su mente; uno espera que maduren y aprendan amor y sacrificio. En el mundo empresarial todos conocen al estúpido despiadado que hace cualquier cosa por dinero, para quien todo está a la venta, que somete la recreación, la amistad, incluso su matrimonio y su familia al éxito y arruina toda conversación con la ridiculización perpetua de todo aquello que no produzca una renta.

Pero el sentimentalismo es peor que la sentimentalidad. El hombre meramente sentimental hace lo que siente sin pensar. La doctrina del sentimentalismo afirma que el pensamiento es un instrumento al servicio de lo que uno tiene ganas. El sentimentalismo no somete la razón al deseo simplemente; sino que sobre todo niega la diferencia. Reduce la razón al deseo y dice que todos los problemas son esencialmente emocionales o medioambientales.

Karl Menninger, el decano del psicoanálisis, sacó recientemente otro de sus *best sellers* llamado *El crimen del castigo*, una especie de telenovela psicológica [118]. El título ya había sido usado por una cierta Margaret Wilson, que muchos años atrás escribió otro panfleto llamado *Mis seis convictos* –esto en la década de 1930 [119]. Uno conoce esta clase de cosas. Encontramos esta actitud en las revistas de mascotas: “Mis seis pequineses”, o en el *National Geographic* con Lady Jane Goodall y sus chimpancés. Es repugnante para la dignidad de los perros vestirlos como humanos y hacerlos marchar en dos patas en los circos, del mismo modo que lo es que la gente viva entre los simios. La leyenda antigua nos cuenta cómo Rómulo y Remo fueron amamantados por una loba bajo un mandato divino en vistas a la fundación de Roma. Tarzán vivió como señor de la jungla, hablando con los monos y peleando con los cocodrilos. Pero los antropólogos de hoy amamantan simios y protegen convictos.

Dado que un convicto es un hombre, es erróneo tratarlo como una mascota. Posee una dignidad de acuerdo a su naturaleza, teniendo inteligencia y voluntad; y tiene el derecho a un castigo justo y proporcionado a su crimen. Ningún crimen es tan atroz como para merecer las visitas de una trabajadora social. Un estafador de primera no merece la indignidad de la terapia condescendiente del Dr. Menninger, o un ladrón de joyas cuya habilidad lo ha convertido en una estrella mundial, o un secuestrador o violador por ejemplo. Thoreau dijo una vez que si sabía que alguien se llegaba hasta su puerta con una intención especial y premeditada de hacerle el bien, escaparía por la puerta trasera tras el primer toque. Un convicto que se respete, al ser buscado por un rehabilitador debería estar libre de culpa si como autodefensa lo patea por el famoso camino de las buenas intenciones –o rehabilitadora, porque el sentimentalismo es con frecuencia el vicio de las mujeres tontas en profesiones duras a las que no pertenecen.

Existe otra justificación del castigo además de la retribución. El dolor y la privación son medicinales. Duelen tanto que el criminal puede aprender que el crimen no paga, o al menos que las víctimas devuelven. Si uno quiere enseñar al preso un oficio o ponerlo a hacer trabajo útil, es bueno y está bien; pero esto es secundario y nunca debe interferir

118 *El crimen del castigo*: en este libro de 1966, el Dr. Menninger argumentaba que el crimen es un desorden psicológico y que, por lo tanto, el castigo es una reliquia brutal e ineficaz del pasado. [N. del trad.]

119 *Mis seis convictos* es un libro autobiográfico del psicólogo Donald Wilson, donde relata su experiencia de tres años como investigador en la prisión de Fort Leavenworth, con la ayuda de seis convictos. Su conclusión principal es que los criminales deben estar en hospitales en vez de cárceles. En 1952 se realizó una película cómica sobre la base de este libro y con el mismo nombre. [N. del trad.]

con el uso primero y propio del castigo, que es la restauración de la equidad de la justicia no sólo en la sociedad sino en la persona del criminal. Una persona que comete un crimen ha liberado su voluntad de su razón; se estableció un desequilibrio en su alma, como dice Platón, que sólo puede ser corregido mediante un ejercicio retributivo de la razón contra la voluntad. El mayor de los males en este mundo es hacer el mal sin ser castigado. Por lo tanto, una prisión no es un hospital, ni una escuela, ciertamente no es un hotel o lugar de entretenimiento, aunque pueda actuar secundariamente en todas estas formas. Primero y propiamente, una prisión es un lugar de castigo que duele.

Los sentimentalistas comienzan por la pena capital, que dicen que siempre está mal porque no da lugar a la autosuperación. Pero el castigo es superación del yo aún cuando el criminal se niegue a admitirlo. Es, al menos, menos malvado en tanto sufra dolor –existe un equilibrio de dolor contra dolor, ojo por ojo, diente por diente, que lo pone bajo el orden de la justicia, incluso contra su voluntad. Si el crimen fuese una mera enfermedad, los sentimentalistas estarían en lo correcto –o si los hombres fuesen meros animales. Dicen que la pena capital es demasiado definitiva; pero el asesinato es definitivo. No estamos hablando de grados de crimen y castigo, que deben estar balanceados, sino de la naturaleza de las cosas. No es realmente la pena capital lo que molesta a los sentimentalistas, aunque la usen como una cuña de otros argumentos. Lo que objetan es el castigo en sí mismo; y eso porque niegan la misma existencia de la justicia; y eso es debido a que niegan que el hombre sea libre, que el hombre sea responsable de sus actos. El crimen, dicen, es una enfermedad. Debe curarse o, mejor, prevenirse mediante una profilaxis del espíritu, mediante la exterminación de todo libre albedrío, de modo que los hombres reaccionen como perros de Pavlov al entrenamiento de los sentidos e incluso a la neurología y las drogas. El crimen, dicen, es causado por un mal funcionamiento psicológico. Es injusto, dicen, castigar a un hombre por una enfermedad del corazón y por lo tanto es injusto castigarlo por robar.

¿Injusto? Sí, usan la misma palabra cuyo significado niegan. Como dijo C. S. Lewis, los sentimentalistas proponen una idea del universo de la cual "se exceptúan ellos". El crimen es una enfermedad. Ahora bien, si eso es verdad, no puede haber ningún acto moral. Si el hombre no es libre de elegir el mal, tampoco es libre de elegir el bien. Una confluencia accidental de fuerzas pone a uno de un extremo u otro de la cuerda de la horca. Si el asesinato es una enfermedad, la víctima es matada por una enfermedad llamada asesinato a través de la obra de este portador inocente, Jack el Destripador, del mismo modo que la neumonía mata a través de la obra de un virus inocente. No hay nada "debido" a nadie. Todo lo que vive morirá. El Señor da y el Señor quita mediante procesos naturales: el crimen es química. Lo es, entonces, todo comportamiento. Si el hombre no es responsable de sus crímenes porque es un producto de la herencia y el medioambiente, entonces se sigue que la ciencia misma es simplemente el producto de

la herencia y el medioambiente. Todos debemos recordar el cuento del asesino que dijo en la corte: “No puede culparme; fue mi herencia y medioambiente lo que me hizo matar”; y el juez que replicó: “es mi herencia y medioambiente lo que te sentencia a morir en la horca”.

Aquellos que niegan el libre albedrío siempre se exceptúan ellos mismos. Existen, por supuesto, hombres que han perdido la razón; pero argumentar que el crimen en sí mismo es una pérdida de la razón, es negar el libre albedrío, y negarlo es negar la misma naturaleza específica del hombre como ser racional. La libertad es la primera propiedad de la razón. Está en todos lados, siempre presente en ella. Para negar una hay que negar la otra; si uno dice que el hombre es moralmente irresponsable, debe uno concluir que es irracional –pero entonces ¿cómo puede uno concluir algo? Todos sabemos por experiencia personal que cuando hace el mal, hace el mal. Uno no puede negar los primeros principios sin negar el sentido común. Los deterministas no están sólo equivocados, son Tontos en el sentido propio de la palabra, con T mayúscula. Pueden ser cultos y sinceros, pero niegan lo que afirman y están diciendo, algunas veces en voz alta, con claridad y, ay, con retórica efectiva, absolutamente nada.

El crimen no es una enfermedad, y la función primaria del castigo no es medicinal sino retributiva. Su propósito primario no es rehabilitar sino dar a alguien lo que le es debido. El castigo no es un acto médico sino un acto moral; está bajo el orden de la justicia.

Las prisiones co-educacionales se propusieron para aliviar la tensión y el resentimiento. Incluso se realizó una encuesta de opinión en Leavenworth [120] y se encontró una no sorprendente preponderancia de acuerdo con la teoría. No sé nada sobre conducir prisiones; estoy hablando acerca de la filosofía del castigo al nivel de principios que son ciertos. No importa cómo manejes una prisión; eso debe doler. Ése es el punto. Al nivel de la opinión amateur derivada del estudio de la historia y de la literatura, creo que hoy en día resaltamos demasiado el mero confinamiento como forma de castigo y deberíamos mejor admitir la naturaleza sensible inmediata del hombre. Dolería más en proporción directa a la mayoría de los crímenes si pusiésemos a un hombre en el ejército o lo sumergiésemos en el río como los puritanos, o le diéramos aceite de castor o cuarenta azotes como Mussolini. Ponemos a la mayoría de los criminales en la cárcel sólo para sacarlos de en medio, en vez de enfrentarnos seriamente a lo que les debemos. El ridículo, la vergüenza, el deshonor y la desgracia pública son castigos para cualquiera, no necesariamente para quien ha perdido su propio respeto. El rehabilitador que le dice al criminal que está enfermo, que no es culpable realmente, que dice que la sociedad es la causa del crimen, no refutará a la realidad. La realidad seguirá ahí. La moral seguirá ahí.

120 Fort Leavenworth es un antiguo fuerte (hoy cuartel) del Ejército Estadounidense en Kansas que, desde 1875, alberga una prisión militar de máxima seguridad. [N. del trad.]

El criminal liberado de cualquier sentido de su propia culpa no perderá su sentido de la justicia; simplemente culpará a otro –culpará a la sociedad que lo puso en un *ghetto* o en los barrios pobres. No habremos eliminado la culpa sino que la habremos dirigido equivocadamente. El elemento criminal más conspicuo de los Estados Unidos hoy opera exactamente sobre la base de ese principio: roban, violan, vandalizan y destruyen tras un poderoso y desordenado deseo de retribución. Y estoy sorprendido cuando no asustado de la auto-indulgencia farisaica de quienes dicen que no hay crimen entre nosotros. Si no hubiese crimen, no tendría razón de ser su fiera indignación ante quienes como nosotros decimos que sí lo hay.

Lo mismo se aplica a la guerra. Como dijo Platón, el estado es la imagen ampliada del alma. Esto significa que existe una analogía entre la justicia entre las personas y la justicia entre las naciones. El propósito principal de la guerra es la justicia retributiva: el castigo infligido a las naciones que han injuriado a víctimas inocentes. Por lo tanto, la guerra es, ciertamente, no un crimen sino un muy gran bien; la guerra es un acto de justicia y los soldados son hombres heroicos por quienes la Escritura dice que ningún hombre tiene mayor amor, pues ofrecen sus vidas por sus amigos.

Una película popular ha hecho pública la arenga del General Patton a sus tropas: "Habéis escuchado que no hay mayor gloria que dar la vida por la patria; digo, ¡haced que el enemigo dé su vida por su patria!". Existe algo bueno en esta arenga, porque el amor no es menos que la justicia sino más; por lo tanto, si uno ama a su enemigo, buscará que obtenga justicia. No es contra la justicia que debemos amar a nuestro prójimo como a nosotros mismos. Cuando lo vemos peligrar en manos de bandidos, corremos en su defensa. El buen samaritano debe incluso amar a los bandidos y, si lo hace, debe hacerles pagar la pena.

El pacifismo es el sentimentalismo internacional, y definitivamente no es cristiano. Las sectas religiosas particulares, como los menonitas y los cuáqueros, son casos especiales que caen bajo la regla del privilegio clerical: ciertos hombres pueden permanecer al margen de las obligaciones ordinarias de la sociedad con el objeto de perseguir un fin más alto que no está contra la naturaleza de la sociedad. La tolerancia bajo la regla de la objeción de conciencia es un lujo que sólo una nación opulenta puede darse. Pero el cristianismo no es una idea, una teoría o un privilegio especial. Es un hecho. Y el hecho sigue siendo que la historia de las naciones cristianas ha sido continuamente militar. Los pacifistas cristianos han debido negar la práctica real y universal de dos mil años de cristianismo, y más allá de la historia, la eternidad de las guerras entre tronos y dominaciones, principados y potestades. "La guerra es el infierno", dijo Sherman; y el infierno, por una analogía teológica exacta, es un lugar de justo castigo eterno.

Los pacifistas cristianos comienzan negando la bondad de la guerra y terminan reescribiendo la Escritura para excluir la bondad del infierno. Incluso más absurdo es el

caso de Cassius Clay, el boxeador que conscientemente fue objetor, dijo, por ser musulmán. Mahoma como pacifista, ¡eso es realmente grande! El pacifismo hindú universitario también es una broma; el *Bhagavad Gita* es precisamente una refutación del pacifismo: es una canción de guerra en la que el dios Krishna explica a un príncipe indeciso que debe pelear incluso contra sus propios hermanos. Todas las grandes religiones del mundo, y la misma humanidad a un solo grito, demandan justicia. Sólo los sentimentalistas que se niegan a leer sus propias Escrituras o la de algún otro confunden la paz con el desorden moral, y ofrecer la otra mejilla con permitir la injusticia cuando puede ser detenida.

La apostasía de los ministros y sacerdotes cristianos al predicar un falso evangelio es el escándalo de la era y es inexcusable porque no se necesita una gran sutileza teológica para entenderlo mejor. De mil textos claros y fácilmente hallables de la tradición cristiana principal, tanto protestantes como católicos, dejadme tomar uno de los más obvios y mejores: Santo Tomás de Aquino en su tratado de la caridad en la *Summa Theologica*, cuestión 40, *De Bello* ("Sobre la Guerra"). Notemos que la guerra está entendida como una especie de la caridad. El texto es de Mateo 5, 38-39:

> Vosotros habéis oído que se dijo: ojo por ojo y diente por diente. Pero yo os digo que no hagáis frente al que os hace mal; al contrario, si alguien os da una bofetada en la mejilla derecha, presentadle también la otra.

Santo Tomás cita a su gran predecesor San Agustín, quien tiene detrás todo el peso de la autoridad apostólica y patrística, tanto la Escritura como la Tradición. El único pacifista cristiano conspicuo entre todos los Padres de la Iglesia fue el hereje Tertuliano. He aquí lo que dice Santo Tomás:

> Ahora bien, dado que el cuidado de la república ha sido encomendado a los príncipes, a ellos compete defender el bien público de la ciudad, del reino o de la provincia sometidos a su autoridad. Pues bien, del mismo modo que la defienden lícitamente con la espada material contra los perturbadores internos, castigando a los malhechores, a tenor de las palabras del Apóstol: "No en vano lleva la espada, pues es un servidor de Dios para hacer justicia y castigar al que obra mal" (Rom. 13, 4), le incumbe también defender el bien público con la espada de la guerra contra los enemigos externos. Por eso se recomienda a los príncipes: "Librad al pobre y sacad al desvalido de las manos del pecador" (Sal. 81, 4), y San Agustín enseña: "El orden natural, acomodado a la paz de los mortales, postula que la autoridad y la deliberación de aceptar la guerra pertenezca al príncipe". Se requiere, en segundo lugar, causa justa. Es decir, que quienes son atacados lo merezcan por alguna causa. Por eso escribe también San Agustín: "Suelen llamarse guerras justas las que vengan las injurias; por ejemplo, si ha habido lugar para castigar al pueblo o a la ciudad que descuida castigar el atropello cometido por los suyos o restituir lo que ha sido injustamente robado".

Y más adelante, refiriéndose directamente al famoso versículo, “no hagáis frente al que os hace mal”, dice Santo Tomás:

> Este tipo de mandamientos, como dice San Agustín, “han de ser observados siempre con el ánimo preparado, es decir, el hombre debe estar siempre dispuesto a no resistir, o a no defenderse si no hay necesidad”. A veces, sin embargo, hay que obrar de manera distinta por el bien común o también por el de aquellos con quienes se combate. Por eso escribe San Agustín: “Hay que hacer muchas cosas incluso con quienes se resisten, a efectos de doblegarles con cierta benigna aspereza”. Pues quien se ve despojado de su inicua licencia, sufre un útil descalabro, ya que nada hay tan infeliz como la felicidad del pecador, con la que se nutre la impunidad penal; y la mala voluntad, como enemigo interior, se hace fuerte.
>
> También quienes hacen la guerra justa intentan la paz. Por eso no contrarían a la paz, sino “a la malvada paz, la cual no vino a traer el Señor a la tierra” (Mt. 10, 34). De ahí que San Agustín escriba: “No se busca la paz para mover la guerra, sino que se infiere la guerra para conseguir la paz. Sé, pues, pacífico combatiendo, para que con la victoria aportes la utilidad de la paz a quienes combates”.

Una ejecución grande y final de este precepto, “no hagáis frente al que os hace mal”, viene del mismo Cristo cuando la autoridad legítima de Roma lo arresta. Reprobando severamente, no la guerra, sino el desorden, Cristo, como el pagano Sócrates, marcha a Su muerte, siendo inocente, en vez de resistirse a la autoridad legítima aún estando equivocada. “Guarda tu espada, porque el que a hierro mata a hierro muere” [121]. Está hablando de resistencia a la policía, no acerca de la misma policía. Pues el estado “no en vano lleva espada” [122].

Quienes hoy cometen actos violentos de desobediencia civil en el nombre de Cristo, debido a que están en contra de la guerra, son con suerte penosos sentimentalistas; como dice San Pablo, “no soportan la doctrina sana, sino que, arrastrados por su propias pasiones, se harán con un montón de maestros por el prurito de oír novedades” [123]. En el peor de los casos, son maestros.

Lo que los abogados, jueces, guardias, policías, senadores y soldados hacen en instancias concretas de la guerra y el arresto, depende de su particular conocimiento y experiencia práctica. Pero sea lo que sea que hagan, debe ser la aplicación de estos principios, dados en primer lugar por la misma razón y seguidos en continuidad por la amplia cultura de la Cristiandad, de la cual la nación es parte –y en cuanto a esto, por todas las grandes religiones y culturas del mundo. Mi propósito es deshollinar la chimenea del sinsentido destructivo y en última instancia nihilista que ha debilitado el

121 Mt. 26, 52. [N. del trad.]
122 Rom. 13, 4. [N. del trad.]
123 II Tim. 4, 3. [N. del trad.]

ejercicio de la justicia tanto en casa como en el exterior. Me refiero a esa negación débil y tonta de la dignidad del hombre que confunde el crimen con la enfermedad, y por lo tanto el castigo y la guerra con la crueldad cuando son instrumentos apropiados de caridad y justicia.

Hemos sufrido en los Estados Unidos, durante estos últimos diez años, un temeroso fracaso del coraje. Por supuesto, existen agentes conscientes de tal fracaso. En 1939 entonaban las mismas canciones pacifistas, tocaban los mismos banjos algunos de los mismos hombres. Pete Seeger se encontraba entre ellos entonces, y el padre de Arlo Guthrie [124]. Había una organización llamada Comité "Los Yanquis No Van" y los estudiantes universitarios marchaban protestando y cantando, "no señor, ¡los yanquis no van!". Tenían todos los carteles y volantes impresos cuando Hitler rompió el pacto con Stalin e invadió la Unión Soviética. En una noche el *slogan* cambió. Y dado que tantos carteles y volantes habían sido impresos –¿por qué malgastar dinero?– simplemente le agregaron una frase extra: "No señor, los yanquis no van... ¡demasiado tarde!". Con tanto talento como éste, la anti-guerra es la guerra, como dijo Orwell.

Todo el movimiento estudiantil por la paz se convirtió en una usina de propaganda fervorosa buscando la inmediata entrada en la guerra, para defender de alguna manera a los Estados Unidos, que todavía no habían sido atacados. Paul Robeson cantaba su *Balada por los estadounidenses* y aquellos pocos que aún se oponían a la guerra, como Charles Lindbergh, eran llamados fascistas. La justicia, para la izquierda, es siempre y sólo lo que favorece a la Unión Soviética. El pacifismo del movimiento anti-Vietnam fue como un regreso de una vieja serie de televisión. Los movimientos anti-guerra no son realmente anti-guerra. Son hordas de sentimentalistas movidos por un enemigo astuto que no cree ni una palabra de ello. El enemigo quería que "parásemos la matanza" en Vietnam, de modo de tener el camino despejado para su propia matanza. Cualquiera haya sido el caso en el Sudeste de Asia, sea que estuviésemos en lo cierto o no, la paz no es la ausencia de guerra. Es un estado de la justicia. Es, en una famosa frase de San Agustín, "la tranquilidad en el orden".

Hoy existe una triste malaria en los Estados Unidos, fracaso del coraje, falta de voluntad. La gente dice: "No quiero dirigir el mundo, sólo quiero irme a casa". Existen dudas no sólo sobre la justicia o no de nuestra causa, sino sobre cualquier causa. El sentimentalismo es un coro de "¿Quién lo dice?". La pregunta niega que los hombres puedan saber lo que está bien y lo que está mal. Pero alguien cree que sabe, y alguien va

124 Pete Seeger (1919-2014) fue un popular cantante folclórico de los Estados Unidos y, siendo activista de las Juventudes Comunistas, fue un ferviente defensor del gobierno republicano español durante la Guerra Civil de ese país; aunque abandonó oficialmente el Partido Comunista en 1949, en los '50 fue acusado de espiar para la Unión Soviética; en los '60 y '70 se sumó al movimiento pacifista y contracultural; actualmente es activista ecológico. Arlo Guthrie (n. 1947) es un folclorista devenido cantor de protesta; su padre, Woody (1912-1967), también fue folclorista muy politizado y muy popular, especialmente en los '40 . [N. del trad.]

a dirigir el mundo. Y si es dirigido por criminales, aprenderemos a conocer la diferencia también... demasiado tarde.

¿Regresan los muchachos a casa? ¿Qué es casa? Si el castigo está mal, todos deben volver a casa, incluso desde las autopistas y las encrucijadas –la policía debe regresar a casa. Si el enemigo está a las puertas, debemos retirarnos a la habitación y presumiblemente "hacer el amor y no la guerra". ¿Nos consolaremos, mientras nos conduzcan encadenados a las fábricas y los campos de concentración, pensando que no hay cobardes porque no hay culpa? Para usar un cliché viejo, pero verdadero: la historia es como una carrera de postas, y nosotros somos los que fallamos en llevar el testigo. La nuestra es la primera vergüenza de la historia de los Estados Unidos. Ser derrotado, habiendo peleado, es poesía, como en Troya o Roncesvalles, de la que fluye el coraje futuro; pero ésta es la guerra de la que escapamos porque fallamos en creer que nuestra causa es justa. ¿De quién es, entonces? ¿O nos hemos hundido por debajo del nivel del comportamiento civilizado y dicho: somos gente que no cree que ninguna causa sea justa, que no cree en la justicia? La nuestra es la generación acerca de la cual nadie dirá "ésta fue su mejor hora" [125], sino que se fueron a casa. Y ésta es la forma en que finalizan los Estados Unidos –no el mundo, porque los comunistas ganan– no con un estallido sino con un gemido [126]. Cuando los arqueólogos un día caven entre nuestras ruinas quemadas, encontrarán miles de pelotitas de ping-pong rotas.

La justicia no viene dada; la justicia es algo que debemos merecer. Robert Frost estaba bastante equivocado en sus afirmaciones hogareñas acerca del hogar. "El hogar –dice la mujer en *La muerte del hombre contratado*– es el lugar que de alguna manera no tienes que merecer"; el lugar, dice el marido, "donde, cuando vas allí, deben hacerte entrar". Toda la tradición cristiana enseñó una idea mucho más elevada del hogar: que el hogar era algo a defender incluso hasta la muerte. La justicia es algo que necesitamos mucho merecer, y para ello no sólo debemos cambiar sino cambiar la dirección, contenernos, purificar los estanques, beber largos y fríos tragos de principios sanos. "Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia". Y "bienaventurados los misericordiosos", quienes en caridad están dispuestos a sacrificarse más allá de la justicia dando su vida de modo que se haga justicia.

125 "*This was their finest hour*" es el título que se atribuye a un discurso de Winston Churchill ante la Cámara de los Comunes el 18 de junio de 1940, tras la evacuación de Dunquerque y el pedido de armisticio francés. [Nota del ed.]

126 Verso del poema *Los hombres huecos*, de T. S. Eliot (1925). [N. del trad.]

Capítulo 8

El riesgo de la certeza

Qué extraño parece ahora mirar hacia 1941, cuando "golpeó la mano que sostenía la daga", en palabras de Roosevelt, y cuando un obispo anglicano movilizó a Nueva York [127] contra un bien conocido hombre inmoral. "¿Qué decir de nuestros colegios y universidades? –escribió–,

> que lo apoyaban, ante nuestros jóvenes, como profesor o filósofo responsable [...] a un hombre que es un reconocido propagandista contra la religión y la moral y que, específicamente, defiende el adulterio. Están moral y mentalmente tan confundidos que no ven nada de malo en ese nombramiento [...] de alguien que en sus publicaciones escribió: «Fuera de los deseos humanos no hay ningún estándar moral».

Como resultado de este ataque, el filósofo más famoso del mundo fue despedido de su cargo en el City College sobre la base de dos tecnicismos legales y un fundamento que se asienta en el corazón mismo de la cuestión. El juez McGeehan, en su decisión, citó pasajes de obras de Bertrand Russell que abogaban por una conducta contraria a la ley penal de Nueva York y argumentaba que un hombre que había publicado tales opiniones no era moralmente apto para instruir a la juventud. De acuerdo a la ley,

> una persona que atraiga a una mujer soltera de cualquier edad de conducta previamente casta a algún lugar con el propósito de una relación sexual es culpable de secuestro, [y] rapto [que incluye cualquier] acto de relación sexual con una mujer que no sea la esposa, menor de dieciocho años.

En *Education and the modern world* (*La educación y el mundo moderno*) Russell había escrito:

> Estoy seguro de que la vida en la universidad sería mejor, tanto intelectual como moralmente, si la mayoría de los estudiantes tuvieran matrimonios temporariamente sin hijos. Esto daría una solución a la urgencia sexual.

127 William Thomas Manning (1866-1949), obispo episcopalista de Nueva York desde 1921 a 1946. [N. del trad.]

Y en *And in marriage and morals* (*Matrimonio y moral*) decía:

> Por mi parte, aunque estoy muy convencido de que el matrimonio de camaradería sería un paso en la dirección correcta y produciría un gran bien, no pienso que sea suficiente. Creo que todas las relaciones sexuales que no involucren hijos deben mirarse como un asunto puramente privado, y que si un hombre y una mujer eligen vivir juntos sin tener hijos, eso debería ser sólo cosa de ellos. Yo no sostendría que sea deseable que un hombre o una mujer asuman el serio negocio de un matrimonio encaminado a los hijos sin haber tenido una experiencia previa.

Lo que Russell quiere decir con “matrimonio de camaradería”, que él dice que “no es suficiente”, está claramente incluido bajo la definición legal de secuestro; y, dado que algunos estudiantes universitarios tienen menos de dieciocho años, queda incluido también bajo la definición de rapto. El juez concluye:

> Suponiendo que Mr. Russell pudiera enseñar por dos años en el City College sin promulgar las doctrinas que parece encontrar necesario volcar en páginas impresas con frecuentes intervalos, su nombramiento violaría un canon perfectamente obvio de la pedagogía, a saber, que la personalidad del maestro tiene más que ver con la formación de la opinión del estudiante que muchos silogismos [...] Libertad académica no significa licencia académica. Es la libertad para practicar el bien y no enseñar el mal. La libertad académica no puede autorizar a un profesor a enseñar que el asesinato o la traición son buenos. Ni puede permitirle a un profesor enseñar directa o indirectamente que una relación sexual entre estudiantes, cuando la mujer es menor de dieciocho años, es apropiada.

Ésta no es una voz “ronca por falta de uso” desde la Edad Oscura o incluso desde los tiempos de la Reina Victoria, sino de la corte de Nueva York en un reciente 1941. La ley y la interpretación de la ley estaban contra lo que treinta años más tarde iba a ser el establecimiento del vicio. Para defender a Russell en 1941, tenían que disfrazar las palabras. Paul Edwards, por ejemplo, en un apéndice al libro de Russell *Why I am not a christian* (*Por qué no soy cristiano*), dice:

> No es cierto que Russell, en los pasajes citados por el juez, o en cualquier otra parte, haya recomendado el adulterio. Lo que Russell sostiene es, en primer lugar, que las relaciones sexuales entre gente soltera no son moralmente incorrectas si existe suficiente afecto recíproco y que esto es un asunto puramente privado en el que el estado no debe interesarse [...] Esto no es absolutamente lo mismo que “recomendar” el adulterio. En todo caso, la defensa de Russell de un matrimonio de camaradería legalizado debe tomarse como un argumento contra el adulterio.

El matrimonio de camaradería es fornicación –¡qué argumento contra el adulterio! Cae en Nueva York bajo la definición de secuestro y, efectuado por personas menores de dieciocho años, de rapto. El pobre Edwards dice que el notorio nudismo de Russell

era realmente en apoyo de la decencia porque el cuerpo humano es una cosa decente; que sus opiniones publicadas sobre el auto-abuso y un vicio indecible lo muestran realmente en apoyo de la normalidad. Russell escribe sobre esto último en *Portraits from memory* (*Retratos de la memoria*):

> Si dos adultos entran voluntariamente en una relación tal es un asunto que les concierne sólo a ellos y en el que, por lo tanto, la comunidad no debe intervenir [...] Sin embargo, si se creyera, como fue el caso en otro tiempo, que la tolerancia de una conducta tal expondría a la comunidad al destino de Sodoma y Gomorra, la comunidad tendría todo el derecho de intervenir meramente sobre la base de que esa conducta es considerada malvada.

En su perorata, Edwards sostiene que la "reputación y medios de vida" de Russell "estaban en juego". Y que el juicio era una forma de castigo equiparable al asesinato de un personaje, al ser aplicado a un gran hombre inocente. Apenas ocho líneas más adelante, reporta el triunfal ingreso de Russell en Harvard y luego en Columbia, y el hecho de haber recibido la Orden de Mérito de Jorge VI y el Premio Nobel. Reputación y medios de vida arruinados: una de las carreras más ricas y exitosas del siglo se creó precisamente a raíz de esos escándalos públicos del City College.

En 1941 el pueblo de Nueva York, despertado por el Obispo Manning y protegido por la Corte Superior, sostuvo la defensa de la moralidad contra un hombre que había sido, sin sombra de duda, como dijo el obispo, "un reconocido propagandista contra la religión y la moralidad y que específicamente defendía el adulterio". Hace poco más de treinta años el pueblo de una sofisticada ciudad se negó a aceptar el insulto público del nombramiento de Russell en su universidad. ¿Alguno haría eso hoy?

Russell era un hombre inteligente que conocía a la mayoría de los demás hombres inteligentes y famosos de su tiempo. Era un maravilloso narrador y gozaba de reputación por su genio matemático. Pero Russell, como profesor de filosofía, formando las mentes jóvenes e impresionables de los ingresantes a la universidad, fue impensable hace poco tiempo atrás. Libre para hablar o escribir; libre para expresar sus opiniones, sin importar lo bizarras que fuesen; comer sólo vegetales o desfilar desnudo por la costanera en Atlantic City... como lo oyen. No puede ocupar un puesto de la más alta autoridad intelectual y moral ni siquiera vestido correctamente. Hace un tiempo le concedimos a una persona tal el derecho a publicar libros, dictar conferencias en el City Hall, arengar a la multitud en Union Square, y, con los auspicios de un foro correctamente etiquetado, dictar conferencias en campus universitarios sobre temas extracurriculares. Debimos sentirnos positivamente tristes, en efecto, de verlo ausente de los suplementos dominicales junto con Mahatma Gandhi, Charles Atlas y la gente de la cura de uvas. Pero hoy enseñar moral es ilegal y los cristianos tienen prohibido enseñar en las escuelas públicas.

La editorial Condé Nast no sería citada de ordinario en un ensayo sobre pornografía. Publica revistas de familia, como *House and Garden*; pero también comercializa ficción ordinaria y pornografía bajo la apariencia de una revista de moda llamada *Vogue*, y otra para "la joven elegante" llamada *Mademoiselle*, que voy a tomar como un claro ejemplo del nivel moral al que hemos descendido en sólo una generación desde el ingreso triunfal de Russell en Harvard.

¿Qué podemos esperar de una revista de moda dirigida especialmente a jóvenes universitarias, algunas de las cuales, al menos, todavía están por debajo de la edad fijada por la ley de Nueva York como vulnerable al abuso de menores? En primer lugar, la revista consiste casi enteramente en avisos comerciales de ropa –como podría esperarse–, pero además –como podría pero no debería esperarse– el llamado no está dirigido a jóvenes serias que piensan en las aulas o siquiera en un baile de graduación. Como si las expresivas miradas lascivas desde *The Blue Angel* de las caras pellizcadas y doloridas de esas malvadas muñequitas en sus atigrados piyamas no fuesen suficientes, hay una página entera de avisos comerciales de un libro llamado *Sex and the single girl* (*El sexo y la chica soltera*) con el siguiente contenido:

> "Teóricamente, una «linda» mujer soltera no tiene vida sexual. ¡Qué tontería!", dice Helen Brown, la autora de *Sex and the Single Girl*. Su nuevo libro es el primero que se atreve a reconocer las necesidades físicas y emocionales de una mujer soltera.

Nótese que lo que la Corte definió como delito no es una necesidad física. El aviso continúa señalando en su contenido, entre otras cosas: "una reveladora discusión sobre la virginidad - sus problemas y su futuro". Y, además, a la joven universitaria se le dice sobre este tema en una revista de moda dedicada enteramente a ella que

> ser soltera hoy es muy diferente de lo que era en los días de tu madre. (Es decir, hace treinta años, en los días de Russell, cuando tu madre iba a la universidad.) La mujer soltera estudiante es la chica glamorosa de hoy [...] Puede hacer lo que quiere y cuando quiere. No es responsable ante nadie por sus acciones, sus decisiones, su conducta. Puede pasar durante estos años un tiempo maravilloso, sin cargas, excitante. Y Helen Brown te demuestra cómo hacerlo en esta guía alegre y optimista para vivir soltera en estado superlativo.

Bien, "ella no es responsable ante nadie" y lo triste es, si eso es así, que nadie le va a responder a ella. En medio de todo el palabrerío testimonial hay una cita de un cierto Dr. Ellis:

> El problema de las relaciones sexuales premaritales es enfrentado con refrescante candor. La discusión sobre la chica soltera y sus asuntos premaritales es raro por su honestidad y realismo.

La misma hipocresía que demostró el juez Woolsey en el caso *Ulises* en 1933 –"honestidad y realismo".

Pero hasta aquí son sólo las páginas de avisos comerciales. El artículo de cabecera dirigido a la joven y elegante *mademoiselle* se titula *"Lady Chatterley goes to college"* (*Lady Chatterley va a la universidad*). El subtítulo dice: "¿Qué dicen las estudiantes sobre la nueva moral? ¿Qué clase de chica tuvo un asunto en la universidad y por qué?". Un artículo como éste, que apunta a informar a las chicas jóvenes sobre temas de estilo, tiene que hacer propaganda de las conductas que describe. Reportar en un caso tal es como decir "todo el mundo hace esto", que en una revista de moda es un mandamiento.

> Las estudiantes todavía no han conversado abiertamente sobre la nueva moralidad. Luchan indirectamente por lo que quieren. Los editoriales en los periódicos reclamando por toques de queda más tardíos o más libertad para divertirse en los dormitorios se expresan en un lenguaje altisonante para disfrazar lo que en el fondo es tema de sexo. Y el sexo realmente existe.

Si esto no es estimulante, al menos es admitir cándidamente la hipocresía sobre "libertad" y "tolerancia". Detrás del eslogan liberal, de acuerdo a este artículo, está el sexo. Realmente es todo al revés: los editoriales del campus y las protestas no son en favor del sexo; el sexo es deliberadamente exacerbado –precisamente por artículos como éste– en busca de las protestas. La pobre *mademoiselle* es arrastrada a una pesadilla por las listas de lectura en inglés de lo que pretende ser un análisis psicológico y sociológico. Esas pobres cositas son llevadas a la vergüenza de la lascivia, para llegar a ser finalmente como hombres –vestirse con ropa de hombres, leer sus obscenidades, seguir sus carreras, escupirse en las manos, lanzar una pelota de béisbol, convertirse en médicas, ingenieras, fotógrafas– cualquier cosa menos lo que ella es. "La moral pública – continúa el artículo–,

> está obviamente teniendo un ajuste con la moral privada [...] No sólo hay una gran cantidad de chicas estudiantes que hacen eso (una cuarta parte de todas las jóvenes antes de la graduación, y más, en ciertas universidades), pero es lo cierto que cada vez más hacen eso constantemente.

Una revista académica reporta, de acuerdo a este artículo, que "la antigua meta, castidad hasta el matrimonio, ha sido reemplazada por una nueva, castidad hasta un compromiso", y cita una autoridad sobre relaciones premaritales que cree que el próximo estándar es "permisividad sexual cuando existe afecto". Y así tenemos el matrimonio de camaradería de Russell palabra por palabra, de acuerdo a su *dictum* de que la moral es el deseo. No hay ningún error en cuanto a "fomentar esto", o en cuanto dónde aparece este artículo y con qué propósito. Es una revista que establece la moda

para chicas universitarias y está escrito sencillamente con la intención de vender a las jóvenes esta “nueva moral”. Procede a reportar lo que sostiene que es la conducta de las chicas en las “mejores” universidades, probando este aserto con citas de escritos de ficción de recientes graduadas. La heroína de un cuento llamado “Educación sentimental”, un título tomado de Flaubert, es una “chica Radcliffe de mejillas rosadas” que tiene un “asunto” con un chico de Harvard.

> Y ¿por qué duermen juntos Caroline y Elgin? ¿Es por causa de una bomba o una razón complicada? No, es por una deliciosa lujuria. Elgin comienza a pensar seriamente en las chicas cuando su compañero de cuarto, Dimitri, comienza a llevar allí a una chica llamada Felicia. Él tiene en cuenta a Caroline porque piensa en el amor (las lecturas para sus cursos de literatura e historia están llenas de detallados relatos de pasión). La ve por primera vez en los escalones de la Widener Library, seguramente uno de los más ricos escondites para tales libros en el mundo.

La joven aristocracia, en Harvard, captura sórdidos besos en un lugar apropiado –los anaqueles–; está disciplinada en el sexo sin amor. No un sexo aprendido secretamente en los baños o de vendedores ambulantes de postales en negocios veraniegos en Venecia, sino en las tareas ordinarias en el aula, en los textos comprados en el mostrador de las librerías de la universidad, leídos, analizados y discutidos en seminarios –“detallados relatos de pasión”. Por ejemplo, uno de los clásicos es *Santuario* de Faulkner, donde un gángster impotente comete una violación con una mazorca de maíz. *En busca del tiempo perdido*, de Proust, presenta una lesbiana que se une con otra bajo el retrato de su padre, sobre el cual escupe al término del encuentro; y en otro pasaje famoso en los seminarios por su efecto Dickens, un masoquista es castigado con cadenas para satisfacer, se supone, una “necesidad física y emocional”, o hasta “una función humana básica”.

Las estudiantes leen estos libros, y otros peores, como tareas de clase, junto con argumentos de filósofos liberales como Russell. Añádanse a esto revistas como *Mademoiselle*, conferencias de antropología sobre las costumbres de los samoanos, y las películas, y se tiene lo que equivale a una poderosa y, para la gente joven casi irresistible, compulsión a un suicidio especifico –quiero decir, la destrucción de la especie, al desesperar del amor y del matrimonio.

Todo lo cual debe admitirlo el lector liberal si ha leído algo de esto: los clásicos de la literatura moderna; no la pornografía bajo el mostrador, sino las obras de Joyce, Gide, Proust, Faulkner, Lawrence, Mann y muchos otros. No son obras “honestas, francas, realistas”, que pintan vidas de “gente real”. Hay que entender claramente que si se quiere defender a estas obras hay que defenderlas como son, y no transformarlas abstractamente en una ficción polémica. Hay que defender como buena la promoción de la inmoralidad y la diseminación de una información detallada y excitante sobre cómo

practicarla. Y si se defiende a estos libros, hay que defender los resultados. Si se defiende la enseñanza de estos libros, hay que defender las prácticas inmorales de los estudiantes, si no las de uno mismo; y a continuación pregunta *Mademoiselle*: "Si las universidades deben suministrar a los estudiantes información sobre preservativos". Por supuesto, ellos ya consiguen las cosas, no sólo la información, en las escuelas secundarias.

Hay un grosero abuso de la doctrina del Justo Medio que nos haría encontrar un término medio entre el error y la verdad, como si cuando el profesor X dice que dos más dos son cuatro y el profesor Y dice que son seis, nosotros amigablemente pudiéramos conformarnos con cinco. Debemos distinguir el medio entre los contrarios, y no lo hay. De acuerdo a la poderosa proposición en el comienzo de la filosofía, con la cual Platón y Aristóteles refutaron a los sofistas, el hombre no es "la medida de todas las cosas". Las cosas miden a los hombres y, por lo tanto, la verdad no es una materia de opinión y no fuerza el arbitrio del argumento.

La religión académica actualmente establecida tiene como primer axioma que ninguna proposición puede sostenerse con tanta certeza como para excluir su contradictoria. Es una doctrina dogmáticamente definida y a la que adhieren todos con un compromiso ferozmente emocional y el que está fuera de sus líneas es poco menos que anatematizado. Si sostenemos –para tomar un ejemplo literario– de acuerdo a las definiciones de Aristóteles, (1) que poesía es imitación de hombres en acción, (2) que una elección moral libre es necesariamente una propiedad, en todas partes y siempre presente en la racionalidad, ergo, debemos concluir (3) que la poesía es moral –y hasta aquí el argumento es intachable. Todo el mundo tiene derecho a su propia opinión, incuso Aristóteles. Sin embargo, si damos un paso adelante y aplicamos el principio a casos particulares, ellos dicen que "fuimos demasiado lejos". Si decimos que el *Ulises* de James Joyce es una mala novela porque presenta como buenos a hombres inmorales en acción, se nos dice que usamos la diatriba en lugar del análisis literario. Y si añadimos que una inmersión en esas representaciones de conducta enfermiza e inmoral daña las sensibilidades nos llaman macartistas culturales, como dijo Newman: "Están seguros de afirmar que llevamos las cosas demasiado lejos cuando los devolvemos a ellos al hogar".

La universidad, al igual que Nápoles, está situada entre el Edén de Campania y los fuegos vesubianos del infierno. En las arboledas de la academia uno mira desde el nivel del césped de su Aristóteles para descubrir un estudiante leyendo su bibliografía u oír accidentalmente una conferencia en una sala, y todo es tan ruidoso. Enfrentar al guerrero Aquiles o incluso a Atila el Huno, es una cosa, pero combatir al *New York Times Book Review* requiere más que coraje; requiere una paciencia intelectual sobrehumana.

Una crítica basada en Aristóteles no puede ser desechada como una diatriba moral. Ni tampoco puede ser desechada una diatriba moral basada en la crítica. Al crítico que pone primero las consideraciones morales porque la moral es "la primera prioridad del hombre" no se le puede decir que, a menos que argumente desde una postura al contrario, es un fanático. Eso no solo sería poco liberal, sino fantástico: una traición a la literatura y también a la academia. Las cuestiones morales deben ser tratadas, y si alguien está en desacuerdo con un juicio moral, debe exponer las razones de su desacuerdo. Una generación atrás, T. S. Eliot, de manera audaz aunque tardíamente, introdujo la literatura inglesa en el siglo al tono de una canción de Dryden [128]:

Bien está que una edad avanzada quede afuera
y sea tiempo de que empiece una nueva.

Otra vez es tiempo. Los bostezos proféticos han vuelto nuevamente al bostezo de donde arrancaron. Una vez más Rimbaud y nosotros moriremos de aburrimiento; otra película impactante, la novela experimental, la teología y vamos a expirar en el aburrimiento milenario. La época cultural presentada por Baudelaire hace cien años sigue ahora su curso en círculos monótonos, como una carrera de autos. El mejor esfuerzo fue el vano intento por parte de hombres de considerable genio de convertir el arte en religión, y el peor ha sido despreciable. Muchos piensan que el mundo está llegando a su fin porque ahora está seguro de que el modernismo terminará. No hay que temer. El mundo tiene muchos kilómetros por recorrer antes de dormirse.

Newman pronunció un sermón en la iglesia de St. Mary, Oxford, sobre el texto: "Ellos le dijeron, nosotros podemos". Cuando la madre de los hijos de Zebedeo había pedido que ellos se sentaran uno a la derecha y el otro a la izquierda de Nuestro Señor en su Reino, él replicó: "¿Sois capaces de beber el cáliz que yo he de beber y ser bautizados con el bautismo que yo voy a recibir?". Y ellos dijeron: "Podemos". Newman interpreta que estas palabras significan que "si... la fe es la esencia de la vida cristiana... se sigue que nuestro deber consiste en arriesgar por la palabra de Cristo lo que tenemos, en aras de lo que no tenemos". Y entonces él hace una aplicación de esta regla, tan simple como sorprendente como para dejarnos temerosos:

> Me atrevo a afirmar que lo que dicho hasta aquí les parece sencillo e intachable a la mayoría de los que me escuchan; sin embargo, estoy seguro de que cuando proceda a sacar la inferencia práctica que se sigue inmediatamente, hay algunos que se replegarán en el secreto de sus corazones. Muchos nos permiten a nosotros, ministros de Cristo, proceder en nuestra predicación, mientras nos limitamos a verdades generales, hasta que advierten que ellos mismos están involucrados en ellas. Y tienen que actuar en consecuencia, y entonces repentinamente se detienen [...]

128 John Dryden, *Secular Masque* (1700). [N. del trad.]

> No hay ninguna verdad, por más clara que sea, que algunos no traten de eludir cerrando los ojos; no hay ningún deber, por urgente que sea, contra el que no puedan encontrar diez mil buenas razones en su propio caso. Están seguros de decir que nosotros llevamos las cosas demasiado lejos cuando les hacemos reflexionar sobre ellos mismos. Pensemos un instante. Que cada uno de los que me escucha reflexione sobre estas preguntas. ¿Qué parte me toca en la verdad de la promesa de Cristo? ¿Cuánto peor estaría, suponiendo (lo que es imposible) que esa promesa fallara?... ¿Qué hemos arriesgado por Cristo?

La palabra "aventura" deriva del latín *venire*, "venir". La misma raíz nos da "aventurar" como en "el que nada aventura, nada gana", y "Adviento", el tiempo de la venida de Cristo. ¿Qué es una aventura? Es marchar para enfrentar lo inesperado, el riesgo de lo que tenemos a favor, de todo lo que podemos tener, lo conocido en favor de lo desconocido, apostar algo al futuro: la vida misma puesta en juego frente al éxito o el fracaso. Invitar a lo inesperado es a menudo encontrarnos con desengaños; ir hacia lo desconocido puede significar perder lo conocido. Cuando leemos novelas de aventuras en la tranquilidad de nuestra pipa y nuestras chancletas, nuestra silla se pone inquieta; nos acercamos al confortable y familiar fuego del hogar sintiendo momentáneamente en nuestras imaginaciones un delicioso temblor por el frío de los espacios vacíos. Pero la vida cristiana es una real aventura, y la vocación a ella es toda una cuestión. Como si uno fuese un comerciante que pone todos sus ahorros en un buque mercante y debe preguntarse: "Supongamos que el barco se hunde, ¿cuánto he arriesgado, cuánto podría perder si el cristianismo fuese falso? ¿Mis posesiones? ¿Mi carrera? ¿Mi vida? ¿O también he invertido prudentemente en el mundo, de modo que si el cielo fracasa, al menos habré tenido un tiempo exitoso acá abajo? ¿Cuántos diamantes he escondido en el forro de mi chaqueta espiritual? ¿Cuántas cuentas en bancos religiosos suizos?".

Newman continúa explicando lo que está implícito en la precipitada promesa de Santiago y Juan, quienes –no sabiendo lo que Cristo quería decir– replicaron tan rápidamente a su pregunta: "Podemos". Santiago fue el primero de los apóstoles en ser martirizado, mientras que Juan permaneció el último, hasta el fin de una larga vida. Él fue aquel que, como dice Newman,

> tuvo que cargar largos años en soledad, exilio y debilidad... Bien podría tan gran santo decir al final de sus días: "Ven Señor Jesucristo", como quienes son temerosos de la noche y aguardan la llegada del día.

Se ha dicho que la Cristiandad, si es que va a sobrevivir, debe enfrentar el mundo moderno, debe llegar a un acuerdo con la forma en que están las cosas en su actual deriva. Es completamente al revés: si vamos a sobrevivir, debemos afrontar la Cristiandad. La fuerza reaccionaria más poderosa que impide el progreso es el culto al progreso

mismo, que, apartándonos de nuestras raíces, torna imposible el crecimiento y hace innecesaria la elección. Estamos expirando en una impotente y perezosa deriva, en la esponjosa calidez de una absoluta incertidumbre. Donde nada es jamás verdadero, ni correcto, ni equivocado, no hay problemas; donde la vida no tiene significado, nos vemos libres de cualquier responsabilidad, del modo en que es libre un esclavo o un carroñero. La futilidad alimenta la negligencia, y contra ella hay una dura alternativa: frente a la incertidumbre radical de acuerdo a la que ha vivido el hombre moderno –como en el juego de la ruleta rusa, sofocado en un indiferente “ahora” entre un click y una explosión, y viviendo por la sombría gracia de las recámaras vacías–, el riesgo de la certeza.

Capítulo 9

El emperador del helado

El autor satírico del siglo dieciocho, Lawrence Sterne, ridiculiza la religión común de su tiempo en su novela *Tristram Shandy*, cuando el tío Toby dice, en nombre de una sabia, benigna y totalmente británica tolerancia: “Mi iglesia es la mejor iglesia porque nunca interfiere con la política del hombre o con su religión”. En el siglo dieciocho, después de trescientos años de guerras, los hombres estaban prontos a arreglar con todo, menos con la verdad; los gobiernos debían fundarse más en el “contrato social” que en el derecho divino y debían amarse unos a otros de acuerdo a un conjunto de convenciones conocido como “buenas maneras”. Era aplicable a las naciones lo que Alexander Pope dijo de una cierta dama [129]:

Encuentra a la virtud una empresa muy penosa;
se contenta con mantenerse siempre en la decencia.

Cansada de las guerras teológicas de los trescientos años precedentes, la sociedad educada redujo la religión de una realidad de la mente y el corazón, por la cual se debe luchar hasta vencer o morir, a una “sensibilidad” cuya sede muy a menudo fue la lengua, ya que los hombres hicieron una “profesión” de aquello en lo que realmente no creen. Sus corazones estuvieron en sus bocas. En cuanto a la muerte, eso es de mala educación; como dijo una famosa dama al morir: “Por favor, no incomoden a los invitados”. Su eslogan no fue “ver es creer”, que podría haber sido correcto para Galileo y los hombres del Renacimiento, sino “decir es creer”; o sea, la creencia es cuestión de lo que dice la gente.

Voltaire, expresando la extrema sensibilidad del siglo dieciocho, habla con su característica brillantez y malicia sobre el tema popular del origen de esta convención conocida como religión: “La religión, propiamente hablando, comenzó el día en que por primera vez un charlatán se encontró con un tonto”. La verdad, de acuerdo a Voltaire, es realmente aquella mentira que mejor satisface el prejuicio de la audiencia. Tal vez esto haya sido más un show de cinismo ante sus hastiados lectores que una real convicción, pero revela la doctrina común del racionalismo que enseña que puesto que no hay

129 “Epistle II, to Mrs. M. Blount” (1735), en *Moral Essays*. [N. del trad.]

ninguna verdad, nuestras vidas deben basarse en la opinión; y puesto que los hombres difieren en la opinión, debe establecerse entre nosotros un acuerdo común, como en un gobierno constitucional, o por un asentimiento implícito, como en las buenas maneras; o por una iglesia, en temas de religión, cuyo jefe señala, como dice el tío Toby, que todo marcha bien solo.

Newman describe esta religión como aparecía en sus días, cien años más tarde:

> Hay precisamente ahora en el mundo ordinario una afectación que consiste en llamar religión al "sentimiento"; y debemos confesar que eso sucede con nuestra gente, educada o no. Pocas cosas hacen falta para eso. No hablo ciertamente del antiguo calvinismo o de la religión evangélica [...] porque éstas son sólo denominaciones, partidos, escuelas, comparados con la religión nacional de Inglaterra a lo largo y a lo ancho. "Religión de la Biblia" es el título reconocido y la mejor descripción de la religión inglesa. No consiste en ritos o credos sino principalmente en leer la Biblia en la iglesia, en familia o en privado. Ahora bien, estoy lejos de no reconocer que el mero conocimiento de la Escritura impartido promiscuamente a la población [...] sea hasta un cierto punto la causa de grandes y graves pérdidas en su cristianismo. Les ha dado un alto estándar moral [... y] hasta ahora ha sido un servicio; pero hace falta todavía mucho más [...] para responder a la idea de una religión [...] No es una religión de personas y cosas, de actos de fe y devoción directa; sino de escenas sagradas y sentimientos piadosos [...] Sus doctrinas no son tanto hechos cuanto aspectos estereotipados de hechos, temerosa, por así decir, de caminar a su alrededor. Induce a sus seguidores a contentarse con esta pobre visión de la verdad revelada; o, más bien, teme las protestas y se aterroriza como si estuviera viendo salir a una figura de su marco cuando se habla de nuestro Señor, de la bienaventurada Virgen o de todos los apóstoles como seres reales.

Ésta no es una crítica de una denominación u otra sino de la corriente general de toda la cristiandad, que padece una enfermedad común de la imaginación. No importa cuánto profesemos, los hechos del cristianismo no son reales para nosotros porque nada es real para nosotros. Hemos llegado a dudar de la existencia misma de la realidad.

Lo que había sido una sentimentalidad sencillamente poco correcta en días del tío Toby, un siglo más tarde fue formulado y definido como la religión establecida de Inglaterra y Estados Unidos, con el nombre de liberalismo. Sus teólogos y filósofos se cuentan entre ellos como los hombres y mujeres de letras más famosos del siglo diecinueve: John Stuart Mill, George Eliot, Herbert Spencer, Matthew Arnold. El libro de Mill, *Ensayo sobre la libertad*, es hoy más conocido por los estudiantes universitarios que el Sermón de la Montaña; se lo estudia en composición como modelo de retórica; en lógica, como modelo de argumentación; en ciencia política, como modelo de sabiduría. Y, sin embargo, su aserto más importante es falso y autocontradictorio: puesto que la verdad, dice, no es nada más que una opinión, y toda opinión debe ser igualmente respetada, por tener los derechos de la verdad. Por lo tanto, nadie puede establecer algo con tanta certeza como para excluir la posible verdad de su contradictorio. Cualquier

cosa que alguien piense, puede ser un error, porque se ha rechazado el fundamento de toda realidad y no hay nada contra lo que medir el intelecto. Ya no se mira al intelecto como tendiente a la verdad. *Intellectus natura sua non ad verum tendit* [130], dice el nuevo escolasticismo liberal. Como Hamlet, nuestras voluntades están desconcertadas y hemos perdido el nombre de la acción.

En el siglo veinte la doctrina del liberalismo ha perfeccionado su tendencia y hoy, en los círculos más avanzados, por supuesto, no se lee en absoluto la Biblia. Este hecho sólo debe sorprender a cualquiera que posea un sentido de la historia. El único libro que todos los hombres han leído, cuyas imágenes, ideas, y el mismo lenguaje fueron el sol que mantuvo en orden el sistema planetario del cristianismo, no es leído ahora; y una de las consecuencias secundarias es que nada de la literatura inglesa anterior a 1920 puede leerse sin copiosas notas al pie de página. Y ahora oímos, no que cualquier cosa que pensemos puede estar equivocada –que era la postura agnóstica de hace cien años– sino que absolutamente, de acuerdo a la doctrina del liberalismo dogmático, debe estar equivocada. No hay ninguna verdad y toda creencia es un error. Aunque sea obviamente autocontradictorio, está en boga hoy un liberalismo dogmático e inquisitorial que insiste en el establecimiento positivo de la incredulidad, que propone la infidelidad a punta de espada. Matthew Arnold, que en sus ensayos profesa un liberalismo cristiano, en sus poemas proféticos vocea más sencilla y potentemente su más profunda convicción en la desesperación modernista, libre del chaleco de fuerza del liberalismo decimonónico, como los malos vientos de Ulises [131]:

El mar de la fe
estuvo alguna vez en plenitud, rodeando las costas de la tierra.
al modo del pliegue de una brillante faja.
Pero ahora sólo oigo
su melancólico rugido en retirada,
marchándose, al aliento
del viento nocturno, hacia las vastas y tristes riberas
y los desnudos guijarros del mundo.

Es la voz del desierto que se lamenta en las universidades. Es la voz de la “bestia” de Yeats [132]:

Moviendo sus lentos muslos, mientras a su alrededor
rondan las sombras de las indignadas aves del desierto.

130 No es de la naturaleza del intelecto tender a la verdad (trad. libre). [N. del trad.]
131 Matthew Arnold, “Dover Beach”, *New Poems* (1867). [N. del trad.]
132 William Butler Yeats, “The Second Coming” (1919). [N. del trad.]

Es la amarga resignación de Thomas Hardy, cuyo pacifismo poco sentimental no se basa en una visión equivocada del amor al prójimo sino en una convicción de la desesperanza de cualquier convicción por la que valga la pena luchar [133]:

Hodge el Tambor nunca conoció,
recién llegado de su casa en Wessex,
el significado de una amplia morada.
Las estrellas, la marga polvorienta,
y por qué asomarse a esta vista nocturna,
estrellas extrañas en medio de la penumbra.

Y la desesperación de labios rígidos de A. E. Housman [134]:

El temporal que curva a los árboles jóvenes
sopla tan fuerte que pronto se habrá ido,
hoy en día el romano y sus problemas
son cenizas bajo Unicornio.

E incluso en un timbre intencionalmente incomprendido como el del campesino Frost [135]:

Y solitario, como está, esa soledad
será más solitaria y no menor –
una blanca blancura de nieve,
sin expresión, sin nada que expresar;
o–
algunos dicen que el mundo terminará en fuego,
algunos dicen que en hielo.

Pasemos por alto, como dicen los retóricos, lo obvio en Elliot, Pound, Auden, y en francés desde Baudelaire a Valéry. Voltaire creía que la importancia derivaba de una razón a la medida del hombre y, por lo tanto, reducía el cristianismo a una convención irracional que realmente debe pasar. Los románticos declaraban que la importancia es emocional y reducían el cristianismo a un sentimiento. Wordsworth [136] dijo:

Percibo el sentimiento del Ser extendido
sobre todo lo que se mueve y lo que parece estar quieto;

133 Thomas Hardy, “Drummer Hodge” (1899). [N. del trad.]
134 A. E. Housman, “On Wenlock Edge the wood’s in trouble”, *A Shropshire Lad* (1895). [N. del trad.]
135 Robert Frost, “Desert Places”, *A Further Range* (1936). [N. del trad.]
136 William Wordsworth, “The Prelude” (escrito en 1798, publicado postmórtem en 1850). [N. del trad.]

sobre todo lo que está más allá del alcance del pensamiento
y del conocimiento humano, invisible
para el ojo humano, y viviente, sin embargo, para el corazón.

Los modernistas, repudiando a la vez la razón y el afecto, repudiando la idea de significación en sí misma, han prescindido del cristianismo, a no ser como una metáfora:

Y el mundo que parece
mostrarse ante nosotros como una tierra de sueños,
no tiene realmente ni alegría, ni amor, ni luz,
ni certidumbre...

¿Qué argumento puede ser suficiente para quien no ejercita ni la razón ni la emoción? ¿Qué se le puede decir, por ejemplo, a Bertrand Russell, si él realmente cree que la razón es una construcción cuyo propósito es liberarnos "de nuestro prójimo, liberarnos del pequeño planeta en el que impotentemente nos arrastramos"? ¿Qué se le puede decir a Wallace Stevens si la imaginación es la realidad y "el único emperador es el Emperador del helado?".

La *Summa Theologica* contiene refutaciones a herejías razonables pero toca escasamente el caso de alguien que no crea en la real diferencia entre verdad y error. Se ha convertido en una materia de derechos civiles permitir que dos más dos sean cinco; es anatema dogmático que dos más dos sean cuatro: es ilegal insistir en que "las piedras son duras y el agua es mojada", en que Britania es una isla e Isabel es su reina, y que Eva fue hecha de una costilla de Adán y, por lo tanto, las mujeres deben estar sujetas a sus maridos y los maridos deben amar a sus esposas. En un mundo donde damas predicadoras, a diferencia de los perros guardianes, han dejado el circo, y donde puede afirmarse cualquier cosa menos la verdad, todo argumento es fútil. Tenemos en la *Summa Theologica* el instructivo para el abogado, pero ¿dónde están los doce hombres buenos y verídicos?

Newman descubrió, primero por experiencia propia, y luego en la Biblia y en la historia, que Dios no es un argumento –gracias a Dios. Su caso es materia de carne y sangre. Ninguna novedad en eso; es la reactivación del viejo cliché en la Cristiandad. Pero lo importante no es el descubrimiento en abstracto. Es más bien que este hombre realmente lo descubrió. Newman no escribió meramente una proposición verdadera: él tuvo la experiencia personal de la conversión, al "dar un giro" y ver la verdad en la fe. De acuerdo la la "religión de la Biblia" de esos días, todos creían, en algún sentido, que Jesús los amaba porque la Biblia lo decía. Pero Newman vio que los cuadros comenzaban a moverse en el marco. En los años futuros los críticos "superiores" pretenderán

que Newman nunca existió realmente. Dirán que fue una personificación literalizada de una conversión, la de ponerse el "hombre nuevo"".

La suya es la clase más antigua de apologética; no tanto un argumento como una presentación. "¿Qué es la verdad?", dice Pilatos burlonamente. Newman señala: Hay una verdad; el que dijo: "Éste es mi cuerpo, esta es mi sangre". Si Dios es Cristo y Cristo es la verdad, entonces la verdad es una persona para que se crea en ella, no una idea. *Credo in Deum*, no *Credo quod Deus sit*. Las proposiciones pueden tener la verdad pero ser verdad es ser una persona; y conocer la verdad, por lo tanto, es *cognoscere*, no *scire*. Ésta es la experiencia detrás de la distinción mal comprendida o deliberadamente distorsionada de Newman entre conocimiento nocional y real. Newman no ataca a Aristóteles y Santo Tomás, ni es el personalista integral que piensa que los credos y las definiciones dogmáticas son solamente una levadura para el pan de las panaceas políticas del ala izquierda. Él está defendiendo el dogma contra la religión sociologizante. Y no tienen ningún derecho Dulles [137] y Küng [138] (Mr. William Marshner en forma atenuada ha llamado a este último un "imbécil filosófico") a apropiarse de la teoría de Newman del desarrollo en apoyo de su evolucionismo materialista. Aquí está lo que dice Newman en el famoso pasaje de la *Gramática del asentimiento*:

> La ciencia nos da las bases o las o premisas desde las que se infieren las verdades religiosas; pero no propone su inferencia; y mucho menos alcanza su inferencia –esa no es su área. Nos pone por delante los fenómenos y nos deja, si queremos, llamarlos obras de diseño, sabiduría o benevolencia, y más aún, si queremos, proceder a confesar un creador inteligente. Tenemos que tomar estos hechos y darles un significado, extrayendo de ellos nuestras propias conclusiones. Primero llega un conocimiento, luego una visión, luego un razonamiento y luego la fe. Ésta es la razón por la que la ciencia tiene tan poca tendencia religiosa; las deducciones tienen poco poder de persuasión. Al corazón comúnmente se llega no por medio de la razón, sino de la imaginación, a través de impresiones directas, por el testimonio de hechos y eventos, por la historia, por una descripción. Las personas influyen sobre nosotros, las voces nos ablandan, las miradas nos subyugan, los actos nos inflaman. Muchos hombres vivirán y morirán por un dogma; ningún hombre será mártir por una conclusión.

Y continúa:

> Una conclusión no es sino una opinión; no es una cosa "sobre la que tenemos certeza", y [...] nadie, sostengo, va a morir por sus propias conclusiones; morirá por realidades [...] No tengo confianza, entonces, en los filósofos que no pueden evitar ser religiosos y son cristianos por implicación. Ellos están sentados en su hogar y alcanzan distancias que nos asombran, pero

137 Se refiere al teólogo estadounidense Avery Dulles S.J. (1918-2008), catedrático de la Catholic University of America (Washington DC), creado cardenal-diácono por Juan Pablo II en 2001. [N. del trad.]

138 El teólogo suizo Pbro. Hans Küng (n. 1928), catedrático de la Universidad de Tubinga (Alemania). [N. del trad.]

> golpean sin aferrar, y a veces tienen tanta confianza en sombras como en realidades. Han elaborado por cálculo la mentira de un país que nunca vieron y lo mapearon por medio de un diccionario geográfico; y, como ciegos, aunque sean capaces de enseñar el camino a un extranjero, no pueden ellos mismos caminar por el camino recto, y no sienten que su tarea sea absolutamente caminar [...] Si se les dice a los hombres que extraigan la noción de un creador a partir de sus obras, e intentaran hacerlo (lo que nadie hace), se mostrarían hastiados y fastidiados por el laberinto en el que están metidos [...] Para la mayoría la argumentación hace que este tema sea cada vez más dudoso y considerablemente menos impresionante [...] La vida no es suficientemente larga para una religión de inferencias; nunca habremos tenido un comienzo si determinamos comenzar con una prueba. Estaremos siempre colocando cimientos, convertiremos la teología en evidencias y a los sacerdotes en textualistas. No llegaremos nunca a los primeros principios. Resuélvete a no creer nada, y vas a probar tus pruebas [...] hundiéndote más y más hasta llegar al ancho fondo del escepticismo [...] Ahora quiero poner todo esto como una cuestión de hecho [...] y si es así tenemos que resignarnos a eso lo mejor que podamos, a menos que nos refugiemos en la intolerable paradoja de que los hombres han sido creados para nada y van a dejar la vida como entraron.

Ésta es la única apología de Newman y no se aparta nunca de ella. Es la única lección de su vida. Todo lo que escribió es simplemente una aplicación de esta verdad a las circunstancias. Cuando algunos polemistas de la baja iglesia anglicana atacaron su conversión como una treta maquiavélica, Newman no replicó con un argumento, sino con su obra más famosa, una especie de autobiografía. Usted, Mr. Kingsley, dice tal y tal cosa sobre lo que yo he dicho o hecho. ¿Mi respuesta? No un expediente de un abogado. Nada sobre el Hotel Ritz o la noche del 13 de enero. Más bien: Éste es el hombre que soy. Éste es mi cuerpo y mi sangre. Y en la controversia teológica, donde el tema no era él ni lo que él había hecho, sino la Iglesia, Newman había aplicado la misma herramienta de persuasión: Usted dice que la Iglesia dijo tal y tal cosa en 325, y, al contrario, tal y tal cosa en 1845. La respuesta de Newman es su obra más grande: *Ensayo sobre el desarrollo de la Doctrina Cristiana*, una especie de biografía de la Iglesia,una *Apologia pro Ecclesia Sua*. Usted presenta tales y tales argumentos contra la Iglesia, pero ella es así: “brillante como el sol, terrible como un ejército en orden de batalla”. Su prueba es la historia.

La postura de Newman es ésta: la verdad conceptual es extraída por el intelecto desde el fundamento de la imaginación. Pero el mundo moderno sufre de una enfermedad de la imaginación, de modo que es inútil argumentar con alguien acerca de qué es Dios o incluso si Dios existe, hasta que los hombres puedan imaginarlo. Cuando alguien dice de un querido amigo que ha hecho alguna cosa vergonzosa, uno simplemente responde: “Pero si usted no conoce a ese hombre. Si lo conociera no creería eso ni por un momento”. Rigurosamente, paso a paso, durante los últimos cuatrocientos años desde el triunfo del racionalismo y el liberalismo, y ahora del modernismo, la

persona de Cristo ha sido retirada de nuestra experiencia. Las generaciones crecen en un vacío religioso, en una atmósfera cargada, por así decir, con su ausencia. No sorprende que no sea conocido y que su nombre sea usado sólo como una antigualla en comedias musicales vulgares que pretenden ser liturgias en las iglesias. En esa palabra ciertamente no hay un Dios real y nada puede probarse.

Sin embargo, Newman encontró un camino. Tomemos, por ejemplo, su caso contra uno de los padres fundadores del liberalismo, David Hume. El cristianismo, dice Newman, se apoya en un hecho. Hume no ataca el hecho mismo; es decir, no reemplaza lo que considera el hecho falso con el verdadero: él niega la credibilidad antecedente del hecho. Trata de minar todo desde abajo. No presenta los huesos de Cristo como prueba concreta de que la resurrección sea una mentira. No se cita ningún testigo. No se ofrece ningún hueso como ejemplo. No presenta absolutamente ninguna evidencia sino que más bien ataca la validez de la vista. Yo no digo que este milagro no haya tenido lugar, argumenta, porque los milagros son increíbles *per se* –y, por lo tanto, no voy a mirar su evidencia ni escuchar el testimonio de sus testigos. Newman explica esta postura citando las propias palabras de Hume:

> Hume argumentó contra la existencia real de los milagros judíos y cristianos porque, mientras "es sólo la experiencia la que da autoridad al testimonio humano, y es la misma experiencia la que nos da seguridad sobre las leyes de la naturaleza", por lo tanto, "cuando estas dos clases de experiencia son contrarias" entre sí, "nos vemos obligados a sustraer la una de la otra"; y, en consecuencia, puesto que no tenemos experiencia de una violación de las leyes naturales, y mucha experiencia sobre la violación de la verdad, "podemos establecer como una máxima que ningún testimonio humano puede tener una fuerza tal como para probar un milagro, y hacerlo un fundamento justo de un sistema de religión".

Y bien, ¿cómo podemos responder? ¿Con testigos? ¡Pero Hume nos ha cortado el paso a la misma idea de testimonio! Ni lo movería ninguna señal de cosas portentosas: aunque el mismo Señor se plantase delante de él y le dijese "Pon tu mano en mi costado", él mantendría su incredulidad hasta desconfiando de sus propios dedos. Ningún testigo es creíble, porque los hombres o mienten o se equivocan, mientras que las leyes de la naturaleza son constantes. Todo cristiano, piensa él, debe, más tarde o más temprano, enfrentar este argumento, aunque raramente lo encuentre formulado tan inteligentemente. Hume no es Voltaire; él no argumenta ni por ingenio ni por malicia. La réplica de Newman es a la vez personal y perfecta y, después de haberla visto, resulta ser la más común de todas, tanto para la Iglesia como para los escolares.

Newman no responde, "replica", es decir, "devuelve" el argumento a su abogado. Newman tiene una respuesta real para todas las preguntas: "Señor mío y Dios mío". Y tiene un método para llevar al que duda hasta que vea lo que vio el desconfiado Tomás.

Y así, ahora, con Hume: usted dice, Mr. Hume, que los milagros no son naturales, que no es probable que sucedan; mientras que es de experiencia común que los hombres no digan la verdad. Usted absolutamente tiene razón. Y eso es lo que sucede con los milagros: que no es probable que sucedan. Si alguien entra aquí corriendo, como en la vieja historia de Tomás de Aquino, y grita: "Vengan a la ventana, rápido, a ver una bruja en las alturas, ¿qué diría usted que es lo más probable, que eso es real o que alguien nos está engañando? No hay duda sobre qué es lo más probable. Pero la cuestión no es ésa. Ésa no fue la cuestión para Santo Tomás en la historia. Dejó sobre el escritorio la septuagésima distinción que tenía sobre algo en la *Secunda Secundæ* y corrió a la ventana gritando: "¿Dónde?". Y cuando los hermanos se echaron a reír, les dijo: "Es mejor creer que hay una bruja por los aires montada en una escoba que pensar que un monje diga una mentira". Y ésa es precisamente la clase de respuesta que Newman le da a Hume:

> Sin duda es abstractamente más probable que haya hombres que mientan y no que se infrinja el orden de la naturaleza; pero ¿qué significa un razonamiento abstracto con respecto a una cuestión de hecho? Para llegar al hecho de alguna materia, tenemos que evitar las generalidades y tomar las cosas como son. Con todas sus circunstancias. *A priori*, por supuesto, los actos de los hombres no son tan dignos de confianza como el orden de la naturaleza. Y la pretensión de milagros es, por cierto, más común que la ocurrencia. Pero la cuestión no es sobre milagros en general u hombres en general, sino, definitivamente, sobre si estos milagros particulares, atribuidos en particular a Pedro, Santiago y Juan, es más probable o no que hayan sucedido.

No es que sea más probable que los hombres mientan, pero ¿es más probable que mienta Pedro, este hombre, esta persona, este Pedro, a quien conocemos? Y para la totalidad de la evidencia cristiana, además de Pedro, debemos finalmente preguntar si es más probable, por ejemplo, que haya realmente vida después de la muerte o que Jesús haya mentido. Todos hemos memorizado esta respuesta. Está contenida en el Acto de Fe: "Creemos estas verdades porque Tú las has revelado, que no puedes engañar ni ser engañado". Si algún otro las revelara, Hume tendría razón. Pero ¿quién está siendo razonable? ¿Qué es más probable? Ante todo seamos razonables y elijamos el curso más probable. ¿Qué es lo más probable? ¿Que un hombre pueda ser Dios o que Jesús –que en su juicio dijo expresamente que sufriría y moriría en la cruz– haya dicho la verdad y nada más que la verdad? Chesterton sintetizó el caso en una sola frase cuando dijo que un no cristiano tuvo que creer que Cristo –autor del Sermón de la Montaña, el hombre al que hemos llegado a conocer tan bien en la historia del Nuevo Testamento y en las figuras del Antiguo–, que ese hombre fue al mismo tiempo un mentiroso y un loco.

Apelemos ahora a la experiencia, como nos indicaría Hume. ¿Cuál es nuestra experiencia sobre los mentirosos y los dementes? ¿Pronuncian sermones en el monte? Hay

hombres que se proclaman Dios –y en su mayor parte están en hospitales psiquiátricos. ¿Se parecen a él? Y si, sobre la base de un prejuicio totalmente irracional de que ningún milagro puede posiblemente ser cierto a pesar de la experiencia, y se toma el Nuevo Testamento y se atribuye éste o aquel milagro a la mentira o locura de alguien, finalmente se descubrirá que, cuanto más se lo quiere destruir, más coherencia se encuentra en que el Cristo del juicio es el Cristo de los sermones y es el Cristo de las hermosas máximas, y que no puede ser separado del Cristo de los milagros, y que no se puede negar que las máximas son hermosas y buenas y provechosas y van de acuerdo con las más duras maldiciones que ustedes rechazan porque para evitarlas deberían cambiar de vida.

No se puede uno escapar de la argumentación de Newman con una crítica superior. Los apóstoles,aunque lo conocían directa y personalmente, pasaron momentos tan duros como el del desconfiado Tomás cuando tocó sus heridas; hay que decir: “Señor mío y Dios mío”.

Otro ejemplo va a ilustrar el método y la prueba, y ofrecerá al mismo tiempo un vistazo de la profundidad de la visión de Newman, más allá de la mera controversia contra un asalto cada vez más famoso al cristianismo:

> A este efecto hay un argumento que ha sido usado por los no creyentes, a saber, [y Newman cita a Thomas Paine]: “Una revelación que tiene que ser recibida como verdadera, debe estar escrita en el sol”.

Esa fina expresión significa que si Dios se hubiera tomado el trabajo de la revelación, la hubiera plasmado en el lugar más obvio en el universo, para que todos la vieran, de modo que nadie pudiera posiblemente pasarla por alto, como no podría pasar por alto la luz del sol. Bien, repliquemos. Si Dios revela, seguramente va a revelar de manera tal que ningún hombre de buena voluntad pueda dudar. No va a ocultar la luz con un cajón. Si el cristianismo es verdadero, será verdaderamente para que todos lo vean –si lo miran. ¿Y cuál es la réplica? ¿Escrito en el sol? ¡Así es! Cristo es la luz del mundo.

> Hasta estos dos últimos siglos, la Iglesia visible fue, al menos para sus hijos, la luz del mundo, tan conspicua como el sol en los cielos; y el Credo estaba escrito en su frente y era proclamado a viva voz, por una predicación tan precisa como enfática; de acuerdo con el texto: “¿Quién es aquella que aparece en la aurora, hermosa como la luna, brillante como el sol, terrible como un ejército en orden de batalla?”.

Newman admite en este mismo magnífico pasaje que Paine *prima facie* tiene un caso contra nosotros; al menos en su curso de historia de la Iglesia ha sufrido algunos

eclipses embarazosos. ¿Qué decir del Papa Borgia, Tetzel [139] y el resto? ¿Qué decir de este argumento sobre la persona de la Iglesia en la historia, el cuerpo visible de Cristo? Debemos acordar que a la Iglesia no se la puede defender livianamente. Hay que tomarla por completo desde Adán hasta el presente. La Iglesia, primero en figura en la historia de los judíos y luego en los hechos, ha sido la luz del mundo; y sin la Iglesia, quebrada como está, la oscuridad sería insoportable. Para quienes están al borde de la desesperación, especialmente ahora, es esencial recordar que la Iglesia nunca se parece tanto a Cristo como cuando se ve quebrada y traicionada desde adentro.

Newman empezó su *Ensayo sobre el desarrollo de la Doctrina Cristiana* tratando de encontrar una vía media entre las facciones extremas del catolicismo y el protestantismo. Comenzó por examinar, etapa por etapa, la historia real del cristianismo, para probar precisamente dónde, cuándo y bajo qué circunstancias la Iglesia primitiva original había errado. Concluyó que "profundizar en la historia es dejar de ser protestante". Newman no discutió esta proposición; la descubrió aun en contra de su mejor voluntad. Debió volverse sobre sí mismo para concluir que no había ninguna razón real por la que un anglicano no debiera ser católico.

El *Ensayo sobre el desarrollo de la Doctrina Cristiana* es el libro de un hombre "que está dando vueltas", no tanto para descubrir adónde dirigirse sino para ver dónde está. Sus últimas palabras son las de Simeón:

Nunc dimittis servum tuum, Domine,
secundum verbum tuum in pace,
quia viderunt oculi mei salutare tuum [140].

Éstas son las palabras asignadas a la última de las horas canónicas, las completas, tomadas del cántico de Simeón, sentado a la puerta del templo, en Jerusalén, el día en que Nuestro Señor fue ofrecido a Dios, de acuerdo a la costrunmbre judía, en la presentación:

Ahora, Señor, despides a tu siervo
en paz, según tu palabra,
porque han visto mis ojos tu salvación.

"Escrito en el sol" –pero ¿qué ocurre si el sol se pone? El indiferentismo del siglo dieciocho llevó a la tolerancia liberal del siglo diecinueve, que a su vez llevó a la infidelidad modernista, ese estado tan común en el que cada uno de los diez mandamientos

139 El fraile Johann Tetzel (1465-1519), gran comisionado de indulgencias en Alemania, a quien Lutero le atribuye el dicho espurio "Tan pronto caiga la moneda a la cajuela, el alma del difunto al cielo vuela", siendo que en realidad el dominico fue su primer contradictor. [N. del trad.]

140 Lc. 2, 29-30. [N. del trad.]

es desobedecido sistemáticamente y con malicia, no por debilidad sino por diseño político. La ley de Dios es malinterpretada como los derechos del hombre. Dios mismo es llamado un invento y su nombre una tonada del Tin-Pan-Alley [141]. Su día es Disneylandia. Los padres, lejos de ser honrados, al primer leve temblor cardíaco son confinados a manicomios antisépticos, conocidos como hogares de descanso; la terminación de una vida no deseada –asesinato– es asunto de discreción médica, ya que la vida es nada más que una secuencia accidental de sensaciones, mientras que la fornicación y el adulterio, e incluso los vicios infames, están "bien mientras los involucrados sientan afecto recíproco". El matrimonio, de hecho, se ha convertido en una forma legal de prostitución, pactado hasta la primera vuelta de tuerca; el robo es realmente una propiedad legitimada por contadores; y la verdad son noticias manipuladas.

De los siete pecados capitales, la pereza, la bestia de suave sonrisa, mueve sus lentos muslos fuera de California. Si la verdad no es nada más que opinión, el derecho procede del caño de una pistola. El liberalismo es la cara sonriente del modernismo. Detrás de él, la calavera con su mueca. Como todo el mundo dice, hemos llegado a algo como el fin de la antigua Roma, pero peor –porque después de dos mil años de cristianismo somos capaces de una apostasía perversa y teológicamente exacta que ningún pagano había conocido. Una vez más la Ciudad Secular está al acecho como una serpiente en el sol de la tarde. Detrás de la indiferencia y la tolerancia, las desesperadas muestras que enmascaran la muerte del alma, el gusano se enrosca en las órbitas vacías de los ojos. No es un mito; ha sido uno de sus mejores disfraces. Hace treinta años todavía era un delito hacer acciones inmorales, pero luego venció la fácil tolerancia neopagana. Hoy nuevamente, en una vasta y creciente área, es un delito ser cristiano, e incluso en los Estados Unidos, la mancha del Anticristo está en los libros y se enseña en las escuelas, matando los centros vitales de vida cultural. Los *campus* universitarios, como en Alemania en los años 1920, se hallan sofocados en la atmósfera de *El ángel azul* [142], donde lesbianas con medias negras canturrean la nueva psicología y profesores paralizados intelectualmente cantan el quiquiriquí a la revolución. Y los cristianos miran temerosos a una segunda era de martirios, esta vez sin leones, bajo el reino de un terror sofisticado con lobotomías y drogas para crear una imbecilidad política y moral, multirracial, sin denominaciones.

141 Tin Pan Alley era el nombre popular de un tramo de la calle 28ª Oeste, entre las Avenidas Quinta y Sexta de Manhattan (N. York), donde tenía su sede un grupo de productores musicales y editores de partituras. Por generalización, se denomina así a una cincuentena de compositores musicales neoyorkinos que dominaron la música popular estadounidense desde fines del siglo XIX hasta la Gran Depresión del año '30. [N. del trad.]

142 *Der blaue Engel* es una película tragicómica alemana de 1930, dirigida por Josef von Sternberg y protagonizada por Emil Jannings (como el profesor Immanuel Rath) y Marlene Dietrich (como la cabaretera Lola). Rath, perdidamente enamorado de Lola, eventualmente renuncia a su cátedra para estar con ella, sufriendo toda clase de humillaciones. [N. del trad.]

La Iglesia misma está dividida internamente por una apostasía, mucho peor de las que ha tenido externamente. Los cristianos que han vivido con la esperanza de que la Iglesia los salvaría, deben luchar para salvar a la Iglesia. Antes que subir al arca, acudir a los bomberos. Newman cortó el *Nunc dimittis* unas líneas antes: “porque mis ojos han visto tu salvación”... Sí. Pero cualquier meditación sobre el cuarto misterio gozoso de la Presentación que canta el anciano Simeón, debe llevarlo a la amarga cruz:

> Este niño será causa de caída y de elevación para muchos en Israel; será signo de contradicción –y a ti misma una espada te atravesará el corazón–, para que así se manifiesten claramente los pensamientos íntimos de muchos [143].

A la imagen de la Iglesia como la mujer vestida del sol, hay que añadirle siempre el signo de contradicción y la imagen de Uno por quien el sol se apagó en la hora nona y a quien lo va a perforar una espada.

143 Lc. 2, 34-35. [N. del trad.]

Capítulo 10

Oscura noche de la Iglesia

En una oscura noche de octubre, en medio de una copiosa lluvia, un desconocido sacerdote italiano procedente de Londres, que había viajado todo el día a la intemperie en el asiento exterior, llegaba a Oxford. Sin haber comido nada desde la madrugada, finalmente se halló en una sala cálida, de pie junto al fuego para secar sus ropas que goteaban, cuando repentinamente, poco antes de la media noche, recibió un visitante: uno de los más famosos hombres de Inglaterra, e incluso uno de los más famosos en la historia de las letras inglesas que, actuando con cierta extravagancia, como se usaba en esa época romántica, se echó a los pies del sorprendido sacerdote y le pidió que lo recibiera en la Iglesia Católica [144]. Años más tarde, en un polémico ensayo sobre la naturaleza de la fe, el famoso convertido escribió:

> El corazón comúnmente es alcanzado, no por la razón, sino por la imaginación, por medio de impresiones directas, por el testimonio de hechos y eventos, por la historia, por descripciones. Las personas influyen sobre nosotros, las voces nos ablandan, las miradas nos subyugan, los hechos nos inflaman. Muchos vivirán y morirán por un dogma; nadie será mártir por una conclusión.

Y si ningún hombre morirá por una conclusión, ¿por qué morirá entonces? ¿Y tiene alguien que morir? Para la mayoría de los hombres, escribió Newman, la argumentación hace que el tema que se trata sea cada vez más dudoso, y considerablemente menos impresionante. Y aunque él la conocía y la amaba profundamente, Newman nunca pensó que la Biblia fuese una cosa necesaria:

> La religión de la Biblia es el título reconocido y la mejor descripción de la religión inglesa. No consiste en ritos o credos, sino principalmente en leer la Biblia en la iglesia, en familia y en privado. Estoy lejos de subestimar ese conocimiento de la Escritura que se imparte promiscuamente a la población [...] Hasta un cierto punto es responsable de grandes y graves pérdidas en el cristianismo.

144 Se refiere al pasionista Domenico Barberi, encargado de recibir a John Henry Newman en la Iglesia Católica el 9 de octubre de 1845, en el colegio de Littlemore. [N. del trad.]

Nadie murió alguna vez por un conjunto de proposiciones en una argumentación, dice él, o por un conjunto de cuadros extraídos de la lectura pública de un libro. ¿Por qué entonces? ¿Tiene alguien que morir por algo? ¿Es la fe católica un paso a la muerte?

Si se pudiera resumir toda la fe en un único gesto –no en una *Summa Theologica* con tres enormes partes, una de las cuales está a su vez dividida en dos; ni siquiera en un catecismo de trescientas setenta preguntas y sus respuestas, por un penique– sino en un único gesto que distinga al instante al católico, ese es la señal de la cruz: es un único gesto de lo que los teólogos llaman los misterios principales. Apretar dos dedos en la frente –tres personas en la naturaleza de un Dios–; apoyar los otros dos dedos en la palma –dos naturalezas en la persona de Cristo–; luego, trazar sobre uno mismo, en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, el sacrificio de Cristo, que es el sacramento del altar católico. Es una cosa peligrosa hacer ese signo porque dice: me comprometo yo mismo a esa muerte. Los católicos no trazan el signo del descenso de la paloma o de la estrella de la esperanza u otro signo. Como dijo San Pablo:

> Mas en cuanto a mí, nunca suceda que me gloríe sino en la cruz de nuestro Señor Jesucristo, por quien el mundo para mí ha sido crucificado y yo para el mundo. [145]

Y luego añade estas misteriosas palabras a las que no se les prestó demasiada atención, salvo por parte de los santos –de San Francisco de Asís, por ejemplo – que las entendió:

> En adelante nadie me importune más, pues las señales de Jesús las llevo yo hasta en mi cuerpo. [146]

San Pablo, si bien no fue un famoso hombre de letras judío, es ciertamente el más famoso judío converso. ¿Qué es lo que lo convenció? Como fariseo, conocía las Escrituras de memoria; no fue la Escritura lo que lo convenció. No hay ninguna evidencia de que haya argumentado con alguien antes de su repentino cambio en su camino a Damasco. Se dirá que fue un milagro. Pero no hubo nadie ni nada que lo dispusiera a recibir la gracia. Toda conversión es un milagro, y, sin embargo, la apologética nos arma contra el pecado de la presunción, el pecado que dice: "Dejemos todo en manos de Dios". La apologética es un esfuerzo para disponerse –concediendo que Dios es también el autor de esos esfuerzos. Pero ¿quién o qué lo dispuso a San Pablo para la gracia? ¿Cuáles fueron los instrumentos humanos de su conversión, o de la de Newman?

145 Gál. 6, 14. [N. del trad.]
146 Gál. 6, 17. [N. del trad.]

Puesto que la fe es la evidencia de cosas no vistas, no hay ningún caso de lo que los protestantes racionalistas y los deístas del siglo dieciocho llamaron “evidencia cristiana”. Dios no dejó huellas digitales, no se descubrieron archivos secretos, no hay cintas grabadas para escuchar. Es cierto que San Pablo dijo que las cosas visibles del mundo conducen a las cosas invisibles de Dios, pero esta vía es negativa e indirecta. No podemos probar la fe a partir de la naturaleza, sino que más bien –dado que la naturaleza y la fe nunca pueden contradecirse– refutamos los intentos de refutar la fe desde la naturaleza.

La única apología directa de la Iglesia católica ha sido: (1) el testimonio de testigos; (2) la experiencia de personas que vivieron la fe, principalmente bajo la regla monástica, y vieron por sí mismos –aunque oscuramente en un espejo– que es verdadera; y (3) los argumentos derivados del testimonio de los testigos y de la experiencia personal, es decir, desde las primeras dos vías. Esto, realmente, son tres aspectos de una única apologética expresada con énfasis diferentes. En general los tres son necesarios, aunque no para cada persona.

Los teólogos liberales, basando sus argumentos en una visión evolucionista de la doctrina, han imaginado que hay tres distintos estadios en la historia de la Iglesia, el segundo tras la destrucción del primero, y el tercero tras la destrucción del segundo, como un cohete de tres etapas. De hecho, sin embargo, los tres son integrales: todos ellos siempre presentes y en todas partes. Es cierto que para los primeros tres siglos la principal defensa fue la de los testigos, cuya palabra griega es “mártir”. Muriendo por la fe dieron testimonio de su validez.

Pero la Apología de San Justino y los textos catequéticos tales como la *Didajé*, atestiguan la presencia de argumentos desde el principio mismo; y a partir del Apocalipsis, San Dionisio y los Padres del Desierto, podemos ver que desde un comienzo el testimonio de los mártires y la enseñanza de los credos eran confesados en la oscura y silenciosa noche de las almas individuales.

Después de la conversión de Constantino, cuando la nueva religión dejó de ser insegura para los ciudadanos romanos, se produjeron dos breves pero terribles, gloriosas y encendidas controversias, la arriana y la pelagiana, con las defensas de Atanasio, Hilario, Agustín, Jerónimo y otros, definidas en los grandes concilios. No duró lo suficiente para constituir una edad, y en el lapso de una vida humana la seguridad del imperio colapsó ante las invasiones bárbaras. San Agustín escribió las últimas páginas de *La Ciudad de Dios* mientras la ciudad de su diócesis estaba sitiada por los vándalos, que la saquearon a pocas semanas de su muerte. Durante los mil años siguientes, que constituyen la segunda edad de la Iglesia, continuaron las muertes de mártires y los credos y las obras polémicas de los Padres fueron copiadas pacientemente en los *scriptoria* monásticos; pero en esa gran Edad Oscura de la Iglesia, como sabiendo que las noches

oscuras tienen expectativas, la principal apologética de la Iglesia fue la vida de incontables monjes y monjas silenciosos que vivieron según la regla benedictina.

El monaquismo es esencialmente la enseñanza de la experiencia personal de la fe católica. Para creer, hay que gustar y ver. Y para hacer esto correctamente, hay que someterse a una rigurosa mortificación del cuerpo y el alma para purificar y limpiar las ventanas de la percepción y la inteligencia. De otra manera, ¿cómo puede penetrar la luz del sol? *Vacate et videte*, dijo David. "Estad vacíos de todo y veréis que soy Dios". Los que buscan a Dios por sí mismos en un monaquismo privado e indisciplinado "viven en su propio redil y no en el del Señor", dice San Benito. En el siglo trece, una vez más, se encendieron las argumentaciones contra los musulmanes y los teólogos albigenses. Las obras de los santos Alberto, Tomás, Buenaventura y el resto de los escolásticos de la tercera gran edad de la Iglesia –la de la escolástica– encendió el gran horno de la doctrina, barnizando finalmente con su calor el jarrón completo y formal de Trento. La Iglesia fue derramada como una libación sobre un mundo que moría.

¿Dónde estamos ahora? Algunos piensan que ésta es la aurora de un Acuario católico, de una nueva Iglesia emergente, cuyo Dios es el cambio. Yo pienso, como Dante, que en el medio de la jornada de nuestra vida, hemos despertado en un bosque oscuro para encontrar el camino perdido. Hay una cierta verdad en cada error –lo cual no convierte al error en verdadero; pero para refutar propiamente un error no es suficiente demostrar que es falso. Eso no llega a su núcleo. Él regresa cien veces como los demonios, a menos que se deje en libertad a la verdad que está dentro de él. La guerra modernista contra la Iglesia en nuestro tiempo ha adoptado a menudo la forma de un ataque a los credos y los dogmas.

Los modernistas han acusado a la Iglesia de fariseísmo: de apegarse a la letra que mata contra el espíritu que vivifica. Citan a menudo a Newman, que dijo que nadie moría por una conclusión, olvidando que en esa misma proposición él distinguía conclusiones de dogmas, diciendo expresamente que, por cierto, los hombres "vivirán y morirán por un dogma", fijo, infalible, irreformable, absolutamente inmutable, una formulación exacta de una creencia. Si se mata la letra, no se tendrá el espíritu de la letra; y si se trata de tener una iglesia del Espíritu Santo sin Cristo y sin sus mandamientos y sus fórmulas de definiciones dogmáticas, no se tendrá una iglesia del Espíritu Santo porque el Espíritu Santo es el Espíritu de Cristo.

Sin embargo, es cierto que la letra mata y el espíritu vivifica. Es cierto que si bien un chico puede memorizar las preguntas y respuestas del catecismo, no estará plenamente educado en la fe. El credo no es suficiente, pero la fe y los dogmas que articulan la fe son absolutamente necesarios, sin ellos no puede haber amor de Dios. En la vida contemplativa, el mártir y el escolástico se funden estrechamente en la llama viva del amor. Con el debido respeto por las generaciones que mantuvieron los catecismos y los

credos entre los dientes ante una oposición violenta y una fría indiferencia, y por aquellos que hoy están luchando por mantenerlos frente a una quietud indescriptible, es cierto que la vida espiritual de la Iglesia ha tendido a veces a secarse en favor de la recitación de fórmulas e incluso en la recolección de dinero y en la administración de una inmensa planta física. La respuesta de algunos ha sido negar la verdad de las fórmulas y así destruir los altares y quemar las imágenes de María y de los santos, cuando lo que se necesita es la levadura de San Benito: que un número significativo de miembros de la Iglesia se sacrifiquen a Dios como monjes y monjas; y que un número mayor entre los sacerdotes y laicos participen en ese sacrificio para nutrir la vida interior, en cuanto sea posible, en medio de sus deberes activos en el mundo.

La Iglesia Católica tiene un rico depósito de fe y una vida fecunda que aún hoy germina en su suelo: mártires, monjes y teólogos, todos llamando con la misma tranquila voz, sin buscar publicidad, clamando suave pero insistentemente desde el Archipiélago Gulag y las celdas del desierto, desde escuelas aisladas, y hasta desde los corazones silenciosos de innumerables personas en las solitarias multitudes que se arrodillan ante el Santo Sacramento –si pueden encontrarlo– o que se detienen a orar en iglesias vacías o callados salones.

Los argumentos de la teología escolástica codificados en Trento, encapsulados en los textos de catecismo, ampliados por el magisterio ordinario y extraordinario de la Iglesia en estos últimos cuatrocientos años, todo esto está fundamentado y animado por la experiencia de la vida espiritual del monje y la monja contemplativos y los soldados de las órdenes militantes que viven lo que SantoTomás llamó la vida mixta, e incluso laicos como santo Tomás Moro que, aunque canciller de Inglaterra, tenía una vida oculta, usaba un cilicio bajo sus ropas públicas de seda y terminó también como mártir por la fe. A su vez, la vida oculta de los contemplativos busca su consumación en la muerte transfigurada por el amor. No es un accidente que el mayor doctor de la vida espiritual se llame San Juan de la Cruz.

Los argumentos escolásticos a partir de la revelación y la razón comienzan y terminan en el signo de la cruz. La experiencia espiritual aprendida en la vida monástica de acuerdo a los doce pasos de la humildad en la regla de San Benito, comentados por San Bernardo y expandidos por san Juan de la Cruz, es el sacrificio total de los cinco sentidos externos y de las tres facultades interiores del intelecto, la memoria y la voluntad. Su consumación es el matrimonio espiritual en el que se muere de amor.

¡Oh, llama de amor viva,
que tiernamente hieres
de mi alma el más profundo centro!
Pues ya no eres esquiva,

acaba ya, si quieres,
rompe la tela de este dulce encuentro. [147]

San Juan de la Cruz explica el sentido de sus propios versos:

> Perfecciónome ahora si es tu voluntad [...] Es decir: perfecciona y consuma el matrimonio espiritual en mí con tu visión beatífica, porque es esto a lo que aspira el alma [...] Este deseo nunca será satisfecho ni quedará en paz hasta que aparezca tu gloria (en la muerte) especialmente si ya ha gustado su dulzura y su deleite que tiene en su estado. Esta dulzura es tal, que si Dios no le hubiera concedido un favor a su carne y hubiera cubierto su ser natural con su diestra (como hizo con Moisés en la roca, para que pudiera ver su gloria y no morir) hubiera muerto a cada toque de su llama y su ser natural hubiera sido destruido, porque su parte inferior no tendría medios para soportar el fuego tan grande y sublime de su gloria. Debe saberse, por lo tanto, con respecto a la muerte natural de las almas que alcanzan este estado que, si bien el modo de su muerte, desde un punto de vista natural, es similar al de otros, sin embargo, hay una gran diferencia en la causa y el modo de su muerte. Pues mientras las muertes de otros pueden ser causadas por enfermedades o por días demasiado largos, cuando estas almas mueren, aunque puede ser por alguna enfermedad, o por vejez, sus espíritus son arrebatados nada más que por algún impulso o encuentro de amor [...] Por esta razón, dijo David que la muerte de los santos en el temor de Dios era preciosa, porque en ese momento se reúnen todas las riquezas del alma y los ríos de amor del alma están por entrar al mar y son tan anchos, densos e inmóviles que ya parecen ser el mismo mar.

San Alfonso de Ligorio dice:

> María, por un singular privilegio no otorgado a ningún otro santo, amó y estuvo siempre amando a Dios en cada momento de su vida, con tal ardor, que San Bernardo declara que requería un milagro continuo para preservar su vida en medio de tales llamas [...] Así como vivió la amante Virgen, así murió. Así como el amor divino le dio la vida, así fue la causa de su muerte, pues dicen en general los Santos Padres de la Iglesia que no murió por otra enfermedad más que el amor. San Francisco de Sales dice que la vida de la Bienaventurada Virgen fue un acto perpetuo de contemplación. Por lo tanto, con el tiempo,el fuego divino la consumió enteramente como en un dulce holocausto, de modo que murió en ese fuego, siendo su alma enteramente envuelta y transportada a los brazos de su muy amado hijo. Oh muerte, viviendo por amor; oh amor, muriendo de vida.

Obsérvese que sólo he citado a doctores de la Iglesia. En esta edad agitada, si nada más se leen libros espirituales, que se lean sólo los de los santos, no importa cuán buenos puedan ser otros. En el tiempo limitado que tenemos de vida, leamos a los santos. Son más simples de lo que se podría pensar y saben de qué están hablando. Si se

147 Las citas son todas de la traducción de Allison Peer de las *Obras Completas de San Juan de la Cruz*, Garden City, NY, 1962.

está meditando sobre el cuarto misterio glorioso del rosario, recordemos que la Asunción, que es la muerte de María, fue precisamente el toque de esa llama que es toda la razón de la vida católica. Cada uno de nosotros, a pesar de nuestras debilidades y miserias, debe, en alguna hora final, "romper la tela de ese dulce encuentro". Y para hacer eso tenemos que, como hizo María, atravesar una estrecha puerta y recorrer un angosto camino. Dice San Francisco de Sales:

> Varios amantes sagrados estuvieron presentes en la muerte del Salvador. Entre ellos, los que sufrieron el mayor dolor, porque el amor estuvo entonces profundamente sumergido en la tristeza y la tristeza en el amor. Todos los que estaban colmados con la pasión del amor por su Salvador, amaban su pasión y su pena. Pero su dulce madre, que lo amaba más que todos los otros, estaba más que todos los otros perforada en su corazón de madre, pues su corazón de madre estaba atado, unido, muy próximo a su hijo, con una unión tan perfecta que nada podía herir a uno sin infligirle la más íntima tortura al otro [...] María no sólo no buscó cura para su herida, sino que amó esa herida más que cualquier curación y guardó cariñosamente las flechas del dolor que había este amor había colocado en su corazón. Deseaba morir por ellas como por ellas había muerto su hijo. Toda la Escritura y los sabios dicen que Él murió entre las llamas de la caridad, un holocausto perfecto por los pecados del mundo. [148]

Y San Juan de la Cruz dice que no hay ninguna manera de encenderse en esa llama de amor si no es por medio del madero de la cruz. Para nosotros, que a diferencia de María hemos sido alcanzados por el pecado, esa cruz que llevamos no es sólo la suya, sino también la nuestra.

> En una noche oscura,
> estar anhelante y encendido de amor –
> ¡Oh, circunstancia feliz! – salir sin ser
> observado, ahora mi casa está en paz.

Esta noche, dice San Juan de la Cruz, es:

> La llegada de Dios al alma [...] que los contemplativos llaman contemplación infusa o teología mística. Aquí Dios instruye secretamente al alma en la perfección y el amor [...] Pero surge una pregunta: ¿por qué la luz divina es llamada aquí una noche oscura? [...] Porque la luz y la sabiduría de esta contemplación son más brillantes y puras y el alma que las recibe es oscura e impura, y por eso el alma sufre una gran pena al recibirlas, así como cuando los ojos son dañados por los humores y se vuelven impuros y débiles y la luz brillante que llega a ellos les provoca dolor. Y cuando el alma soporta ese asalto directo de la luz divina, su dolor, que es el resultado de su impureza, es inmenso; porque cuando esta luz pura asalta el alma para expulsar su impureza, el alma se siente tan impura y miserable que cree que Dios está contra ella, y piensa que ella se ha

148 *Sobre el Amor de Dios*, trad. y notas de John K. Ryan, Garden City, NY, 1963.

puesto contra Dios. Esto le causa una enorme pena y dolor porque cree que Dios la ha desechado; ésta fue una de las más grandes pruebas que sufrió Job cuando Dios le envió esta experiencia, y dijo él: "¿Por qué me has puesto contra ti y me encuentro apesadumbrado y cargado contra mí mismo? Tened piedad de mí, tened piedad de mí, al menos vosotros, mis amigos, porque la mano del Señor me ha tocado".

Me pregunto cuántos, emocionados por la canción sentimental de *Jesucristo Superstar*, "*He touched me*", alguna vez han leído el Libro de Job y pensado cómo será aquella hora cuando eso realmente les suceda a ellos. San Juan de la Cruz recuerda la descripción del profeta Jeremías acerca de la dura mano de Dios:

Yo soy el hombre que ha soportado la miseria bajo la vara de su furor.
Él me condujo y me hizo caminar por las tinieblas, y no por la luz.
Solo contra mí, una y otra vez, vuelve su mano todo el día.
Él marchitó mi carne y mi piel, quebró todos mis huesos.
Edificó contra mí un cerco de veneno y fatiga.
Me confinó en las tinieblas, como a los que murieron hace mucho tiempo.
Me tiene cercado y no puedo salir, hizo pesada mi cadena.
Por más que grite y pida auxilio, cierra el paso a mi plegaria.
Cercó mis caminos con piedras talladas, entorpeció mis senderos.
Fue para mí un oso en acecho, un león agazapado.
Me apartó del camino y me desgarró, me dejó desolado.
Apuntó con su arco e hizo de mí el blanco de su flecha.
Me clavó en los riñones las flechas de su aljaba.
Fui la irrisión de mi pueblo, el motivo constante de sus cantos burlones.
Él me sació de amargura, me abrevó con ajenjo.
Partió mis dientes con un guijarro, me revolcó en la ceniza.
Ya no hay paz para mi alma, me olvidé de la felicidad.
Por eso dije: "Se ha agotado mi fuerza y la esperanza que me venía del Señor".
Recordar mi opresión y mi vida errante es ajenjo y veneno.
Mi alma no hace más que recordar y se hunde dentro de mí.

Si se desea la conversión de Estados Unidos; si se cree en el derecho a la vida y se ha trabajado en favor de cambios constitucionales para proteger infantes no nacidos o se ama a los pobres, a los perseguidos y a los enfermos; si, en una palabra, se es generoso, entonces Cristo dice que no se debe dar algo de uno mismo, sino todo. Los doctores de la Iglesia Católica enseña una muy clara doctrina a las almas generosas: no se puede dar lo que no se tiene. No se puede hacer para otro lo que uno no puede hacer en absoluto. No se puede poner fuego a la leña a menos que uno sea una llama. El fuego produce fuego. Hay una sola manera de ser cristiano. Cristo dijo: "Yo soy el camino". Y su camino es el camino de la cruz, que conduce, según las palabras que dijo al morir, a la

consumación de una muerte por amor. *Consummatum est*. Se ha consumado. La obra está terminada. La obra de cumplir la voluntad del Padre, que es unir nuestros corazones con el suyo, sin reservar nada, y con los de todos los santos que amaron a nuestro Señor, el único que murió más perfectamente por amor, como dicen San Alfonso, los Padres y los doctores.

Esto es lo que quería decir Newman cuando afirmaba que nunca murió nadie por una conclusión. No repudiaba la Iglesia de los credos. El credo de San Atanasio era su plegaria favorita. Lo que significaba era que un credo no es solamente un conjunto de proposiciones presentadas al intelecto –que lo es– sino más que eso: es una plegaria, fundada en la sangre de Cristo y de los mártires y confirmada en el fuego espiritual del amor y la muerte de María y todas las vírgenes y confesores. ¿Quién o qué, entonces, predispuso a San Pablo a la conversión? Conocemos la respuesta por medio del Libro de los Hechos:

> [...] y arrojándose a una sobre él, lo sacaron fuera de la ciudad y lo apedrearon. Los testigos depositaron sus vestidos a los pies de un joven que se llamaba Saulo. Apedrearon a Esteban. el cual oraba diciendo: "Señor Jesús, recibe mi espíritu". Y puesto de rodillas, clamó a gran voz: "Señor, no les imputes este pecado". Dicho esto se durmió.
>
> Saulo, empero, consentía en la muerte de él. [149]

San Esteban –el primer mártir– ha de haberlo visto; tal vez sus ojos se detuvieron un instante y Esteban le hizo un guiño en esa intersección entre la eternidad y el tiempo: San Esteban protomártir y el joven intolerante cuyo nombre era Saúl.

Y ¿quién o qué lo había preparado a Newman para aquella oscura noche de octubre en medio de una copiosa lluvia, en 1845? Casi cuarenta años antes, en 1808, Napoleón había invadido Roma. En 1809 reclutó conscriptos italianos y carne de cañón para sus vastas campañas, que terminaron en ese amargo frío de Rusia. De los cuarenta mil jóvenes reclutados en los Estados Pontificios, dos mil volvieron a casa. Un joven de diecisiete años, para no servir a un emperador sacrílego y detestado y morir –un joven, en la intensidad de sus plegarias, pero por otra parte un adolescente como todos–, cerró un pacto con Dios. Años más tarde recontaba esta historia en un bosquejo autobiográfico:

> La noche anterior a aquella en la que fueron llevados los grupos, me arrodillé como de costumbre para hacer mi meditación sobre la pasión de Cristo, que había aprendido poco tiempo atrás en un retiro con los Padres Pasionistas. Hacia el final, me sentí inspirado a formular un voto condicional: que si escapaba a la conscripción, y si las órdenes religiosas eran restablecidas (en Italia, después de la interdicción de Napoleón), yo me haría pasionista. Sensiblemente consciente como era de mi extrema fragilidad, especialmente en materia de castidad, me puse bajo la especial

149 Hch. 7, 57-60. 8, 1. [N. del trad.]

protección de mi gran patrono, Juan Evangelista, y luego pronuncié mi voto con las siguientes palabras: Señor, aquí en Tu Presencia, y en la presencia de la Santísima Virgen María, de mi Ángel Guardián y de San Juan Evangelista, prometo y hago voto de que si me veo libre del azar del servicio militar y se restablecen las órdenes religiosas, me haré pasionista. María, sé mi protectora y mi abogada; pongo mi voto en tus manos. Ángel Guardián, sé testigo de mi ofrecimiento; y tú, santo Apóstol, acepta la tarea de mantener firme mi resolución de preservar la castidad. Me pongo en tus manos. Tú deberás presentarme puro e incorrupto ante el divino Juez. Te entrego a ti el cuidado de mi persona. Eres consciente de mi extrema fragilidad y de que para nada sirvo sino para el pecado, ¡así que debes velar por mí! [150]

Un voto pueril, sin duda, con palabras infantiles. Pero cuando se realizó la conscripción, él fue eximido. “Después de tan manifiesta protección divina”, escribió en su autobiografía:

Se podría suponer, naturalmente, que yo me dedicase con renovado fervor al servicio divino. ¿Qué otra cosa podría esperarse? Puesto que los beneficios obligan al corazón, estos beneficios debieran ciertamente haber obligado a mi corazón. Pero yo no tenía corazón. Soy un desgraciado y mi corazón debe de ser de bronce, no de carne. Apenas les dediqué un pensamiento a Dios y a los desdichados que habían sido llevados a la guerra y, menos aún, me preocupé por un joven en particular que había mostrado interés por una joven que yo había deseado.

Diez años más tarde, tras una serie de esos intrincados accidentes de los que parece estar construida la vida, se ordenó pasionista. Fue como si una cuerda invisible estuviera arrastrando su alma. Escribe sobre sus dudas y temores, rogándole a María unos pocos días antes de su ordenación:

Oh Madre mía, mi confusión es tan grande que apenas puedo estar de pie. Te imploro que me ayudes a no abusar nunca de esta dignidad del sacerdocio. El solo pensamiento de esa posibilidad me hace temblar de horror. A veces, cuando voy camino al altar, me veo forzado a detenerme y asegurarme de que soy realmente un sacerdote. Apenas puedo creerlo. ¡Qué! Me digo a mí mismo: hace unos pocos años yo era... ¡Dios lo sabe! Y ahora tengo que celebrar la Santa Misa y, al pensarlo, siento que la sangre se congela en mis venas... Virgen Santísima, tú lo comprendes. No hay necesidad de decírtelo. Cuando manipulo la sagrada Hostia ¿cómo puedo describir lo que experimento? Sólo Tú podrías describirlo, que manipulaste ese divino cuerpo tan dignamente. Y yo ¿cómo lo trato? Ah, mi celestial Madre, eso es lo que me horroriza. Qué diferente sería si yo tuviera tu pureza y tu santidad. Cuando estoy por celebrar, cómo deseo tener tu corazón, como un lugar adecuado de reposo para Jesús; tus manos, con las que lo tocaste; tu voz, para llamarlo hasta el santo altar. Soy una masa de iniquidad y tiemblo ante ese pensamiento. Y sin embargo, ¡Jesús, mi Dios y Señor, es tan amable! Me permite tratarlo como Él trató a los crueles verdugos que lo clavaron en la cruz. Yo le digo: Mi Jesús, mira a Judas en mí, tu verdugo, el que te clava en la

150 V. Alfred Wilson, *Beato Dominic Barberi*, Londres, 1967.

> cruz. Y, sin embargo, él no se ofende por todo esto. En vez de reprobarme, hasta parece deleitarse al ser tratado así por mí, un desgraciado miserable. En vez de reprocharme mi temeridad al acercarme a él, parece invitarme y está deseoso de entrar en mi corazón.

Un año más tarde, el 21 de febrero de 1819, por un impulso todavía más inexplicable, hizo otro trato con Dios. (El 21 de febrero, incidentalmente, es el cumpleaños del Cardenal Newman). Esto está tomado del diario de aquel tiempo del joven sacerdote italiano. Tenía veintisiete años.

> Esta mañana experimenté un intenso sentimiento de amor por Jesús y me di cuenta de cómo uno debe ser enteramente suyo. Ardía en el deseo de lograr que todos lo amaran, sin importarme las pruebas que tuviera que soportar para eso. Porque estoy siempre a salvo cuando estoy escondido en Él. Voy a esforzarme para no apartarme nunca de Él, y siempre que su gloria esté en peligro, aun si tuviera que sacrificar mi vida mil veces, no retrocedería... ¡Mi Jesús! Quisiera poder aniquilarme si así pusiera contribuir aunque sea un poco a tu gloria y si mi voz se pudiera hacer oír hasta los confines de la tierra gritándole a todos: Amad a Jesucristo, amad a Jesucristo... Me mantendré simplemente en la divina presencia y no haré reflexiones ni pedidos. De esta manera voy a unir mi corazón con Dios y desear sólo lo que Dios desea, que no será poco.

“No es poco”, por cierto –porque Dios le tomó la palabra. Mirando retrospectivamente, dieciséis años más tarde, describe vívidamente este momento de su sacrificio:

> Dios mío, qué agonía experimenté entonces. Mi alma parecía arrancada de mi cuerpo; no, más que eso. Pienso que si mi alma hubiera sido arrancada de mi cuerpo, yo no hubiera experimentado tanto dolor. Fue más bien como si el alma hubiera sido arrancada del alma; algo que no puede describirse, más, más... Experimenté un dolor tan vívido, tan penetrante, tan terrible, como nada que hubiera experimentado antes. Creo que sólo las penas del condenado en el infierno pueden causar un dolor más grande. Me parecía estarme desmayando... No sé cómo pude atravesarlo y seguir vivo.

Su texto favorito en este tiempo fue: “A menos que el grano de trigo muera, permanece solo”. Pero siete meses después, en octubre, renovó su voto y cargó sobre sí un extraordinario y misterioso peso –nada menos que la conversión de Inglaterra. “En este este mes de octubre”, escribió en su diario:

> He experimentado un gran deseo por la conversión de los no creyentes, especialmente de Inglaterra, y me he ofrecidoa mí mismo a Dios para ser aniquilado si eso sirve a este propósito. Tengo que asegurarme que este deseo nunca se extinga, porque tengo la certeza de que si persevero, Dios se apiadará. Quiero ahora, en la presencia de Dios, ratificar todas mis promesas anteriores. Señor, si deseas que me vuelva loco, o que sea exclaustrado, o colgado, o exiliado de la sociedad humana, o si deseas anularme o si deseas condenarme al purgatorio hasta el día del

juicio, o si deseas privarme de tu ayuda sensible, o si deseas que nunca disfrute satisfacción en la plegaria, o que me vea atormentado por los escrúpulos; o si deseas condenarme a sufrir todas las penas que tendrían que sufrir todos los ingleses si fueran condenados, yo estaré contento, con tal que todos ellos retornen a ti. Dios mío, afirmo que nunca le voy a permitir a mi corazón ningún consuelo hasta que sea testigo de su conversión. Si deseas darme una prueba de tu amor, abre el camino a su conversión, de la manera que te plazca. No pido esto por mis propios méritos, sino por los méritos de la Preciosa Sangre derramada por tu Divino Hijo y por los méritos de la Santísima Virgen María, y por la intercesión de todos los santos del cielo. Mi querida Madre, ahora depende de ti obtener esto para mí. Yo lo quiero y todo lo que quiero es la gloria de tu Divino Hijo y la salvación de mis hermanos. *Fratres meos quœro*. Tú eres mi madre, dame esta prueba de ello; yo de nada puedo disfrutar hasta que lo hagas. Que no sea ésta la primera vez que tenga una negativa de tu parte. La gloria será tuya y de tu Divino Hijo por toda la eternidad. Amén.

Todavía una suerte de actitud infantil, aún a los veintisiete años. El 5 de octubre de 1841, veintidós años más tarde, el Padre Dominic, ahora de casi cincuenta años, fue enviado por su orden a Inglaterra, en cumplimiento de un voto que había hecho años antes sin conocer su alcance. No sabía mucho inglés –era una elección quijotesca la de predicar a los gentiles en inglés. El sentimiento anticatólico era fuerte en las clases bajas, aun sin este conspirador extranjero entre ellos.

Un día, mientras estaba caminando por las calles de un pueblo donde los pasionistas habían establecido una casa de retiros, una banda de matones le salió al paso. Comenzaron a arrojarle piedras y una de ellas le dio en la frente, haciéndole un tajo. Se detuvo y tomó la piedra –el grupo quedó expectante–, hizo un guiño, besó la piedra, se la puso en el bolsillo y siguió caminando.

Por supuesto, él es el sacerdote a cuyos pies, aquella noche de octubre de 1845, cayó Newman para ser recibido en la Iglesia. Algunos años más tarde, estando con un grupo de nuevos conversos que entraron en la Iglesia junto con Newman, el Padre Dominic los examinó sobre la lengua inglesa. Quería saber las peores palabras que se le pudieran dirigir a alguien; decía que quería conocer los términos más viles de vituperio.

Algunos compañeros jóvenes pensaron en hacerle una broma pesada a ese pequeño y ridículo extranjero. Convencidos de que pasaría por tonto discutiendo con una anciana y seria viuda británica, le dijeron todas las palabras que ellos sabían y que eran muchas. Por casualidad, esa noche, cuando estaba yendo a su cama, uno de sus compañeros acertó a pasar por la puerta abierta de la capilla y oyó al Padre Domingo, de rodillas ante el Santísimo Sacramento, llorando y golpeándose el pecho mientras decía con un grueso acento italiano: “Señor, ten piedad de este miserable hijo de puta”.

Diez años atrás (mucho antes de haber oído hablar de él), Newman pronunció un famoso sermón sobre el tema de la vida del Padre Dominic. El texto: “¿Seréis capaces de beber la copa que yo he de beber y ser bautizados con el bautismo con que seré yo bautizado? Y ellos dijeron: podemos”. “Si la fe es la esencia de una vida cristiana –dijo

Newman–, se sigue que nuestro deber es arriesgar por la palabra de Cristo lo que tenemos y lo que no tenemos".

Si alguien deseara convertir a los Estados Unidos, o al menos a sus amigos, o convertirse a sí mismo, debe arriesgarse a la muerte del amor. En la hora presente estamos en una noche oscura de la Iglesia. Los caminos usuales se han perdido. Hay ahora poca comodidad en la Iglesia visible. La liturgia, en manos de ladrones, está yacente en una fosa; los contemplativos vocean eslóganes políticos en las calles; las monjas han perdido sus hábitos junto con sus virtudes; las vírgenes, su virginidad; los confesores sus conciencias; los teólogos sus mentes.

Y, si esto es verdad, ¡es una "circunstancia feliz"!... porque no hay ciertamente ninguna razón para seguir siendo ahora católico, excepto aquella que siempre realmente existió: que en la vida invisible de la Iglesia se encontrará el amor de Cristo. ¿Y si se pierde la Iglesia? Eso no podrá ocurrir nunca porque, como dijo San Pedro, hay una llama suave y gentil de un cirio como luz vigilante, que arde ante el Santísimo Sacramento, "una lámpara que alumbra en un lugar oscuro hasta que amanezca el día y el astro de la mañana se levante en nuestros corazones" [151]. "Guíame, amable luz", había escrito Newman:

Guíame, amable luz, en la penumbra que me rodea,
guíame hacia adelante.
La noche es oscura y estoy lejos del hogar,
guíame hacia adelante.
Cuida mis pies; yo no pido ver
la escena distante –un solo paso me basta.

"En una noche oscura, encendida en amor, con deseos – ¡Oh circunstancia feliz!", dijo San Juan de la Cruz.

La más grande necesidad de la Iglesia, hoy, es la vida contemplativa de monjes y monjas. Los argumentos y martirios públicos son vanos sin el sacrificio de los corazones ¿Para qué son los argumentos y sacrificios si no para llevarnos al amor de Dios? Son apologéticas la mente de Tomás y la espada de Pablo y el corazón de ellos dos y de todos los santos incluyendo, esperemos, al más pequeño de nosotros. La vida espiritual no es solamente para los grandes santos: es el camino ordinario de la salvación.

No hay que dejarse apartar por una falsa humildad o un esnobismo invertido del hombre carnal que se burla de la plegaria y dice que es para los místicos y no para los hombres ordinarios. El hombre ordinario está hecho para el cielo y el único camino para el cielo es la cruz, cuya puerta más directa es una vocación a la vida religiosa donde,

151 2 Pe. 1, 19. [N. del trad.]

como monje o monja, formalmente y bajo una regla y una dirección, uno se compromete, en ese horno ardiente de caridad, al amor de Dios. Hay una vida activa, pero María eligió la mejor parte y todo lo que Marta hace depende de ella.

No han quedado muchos monasterios. Gracias a Dios hay unos pocos, y unos pocos libros buenos, no difíciles de leer, aunque difíciles de escribir. En primer lugar, *Una introducción a la vida devota*, de San Francisco de Sales, y por último, su *Tratado del amor de Dios*; y en el medio, los cuatro grandes cantos de San Juan de la Cruz, *Subida del Monte Carmelo*, *Noche oscura del alma*, *Cántico espiritual* y *Llama de amor viva*; y los tres de Santa Teresa de Ávila: *Autobiografía*, *Camino de perfección* y *Castillo interior*.

No hay que temer. Recordemos a Santiago y Juan que, no sabiendo lo que querían significar, dijeron: “Podemos”. Y si tenemos temor por nuestra incompetencia recordemos al padre Dominic, el que besó la piedra, llamado ahora oficialmente Beato Domingo Barbieri, en camino a la canonización. Un pobre de Dios, un desgraciado hijodeputa.

Capítulo 11

Negra pero hermosa

Cuando una prima estadounidense le pidió ver las ruinas romanas de Britania, Belloc le respondió: “Madame, Britania es una ruina romana”. Con el debido respeto, pienso que debería haber dicho una ruina medieval y, por tanto, una ruina cristiana. Si la religión es el primer determinante de una cultura, el Occidente decadente es una Cristiandad en ruinas. Sobre ello se han tomado dos posiciones –y una tercera, ignorada, suprimida, y no presentada con mucha fuerza.

Lo primero es el amor romántico de las ruinas mismas. Como dijo Heródoto, dadle a los muertos la gratificación de la alabanza. El romántico derrama una lágrima ociosa por las batallas de otros tiempos y los días que ya no están.

Miniver suspiraba por lo que ya no existía más
y soñaba y descansaba de sus labores;
él soñaba con Tebas y Camelot,
y los vecinos de Príamo. [152]

De acuerdo a la segunda visión, la de Tucídides, la tarea de la historia, como la de la corte de justicia, es considerar los hechos, establecer los precedentes y ofrecer a las generaciones futuras argumentos para casos similares. Gibbon fue el primer Tucídides de la Cristiandad, al verla como la vasta campaña de Sicilia de una Roma equivocada. Trató de probar que Nerón, después de todo, tenía razón en cuanto a ponerle fuego a Roma; fueron los cristianos, finalmente, los que mataron a los romanos y no, como dijo San Agustín, ellos mismos y sus dioses falsos. Así como Tucídides había puesto a su servicio a los filósofos de la naturaleza y a los sofistas, así el historiador científico moderno aplicó al caso los métodos de Newton –en este caso, a la Cristiandad– y la primera ola fue una demolición, comenzando con Gibbon y llegando a un punto de furia en el siglo diecinueve. Por ejemplo, Andrew D. White, primer canciller de la Universidad de Cornell, escribió en varios volúmenes la historia de una disputa que él llamó *La guerra de la Ciencia y la Teología*. White reunió la mejor bibliografía del material medieval que había en los Estados Unidos con el propósito de exponer lo que él llamó la

152 Edwin A. Robinson, “Miniver Cheevy”, *The Town down the River* (1910). [N. del trad.]

superstición cristiana. Se edificó una capilla gótica en un *campus* con vitrales ilustrados; no con leyendas de los santos, sino con grandes momentos de la ciencia, como la imagen de Ben Franklin remontando un barrilete.

> Oh glorias fatales de los santos, miembros muertos de dioses ahorcados,
> aunque todos los hombres se abajen en su espíritu –y se doblen todas las rodillas,
> yo no doblo mi rodilla ni os adoro, ¡estoy de pie mirando el final! [153]

En Columbia, Lynn Thorndike escribió una enciclopedia de lo que él llamó la magia medieval como matriz supersticiosa de la ciencia moderna, y Henry Dana Lea de Johns Hopkins, rivalizó con White en Cornell con sus colecciones y acusaciones. En Inglaterra, G. G. Coulton trazó una caricatura de esta posición, y llegó a un clímax en el debate humorístico con Chesterton, que lo sintetizó con su famosa ocurrencia: "Nunca conocí un hombre que supiera tanto y entendiera tan poco".

En la última mitad del siglo ha prevalecido una visión más sobria, y más aburrida, de los estudios científicos medievales, cuyo propósito no es tanto exterminar el cristianismo como comprender sus efectos, siempre que sean mensurables... El arco largo, el estribo y el arado de vertedera, el catálogo de los manuscritos de Fulda: pruebas contundentes, no evidencia de las cosas invisibles; los logros de SantoTomás en filosofía, no el *Tantum ergo* o su visión de la cruz. Se ignoran seis mil años de evidencia, según el número bíblico –quiero decir, la evidencia de una vida interior.

Por ejemplo, Henry Osborne Taylor [154] piensa por sí mismo cuando alaba a San Agustín y promueve actitudes más amigables en los estudios medievales cuando dice:

> En materia de intelecto puro, Agustín sobresale creativamente por encima de sus contemporáneos; anticipó el *cogito ergo sum* de Descartes y casi el pensamiento de Kant sobre la subjetividad del tiempo.

Se puede oír al demonio desde el Libro de los Hechos que replica: "Yo sé quién es Agustín, pero ¿quiénes son Descartes y Kant?". San Agustín es el Platón de la cristiandad. Toda la teología es una nota al pie de página de la obra de San Agustín. Ciertamente no es el pez piloto de un geómetra francés o un pedante alemán. "A pesar de su gran intelecto –continúa el Dr.Taylor– tenía algunas de las limitaciones de su tiempo. Creía en los milagros". ¿Son los milagros limitaciones de algún tiempo? En algún sentido San Agustín dijo que lo son: límites de todos los tiempos, límites del tiempo mismo. *Hodiernus tuus, æternitas*. Agustín se reía de los ateos pueblerinos de

153 Algernon Charles Swinburne, "Hymn to Proserpine (After the Proclamation in Rome of the Christian Faith)" (1866). [N. del trad.]
154 Henry Osborne Tayler, *The Classical Heritage of the Middle Ages* (1901). [N. del trad.]

sus días, quienes no podían creer que el agua realmente se hubiera cambiado en vino en Caná, cuando cada año sucede un milagro más lento en las viñas, toda vez que una lluvia gentil es transubstanciada por las uvas. Igualmente, dice Taylor:

> Supone la existencia de ángeles y las razones de su creación y su conocimiento de Dios [...] Tenía también el hábito universal de interpretaciones alegóricas con fantasías sobre el simbolismo de los números.

¿Sufría San Pablo las limitaciones de su tiempo cuando dijo:

> Decidme, los que deseáis estar bajo la Ley, ¿no escucháis la Ley? [...] Esto es una alegoría. [155]

Quæ sunt per allegoriam dicta? ¿Son los ángeles, también, una ficción de algún tiempo, y es el propio método de interpretación de la Escritura una mera fantasía? ¿El tiempo de quién tiene limitaciones?

Esta primera ola científica hostil fue gravemente enfrentada, si bien no críticamente, por los románticos del Renacimiento Gótico, que templaron la furia de la ciencia con un maravilloso ingenio, el cual, lamentablemente, solo sirvió para desacelerar las cosas; de modo que una segunda ola, más conciliadora y gentil, pudo ahogar de alguna manera a los pocos sobrevivientes. Reexaminando los datos con un prejuicio a su favor, la generación de historiadores científicos conciliadores hasta llegó a afirmar una superioridad medieval, como en la obra de Gilson y Maritain, que argumentan que San Agustín y, especialmente, SantoTomás, anticiparon los logros del mundo moderno –es decir, que ellos fueron realmente modernos. Christopher Dawson, que trató de probar que el cristianismo medieval fue responsable de toda la idea de progreso, alcanzando respetabilidad académica, negada a los quisquillosos antiguos románticos, a los antimodernos y al gran historiador Belloc. Los estudios medievales han seguido un orden de integración en la respetabilidad académica al modo como los afroamericanos se han integrado a la sociedad blanca: primeramente los *minstrel shows* [156] y *Old Black Joe* [157]; luego, en una segunda etapa, los intentos de probar que los negros son realmente iguales a los blancos, y así vemos en la televisión los *shows* Black Executive, Black Agent 007. Belloc y Chesterton fueron entretenedores públicos, como ellos bien sabían: comediantes de caras negras en un *minstrel show* medieval; y, en una segunda etapa, el neoescolasticismo

155 Gál. 4, 21-24. [N. del trad.]

156 Género teatral musical estadounidense de la segunda mitad del siglo XIX que aunaba la ópera inglesa con la música negra y donde actuaban actores blancos que pintaban sus caras de negro (luego lo hicieron negros que también se pintaban las caras), interpretando canciones y bailando de manera cómica, como supuestamente lo hacían los negros. [N. del trad.]

157 Canción compuesta por Stephen C. Foster (1853) que suena como una canción de las plantaciones del Sur estadounidense. [N. del trad.]

fue la auténtica piel de una autentica teología tomista, blanqueada cosméticamente por los políticos liberales. Pero supongamos que lo negro en sí mismo fuera hermoso: ¿está preparado el establecimiento científico para tolerar no sólo otra escuela de pensamiento, sino una presencia profundamente diferente?

Nigra sum sed formosa, filiæ Jerusalem.
Soy negra pero hermosa, oh hijas de Jerusalén.

Después de la de San Pablo, la de San Agustín es la más celebrada y mejor documentada conversión al cristianismo. Comprender la conversión es comprender lo que sucedió en la historia, y tal vez mucho más; pues las causas operativas de la conversión son precisamente las que se estudian en la tercera alternativa; ni en la exageración romántica ni en la reducción científica del tema, sino en su experiencia, especialmente en la vida monástica, su institución central, no dedicada a ninguna otra cosa.

Hay cuatro notas en la definición de esta clase de enseñanza.

En primer lugar, la causa final: el propósito de una universidad, en la visión medieval, no es el conocimiento, al menos no el conocimiento en sentido científico, o la prudencia y el arte en sentido ético y económico –ni un conocimiento teórico o práctico, sino el que San Benito llama experiencial– significando una experiencia interior, no del sentido o de la inteligencia que trabaja sobre los datos del sentido, sino una experiencia de la gracia en los dones del Espíritu Santo, que produce los frutos del espíritu.

San Agustín en Ostia, con toda su ciencia universitaria, fue superado por su ignorante madre:

> Acercándose ya el día en que mi madre había de salir de esta vida, el cual para Vos, Señor, era tan sabido como para nosotros ignorado, sucedió, sin duda disponiéndolo Vos por los medios ininvestigables de vuestra providencia, que mi madre y yo estuviésemos solos y asomados a una ventana, desde donde se veía un jardín que había dentro de la casa que habíamos tomado en la ciudad de Ostia, junto al Tíber [... donde] meditando interiormente y hablando de Ti y admirando tus obras [...] vinimos a tratar de nuestras almas y de allí pasamos más adelante para llegar a tocar aquella región de abundantes e indefectibles delicias, donde por toda la eternidad apacentáis a vuestros escogidos con el pábulo de la verdad infinita. Y mientras así estábamos hablando y penando por ella, llegamos a un pequeño encuentro con ella con todo el esfuerzo de nuestro corazón; suspiramos y dejamos detrás de nosotros los primeros frutos de nuestros espíritus allí encadenados, *Attingimus eam modice toto ictu cordis*. La alcanzamos módicamente con un esfuerzo total del corazón.

Santa Mónica, al igual que Santa Teresa de Ávila, confiesan constantemente su ignorancia, mientras los eruditos dominicos escudriñan las páginas de su autobiografía a fin

de encontrar un método para su perfección – un método que ella conoce, como lo dice cien veces, no por conocimiento sino por experiencia.

Un ignorante San Benito, "ignorante a sabiendas y sabiamente iletrado", en la famosa frase de San Gregorio el Grande, sin embargo se llama a sí mismo maestro:

Ausculta, o fili, præcepta magistri, et inclina aurem cordis tui.

Escucha, hijo mío, los preceptos del maestro e inclina el oído de tu corazón.

El oído del corazón, no el cerebro: ésa es la diferencia. San Agustín decía en Ostia: *ore cordis*, "estamos jadeantes con la boca del corazón por las corrientes superiores de tus fuentes". La regla de San Benito es llamada la constitución de una escuela, pero no para buscar meramente conocimiento:

Constituenda est ergo nobis dominici schola servitii.

Tenemos que tener una escuela al servicio del Señor.

en cuyo currículo el estudiante crezca en "conversación",

processu vero conversationis.

El abad McCann [158] traduce esta muy comentada palabra simplemente como "vida monástica", significando no sólo conversación sino todo pensamiento y gesto. No por una inflación de la mente sino por una dilatación del corazón, el estudiante marcha con una inefable dulzura, como San Juan anticipándose a San Pedro ante la noticia de María Magdalena sobre la tumba vacía. *Dulcis* –dulce– es la palabra benedictina, especialmente de San Bernardo, el doctor melifluo, que se dijo que compuso poemas perfectos en la tradición mística desde David a San Juan de la Cruz.

Jesu dulcis memoria
dans vera cordis gaudia,
sed super mel et omnia,
ejus dulcis presentia.

Jesús, sólo el pensar en Ti
llena el pecho de dulzura,
pero mucho más dulce es ver Tu Faz
y descansar en Tu presencia.

158 Dom Justin McCann O.S.B., monje de la abadía de Ampleforth (York), maestro del St. Benet's Hall de Oxford (1921-47) y abad titular de Westminster desde 1947, tradujo al inglés moderno y editó la Regla de San Benito en 1952. [N. del trad.]

Aun Newman, en *Idea de la Universidad*, da por supuesto que el objetivo de la educación es el conocimiento. Insiste primeramente en la inclusión de la teología, como su rama y su corona, y, en segundo lugar, en la distinción entre enseñanza e investigación. Los filósofos de la educación generalmente están de acuerdo y discuten medios y no fines. Son más bien los científicos sociales y los psicólogos los que han redescubierto el principio monástico del aprendizaje como experiencia –aunque, ignorando a Platón, han adoptado una socialización totalitaria como la única alternativa a la tradición intelectual.

El abad McCann, en su fina edición de la *Regla de San Benito*, pone este epígrafe –sorprendente en un primer momento–, no tomado de una fuente cristiana:

> No es un tema ordinario el que estamos discutiendo, sino el de la correcta conducta de vida. [159]

La palabra en griego es *topos*, el cambio de vida, exactamente como en conversión y conversación, cuya raíz es *vertere*, "girar". La cita es de Sócrates, hablándole a Trasímaco en la República, y se podría citar todo el *Simposio*, el *Fedro* y el *Fedón*, y hasta todas las obras coleccionadas, para probar que Platón, como San Benito, piensa que el fin de la educación es el amor de la sabiduría –filosofía–, no la adquisición de cosas y habilidades; la diferencia, por supuesto, radica en Quién es esa sabiduría. Como dijo San Agustín de los platónicos: "El Verbo hecho carne, que no encuentro entre ellos".

La segunda nota de una educación monástica es su causa formal, la manera o el curso que recorre el estudiante interesado y que es, como dice Sócrates, "la entera conducta de vida", no con tantas horas de clase o más o menos materias de estudio. La principal crítica formal de la universidad moderna desde este punto de vista es su falta de integridad –los estudios no son integrales, no forman una unidad. No es una universidad sino una pluriversidad, cuya vida cultural está mayormente abandonada a la industria del entretenimiento, y hasta en el programa académico hay muy poca relación entre las especialidades técnicas.

San Benito, como Sócrates en el Simposio, dice que el currículo es una escalera de amor cuyos lados son el cuerpo y el alma, y doce escalones de humildad que llevan de la tierra al cielo, como la escala del sueño de Jacob, con ángeles que subían y bajaban. Dios mismo se inclina desde lo alto con condescendiente suavidad. Para el entrenamiento del cuerpo se practica una vida ascética: el hábito, la alimentación, el trabajo manual y, para el alma, el *Opus Dei*, como lo llamaba San Benito, o sea una continua y total inmersión en unos pocos textos –el Salterio aprendido de memoria en el primer año de noviciado y, finalmente, todo el Antiguo y el Nuevo Testamento en la versión del latín vulgar de San Jerónimo. Además de la Biblia estaban la Regla y unos pocos comentarios selectos. En ningún monasterio particular había algo como el enorme conjun-

159 Platón, *La República*, libro 1. [N. del trad.]

to de la patrología. Los monjes leían muy poco de su propia tradición y todavía menos de artes liberales.

Los intentos para probar los renacimientos de los siglos ocho, doce y trece son tendenciosos y asumen, por supuesto, una teoría moderna del progreso. Pocos en estos días leen absolutamente a los griegos y ni siquiera a los clásicos latinos, más que en algunos textos escolares para aprender gramática. Tan pronto como Platón es encontrado en San Agustín, ya no hay necesidad de Platón. Así como los hijos de Israel tomaron consigo los vasos de oro y plata de los egipcios y los llevaron al desierto, así el cristianismo tomó algo de aquí y de allá, pero no mucho. Como con la balsa de Buda a través del Ganges, sería absurdo, una vez que se usaron los clásicos para llegar a San Agustín, ponérselos a la espalda para seguir estudiando a Virgilio y Cicerón en la tierra seca del cristianismo. Creo que el viejo G. G. Coulton [160] tenía razón: ellos eran un pequeño conjunto antiliberal, si los medimos por los estándares del mundo. Aun Alcuino, el más ilustrado de ellos, no fue un Sócrates y ni siquiera un Flaco, como risueñamente lo llamaban; y si consideramos los millones de monjes en todos los monasterios a través de la Edad Oscura, durante mil años, desde las amargas islas occidentales británicas hasta los desiertos de Egipto, esas edades realmente fueron oscuras. Si Platón tuvo razón en su famosa analogía, y la historia es el progreso del alma con mayúsculas, estas edades fueron la Noche Oscura del cristianismo, de las que san Juan de la Cruz podría haber escrito:

¡Oh noche amable más que la alborada!
¡Oh noche que juntaste
amado con amada,
amada en el amado transformada!

En mi pecho florido,
que entero para él solo se guardaba,
allí quedó dormido,
y yo le regalaba,
y el ventalle de cedros aire daba.

Angosto es el camino y estrecha es la puerta de este jardín. Pasé una parte de un largo invierno a unos pocos pasos de las ruinas de la abadía de San Colman en Inishbofin, en la costa oeste de Irlanda. Caminar allí en el claustro era como hacerlo en un mar embravecido, porque los huesos de todos aquellos antiguos monjes se levantaban de sus sepulturas en polvoriento montón. Un pequeño lugar, en una angosta isla. La vista a través de la ventana del este de la capilla, ante la cual alguna vez estuvo el altar, es tan

160 George Gordon Coulton (1858-1947), medievalista británico. [N. del trad.]

ancha como la que jamás alguien pudo haber visto, según creo. ¿En qué sentido puede ser estrecha el alma que no ha tenido que estudiar mucho para devenir la sustancia de los salmos? Día tras día, hora tras hora, verano, invierno, en vigilias nocturnas, tarareando con un sonido resonante que zumba en el cráneo y los huesos, largos versos y antífonas de lento equilibrio, en el silencio singular y sonoro de los tonos gregorianos. Hemos confundido simplicidad con empobrecimiento y pobreza con indigencia. ¿Qué clase de cultura ha sido ésta y qué clase de hombre se ha formado en ella? Se piensa en el ideal de Newman del caballero decimonónico, destetado de Cicerón, cultivado en las ciencias y artes liberales para destacarse seriamente en el Servicio Exterior, o en el londinense dieciochesco, pleno de ingenio y vigor vulgar; o en el erudito del Reacimiento, brillante, lascivo, escéptico y astuto, educado en la abadía de Thelema o en los talleres de Cellini o del Príncipe. Echemos una mirada a estos varios retratos, ¿cuál es de Hiperión y cuál es del Sátiro? Románico y gótico, ambos son creaciones accidentales del claustro, subproductos de una vida de plegaria. Sugerio fue abad de San Dionisio y su director espiritual fue San Bernardo, cuyos himnos y sermones, especialmente el Cantar de los Cantares, ¿quién podrá dimensionarlos? El mismo Dante, que tomó a Virgilio como su guía por el Infierno y el Purgatorio, ubicó a San Bernardo junto a la bienaventurada Virgen sobre todas las otras estrellas en el cielo de los cielos en el Paraíso y compuso la que es la más fina lírica de la lengua italiana –en imitación de él– para cantarla. Precisamente una rápida mirada a estos cuartos es suficiente para probar al menos que nadie puede dejar de lado una cultura tal como ésta con el fundamento de que fue ignorante y estrecha –¡y lo fue!

Lea en voz alta, como hacen los monjes, *in lectio divinis*, con tono pausado, para usted mismo o entre unos pocos amigos, el Sermón XXVI, cuyo texto es el Cantar de los Cantares 1, 4:

Sicut tabernacula Cedar, sicut pelles Salomonis.
Como las tiendas de Quedar, como los pabellones de Salomón.

San Bernardo comenta esmeradamente, él mismo, de acuerdo a la tradición, usando la Escritura para interpretar la Escritura, una concordancia viviente –que no es un índice, sino, como lo implica su nombre, un conocimiento de memoria. Encontrando la palabra Cedar en el salmo 119, cita el verso:

¡Ay de mí que mi destierro se prolonga!

Y rumiando ese tema recuerda a Romanos 7, 24:

> Desdichado de mí, ¿quién me libertará de este cuerpo mortal?

Y sesenta y seis líneas más adelante de este texto irrumpe en un desgarrador *quousque*:

> *Quousque enim dissimulo, et ignis quem intra me ipsum abscondo triste pectus adurit, interiora depascitur?*
>
> ¿Hasta cuándo puedo disimular mientras este fuego que oculto dentro de mí quema mi pesado corazón y se apacienta en mis entrañas?

Sigue hasta el final una de las más intensamente personales, objetivas y espirituales expresiones de dolor en la vasta literatura de la muerte de su hermano Girard:

> *Frater sanguine, professione filius, sollicitudine pater, consors spiritu, intimus affectu.*
>
> Hermano por sangre, hijo por profesión monástica, padre por la solicitud, socio en el espíritu, íntimo amigo en el afecto.

En estudios recientes de la lengua latina en las universidades, se afirma comúnmente que los programas cuyas lecturas no contengan a Cicerón y Virgilio no sólo no son aceptables sino impensables. El *quousque* de San Bernardo nos podría recordar nuestras luchas en el secundario con otro famoso que comienza el gran exordio con el dedo ciceroniano apuntando a Catilina:

> *Quousque tandem abutere, Catilina, patientia nostra?*

Si se quiere enseñar latín se puede utilizar cualquiera de las dos proposiciones. Las dos tienen sustantivos y verbos. Pero si se quiere formar la sensibilidad –no diré el espíritu, que encierra la pregunta – y además de enseñar latín se quiere enseñar literatura, y, si se quiere, al mismo tiempo, cultura, no se puede dejar de lado a San Bernardo más que a Cicerón.

La tercera nota de esta educación monástica es la causa eficiente: ¿quién es el maestro? En una universidad moderna se presta muy poca atención –sería necesario hacerlo– al maestro, fuera de su competencia técnica en la materia; ni siquiera a su capacidad para enseñar y, por cierto, no a sus cualidades personales, morales o espirituales. Un juez en 1941 le prohibió a Bertrand Russell enseñar filosofía en el City College en Nueva York, fundado en que defendía una conducta que cae bajo la definición legal de abuso de menores, que Russell llamaba matrimonio de prueba. Pero hoy decimos que un experto es un experto y buscamos su pericia; no importa si un dentista confunde *Playboy* con literatura, con tal que sus rellenos no fallen, y lo mismo ocurre con un filósofo.

Pero si, como Sócrates o San Benito, uno dice que hay algo más que eso, hay que considerar al maestro y los libros de texto con gran cuidado. En el largo y ronco debate sobre la censura, cada parte ha llegado a pensar que la opuesta está conformada por dementes y mentirosos, principalmente por no poder distinguir los diferentes usos de la literatura. Si se adopta la postura moderna, leyendo rápidamente por conocimiento y placer, la academia y la crítica serían para hacer reseñas y clasificar los tipos y los temas, y las evaluaciones moral y espiritual serían irrelevantes, en el mejor de los casos sólo útiles como materia de clasificación. Pero si, meditando, se toma un texto en el corazón con el propósito de aprender a amar, entonces Platón y la tradición cristiana tienen sentido. San Benito dice del maestro:

> Que conozca la difícil y ardua tarea que está emprendiendo: orientar almas [...] de lo que un día va a rendir cuenta.

No es probable que un conferencista en química o en estudios críticos de literatura vaya a ser acusado de corromper a la juventud, pero alguien como Sócrates o San Benito, que emprenden la orientación de las almas, están abiertos al cargo.

Platón dijo que toda filosofía es una meditación sobre la muerte. Su propia filosofía es una larga meditación sobre la muerte de Sócrates –todo el corpus platónico es una vasta apología. El cargo no es absurdo, dice él: los maestros son responsables de lo que enseñan, pero Sócrates es inocente. Sócrates es el buen maestro, un filósofo, un amante de la sabiduría y, por tanto, él mismo es el hombre justo de la República. El abad San Benito ha de ser el Hombre Justo de las Escrituras; justo como Sócrates en el orden de la justicia, justificado por la fe en el orden de la gracia,

> temiendo siempre el examen que el pastor deberá rendir por las ovejas que le fueron confiadas; y ansioso por la cuenta que deberá dar por los otros, es también solícito por sí mismo; y mientras ayuda a otros con sus advertencias para que se enmienden, se purifica él mismo de sus faltas.

Cualquiera cuya enseñanza cruce esta línea de estricta impersonalidad de la ciencia, debe vivir siempre precariamente en una sociedad manipulada por la política de santuarios protegidos, tales como universidades y conventos bajo libertad académica y clerical, donde el maestro está primeramente sujeto a rigurosos códigos éticos y a una larga iniciación antes de recibir los derechos de titularidad –y una vez que la posee está, entonces, libre de toda interferencia partidaria.

Pero aun concediendo esto, la defensa final que Platón hace de Sócrates es que él no es de ninguna manera el maestro –el muchacho esclavo en el *Menón* aprende la verdad sobre la duplicación de los cuadrados y los inconmensurables no de Sócrates, que simplemente lo interroga–, sino el maestro interior que está sentado en el cónclave en el

centro del alma y al que San Agustín en el *De Magistro* identifica con el logos de San Juan.

Aunque la educación monástica es intensamente personal, comenzando con el amor mutuo y la influencia entre estudiante y maestro, es, sin embargo, rigurosamente objetiva. No se trata de un personalismo romántico ni una posesión emocional sino más bien de un psicoanalista que escucha y pregunta pero nunca interviene, extrayendo la personalidad del paciente para que realice un autodescubrimiento. La educación monástica no es "transaccional"; nada se añade o se cambia. Eso sería confundir amor con comodidad, y su ejercicio con una técnica. El maestro no es el autor de la verdad y ni siquiera el agente de su descubrimiento, sino un interlocutor, un oyente, un auxiliar, alguien como un médico, que no causa la salud sino que prudentemente asiste a la naturaleza para su propia perfección.

Lo personal no es necesariamente subjetivo, una distinción hecha borrosa por los románticos. El corazón en el simbolismo clásico y medieval no es el asiento de las emociones sino de la voluntad –el apetito intelectual. Los que hoy sienten temor de los métodos socrático y monástico son en su mayoría, a menudo, relativistas que niegan la existencia de una verdad objetiva y, por tanto, piensan que esa enseñanza ha de ser necesariamente un tipo de hipnosis, siguiendo hasta el final la lógica de su propia posición, que reduce toda la enseñanza a un adoctrinamiento, a una modificación de la conducta mediante una variedad de condicionamientos, donde la realidad misma, como dicen los budistas, es una ilusión, operada por un hipnotizador demoníaco. Ningún curso de estudios monásticos puede coercionar a la inteligencia libre, que ve a la Inteligencia y al Amor mismos, que enseñan desde adentro. En las famosas palabras de San Agustín:

> *Sero te amavi, pulchritudo tam antiqua et tam nova, sero te amavi. Et ecce, intus eras, et ego foris!*
>
> Demasiado tarde te amé, belleza a la vez tan antigua y tan nueva, demasiado tarde te amé. Y he aquí qué tú estabas adentro y yo afuera.

El castillo interior de Santa Teresa de Ávila, que es una de las dos obras más leídas en español, de acuerdo a Allison Peers, su traductor, juntamente con *Don Quijote* –¡un extraño y maravilloso equipo!– es una pintura brillantemente colorida de este hecho central de la educación monástica, carmelita en este caso. Escrito en 1577, y mirando en retrospectiva a toda la época, es tal vez la mejor introducción que hay a la Edad Media. Comienza así:

> Estando hoy suplicando a nuestro Señor hablase por mí, porque yo no atinaba a cosa que decir ni cómo comenzar a cumplir esta obediencia, se me ofreció lo que ahora diré, para comenzar con

algún fundamento: que es considerar nuestra alma como un castillo todo de un diamante o muy claro cristal, adonde hay muchos aposentos, así como en el cielo hay muchas moradas. Que si bien lo consideramos, hermanas, no es otra cosa el alma del justo sino un paraíso adonde dice Él tiene sus deleites. [...]

Hagamos cuenta que estos sentidos y potencias (que ya he dicho que son la gente de este castillo, que es lo que he tomado para saber decir algo), que se han ido fuera y andan con gente extraña, enemiga del bien de este castillo, días y años; y que ya se han ido, viendo su perdición, acercando a él, aunque no acaban de estar dentro porque esta costumbre es recia cosa, sino no son ya traidores y andan alrededor. Visto ya el gran Rey, que está en la morada de este castillo, su buena voluntad, por su gran misericordia, quiérelos tornar a él y, como buen pastor, con un silbo tan suave, que aun casi ellos mismos no le entienden, hace que conozcan su voz y que no anden tan perdidos, sino que se tornen a su morada. Y tiene tanta fuerza este silbo del pastor, que desamparan las cosas exteriores en que estaban enajenados y métense en el castillo. [...]

Mas lo que digo es en diferente manera, y que algunas veces, antes que se comience a pensar en Dios, ya esta gente está en el castillo, que no sé por dónde ni cómo oyó el silbo de su pastor. Que no fue por los oídos, que no se oye nada, mas siéntese notablemente un encogimiento suave a lo interior, como verá quien pasa por ello, que yo no lo sé aclarar mejor. Paréceme que he leído que como un erizo o tortuga, cuando se retiran hacia sí [...]

Ahora me acuerdo, sobre esto que digo de que “no somos parte”, de lo que habéis oído que dice la Esposa en los Cantares: Llevóme el rey a la bodega del vino, o metiome, creo que dice. Y no dice que ella se fue. Y dice también que andaba buscando a su Amado por una parte y por otra. Esta entiendo yo es la bodega adonde nos quiere meter el Señor cuando quiere y como quiere; mas por diligencias que nosotros hagamos, no podemos entrar. Su Majestad nos ha de meter y entrar El en el centro de nuestra alma y, para mostrar sus maravillas mejor, no quiere que tengamos en ésta más parte de la voluntad que del todo se le ha rendido, ni que se le abra la puerta de las potencias y sentidos, que todos están dormidos; sino entrar en el centro del alma sin ninguna, como entró a sus discípulos cuando dijo: *Pax vobis*, y salió del sepulcro sin levantar la piedra [...]

La cuarta y última nota: la materia de los estudios monásticos es la vida eterna. Persiste en todos nosotros una vaga memoria genética del Paraíso, en el que Dios conversaba con Adán, paseando en el jardín en las horas después del mediodía; y algunos para quienes esta memoria tiene cierta “presencia”, como Moisés, Jacob y, especialmente, David, fueron consideradas figuras de la vida contemplativa. Pero el primer monje y abad profesional fue Elías en Monte Carmelo, que envió a su discípulo afuera a observar una nube que ascendía desde el mar en forma de una huella humana, como un primer signo misterioso. En el Monte Horeb, habiendo huido de Jezabel, alimentado por un ángel con una comida misteriosa, durante cuarenta días con sus noches, Elías oye, por fin, la suave y tranquila voz, no del espíiritu rugiente que mueve montañas, no del fuego furibundo, sino

sibilus auræ tenuis
un silbido del aire gentil

La educación monástica es esencialmente estática –tranquila y callada–, un currículo que no corre a cualquier parte; un curso pero no una senda. No se mueve a través de una distancia mensurable sino sólo de alguna manera en las soledades sin caminos de Egipto, o dentro del *hortus conclusus* en alguna casa sin numeración en el corazón de una ciudad y en el corazón de alguien en esa casa, como en las profundidades de un pozo sellado. Tal educación no se somete fácilmente a tests y mediciones; confunde a los registradores; el estudiante no se recibe nunca. Se parece a un retiro, a descanso pero no a indolencia –es un ocio celoso; despreocupación por notas al pie y bibliografías; sus fuentes están adentro. No se acude a cien lecturas o reseñas.

Un solo verso basta para una hora o un año y se olvidan los capítulos y los números. En una lectura meditativa, la prisa mata. Las notas y los esquemas interrumpen. El estudiante es como la abeja que liba néctar de distintas flores: plena de dulzura, olvida cuál era cada una; o como el gusano que marcha hacia adelante ciegamente en la oscuridad y entonces, acostumbrado al lugar y sin saber nada de él salvo que está allí, levanta su mitad inferior: "Éste es un punto de vista –dice– y aunque otro pueda ser más grande y más espléndido, ninguno puede ser más cierto y nunca ser el mismo", y sigue nuevamente adelante.

Vermis sum, non homo

Soy un gusano y no un hombre

Y el Señor llamó a Adán y le dijo: ¿Dónde estás? *Ubi es?* El Señor lo llamó, pobre hombre que piensas que buscas la verdad, como San Agustín, clamando en su angustia: "¡A ti te buscaré!"

Quæram te, Domine....

Sea en el Carmelo, en el interior de una mansión o en el desierto, el estudiante medieval lee, lee, y lee de nuevo...

Vocavitque Dominus Deus Adam et dixit ei: Ubi es?

"*Tu reliquisti me!*", le dice Dios a Jeremías: "¡Tú me has dejado!". Y todo a lo largo de los atardeceres, en plena calma, contemplando la pequeña nube que se eleva desde el mar en forma de una huella, escuchando en el silencio interior el silbar del aire gentil, leyendo o releyendo, trazando lo que sólo parecen ser signos accidentales como palabras y números, y temas en concordancia con la propia memoria, en las grandes

ruedas dentro de ruedas, girando con las estaciones, las horas, las mareas y las estrellas, el año litúrgico se mueve sobre el punto fijo de la rueda que gira.

No puede caber duda sobre la importancia y la validez de los estudios medievales para la civilización occidental, y que una participación interior (en cuanto ella es posible para quienes no están realmente viviendo una vida monástica) es, si bien no la única puerta, sí la puerta interior para la más profunda comprensión de esos estudios. Lo único que falta es saber el lugar que hay para esa educación en la universidad moderna. Cuando San Benito llegó a Roma a fines del siglo quinto, el mundo ya era demasiado moderno para él; se retiró de la universidad unos pasos antes de tocar el umbral. No es cierto que la educación monástica, si bien es propia de los monasterios, no sea la manera ordinaria de aprender. ¿No es la investigación científica la tarea propia de las universidades, que se puede provechosamente aplicar a los estudios medievales tanto como a cualesquiera otros, cuyo propósito sea el conocimiento en sentido estricto –*scientia*–, dejando el amor de Dios a las instituciones religiosas fuera de los apoyos fiscales de un gobierno dedicado a la separación de la Iglesia y el estado?

Muy brevemente:

1) La Constitución de los Estados Unidos no prohíbe el amor de Dios a ningún ciudadano sin que importe su color, credo u ocupación –¡ni siquiera si es un maestro! Prohíbe el establecimiento de una secta. Incluso la más estricta aplicación a las universidades sólo exige que a un estudiante no se le requiera seguir un curso de estudios religiosos sectarios, participar en oraciones o creer. En una palabra, debe haber variedades y alternativas a discreción del estudiante, y la facultad debe respetar su conciencia. La Constitución no establece el ateísmo. ¿Qué nos ordena hacer la Constitución? ¿Publica un índice de libros prohibidos? ¿Organiza autos de fe? ¿Prohíbe el amor de la poesía o nos dice: "publiquen los textos pero no crean lo que ellos dicen"? ¿Y cómo controlará las creencias? ¿Nos someteremos al detector de mentiras? ¿Habrá interrogatorios a nuestros estudiantes? ¿Confesiones forzadas y forjadas? ¿Intimidaciones, recortes de privilegios, misteriosas inequidades en los salarios y licencias sabáticas? ¿Escuchas telefónicas? ¿Grabaciones?

Decir que la libertad de religión excluye el derecho de enseñar lo que uno cree, es una contradicción en los términos. Es una broma amarga pensar en una universidad como el último refugio de la hipocresía religiosa. He usado el término medieval y no católica porque las palabras no son sinónimas. Ojalá lo fueran. Pero, por una parte, hay muchos católicos que se apartan del centro monástico de su Iglesia en nombre de un espíritu no probado que ellos falsamente identifican con el Concilio Vaticano Segundo, y, por otra parte, hay algunos fuera de la Iglesia visible, que muy bien pueden ser parte de una invisible tradición monástica. No hay aquí problema con una instauración

religiosa sino, muy por el contrario, con un liberalismo inquisitorial que implacablemente extermina todo lo que está en desacuerdo con él –en nombre de la libertad.

2) Hay un problema de oportunidad, un peligro de lo que los escolásticos llaman "singularidad", de estar fuera de lugar en el intento de adaptar esa educación a la maquinaria de la mayoría científica que te manda tests, programas, etc. Ciertamente debe realizarse un compromiso. En Francia, Inglaterra, Irlanda, Canadá –naciones que conozco, y otras también, estoy seguro– hay colegios confesionales dentro de las universidades seculares, con claustros, capillas, campanas y hábitos religiosos, que atestiguan una plena vida monástica exactamente en medio de la confusión académica. En muchas universidades hay institutos, departamentos, programas, alianzas amistosas y profesores solteros que realizan esos estudios, en los cuales no hay nada contrario a la tradición estadounidense o al "desestablecimiento", y debemos esperar un gran avance contra el prejuicio religioso en la educación americana cuando se establece un colegio monástico en una universidad estatal, alentando de esa manera programas y cursos de tales estudios. No es como si se estuviera proponiendo un programa de recomendación de asesinos o un taller de violadores o caníbales; y entre los dientes de la permisividad actual, el despreciado medievalista debe ser perdonado con una cierta sonrisa. El anticatolicismo es el antisemitismo de los liberales, una ignorancia fácilmente vencible y merecedora de desprecio.

Siempre habrá dificultades. Andrew White tenía razón: existe cierta antipatía, aunque no contradicción, entre la ciencia y la religión. Ha habido momentos en que casi se ha borrado a una de las dos, pero en una nación fundada en el pluralismo, no puedo ver cómo una presencia medieval puede ser excluida. Los estudiantes tienen el derecho de aprender y, por lo tanto, el derecho de probar por sí mismos estos textos y no los de su enemigo. Dada esta oportunidad, no obligada ni presionada en absoluto, algunos oirán ese silbido de aire suave y se encontrarán vocaciones a la vida, con frecuencia ante la incomprensión de sus padres –como en el caso del mismo Santo Tomás de Aquino, encarcelado en una torre para impedir que se uniera a los dominicos y que citaba, imagino, a Mateo 10, 37 cuando era bajado en una cesta por sus hermanas para escapar. Y para todos, en esta zumbante y combativa época tecnológica, especialmente para los que se oponen a su espíritu, es un valor tener un testigo del silencio. Incluso si es despreciable para algunos, la misma tontería y fragilidad de este testigo merecen un lugar frente al día en que la ciencia impetuosa y el dinero duro puedan ellos mismos convertirse en pobres refugiados de su propio éxito y necesitar la amistad de unos cuantos sobrevivientes que en todo este tiempo hayan creído que este mundo es una noche oscura, aunque muy hermosa.

Al menos por ahora, en este continente de disputas, la supremacía científica podría estar cerca de una rendición incondicional y aceptar una tregua, encontrando algo

hermoso, si no bueno y verdadero, en lo que ha despreciado. San Benito creía que la vida misma es una especie de tregua:

Ideo nobis propter emendationem malorum hujus vitæ, dies ad indutias relaxantur.

De este modo, para la enmienda de los males de esta vida por una tregua se han alargado nuestros días.

Apéndice

Los mil libros buenos

El movimiento de los “grandes libros” de la generación pasada no ha fracasado, sino que más bien se ha ido apagando lentamente. No por algún defecto en los libros –“lo mejor que se ha pensado y dicho”, en palabras de Matthew Arnold– sino que, como champagne en botellas de plástico, se desinflaron. Para cambiar la figura: las semillas son buenas, pero el terreno de cultivo está agotado. Las ideas seminales de Platón, Aristóteles, San Agustín y Santo Tomás prosperan sólo en un suelo imaginativo saturado con fábulas, cuentos de hadas, historias, ritmos y aventuras: los mil libros de Grimm, Andersen, Stevenson, Dickens, Scott, Dumas y el resto.

Tomando todo lo que fue mejor en el mundo grecorromano, la tradición occidental nos ha dado los mil libros buenos como una preparación para los grandes –y para todos los estudios en las artes y en las ciencias. Sin ellos todos los estudios son inhumanos. El atleta brutal y el esteta afectado sufren vicios opuestos al “gentleman”, el caballero de Newman. Cualquiera que trabaje en la universidad, sea en las artes y las ciencias puras o prácticas, descubrirá que ha dado un salto cuántico si consigue un terreno cultural aunque sea pequeño: crecerá como una planta desnutrida y repentinamente fertilizada y regada.

Por supuesto, la distinción entre “grande” y “bueno” no es absoluta. “Grande” implica una cierta magnitud; se podría decir que *La guerra y la paz* y *Los miserables* son grandes por su extensión, o que *La crítica de la razón pura* lo es por su dificultad. Los libros grandes llaman a una reflexión filosófica; los libros buenos son populares y apelan especialmente a la imaginación. Obviamente, algunos autores son a la vez grandes y buenos y sus obras pueden ser leídas más de una vez desde diferentes puntos de vista –y esto es cierto, por ejemplo, de Shakespeare y Cervantes.

Hay también un común acuerdo en que tanto los libros “grandes” como los “buenos” sólo pueden ser juzgados desde una cierta distancia. Las obras contemporáneas pueden ser apreciadas y disfrutadas, pero no adecuadamente juzgadas; y así como un principio debe estar fuera de lo que se sigue de él (como un punto y una línea), así un estándar cultural debe establecerse después de un cierto tiempo; por ejemplo, desde el tiempo de nuestros abuelos. Hoy para nosotros el punto de corte es la Primera Guerra Mundial, antes de la cual los automóviles y la electricidad no habían llegado a dominar nuestras

vidas y la experiencia de la naturaleza no había sido distorsionada por la velocidad y la destrucción de las sombras. Hay una seria cuestión –con argumentos por ambas partes, seguramente– sobre si puede haber absolutamente alguna cultura en una sociedad mecanizada. Cualquier parte que se tome en esa disputa, es cierto que no podemos comprender el punto en disputa sin aferrar imaginativamente el mundo que hemos perdido.

Lo que sigue no es una lista completa sino una una suficiente hoja de cálculo. Todos encontrarán más que suficientes cosas que no han leído; y todo lo que hay en esta lista es parte, por consentimiento común, del material cultural ordinario esencial para el desarrollo de una persona de habla inglesa. Recuérdese que el punto de vista de estudios como éstos es el del aficionado –la persona ordinaria que ama y disfruta lo que ama– no del experto en tecnología crítica histórica o textual.

Los libros han sido divididos (a veces dudosamente porque algunos cubren dos categorías) en etapas de vida correspondientes a las edades clásicas del hombre, y en general, de acuerdo con las divisiones de la psicología moderna. Y como la vista es el primero de los sentidos y especialmente poderosa en los primeros años, es muy importante registrar libros ilustrados por artistas que trabajen dentro de la tradición que estamos estudiando, como introducción al arte y como parte de la experiencia imaginativa del libro. Esto no significa que nos apartemos de los artistas contemporáneos, así como la tradición misma no se aparta de las experiencias contemporáneas; todo lo contrario, uno de los frutos de un curso tal tiene que ser el fomento de la buena escritura y el dibujo. Las buenas obras del pasado son un estándar, no un chaleco de fuerza. La ilustración de los libros alcanzó su perfección en el siglo diecinueve con la obra de Randolph Caldecott, Kate Greenaway, Walter Crane, Gustav Doré, George Cruikshank, “Phiz,” Gordon Browne, Beatrix Potter, Sir John Tenniel, Arthur Rackham, Howard Pyle, N. C. Wyeth y muchos otros. La regla de oro es encontrar una edición del siglo diecinueve o uno de los facsímiles que (aunque no tan nítidos en la impresión) se pueden conseguir corrientemente a precios moderados. La lista incompleta que sigue puede servir como una guía aproximada.

NIÑOS (2 a 7 años)

> La experiencia literaria comienza para niños con lecturas en voz alta mientras ellos miran las figuras. Pueden comenzar a leer los cuentos más simples, que ellos ya gustan en una edad temprana.

Andersen H. C.
A Christmas Greeting: A Series of Stories Fairy Tales (Saludo de Navidad: una serie de cuentos de hadas)
Christine’s Picture Book (El libro ilustrado de Cristina)
Arabian Nighgts (Noches de Arabia)

Belloc, Hilaire
The Bad Child’s Book of Beasts (El libro de animales del niño malo)

Caldecott, Randolph
Picture Books (Libros de imágenes, 16 vols)

Collodi, Carlo (Carlo Lorenzini)
Pinocho

Carroll, Lewis
Alice in Wonderland Through the Looking Glass (Alicia en el país de las maravillas a través del espejo)

De La Mare, Walter
Come Hither (Ven aquí: la mejor antología de poesía para todas las edades)
Songs of Childhood (Canciones sobre la niñez)

Edgeworth, Maria
Moral Tales (Cuentos morales)
The Parent's Assistant (El asistente del padre)

Esopo
Fábulas

Ewing, Juliana
Jackanapes (Mequetrefe)
Gesta Romanorum (facsímiles escolares)

Grahame, Kenneth
Wind in the Willows (El viento en los sauces)

Greenaway, Kate
A Apple Pie Birthday Book (El libro de las tortas de cumpleaños)
Marigold Garden (El jardín de las caléndulas)
Mother Goose (Mamá Ganso)
The Language of Flowers (El lenguaje de las flores)
*Under the Window (*Bajo la ventana)

Grimm
Household Stories (Historias del hogar)

Harris, Joel Chandler
Uncle Remus (Tío Remus)

Kingsley, Charles
Water Babies (Los niños del agua)

Kipling, Rudyard
Jungle Book (El libro dela selva)
Just So Stories (Historias)

Lamb, Charles
Beauty and the Beast (La bella y labestia)
Tales from Shakespeare (Cuentos de Shakespeare)

Lang, Andrew
Blue Book of Fairies, and other colors (El libro azul de hadas y otros colores)

Lear, Edward
ABC
Nonsense Omnibus (Tonterías)
The Pobble Who Has No Toes (El Pobble que no tiene dedos en los pies)
The Quangle Wangles Hat (El sombrero de Quangle Wangle)

Lofting, Hugh
Dr. Dolittle: A Treasury (Dr. Dolittle: un tesoro)
Dr. Dolittle and The Green Canary (Dr. Dolittle y el canario verde)

Dr. Dolittle's Circus (El circo del Dr. Dolittle)
Dr. Dolittle's Caravan (La caravana del Dr. Dolittle)
Dr. Dolittle's Garden (El jardín del Dr. Dolittle)
Dr. Dolittle's Zoo (El zoológico del Dr. Dolittle)
Story of Doctor Dolittle (La historia del Dr. Dolittle)
Voyages of Doctor Dolittle (Viajes del Dr. Dolittle)

Milne, A. A.
Winnie the Pooh (El osito Pooh)
The House at Pooh Corner (La casa en la esquina Pooh)
Now We Are Six (Ahora somos seis)
Once On a Time (Hace tiempo)
Prince Rabbit (El conejo príncipe)

Perrault, Charles
Fairy Tales (Cuentos de hadas)

Potter, Beatrix
The Fairy Caravan (La caravana de las hadas)
The Story of a Fierce Bad Rabbit (Historia de un conejo malo y feroz)
The Tailor of Gloucester (El sastre de Gloucester)
The Tale of Jemima Puddle-Duck (El cuento de Jemima, el pato del charco)
The Tale of Peter Rabbit (El cuento del conejo Pedro)
The Tale of Pigling Bland (El cuento del chanchito Bland)
The Tale of Samuel Whiskers (El cuento de Samuel Whiskers)
The Tale of Squirrel Nutkin (El cuento de la ardilla Nurtkin)
The Tale of the Flopsy Bunnies (El cuento de los conejitos Flopsy)
The Tale of Tom Kitten (El cuento del gatito Tom)
The Tale of Two Bad Mice (El cuento de dos ratones malos)

Stevenson, Robert Louis
A Child's Garden of Verses (El jardín infantil de versos)

EDAD ESCOLAR (7 a 12 años)

Adams, Andy
Cattle Brands (Marcas del ganado)
Log of a Cowboy (El registro de un vaquero)
Why the Chisholm Trail Forks, and other tales of the cattle country (Por qué se bifurca la ruta de Chisolm y otros relatos de la tierra del ganado)

Alcott, Louisa May
Little Women (Mujercitas)
Little Men (Hombrecitos)
Jo's Boys, and how they turned out (Los muchachos de Jo y cómo resultaron; continuación de *Little Men*)
Aunt Jo's Scrap-Bag (La bolsa de residuos de la tía Jo)
An Old Fashioned Girl (Una chica a la antigua)
Eight Cousins; or, The Aunt-Hill (Ocho sobrinos; o La tía Hill)
A Free Bed (Una cama libre)
Rose in Bloom (Rosa en la floración; continuación de Ocho sobrinos)
Flower Fables (Fábulas de flores)
Hospital Sketches, and Camp and Fireside Stories (Bocetos de hospital, y Campamento y relatos junto al fogón)
Jack and Jill: a Village Story (Jacky Jill: una historia de aldea)
Lulu's Library (La biblioteca de Lulú)
Moods (Los estados de ánimo)
Morning-glories (Correhuelas y otros relatos)
On Picket Duty (En sevicio de piquete)
Silver Pitchers and Independence, a Centennial Love Story (Las jarras de plata y la independencia: una centenaria historia de amor)
Spinning-Wheel Stories (Historias de la rueca)

Three Proverb Stories: Kitty's Class Day, Aunt Kipp, Psyche's Art (Tres historias proverbiales: Un día de clase de Kitty, Tío Kipp, Arte de la psique)
Under the Lilacs (Bajo las lilas)
Work: A Story of Experience (Trabajo: una historia de la experiencia)

Aldrich, Thomas Bailey
An Old Town by the Sea (Una antigua ciudad bajo elmar)
The Ballad of Baby Bell, and other poems (La balada de Baby Bell y otros poemas)
Cloth of Gold, and other poems (Tela de oro y otros poemas)
The Course of True Love Never Did Run Smooth (El curso del amor verdadero nunca se deslizó sin problemas)
Daisy's Necklace: and What Came Of It (El collar de Daisy y sus consecuencias)
Flower and Thorn (Flores y espinas)
Friar Jerome's Beautiful Book (El hermoso libro de Fray Jerónimo)
The Little Violinist (El pequeño violinista)

Marjorie Daw
A Midnight Fantasy (Fantasía de medianoche)
Miss Mehetable's Son (El hijo de la señorita Mejetable)
Our New Neighbors at Ponkapog (Nuestro nuevos vecinos en Ponkapog)
Poems of T. B. Aldrich (Poemas de T. B.Aldrich)
The Stillwater Tragedy (La tragedia de Stiillwate)
Story of a Bad Boy (Historia de un chico malo)
Two Bites at a Cherry, with other tales (Dos mordizcos a una cereza con otros cuentos)
Belloc, Hilaire. *Cautionary Tales for Children* (Cuentos de consejospara niños).

Browning, Robert
The Pied Piper of Hamelin (El flautista de Hamelin).

Burnett, Frances Hodgson
Little Lord Fauntleroy (El pequeño Lord Founteroy)
The Secret Garden (El jardín secreto)

Burroughs, Edgar Rice
Apache Devil (El diablo Apache)
Back to the Stone Age (Regreso a la Edad de Piedra)
Chessman of Mars (El ajedrecista de Marte)
John Carter of Mars (John Carter de Marte)
Jungle *Tales of Tarzan* (Cuentos de la jungla de Tarzán)
Tales of Three Planets (Cuentos de tres planetas)
Tarzan. The Return of Tarzan (El regreso de Tarzán)
The Son of Tarzan (El hijo de Tarzán)

Cooper, James Fenimore
Afloat and Ashore (A flote y en tierra)
The Bravo (El bravo)
The Chainbearer (El agrimensor)
The Crater (El cráter)
*The Deerslayer (*El cazador de ciervos)
The Headsman (El verdugo)
The Heidenmauer (Los benedictinos)
Home as Found (Cómo encontré el hogar)
Homeward Bound (De vuelta a casa)
Jack Tier
The Last of the Mohicans (El último de los mohicanos)
Lionel Lincoln
Mercedes of Castile (Mercedes de Castilla)
Miles Wallingford
The *Monikins* (Los monikins)
The Oak Openings (Las aberturas de roble)
The Path Finder (El explorador)
The Pioneers (Los pioneros)
The Pilot (El piloto)
The Prairie Precaution (Precaución en la pradera)

The Red Rover (El pirata rojo)
The Redskins (Los pieles rojas)
Satan's Toe (El dedo del pie de Satanás)
The Sea Lions (Los leones del mar)
The Two Admirals (Los dos almirantes)
The Water-Witch (La bruja del agua)
The Ways of the Hour (Los caminos de la hora)
The Wing and Wing (Ala y ala)
The Wept of Wish-ton-wish (La difunta de Wish-ton-wish)
Wyandotte

Cowper, William
John Gilpin's Ride (El paseo de John Gilpin)

Dana, Richard Henry
Two Years Before the Mast (Dos años al pie del mástil)

Defoe, Daniel
Robinson Crusoe

Dickens, Charles
A Christmas Carol (Cuento de Navidad)
Cricket on the Hearth (El grillo del hogar)
David Copperfield
Oliver Twist

Dodge, Mary Mapes
Hans Brinker

Garland, Hamlin
The Light of the Star (La luz de la estrella)
The Long Trail (El camino largo)
Main-Traveled Roads (Principales carreteras recorridas)
Prairie Folks (Gente de la pradera)
Son of the Middle Border (Hijo de la frontera media)
The Spirit of Sweetwater (El espíritu de Sweetwater)

Hawthorne, Nathaniel
Tanglewood Tales (Cuentos de Tanglewood)

Henty, G. A. (George Alfred)
A hundred "Boys' Books" (Cien libros de la dolescente)

Irving, Washington
Sketch Book (Libro de bocetos)

James, Will
Book of Cowboys (Un libro de vaqueros)
Lone Cowboy (Lone, el vaquero)
Smoky

Kingsley, Charles
Westward Ho

Kipling, Rudyard
Captains Courageous (Capitanes intrépidos)
Kim. Stalky and Co. (Stalky y Cía)

Longfellow, Henry Wadsworth
Evangeline
Hiawatha

MacDonald, George
The Princess and Curdie (La princesa y Curdie)
The Princess and the Goblin (La princesa y el duende)

Marryat, Fredrick
Masterman Ready
Mr. Midshipman Easy

Masefield, John
Jim Davis

Pyle, Howard
Otto of the Silver Hand (Otón, mano de plata)
Robin Hood

Sewall, Anna
Black Beauty (Belleza negra)

Shakespeare, William
Comedy of Errors (Comedia de errores)

Spyri, Johanna
Chell
Heidi

Stevenson, Robert Louis
Across the Plains (A través de las llanuras)
From Clyde to Sandy Hook (Desde Clyde hasta Sandy Hook)
Kidnapped (Secuestrado)
The Silverado Squatters (Los intrusos en Silverado)
Treasure Island (La isla del tesoro)

Stowe, Harriet Beecher
Uncle Tom's Cabin (La cabaña del tíoTom)

Stratton-Porter, Gene
At the Foot of the Rainbow (Al pie del arco iris)
A Daughter of the Land (Una hija de la tierra)
Freckles (Pecas)
A Girl of the Limberlost (Una muchacha del Limberlost)
The Harvester (El cosechador)
Her Father's Daughter (Una hija de su padre)
The Magic Garden (El jardín mágico)
Michael O'Halloran

Tarkington, Booth
Penrod, and others (Penrod y otros)
Til Eulenspiegel

Twain, Mark
Huckleberry Finn
The Prince and the Pauper (El príncipe y el mendigo)
Tom Sawyer
(pero no *Connecticut Yankee* y otras novelas)

Verne, Jules
20,000 Leagues Under the Sea (Veinte mil leguas de viaje submarino)
800 Leagues on the Amazon (Ochocientas leguas en el Amazonas)
Around the World in 80 Days (La vuelta al mundo en ochenta días)
Caesar Cascabel
From the Earth to the Moon (De la tierra a la luna)
Hector Servadac
Journey into the Interior of the Earth (Viaje al centro de la tierra)

The Lighthouse at the End of the World (El faro del fin del mundo)
Mysterious Island (La isla misteriosa)
On the Track (En la pista)
Voyages and Adventures of Captain Hatteras (Viajes y avennturas del capitán Hatteras)

Wilder, Laura Ingalls
Little House in the Big Woods (Una casita en los bosques grandes)
Little House on the Prairie (Una casita en la pradera)
Farmer Boy (El pequeño granjero)
On the Banks of Plum Creek (En las orillas de Plum Creek)
By the Shores of Sliver Lake (En las costas de Silver Lake)
The Long Winter (El largo invierno)
Little Town on the Prairie (Una pequeña ciudad en la pradera)
These Happy Golden Years (Estos felices años dorados)

Wister, Owen
Indispensable Information for Infants (Información indispensable para niños)

Wyss, Johann
Swiss Family Robinson (La familia suiza de los Robinson)
Willis the Pilot (Willis el piloto)

ADOLESCENTES (12 a 16 años)

Andersen, Hans Christian
Pictures of Travel in Sweden (Imágenes de un viaje por Suecia)
Among the Hartz Mountains, and in Switzerland (Entre las montañas de Hartz y Suiza)

Brontë, Charlotte
Jane Eyre
Wuthering Heights (Cumbres borrascosas)

Collins, Wilkie
After Dark (Después del anochecer)
Antonia
Armadale
Basil
The Black Robe (Manto Negro)
Blind Love (Amor ciego)
Blow Up With The Brig! (¡Volar con el bergantín!)
The Dead Alive (Muertos vivos)
The Dead Secret (El secreto muerto)
The Evil Genius (El genio perverso)
The Fallen Leaves (Las hojas caídas)
The Fatal Cradle (La cuna fatal)
Fatal Fortune (Fortuna fatal)
The Frozen Deep (Profundidades heladas)
The Haunted Hotel (El hotel encantado)
Heart and Science (Corazón y ciencia)
Hide and Seek (La escondida)
"I say no" ("Digo que no")
Jezebel's Daughter (La hija de Jezabel)
The Law and the Lady (La ley y la dama)
The Legacy of Cain (El legado de Caín)
Man and Wife (Marido y mujer)
Miss or Mrs.? (¿Señorita o señora?)
Miss Bertha and the Yankee (La señorita Bertha y el yanqui)
Miss Dulane and My Lord
Miss Jeromette and the Clergyman (La señorita Jeromette y el sacerdote)
Miss Mina and the Groom (La señorita Mina y el novio)
Miss Morris and the Stranger (La señorita Morris y el extraño)

The Moonstone (La piedra lunar)
Mr. Captain and the Nymph (El capitán y la ninfa)
Mr. Cosway and the Landlady (Mr. Coswy y la propietaria)
Mr. Lepel and the Housekeeper (Mr. Lepel y el ama de llaves)
Mr. Lisimore and the Widow (Mr. Lisimore y la viuda)
Mr. Marmaduke and the Minister (Mr. Masrmaduke y el ministro)
Mr. Medhurst and the Princess (Mr. Medhurst y la princesa)
Mr. Percy and the Prophet (Mr. Percy y el profeta)
Mrs. Zant and the Ghost (La señorita Zant y el fantasma)
My Lady's Money (El dinero de mi dama)
My Miscellanies (Misceláneas)
The New Magdalen (El nuevo Magdalen)
No Name (Sin nombre)
Poor Miss Finch (La pobre señorita Finch)
The Queen of Hearts (La reina de los corazones)
A Rogue's Life from his Birth to his Marriage (La vida de un pícaro desde su nacimiento hasta su matrimonio)
The Two Destinies (Los dos destinos)
The Woman in White (La mujer de blanco)

Dampier, William
A *Voyage Round the World* (Un viaje alrededor del mundo)

Daudet, Alphonse
Fromont Jeune (El joven Fromont)
Tartarin

Dickens, Charles
Barnaby Rudge
Nicholas Nickleby
The Old Curiosity Shop (La antigua tienda de curiosidades)

Doyle, Sir Arthur Conan
The Lost World (El mundo perdido)
Sherlock Holmes (serie)
White Company (La Compañía Blanca)

Dumas, Alexandre
The Black Tulip (El tulipán negro)
Three Musketeers (Los tres mosqueteros)
Twenty Years After (Veinte años después)
The Whites and The Blues (Los blancos y los azules)

Du Maurier, George
George Trilby

Eliot, George
Adam Bede
Middlemarch
Mill on the Floss (El molino del Floss)
Romola
Silas Marner

Eggleston, Edward
Brant and Red Jacket (Brant y Chaqueta Roja)
The Circuit Rider (El vigía del circuito)
Duffles (Bolsos)
The Graysons (Los Greyson)
The Hoossier School-Boy (El escolar de Indiana)
The Hoossier Schoolmaster (El maestro de escuela de Indiana)

Fabre, Henri
S*ouvenirs Entomologiques* (Recuerdos entomológicos)

Gray, Zane
The Call of the Canyon (El llamado del Cañón)
Desert Gold (Oro del desierto)
The Desert of Wheat (El desierto de trigo)
Fighting Caravans (Camino del oeste)
The Last of the Plainsmen (El ultimo de los llaneros)
The Last Trail (El último rastro)
Nevada
Riders of the Purple Sage (Jinetes de Purple Sage)

Haggard, Henry Rider
Allan and the Holy Flower (Allan y la flor santa)
Allan and the Ice-Gods (Allan y los dioses de hielo)
Allan's Wife, and Other Tales (La esposa de Allan y otros cuentos)
Allan Quatermain
Ayesha
Child of the Storm (Hijo de la tormenta)
Colonel Quartich, V.C. (El coronel Quartich, V.C.)
Dr. Therne
Joan Haste
King Solomon's Mines (Las minas del rey Salomón)
Montezuma's Daughter (La hija de Moctezuma)
The People of the Mist (El pueblo de la niebla)
Treasure of the Lake (El tesoro del lago)

Hughes, Thomas
Tom Brown's School Days (Los días de escuela de Tom Brown)
Tom Brown at Oxford (Tom Brown en Oxford)

Hugo, Victor
Les Miserables (Los miserables)
Hunchback of Notre Dame (El jorobado de Notre Dame)
Quatre-vingt-treize (Noventa y tres)

Ibañez, Blasco
Blood and Sand (Sangre y arena)
Four Horseman of the Apocalypse (Los cuatro jinetes del Apocalipsis)

Irving, Washington
The Alhambra Tales (Cuentos de la Alhambra)

Kingsley, Charles
Hereward, the Wake (Hereward, el proscrito)

Le Sage, Alain
Gil Blas

MacDonald, George
Lilith

Park, Mungo
Travels in Africa (Viajes en África)

Parkman, Francis
Oregon Trail (La senda de Oregon)

Poe, Edgar Allen
Tales and poems (Cuentos y poemas)

Polo, Marco
Travels (Viajes)

Reade, Charles
The Cloister and the Hearth (El claustro y el hogar)

Rhodes, Eugene
Best Novels, and Stories (Las mejores novelas e historias)

Scott, Sir Walter
Ivanhoe
Kenilworth
Rob Roy
The Talisman (El talismán)

Shakespeare, William
Merchant of Venice (El mercader de Venecia)
Midsummer Night's Dream (Sueño de una noche de verano)
Romeo and Juliet (Romeo y Julieta)

Shelley, Mary
Frankenstein

Sienkiewicz, Henryk
With Fire and Sword (A sangre y fuego)
Quo Vadis?

Stevenson, Robert Louis
The Master of Ballantrae (El maestro de Ballantrae)
Prince Otto (El príncipe Otón)
The Strange Case of Dr. Jekyll and Mr. Hyde (El extraño caso del Dr. Jekyll y Mr. Hyde)

Swift, Jonathan
Gulliver's Travels (Los viajes de Gulliver)

Wallace, Edgar
Sanders of the River (Sanders del Río)
Again Sanders (Nuevamente Sanders)
Bones. Further Adventures in Mr. Commissioner Sanders' Country (Huesos: más aventuras del país del comisionado Sanders)
Bosambo of the River (Bosambo del Río)
Diana of Kara-Kara (Diana de Kara-kara)
The Double (El doble)
Four Just Men (Cuatro hombres justos)
The Girl from Scotland Yard (La chica de Scotland Yard)
The Man Who Knew (El hombre que sabía)
The People of the River (El pueblo del Río)
The Sinister Man (El hombre siniestro)

Wells, H. G.
The First Men in the Moon (Los primeros hombres en la luna)
The Food of the Gods (El alimento de los dioses)
In the Days of the Comet (Los días del cometa)
The Invisible Man (El hombre invisible)
The Island of Dr. Moreau (La isla del Dr. Moreau)
The Time Machine (La máquina del tiempo)
The War of the Worlds (La guerra de los mundos)

Wister, Owen
The Dragon of Wantley (El dragón de Wantley)
The Jimmyjohn Boss and Other Stories (El Jimmyjohn Boss y otras historias)
Lady Baltimore
Lin McLean
Members of the Family The Virginian (Las primeras familias de Virginia)

JÓVENES (16 a 20 años)

Andersen, Hans Christian
The Fairy Tale of My Life: An Autobiography (El cuento de hadas de mi vida: Autobiografía)

Austen, Jane
Emma
Lady Susan
Mansfield Park
Northanger Abbey
Persuasion
Pride and Prejudice (Orgullo y prejuicio)
Sense and Sensibility (Sentido y sensibilidad)
The Watsons

Balzac, Honoré de
The Cabinet of Antiquities (Colección de antigüedades)
Père Goriot, Ursule Mirouët, and Other Stories (El Padre Goriot, Úrsula Mirouet y otras historias)

Bellamy, Edward
The Blindman's World and Other Stories (El mundo de un ciego y otras historias)
The Duke of Stockbridge (El duque de Stockbridge)
Looking Backward (Mirando hacia atrás)
Equality (Igualdad –continuación del anterior–)

Belloc, Hilaire
The Cruise of the "Nona" (El crucero del "Nona")
y otros relatos

Bernanos, Georges
Diary of a Country Priest (Diario de un cura rural)
A Diary of my Times (Un diario de mis tiempos)
The Fearless Heart (Corazón valiente)
Joy (Alegría)
Last Essays (Últimos ensayos)

Blackmore, Richard Dodridge
Cripps, The Carrier (Cripps, el transportista)
Lorna Doone
A Tale of the South Downs (Un cuento de los South Downs)

Borrows, George
The Bible in Spain (La biblia en español)
Lavengro
Romany Rye (continuaciónn de Lavengro)

Brontë, Charlotte
Jane Eyre

Buchanan, John
A Book of Escapes and Hurried Journeys (Un libro de escapadas y viajes rápidos. Colección de relatos)
Castle Gay (El castillo Gay)
The Courts of the Morning (Los tribunales de la mañana)
The Free Fishers (Los pescadores libres)
The Gap in the Curtain (La brecha en la cortina)
Greenmantle
The House of the Four Winds (La casa de los cuatro vientos)
Huntingtower Castle (El castillo de Huntingtower)
Jon MacNab
A Lodge in the Wilderness (Un alojamiento en el desierto)
Midwinter (Mediados de invierno)
Mr. Standfast

The Three Hostages (Los tres rehenes)
The Thirty-Nine Steps (Los treinta y nueve pasos)

Butler, Samuel
Erewhon
The Way of All Flesh (El camino de toda carne)

Cabell, James Branch
Chivalry (Caballería)
Gallantry (Galantería)
Jurgen
The Silver Stallion (El semental de plata)

Cable, George Washington
The Cavalier (El caballero)
Old Creole Days (Viejos días criollos)
Kincaid's Battery (Batería de Kincaid)

Cather, Willa
Death Comes for the Archbishop (La muerte le llega al arzobispo)
My Antonia (Mi Antonia)
Shadows on the Rock (Sombras en las rocas)

Chekhov, Anton
Stories and Plays (Relatos y dramas)

Chesterton, G. K.
Everlasting Man (El hombre eterno)
Father Brown series (La serie del Padre Brown)
A Man Called Thursday (Un hombre llamado Jueves)

Columbus, Christopher
Four Voyages to the New World (Cuatro viajes al Nuevo Mundo)

Conrad, Joseph
Almayer's Folly (La locura de Almayer)
An Outcast of the Islands (Un marginado de las Islas)
The Arrow of Gold (La flecha de oro)
Lord Jim
The Nigger of the "Narcissus" (El negro del "Narcissus")
Nostromo
The Rescue (El rescate)
A Set of Six (Un conjunto de seis)
Twixt Land and Sea (Entre la tierra y el mar)
Typhoon (Tifón)
Victory (Victoria)

Cook, James
Captain Cook's Explorations (Las exploraciones del Capitán Cook)

DeMaupassant, Guy
Stories (Relatos)

Dickens, Charles
Bleak House (Casa desolada)
Martin Chuzzlewit
Our Mutual Friend (Nuestro común amigo)

Dostoyevsky, Fiodor
Brothers Karamazov (Los hermanos Karamazov)
Crime and Punishment (Crimen y castigo)

Doughty, Charles
Travels in Arabian Deserts (Viajes en los desiertos de Arabia)

Fielding, Henry
Jonathan Wilde
Tom Jones

Hakluyt, Richard
Voyages to the New World (Viajes al Nuevo Mundo)

Hawkins, Anthony Hope
Captain Dieppe (El capitán Dieppe)
A Change of Air (Un cambio de aire)
Double Harness (Arnés doble)
Half a Hero (Medio héroe)
The King's Mirror (El espejo del rey)
A Man of Mark (Un hombre de Marcos)
The Prisoner of Zenda (El prisionero de Zenda)
Rupert of Hentzau
Simon Dale
The Secret of the Tower (El secreto de la torre)
Tristram of Blent

Hawthorne, Nathaniel
The House of Seven Gables (La casa de los siete tejados)
The Scarlet Letter (La letra escarlata)

Hudson, W. H.
Green Mansions (Mansiones verdes)
The Purple Land (La tierra purpúrea)

Irving, Washington
Conquest of Granada (La conquista de Granada)
Life of Columbus (Vida de Colón)
Life of George Washington (Vida de Jorge Washington)

Jackson, Helen Hunt
Ramona

Lagerlöf, Selma
Gösta Berling
Jerusalem

Loti, Pierre (Louis Marie Julien Viaud)
An Iceland Fisherman (Un pescador islandés)
India –without the english– (India –sin los ingleses–)
On Life's By-Ways (Caminos de la vida)

Manzoni, Alessandro
The Betrothed (Los novios)

Melville, Herman
Billy Budd
Moby Dick

Moore, Tom
Lalla Rookh

Morris, William
News from Nowhere (Noticias de ninguna parte)
The Roots of the Mountains (El pie de las montañas)
Sigurd the Volsung and the Fall of the Niblungs (Sigfrido el volsungo y la caída de los Nibelungos)

Scott, Robert
Scott's Last Expedition (La última expedición de Scott)

Shakespeare, William
As You Like It (Como gustéis)
Hamlet. Henry IV (Enrique IV)
Henry V (Enrique V)
Macbeth
The Sonnets (Sonetos)
The Taming of the Shrew (La bestiecilla domada)
Twelfth Night (Noche de Reyes)

Stanley, Sir Henry Morton
How I Found Livingstone (Cómo encontré a Livingstone)

Stendahl
The Abbess of Castro and Other Tales (La abadesa de Castro y otros relatos)
Armance
The Charterhouse of Parma (Hotel Parma)
Lamiel
Lucien Leuwen
Italian Chronicles (Crónicas italianas)
Memorias of a Tourist (Memorias de un turista)
The Red and the Black (Rojo y negro)

Thackeray, William Makepeace
Adventures of Philip (Las aventuras de Philip)
Catherine
Denis Duval
Eastern Sketches (Bocetos de Oriente)
Henry Esmond
The Four Georges (Los cuatro Jorges)
The History of Pendennis (La historia de Pendennis)
*The Irish Sketchbook (*Bocetos irlandeses)
Lovel the Widower (Lovel, el viudo)
Memories of Barry Lyndon (Las memorias de Barry Lindon)
The Newcomes (Los recién llegados)
The Paris Sketchbook (Bocetos de París)
Roundabout Papers (Los papeles de la rotonda)
The Second Funeral of Napoleon (El segundo funeral de Napoleón)
Sketches and Travels in London (Bocetos londinenses)
Vanity Fair (Feria de vanidades)
The Virginians (Los virginianos)

Tolstoy, Leo
Anna Karenina
*Childhood, Boyhood, Youth (*Infancia, adolescencia, juventud)
The Cossacks (Los cosacos)
The Death of Ivan Ilyitch and Other Stories (La muerte de Iván Ilyitch y otros relatos)
Fables for Children (Fábulas para niños)
The Kreutzer Sonata (La sonata para Kreutzer)
Master and Man (Maestro y hombre)
My Confession (Mi confesión)
My Religion (Mi religión)
*Resurrection (*Resurrección)
Tales of Sevastopol (Cuentos de Sebastopol)
War and Peace (La guerra y la paz)
What Is to Be Done? (¿Qué hacer?)

Trollope, Anthony
Barchester

Turgenev, Ivan
The Brigadier and Other Stories (El brigadier y otros relatos)
Dream Tales and Prose Poems (Cuentos de sueños y poemas en prosa)
Fathers and Sons (Padres e hijos)
A Hunter's Sketches (Bocetos de un cazador)
Knock, Knock, Knock and Other Stories (Toc, toc, tocy otros relatos)
A Month in the Country (Un mes en el campo)
A Nest of Gentlefolk (Un nido de la nobleza)
Rudin
Smoke (Cigarros)
Spring Torrents (Lluvias de primavera)

Undset, Sigrid
The Burning Bush (La zarza ardiente)
Catherine of Siena (Catalina de Siena)
The Faithful Wife (La esposa fiel)
Gunnar's Daughter (La hija de Gunnar)
Ida Elisabeth
Jenny
Kristin Lavransdatter
The Master of Hestviken (El Maestro de Hestviken)
Saga of Saints (Saga de santos)
The Wild Orchid (Orquídea salvaje)

Verga, Giovanni
Cavalleria Rusticana and Other Stories (Caballería rusticana y otros relatos)
The House by the Medlar Tree (La casa junto al níspero)
Little Novels of Sicily (Novelitas de Sicilia)

Washington, Booker T
*Up From Slavery (*A partir de la esclavitud)

Índice



***Tintern Abbey*, de Carl Gustav Carus (1789-1869)**

Este libro se terminó de editar
el 21 de noviembre del año del Señor 2017
Presentación de Santa María Virgen

